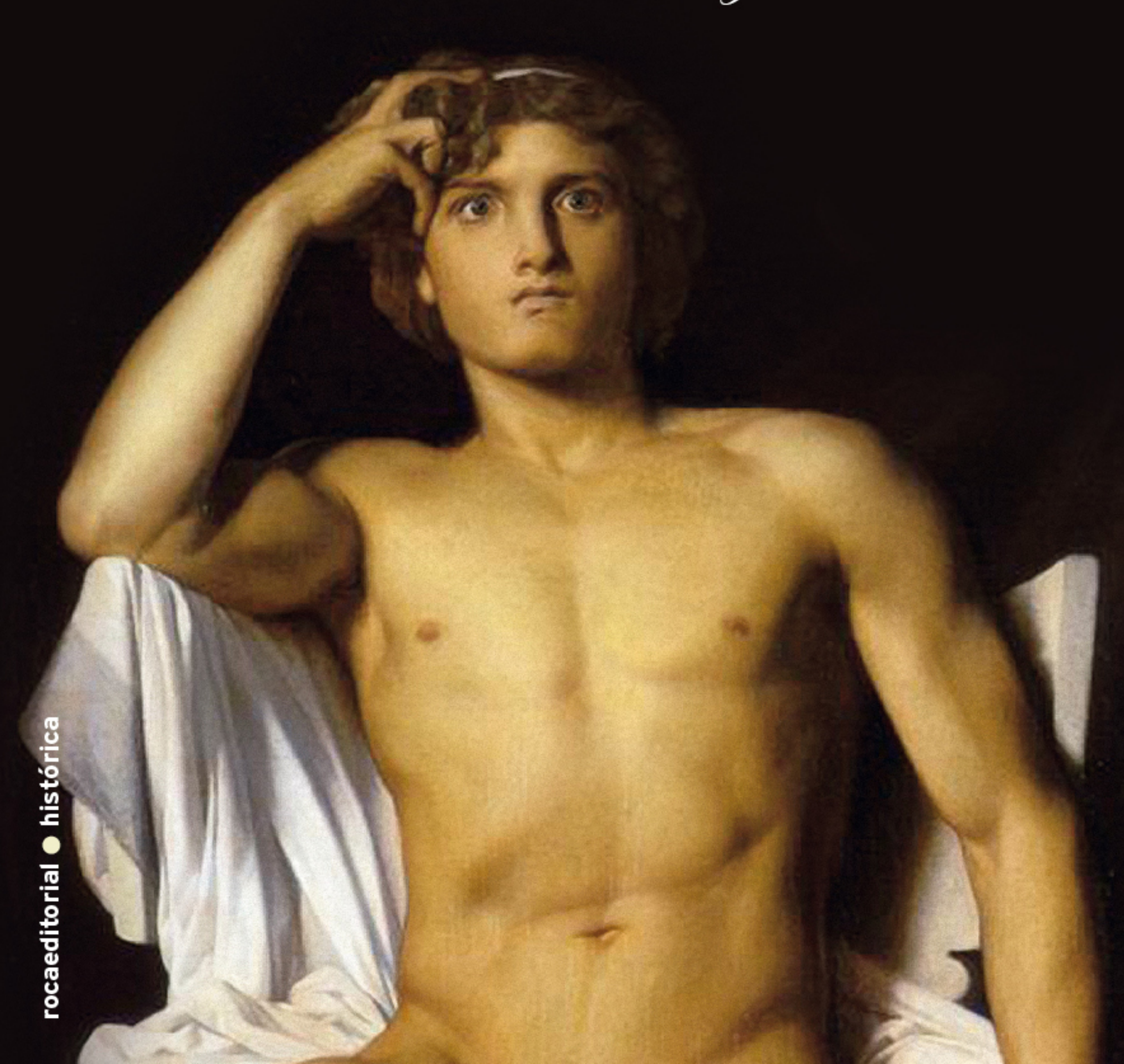
El maestro de
ALEJANDRO

Annabel Lyon



El maestro de Alejandro

Annabel Lyon

Traducción de Ana Herrera

Rocaeditorial

Título original: *The Golden Mean*

Primera edición: octubre de 2010

© de la traducción: Ana Herrera
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-181-3
Depósito legal: M. 34.261-2010



Para mis padres, mis hijos y Bryant

Personajes (por orden de aparición)

Aristóteles: filósofo.

Pitia: esposa de Aristóteles.

Calístenes: sobrino y aprendiz de Aristóteles.

Hermias: sátrapa de Atarneo, antiguo patrón de Aristóteles.

Filipo: rey de Macedonia.

Fila, **Audata**, **Filinna** y **Nikesipolis**: esposas de Filipo.

Olimpia: esposa de Filipo, reina de Macedonia.

Leónidas: uno de los tutores de Alejandro.

Carolo: director de teatro.

Demóstenes: orador ateniense, enemigo de Filipo.

Arrideo, hijo de Filipo y Filinna,
medio hermano mayor de Alejandro.

Files: cuidador de Arrideo.

Alexandros: rey de Molosso, hermano de Olimpia.

Antipatro: general, regente en ausencia de Filipo.

Alejandro: hijo de Filipo y de Olimpia.

Arimnesto y **Arimneste**: gemelos,
hermano y hermana menores de Aristóteles.

Proxeno, marido de Arimneste,
tutor de Aristóteles tras la muerte de sus padres.

Amintas: padre de Filipo, rey de Macedonia.

Illeo: alumno de Platón, tutor de Aristóteles.

Perdicas: hermano mayor de Filipo,
rey de Macedonia tras la muerte de Amintas.

Eufreo: estudiante de Platón, tutor de Perdicas.

Hefestión: el acompañante más unido a Alejandro.

Ptolomeo: otro de los acompañantes de Alejandro.

Lisímaco: uno de los tutores de Alejandro.

Pausanias: oficial macedonio,
más tarde de la guardia personal de Filipo.

Tycho: esclavo de Aristóteles.

Artabazos: refugiado persa en la corte macedonia.

Athea: esclava de Aristóteles.

Meda: sexta esposa de Filipo.

Pitia (la pequeña): hija de Aristóteles y Pitia.

Jenócrates: filósofo, sucesor de Espeusipo
como director de la Academia.

Eudoxo: filósofo, director de la Academia
en ausencia de Platón.

Calipo: filósofo, compañero de Eudoxo.

Nicanor: hijo de Arimneste y de Pronexo.

Platón: filósofo, director de la Academia.

Espeusipo: sobrino de Platón,
director de la Academia tras la muerte de su tío.

Herpilis: doncella de Pitia,
compañera de Aristóteles tras la muerte de su mujer.

Cleopatra: séptima esposa de Filipo.

Atalo: padre de Cleopatra.

Eurídice, hija de Filipo y Cleopatra.

Pixodaro: sátrapa de Caria, posible suegro de Arrideo.

Tesalo: un actor.

Nicómaco: hijo de Aristóteles y Herpilis.

Debe tenerse en cuenta que mi deseo no es escribir historias, sino vidas. Y las hazañas más gloriosas no siempre nos proporcionan los mejores descubrimientos de virtudes o vicios en los hombres. A veces un asunto de menor trascendencia, una expresión o una broma, nos informa mejor de sus caracteres e inclinaciones que los asedios más famosos, los armamentos más grandiosos o las batallas más sangrientas que se hayan podido concebir.

Plutarco, *Alejandro*

1

LA lluvia cae como cordones negros y azota a mis animales, a mis hombres, a mi esposa, Pitia, que anoche yacía con las piernas abiertas mientras yo tomaba notas junto a su sexo, y que ahora está derramando silenciosas lágrimas de agotamiento en este décimo día de nuestro viaje. En el barco parecía bastante cómoda, pero esta última etapa por tierra está más allá de todo lo experimentado hasta ahora, y se nota. Su yegua trastabilla; ella ha dejado que las riendas se soltaran de nuevo y ha permitido que el animal caminase sonámbulo. Cabalga de una forma extraña, agobiada por el peso de su ropa empapada. Antes sugerí que se metiera en uno de los carros, pero ella se ha resistido, algo que ocurre tan raramente que he sonreído; ella, avergonzada, ha apartado la vista. Calístenes, mi sobrino, se ha ofrecido a realizar a pie el último trecho, y con algunas dificultades hemos conseguido encaramarla a su enorme caballo zaino. Al coger las riendas por primera vez, el animal se ha movido debajo de ella.

—¿Estás bien firme? —le he preguntado, mientras a nuestro alrededor la caravana empezaba a moverse de nuevo.

—Por supuesto.

Conmovedor. A los hombres de donde yo vengo se les dan bien los caballos. Ahora volvemos allí, y ella lo sabe. Ayer me pasé el día entero en el carro para poder escribir, aunque ahora voy cabalgando a pelo, como mis compatriotas, una postura que le puede destrozar las pelotas a alguien que ha tenido durante tanto tiempo una vida sedentaria. Sin embargo, uno no se puede quedar en un carro mientras las mujeres cabalgan, y ahora se me ocurre que quizá ése era su propósito.

Al principio apenas me fijé en ella. Era una muchacha guapa, con los ojos vacuos. Estaba en los alrededores del zoo de Hermias. Hace ya cinco años. Atarneo estaba muy lejos de Atenas, al otro lado del gran mar, apretado contra el flanco del Imperio persa. Hija, sobrina, pupila, concubina…, la verdad se deslizaba entre los dedos, como la seda.

—Te gusta —dijo Hermias—, veo cómo la miras.

Era gordo, astuto, y se rumoreaba que había sido cambista en su juventud, más tarde carnicero y mercenario; ahora era eunuco, supuestamente, y rico. Y también político, mantenía tozudamente una satrapía contra los bárbaros: Hermias de Atarneo. «¡Traedme a mis pensadores! —solía gritar—. ¡Los grandes hombres se rodean de pensadores! ¡Yo quiero estar rodeado!» Y se reía y se daba palmadas mientras la joven Pitia miraba sin parpadear lo suficiente. Se convirtió en uno de sus regalos, uno entre muchos, porque yo era

su favorito. En nuestra noche de bodas se cubrió con velos, adoptó una postura afectada en la cama y apartó las sábanas antes de que pudiera ver si había sangrado o no. Yo tenía entonces treinta y siete años; ella, quince. Y que los dioses me perdonen, pero fui a por ella como un venado en celo. Venado, cerdo.

—¿Eh? ¿Eh? —decía Hermias a la mañana siguiente, y reía.

Noche tras noche. Después intenté reconciliarme con ella amablemente. La traté con gran cortesía, le di dinero, me dirigí a ella con suavidad, le hablé de mi trabajo. No era idiota; los pensamientos parpadeaban en sus ojos como los peces en estanques profundos. Pasamos tres años en Atarneo, hasta que los persas respiraron demasiado cerca y demasiado caliente. Dos años en la bonita ciudad de Mitilene, en la isla de Lesbos, donde habían empedrado el suelo del puerto para que los barcos enemigos no pudiesen anclar. Y ahora este viaje. Mientras tanto ella ha mostrado una dignidad intocable, incluso echada y con las rodillas separadas mientras yo investigo suavemente para mi obra sobre la generación. También estudio los peces, los animales del campo y las aves, cuando las puedo encontrar. Hay una semilla como de granada en el centro de los pliegues, y el agujero fruncido, como una ostra. A veces humedad, a veces sequedad. He observado todo eso.

—Tío.

Sigo el dedo de mi sobrino y veo la ciudad en la llanura pantanosa que tenemos debajo, mucho mayor de lo que la recordaba, y más extensa. La lluvia va clareando, ahora cae poco agua; estamos bajo un cielo repentinamente limpio de un gris dorado.

—Pella —anuncio, para animar a mi chorreante esposa de ojos apagados—. La capital de Macedonia. Ahí el templo, ahí el mercado, el palacio. Ya se distingue. ¿Es más grande de lo que imaginabas?

Ella no dice nada.

—Tendrás que acostumbrarte al dialecto. Es rápido, pero no demasiado distinto, en realidad. Un poco más duro.

—Me las arreglaré —dice ella, en voz baja.

Pongo mi caballo junto al suyo, me inclino para coger sus riendas y mantenerla cerca mientras hablo con ella. Es bueno que tenga que escuchar, que pensar. Calístenes viene andando junto a nosotros.

—El primer rey era de Argos. Un griego, aunque la gente no lo era. Enormes riquezas aquí: madera, trigo, cereales, caballos, ganado, ovejas, cabras, cobre, hierro, plata, oro. Prácticamente lo único que tenían que importar eran las olivas. Demasiado frío para las olivas aquí, tan al norte; demasiado montañoso. Y ¿sabías que la mayor parte de la armada ateniense se ha construido con madera de Macedonia?

—¿Hemos traído olivas? —pregunta Pitia.

—Supongo que conoces tus guerras, ¿verdad, amor mío?

Ella coge las riendas y las pulsa como las cuerdas de una lira, pero yo no las suelto.

—Sí —responde, finalmente.

Absolutamente ignorante, por supuesto. Si yo tuviera que tejer todo el día, al menos tejería una escena o dos de batallas. Le recuerdo la conquista ateniense de Persia bajo el mando del gran general Pericles; Atenas estaba en su máximo esplendor marítimo, en los tiempos de mi tatarabuelo. Luego, las décadas de conflictos en el Peloponeso, Atenas sangrante y, al final, vencida por Esparta, con algo de músculo extra de los persas, en la juventud de mi padre; y la propia Esparta derrotada por Tebas, por entonces el poder en ascenso, en mi propia niñez.

—Te voy a encargar un trabajo. Me bordarás unas Termópilas. Lo colgaremos encima de la cama.

Ella sigue sin mirarme.

—Termópilas —insisto—. Por todos los dioses, mujer. El paso. El paso donde los espartanos contuvieron a los persas durante tres días, aunque disponían de una fuerza diez veces superior a la suya. Una gran hazaña en la historia de la guerra.

—Mucho rojo y rosa —sugiere Calístenes.

Ella me mira fijamente un momento. Yo interpreto: «No seas condescendiente». Y «continúa».

Ahora, le cuento, la joven Macedonia está en ascenso, bajo el mando del rey Filipo, que tiene cinco esposas. Un matrimonio para afianzar cada conquista y sellar cada victoria: Fila de Elimea, en el norte; Audata, la princesa iliria; Olimpia de Epiro, primera entre todas las esposas, la única que tiene el título de reina; Filinna de Tesalia; y Nikesipolis de Ferae, una belleza que murió en el parto. También invadió Tracia, después de Tesalia, pero todavía no ha tomado ninguna esposa tracia. Busco en la biblioteca que tengo en el cráneo algún hecho interesante:

—A los tracios les gusta tatuar a sus mujeres.

—Mmm. —Calístenes cierra los ojos como si acabara de saborear algo muy gustoso.

Ahora vamos bajando por la ladera de la montaña, y nuestros caballos corren por el pedregal mientras descendemos hacia la fangosa llanura.

Pitia se remueve en la silla, estirando su ropa y alisándose las cejas, tocándose con las yemas de los dedos las comisuras de los labios, como preparación para entrar en la ciudad.

—Cariño. —Pongo mi mano en la suya para que deje de acicalarse y reclamar su atención. No le hago ni caso a mi sobrino. Una mujer tracia se lo comería vivo, tan tiernecito como es, y luego escupiría sus huesecillos—. Debes saber algo más. No tienen esclavos como nosotros, ni siquiera en palacio. Todo el mundo trabaja. Y no tienen tampoco sacerdotes. El rey cumple esa función para su pueblo. Empieza cada día haciendo sacrificios, y si alguien necesita hablar con un dios, lo hace a través de él. —Sacrilegio: a ella no le gusta. Lo leo en su cuerpo—. Pella no será como la corte de Hermias. Aquí las mujeres no forman parte de la vida pública.

—¿Qué significa eso?

Me encojo de hombros.

—Los hombres y las mujeres no asisten a entretenimientos juntos, ni comen juntos. Las mujeres de tu rango no se dejan ver. No salen.

—Hace demasiado frío para salir —dice Pitia—. Y de todos modos, ¿qué importa? A estas horas, la semana que viene, estaremos en Atenas.

—Eso es verdad. —Le he explicado que este rodeo es un simple favor para Hermias. Me necesitan en Pella sólo un día o dos, una semana como máximo. Lavarse, secarse, dar descanso a los animales, entregar el correo de Hermias, partir—. Y además, no te gustarían las actividades públicas. —Las artes raramente se importan. Lo máximo es cazar jabalíes y beber—. Nunca has probado la cerveza, ¿verdad? Tendrás que probarla antes de que nos vayamos.

Ella me ignora.

—¡Cerveza! —exclama Calístenes—. Yo me beberé la tuya, tía.

—Recuerda —le digo al joven, que tiene tendencia a lanzar risitas cuando se emociona—, ahora somos diplomáticos.

La caravana recupera su ritmo, y la espalda de mi esposa se endereza. Seguimos.

A pesar de la lluvia y del barro en el que nos hundimos hasta el tobillo, mientras pasamos por las afueras de la ciudad vamos recogiendo todo un séquito, hombres y mujeres que salen de sus casas a mirar, y niños que corren detrás de nosotros, tirando de las pieles que cubren los abultados carros e intentando llevarse algún recuerdo. Se ven particularmente atraídos por el carro que lleva las jaulas (unos cuantos pájaros empapados y pequeños animales) a las que se acercan, y luego se retiran, chillando de placer y agitando las manos como si les hubieran mordisqueado. La mayoría son niños altos y bien formados. Mis hombres dan patadas sin alterarse a un grupo de pequeños mendigos para apartarlos, mientras mi sobrino, amistosamente, se vuelve los bolsillos para probar su pobreza. Pitia, velada, es la que atrae más miradas.

En el palacio, mi sobrino habla con el guardia. Nos dejan entrar. Cuando las puertas se cierran detrás de nosotros y empezamos a desmontar, observo a un chico (quizá de unos trece años) que merodea entre los carros. Con el pelo chafado por la lluvia, la piel rubicunda, los ojos muy grandes, como los de un ternero.

—Apártate de ahí —le digo, cuando el chico intenta ayudar con una de las jaulas, la de un camaleón. Más amablemente, cuando se vuelve a mirar, sorprendido, le suelto—: Te morderá.

El muchacho sonríe.

—¿A mí?

El camaleón huele a mierda y está letárgico y peligrosamente pálido; espero que sobreviva hasta que pueda preparar una disección adecuada.

—¿Ves sus costillas? —le digo al chico—. No son como las nuestras. Se extienden hasta abajo del todo, y se unen en el vientre, como las de un pez. Las patas se flexionan en el sentido contrario a las piernas de un hombre. ¿Ves los dedos de los pies? Tiene cinco, como tú, pero con garras, como si fuera un ave de presa. Cuando está sano, cambia de color.

—Quiero ver eso —dice el chico.

Juntos estudiamos al monstruo, con el ojo que nunca se cierra y el rabo enroscado como una correa.

—A veces se pone oscuro, casi como un cocodrilo —digo—. O con manchas, como un leopardo. Pero me temo que hoy no lo verás. Está casi muerto.

Los ojos del chico escrutan los carros.

—Pájaros —dice.

Asiento.

—¿También se están muriendo?

Asiento.

—¿Y ahí qué hay?

El chico señala hacia un carro con una gran ánfora sujeta con unas maderas y piedras metidas a su alrededor para mantenerla enhiesta.

—Dame un palito.

De nuevo una mirada de asombro.

—Ahí. —Señalo al suelo, a pocos metros de distancia, y luego me doy la vuelta lentamente y quito la tapa de uno de los recipientes. Cuando me vuelvo, el chico sujeta en alto el palo. Lo cojo, lo meto en la jarra y doy un par de toques suaves.

—Huele —dice el chico, y en realidad, el olor de agua de mar, cremoso y rancio, se mezcla con el olor a estiércol de caballo en el patio.

Saco el palo. Cogido a su punta está un pequeño cangrejo.

—Sólo es un cangrejo.

—¿Tú sabes nadar? —pregunto.

Como el chico no me contesta, le describo la albufera donde solía ir a bucear, la luz del sol que brillaba y luego la inmersión. Este cangrejo, le explico, viene de allí. Recuerdo haber salido más allá del arrecife con los pescadores y ayudarlos con sus redes, para poder estudiar sus capturas. Allí también nadaba, donde el agua era más honda y más fría, y las corrientes eran como estrías de las rocas, y más de una vez tenían que rescatarme y llevarme, mientras tosía, a un barco. De vuelta a la costa, los pescadores encendían fogatas, hacían sus ofrendas y cocinaban lo que no habían podido vender. Una vez salí con ellos a capturar delfines. Con sus canoas de troncos rodeaban un grupo e iban golpeando el agua con los remos, haciendo mucho ruido. Los animales se iban ellos mismos hacia la playa, cuando intentaban huir. Yo salté de la canoa al llegar a la costa y fui chapoteando por los bajíos para reclamar uno para mí. A los pescadores les hacía gracia mi fascinación por las vísceras, que eran incomibles y que, por lo tanto, para ellos, eran un desperdicio. Se maravillaban al ver mis dibujos de disecciones. Señalaban con incredulidad las aves, los ratones, las serpientes y los escarabajos, y se alegraban cuando reconocían un pez. Pero igual que el naranja se va atenuando hasta el azul en unos pocos momentos del crepúsculo, así en la mayoría de la gente la maravilla se diluye rápidamente para convertirse en horror. Una bonita metáfora para una lección dura que aprendí hace mucho tiempo. Los dibujos de mayor tamaño (vaca, oveja, cabra, ciervo, perro, gato, niño) los dejaba en casa.

Puedo imaginar la helada incomprensión de mis colegas en Atenas. La ciencia es el trabajo de la mente, dirán, y aquí estoy yo perdiendo el tiempo nadando y zampando.

—No podemos dilucidar las causas hasta que tengamos hechos —digo—. Se tiene que comprender eso por encima de todo. Debemos observar el mundo, ¿lo ves? De los hechos extraemos los principios, y no al revés.

—Dime más hechos —me pide el muchacho.

—Los pulpos ponen tantos huevos como las arañas venenosas. No hay sangre en el cerebro, y en cualquier otra parte del cuerpo la sangre sólo puede ser contenida por vasos sanguíneos. Los cachorros de oso nacen sin articulaciones, y sus madres deben lamerles los miembros para que adopten su forma. Algunos insectos son generados por el rocío, y algunos gusanos nacen espontáneamente en el estiércol. Hay un pasaje en tu cabeza desde el oído hasta el cielo de la boca. También tu tráquea entra en tu boca bastante cerca de la parte de atrás de los agujeros de la nariz. Por eso cuando bebes demasiado rápido, la bebida te sale por la nariz.

Guiño un ojo y el chico sonríe débilmente por primera vez.

—Creo que sabes más de algunas cosas que mi tutor. —El chico hace una pausa, como si esperase una respuesta a esa observación tan significativa.

—Posiblemente —digo.

—Mi tutor, Leónidas.

Me encojo de hombros, ya que el nombre no significa nada para mí. Espero que hable de nuevo, que me ayude o se convierta en un incordio, pero se va corriendo de vuelta a palacio: sólo un niño que corre bajo la lluvia.

Y aquí viene ya nuestro guía, un lacayo barrigón que nos conduce a unas habitaciones en palacio. Chorrea de sudor, aun bajo esta lluvia, y sonríe con satisfacción cuando le ofrezco una silla y agua. Creo que está moldeado con grasa pura. Dice que me conoce, que me recuerda de mi niñez. Quizá. Cuando bebe, su boca deja pequeñas migas en el borde interior de la copa, aunque no hemos comido.

—Ah, sí, te recuerdo —dice—. El chico del médico. Muy serio, muy serio. ¿Ha cambiado? —Hace un guiño a Pitia, que no reacciona—. ¿Y ése es tu hijo?

Se refiere a Calístenes. Es el hijo de mi primo, explico, a quien llamo sobrino para simplificar; viaja conmigo como aprendiz.

Pitia y sus doncellas se retiran a una habitación interior; he enviado a mis esclavos a los establos. Somos demasiadas personas para las habitaciones que nos han asignado, y pasarán calor aquí. También estarán fuera de la vista. Aquí se conoce la esclavitud, pero no es común, y no quiero parecer ostentoso. Dan a un pequeño patio con una fuente parloteante y unos cuantos árboles en macetas, almendros e higueras. Mi sobrino se ha retirado al abrigo de una columnata, y está discutiendo algún asunto consigo mismo, con sus finas cejas fruncidas y oscurecidas como granos de nuez por lo intrincado de sus pensamientos. Espero que esté trabajando en la realidad de los números, un problema en el que últimamente estoy interesado.

—Has vuelto en un buen momento —dice el lacayo—. La guerra, ¡bah! —Se golpea con los gordos puños en el pecho y se ríe cuanto se puede—. ¿Has venido a ayudarnos a dirigir el mundo?

—Ya ocurrirá —afirmo—. Es nuestro momento.

El hombre gordo se ríe de nuevo, palmotea.

—Muy bien, hijo del médico —dice—. Eres muy listo. Di: «escupo a Atenas».

Escupo sólo para hacerle reír de nuevo, para desencadenar el temblor de su carne.

Cuando se ha ido, miro hacia el patio.

—Ve con él —dice Pitia, pasando junto a mí con sus doncellas, y enciende lámparas para evitar una oscuridad que va en aumento.

En otras ventanas veo luces, pequeños puntitos, y oigo las voces de hombres y mujeres que vuelven a sus habitaciones una vez cumplidos los deberes públicos, por la noche. La vida palaciega es la misma en todas partes. Me sentí muy feliz de apartarme de ella durante un tiempo, aunque sé que Hermias se sintió decepcionado cuando le dejamos. Los hombres poderosos nunca quieren dejarte marchar.

—Estoy bien aquí —dice Pitia—. Ya iremos deshaciendo el equipaje. Vete.

—No se ha apartado de nosotros desde hace diez días. Tal vez quiere descansar un poco.

Viene un soldado a decirme que el rey me recibirá mañana por la mañana. Luego llega un paje con bandejas de comida: fruta fresca y seca, pescado menudo y vino.

—Come —me dice Pitia. Ha pasado algún tiempo, no estoy seguro de cuánto. Estoy en una silla, envuelto en una manta, y ella está colocando a mis pies una bandeja negra y una copa—. Ya sabes que comer te ayuda.

Estoy sollozando: es por algo de Calístenes, de la caída de la noche, y el angustioso caos de nuestras vidas en este momento exacto. Ella me seca la cara con la manga de su vestido, uno verde que me gusta mucho. Ha tenido tiempo para cambiarse y ponerse algo seco. Las cosas húmedas están tendidas y colgadas por todas partes; estoy en la única silla que no ha sido ocupada.

—Es tan joven —dice ella—. Quiere echar un vistazo a la ciudad, eso es todo. Volverá.

—Ya lo sé.

—Entonces come.

Le dejo que me ponga un trocito de pescado en la boca. Aceite, un punto de sal. Me doy cuenta de que tengo hambre.

—¿Lo ves? —me pregunta.

No hay nombre alguno para esta enfermedad, ni diagnóstico, ni tratamiento mencionado en los libros médicos de mi padre. Podrías estar de pie a mi lado y no adivinar nunca mis síntomas. Metáfora: me afligen los colores, gris, rojo intenso, negro intenso, oro. No siempre veo cómo seguir adelante, cómo vivir con una dolencia que no puedo explicar y que no sé curar.

Dejo que ella me lleve a la cama. Me echo entre las sábanas que ha calentado con piedras del hogar, oigo el ruido, como de olas, que hace al desnudarse.

—Hoy me has cuidado —le digo. Tengo los ojos cerrados, pero aun así noto que se encoge de hombros—. Haciéndome cabalgar. No querías que se rieran de mí.

Llamas rojas aletean detrás de mis párpados cerrados; ella ha traído una vela a la cabecera de la cama.

—Esta noche no —le digo.

Antes de que nos casáramos, le hice muchos regalos buenos: ovejas, joyas, perfumes, cerámica, ropa excelente. Le enseñé a leer y a escribir porque estaba enamorado y quería darle algo que ningún amante hubiera pensado en darle antes.

A la mañana siguiente veo la nota que ha dejado para mí, ese roce de ratones que me pareció oír al deslizarme en el sueño: «caliente, seco».

Mi sobrino todavía está despatarrado en su cama cuando paso por su habitación de camino hacia mi audiencia. Está borracho y ha follado: tiene la cara rojiza y sudorosa, duerme profundamente, huele a flores desagradablemente dulces. Todos tomaremos un baño, más tarde. Otro día gris, con algo mordiente en el aire y con la lluvia a punto de caer. Nadie diría que es primavera. Mi humor es delicado, pero soportable; voy andando por el borde de un acantilado, pero, por el momento, me mantengo erguido. Quizá baje solo a la ciudad, más tarde, para rebañar un recuerdo, algo extraído de lo más profundo de la mente.

El palacio parece haberse reorganizado durante mi larga ausencia, como una serpiente que arreglase su cuerpo enroscado. Reconozco todas las puertas y las salas, pero no su orden. Buscando el salón del trono, entro sin querer en el teatro interior.

—¡Perra! —grita alguien—. ¡Perra!

Me cuesta un poco darme cuenta de que me están chillando a mí.

—¡Fuera!

Mis ojos se acostumbran a la oscuridad ahumada. Distingo unas cuantas figuras en el escenario, y un hombre muy furioso que sube hacia mí por entre las filas de asientos de piedra. Un mechón de pelo blanco encima de una cara hermosa, grande. Unos ojos asesinos.

—¡Fuera!

Le pregunto qué obra están preparando.

—Estoy trabajando. —Una vena late junto a sus ojos. Ya está junto a mí, me echa el aliento en la cara. Está furioso, es un asesino.

Me disculpo.

—Me he perdido. ¿El salón del trono…?

—Yo le llevaré.

Miro hacia abajo, al niño que aparece repentinamente a mi lado. Es el mismo de la puerta, el que fingí no reconocer.

El director se da la vuelta y mira hacia abajo desde su sitio.

—A vuestros puestos —ladra.

—Están interpretando Las bacantes —interviene el chico—. A todos nos encantan Las bacantes.

De vuelta en el vestíbulo, levanta la mano y aparece un soldado. El chico vuelve al teatro antes de que pueda darle las gracias. El hombre me conduce a través de otro patio y otra antesala con un elaborado suelo de mosaico, una caza del león representada con guijarros de tonos sutiles. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve aquí. La roja mandíbula abierta del león ahora es rosa; el azul intenso de la mirada aterrorizada del cazador se ha quedado desvaído hasta un color azul pálido. Me pregunto adónde fueron todos los colores, si se los llevó el roce de las suelas de miles de zapatos y se esparcieron por todo el reino. Un guardia mantiene abierta una cortina a un lado, para que pase.

—Vaya tipejo más elegante —dice el rey—. Has pasado demasiado tiempo en Oriente. Mírame, hombre.

Nos abrazamos. De niños jugamos juntos, cuando el padre de Filipo era rey, y el mío era su físico. Yo era más alto, pero Filipo era más duro: sigue siendo igual. Soy consciente de la ropa fina y ligera que me he puesto para la reunión, de mi moderno peinado (llevo el pelo corto), de los dedos suavemente separados por los anillos. La barba de Filipo es basta, tiene las uñas sucias y viste ropa tejida en casa. Parece lo que es: un soldado aburrido en ese gran salón del trono de mármol.

—El ojo.

Filipo ríe una sola vez, una sola carcajada, y me permite examinar el pálido riachuelo de una cicatriz que le atraviesa la ceja izquierda, el párpado permanentemente cerrado. Ahora somos nuestros padres.

—Una flecha —dice Filipo—. Una picadura de abeja, con los problemas que tengo.

En torno a nosotros, los cortesanos se ríen. Bárbaros, supuestamente, pero yo sólo veo a hombres de mi propia altura y constitución. El pequeño Filipo es una anomalía. Ahora lleva una barba corta, pero tiene los labios tan gruesos como recordaba, la frente amplia y la nariz y las mejillas rojas típicas de un bebedor. Un idiota bastante simpático que ha pasado directamente de la niñez a la mediana edad.

Dejé el relato que le hice a Pitia con la invasión de Tracia por parte de Filipo. Desde allí, se dirigió a Calcídica, mi tierra natal, un puño de tierra con tres dedos introducido en el Egeo. Una de las primeras víctimas fue el pueblo donde nací. Nuestra caravana pasó por allí hace tres días; un rodeo importante, pero tenía que verlo. La pequeña Estagira, colgada entre la ladera de dos colinas frente al mar. La muralla occidental eran simples cascotes, las torres de guardia también. La casa de mi padre, ahora mía, estaba quemada; el jardín,

destrozado, aunque los árboles parecían estar bien. Las barcas de pesca que bordeaban la costa, quemadas. Las piedras del pavimento fueron arrancadas de las calles, y la población, hombres y mujeres a los que conocía desde la niñez, dispersados. La destrucción databa de hacía cinco años. Las noticias me llegaron justo antes de abandonar Atenas y la Academia para dirigirme a la corte de Hermias, pero no había podido enfrentarme a aquello hasta ahora. Las malas hierbas habían tendido su encaje verde por encima de los umbrales, los pájaros anidaban en las habitaciones vacías, y no olía a cadáver. Los sonidos: mar y gaviotas, gaviotas y mar.

—¿Ha sido fácil el viaje? —me pregunta Filipo.

Los macedonios se enorgullecen de hablar con libertad a su rey. Recuerdo que jugamos juntos de niños, y cojo aire. No, no ha sido fácil el viaje, le digo. No ha sido fácil ver ultrajadas las tierras de mi padre. No ha sido fácil imaginar desterrados a los actores de mi niñez. No ha sido fácil que los recuerdos de mi primera niñez hayan sido salpicados con la orina de su ejército.

—Una política muy mala —le digo—, la de destruir tu propia tierra y aterrorizar a tu propio pueblo…

Él no sonríe, pero tampoco se muestra enfadado.

—Tuve que hacerlo. La Liga Calcídica tenía a Atenas detrás, o la habría tenido, si hubiese esperado más tiempo. Fortificaciones buenas y prósperas, un buen punto de arranque, si se quiere atacar Pella. Tuve que cerrar esa puerta. Y me vas a decir que ahora estamos en paz con Atenas. Sí, estamos juntos en el Consejo Amfictiónico, los mejores amigos del mundo. Nada me gustaría más, créeme. Me gustaría pensar que no están formando una coalición contra mí ahora mismo, mientras hablamos. Me gustaría pensar que son capaces de saber cuál es su sitio. Razonablemente, de un hombre razonable a otro, ¿crees que volverán a gobernar el mundo? ¿Lo hicieron en realidad alguna vez? ¿Están escondiendo a algún Pericles por ahí? ¿Tomarán Persia de nuevo? ¿Es razonable?

Ah, una de mis palabras favoritas.

—No, razonable no.

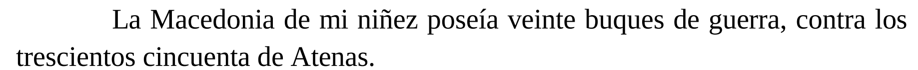
—Hablando de Persia, creo que tienes algo para mí.

La propuesta de Hermias. Se la entrego a Filipo, que se la tiende a un ayudante, que a su vez se la lleva.

—Persia —dice Filipo—. Podría tomar Persia si tuviera un poco de paz y tranquilidad a mi espalda.

Esto me sorprende; no la ambición, sino la confianza.

—¿Tienes una armada?



La Macedonia de mi niñez poseía veinte buques de guerra, contra los trescientos cincuenta de Atenas.

—Atenas tiene mi armada.

—Ah.

—No se puede ser más bueno de lo que fui yo —dice Filipo—. Bueno, o complaciente o comprensivo. Siempre les he dejado que se librasen fácilmente, he liberado prisioneros, he devuelto territorio. Demóstenes podría elaborar un par de discursos sobre eso.

Demóstenes: el orador ateniense que pronuncia discursos venenosos y estruendosos contra Filipo en la asamblea ateniense. Le vi una vez en la plaza del mercado, cuando era estudiante. Compraba vino y charlaba.

—¿Qué opinas de él? —me pregunta Filipo.

—Bilioso, colérico —le diagnostico—. Menos vino, más leche y queso. Evitar las situaciones estresantes y el tiempo cálido. Masticar bien cada bocado de comida. Retirarse de la vida pública. Paños fríos en la frente.

Filipo no se ríe. Inclina la cabeza a un lado, mirándome, como si decidiera algo. Me pone nervioso.

—¿Se está moviendo el ejército? —pregunto—. Vi los preparativos cuando llegamos. Tesalia de nuevo, ¿no?

—Tesalia de nuevo, luego Tracia otra vez —dice abruptamente—. ¿Te has traído a la familia?

—Mi mujer y mi sobrino.

—¿Buena salud?

Le doy las gracias por su interés y le devuelvo la pregunta, ritualmente. Filipo empieza a hablar de sus hijos. El uno es un campeón, devoto, genio, estrella. El otro…

—Sí, sí —dice Filipo—. Tendrás que echarle un vistazo al mayor.

Asiento.

—Fíjate cómo vas —repite, completamente perplejo—. Vistes como una mujer.

—He estado fuera.

—Son veinte años.

—Veinticinco. Cuando me fui tenía diecisiete.

—Vaya tipejo —suelta otra vez—. ¿Adónde vas ahora?

—A Atenas, a enseñar. Ya sé, ya sé. Pero la Academia todavía rige unos cuantos mundos pequeños: la ética, la metafísica, la astronomía. En mi trabajo hay que ir donde están las mejores mentes, si quieres dejar tu huella.

Se levanta y sus cortesanos hacen lo propio en torno a él.

—Cazaremos juntos antes de que me vaya.

—Será un honor.

—Y le echarás un vistazo a mi hijo —dice otra vez—. A ver si tienes algo de arte.

Un cuidador me deja entrar en la habitación de su hijo mayor. Es alto, pero su dolencia hace que resulte difícil adivinar su edad. Anda con dificultades, paralizado como si fuera un viejo, y sus ojos se mueven vagamente de un objeto a otro de la habitación. Mientras el cuidador y yo hablamos, se lleva los dedos repetidamente a la boca y se pellizca el labio inferior. Sentado o de pie, volviéndose a un lado u otro torpemente, como le indican, parece bastante amable, pero está claro que es un idiota. Su habitación está decorada como para un niño mucho más joven, con pelotas y juguetes y animales tallados tirados por el suelo. El olor es intenso, es un almizcle animal.

—Arrideo —balbucea orgulloso, cuando le pregunto su nombre.

Tengo que preguntárselo dos veces; el cuidador me advierte de que el chico es duro de oído.

A pesar de la máscara de la estupidez, veo al rey su padre en él, en la anchura de sus hombros y en la risa franca cuando algo le complace, cuando aspiro aire con fuerza o abro la boca todo lo que puedo para enseñarle al chico lo que quiero que haga. El cuidador dice que tiene dieciséis años, y que había sido un niño completamente sano, guapo y adorado, hasta los cinco. Cayó enfermo, dice el cuidador, y toda la casa se puso de duelo, pensando que quizá no sobreviviera a la fiebre, los dolores de cabeza, la extraña rigidez del cuello, los vómitos, y finalmente los ataques y el ominoso letargo. Pero quizá lo que ocurrió fue mucho peor.

—No es peor. —Estudio la nariz y los oídos del chico, la extensión de sus miembros y pruebo los suaves músculos contra los míos propios—. No es peor.

Aunque en privado me maravillo por la variación en la belleza y el orden del mundo, este muchacho me produce un escalofrío de horror.

—Toma esto. —Le tiendo a Arrideo una tablilla de cera—. ¿Me puedes dibujar un triángulo?

Pero él no sabe ni coger el estilo. Cuando se lo enseño, gorjea encantado y empieza a dibujar unas líneas onduladas. Cuando le dibujo un triángulo, se ríe. Inevitablemente pienso en mis propios maestros de la escuela, con sus modernas teorías sobre el funcionamiento de la mente. «Siempre ha habido auténticos pensamientos en él…, que sólo hay que despertar al conocimiento haciéndole preguntas…»

—No está acostumbrado —digo—. La mente, el cuerpo. Le haré hacer ejercicios. ¿Eres su acompañante?

El cuidador asiente.

—Llévalo al gimnasio contigo. Enséñale a tirar y coger una pelota. Que el masajista trabaje en sus músculos, especialmente las piernas. ¿Sabes leer?

El cuidador asiente de nuevo.

—Enséñale las letras. Primero en voz alta, y luego que las escriba con el dedo en la arena. Será más fácil para él que con el estilo, al menos al principio. Con mucha dulzura.

—Alfa, beta, gama —dice el niño, sonriendo.

—¡Bien! —Le desordena el pelo—. Muy bien, Arrideo.

—Durante un tiempo mi padre enseñó a los dos niños —interviene el cuidador—. Yo era su acompañante. El joven es muy inteligente. Arrideo le imita como un lorito. No significa nada.

—Delta —digo, sin hacer caso de las palabras del cuidador.

—Delta —responde Arrideo.

—Quiero verle cada mañana hasta que me vaya. Te daré instrucciones mientras tanto.

El cuidador tiende la mano y Arrideo la toma. Se levantan para irse. De repente, el rostro de Arrideo se enciende y empieza a aplaudir mientras el cuidador se inclina. Me vuelvo. En la puerta está de pie una mujer de mi misma edad, con un vestido sencillo gris. Lleva el pelo rojo elaboradamente peinado con grandes bucles y rizos, algo que cuesta horas de hacer, sujeto con gemas y ámbar. Tiene la piel seca y pecosa. Sus ojos son de un castaño claro.

—¿Te lo ha dicho? —me pregunta—. ¿Te ha dicho mi marido que yo envenené a este pobre niño?

El cuidador se ha quedado quieto como si fuera de piedra. La mujer y Arrideo se pasan los brazos por la cintura, y ella le besa afectuosamente la coronilla.

—Olimpia envenenó a Arrideo —canturrea ella—. Es lo que dicen todos. Celosa del hijo mayor de su marido. Decidida a asegurar el trono para su propio hijo. ¿No es eso lo que dicen? —Arrideo se ríe, está claro que no entiende nada—. ¿Verdad? —le pregunta al cuidador.

La boca del joven se abre y se cierra, como la de un pez.

—Puedes dejarnos —interviene ella—. Sí, muñeco —añade, cuando Arrideo insiste en darle un abrazo. Luego corre detrás de su cuidador.

—Perdóname —digo, cuando ambos se han ido—. No te he reconocido.

—Pero yo sí te conocía. Filipo me lo ha contado todo de ti. ¿Puedes ayudar al chico?

Repito lo que le acabo de decirle al cuidador, lo de desarrollar las facultades existentes del chico, en lugar de buscar una curación.

—Tu padre era físico, ¿verdad? Pero tú no, según creo.

—Tengo muchos intereses —digo—. Demasiados, me han dicho. Mis conocimientos no son tan profundos como eran los suyos, pero tengo cierto don para ver las cosas en su conjunto. Ese chico podría ser mejor de lo que es.

—Ese chico pertenece a Dionisio. —Se toca el corazón—. Para él hay algo más que la razón. Siento un enorme afecto por él, a pesar de lo que hayas oído por ahí. Cualquier cosa que puedas hacer por él, me lo tomaré como un favor personal.

Su voz suena falsa, con esa sonoridad de tono bajo, esa formalidad de las frases, ese tufillo a sexo tan estudiado. ¿Más que la razón? Ella hace surgir un hervor de irritación en mí, caliente y oscuro, y no del todo desagradable.

—Cualquier cosa que pueda hacer por ti, la haré —me oigo decir a mí mismo.

Cuando ella se va, vuelvo a mis habitaciones. Pitia está dando instrucciones a sus doncellas en la lavandería.

—Con suavidad, esta vez —está diciendo. Su voz suena débil, tensa y chillona, algo enfurruñada. Ellas se inclinan y salen con las cestas entre ellas—. Calístenes ha encontrado a un criado para que les enseñe dónde está el río. Volverán a golpear mi ropa con piedras, ya lo verás, y dirán que la han confundido con la ropa de cama. En casa nunca se habrían atrevido a nada semejante.

—Tendrás ropa nueva en cuanto nos hayamos instalado. Sólo un día o dos más aquí. Fíjate, estás haciendo esfuerzos por no sonreír. No puedes esperar.

—Puedo esperar un poco más —afirma, intentando apartar mis manos.

La llamé guapa; antes, quizá. Ahora su pelo cuelga liso y lacio, y sus cejas, tras diez días sin depilar, han empezado a desarrollar pelos sueltos como patas de insectos. Los labios (más fino el de arriba, más grueso el de abajo, con dos mordeduras de grietas por el frío y la humedad) querría besarlos, pero más bien por pena. La atraigo hacia mí para notar su dureza verde, sus huesudas caderas y sus pechos como pequeñas manzanas. Le pregunto si le gustaría tomar un baño, y sus ojos se cierran largo rato. Soy un idiota ordinario y al mismo tiempo la respuesta a su plegaria más ferviente.

Cuando volvemos de los baños (que, para mi gran satisfacción, la asombran: las tuberías para el agua caliente y fría, colgadores calientes con toallas tibias, el grifo en forma de boca de león, la bañera de mármol, las piedras y esponjas, los peines, aceites, limas, espejos, aromas…; la llevaré allí cada día mientras nos quedemos), Calístenes se ha levantado y se está comiendo los restos de la cena de anoche. Pitia se retira a las salas más interiores, con sus doncellas y su costura. El chico parece avergonzado, pero

también encantado consigo mismo. El sonriente Calístenes, con sus rizos y sus pecas. Tiene una naturaleza dulce y una mente ágil, y establece conexiones que otros no son capaces de hacer, pasando de la ética a la metafísica, de la geometría a la política o la poética como una abeja que picotea de flor en flor, esparciendo el polen. Yo le he enseñado esto. Puede ser también perezoso, sin embargo, como una abeja que ha tomado demasiado sol. Me preocupo por él en ambos extremos del péndulo: que me abandone alguna vez, que no lo haga nunca.

—¿Te lo has pasado bien? —le pregunto—. ¿Vas a salir otra vez esta noche? —Los celos pellizcan mis frases, pero no puedo evitarlo. El péndulo se inclina mucho hacia la izquierda hoy.

—Ven conmigo.

Le digo que tengo trabajo y él gruñe.

—Ven conmigo —insiste—. Serás mi guía.

—Puedo ser tu guía aquí —le respondo.

—Me pareció ver asomarse al número tres, anoche, en el puesto de flores del mercado —dice—. Estaba escondido detrás de un ramito de azahar.

—Es conocido por su timidez, el número tres —digo.

—¿Es mayor Pella de lo que recordabas?

—No recuerdo nada —contesto, y es cierto—. La ciudad probablemente ha triplicado su tamaño. Esta mañana me he perdido intentando encontrar los baños, aquí mismo, en palacio.

—¿No te gustaría ver la antigua casa de tu padre?

—Creo que ahora forma parte de la guarnición. ¿Quieres que te enseñe el camino de los baños, ahora que ya lo conozco? Podemos trabajar después. De todos modos, aún tienes dolor de cabeza.

—Dolor de cabeza —me confirma Calístenes—. Mal vino. Malo todo, en realidad. O más que malo, vulgar. ¿Has visto las casas? Son grandes. Y chillonas. Como los mosaicos que hay por todas partes. La forma que tienen de hablar, de comer, la música, el baile, las mujeres, parece que hay dinero por todas partes y que no saben qué hacer con él.

—No recuerdo que fuese así. Me acuerdo del frío y de la nieve. Apuesto a que nunca has visto nieve. Recuerdo lo dura que era la gente. El mejor cordero, cordero de la montaña.

—Vi algo anoche —dice Calístenes—. Vi a un hombre matar a otro mientras tomaban una copa. Le sujetó por el hombro y le golpeó en la garganta una y otra vez hasta que el otro empezó a sangrar por los oídos, la boca y los ojos, lloraba sangre, y luego murió. Todo el mundo se reía. Se reían, se reían todos. Hombres, chicos. ¿Qué tipo de gente es ésta?

—Dímelo tú.

—Animales —afirma Calístenes. Me mira a los ojos, no sonríe. Una rara pasión para una criatura tan afable.

—¿Y qué separa a los hombres de los animales?

—La razón. El trabajo. La vida del espíritu.

—¿Volverás a salir esta noche? —pregunto.

A la mañana siguiente visito a Arrideo en su habitación. Tiene la cara manchada de lágrimas y mocos; su cuidador mira por una ventana y finge que no me ha oído entrar. El chico sonríe, dulce y frágil, cuando me ve. Le deseo buenos días y él dice: «uh».

—¿Algún progreso? —pregunto al cuidador.

—¿En un día?

Cojo un manto que está colgado en el respaldo de una silla y se lo pongo al chico por encima de los hombros.

—¿Dónde está tu calzado?

Ahora el cuidador nos mira. Es un miserable remilgado y aprovecha la ocasión.

—No puede andar demasiado lejos —dice—. No tiene calzado de invierno, sólo sandalias. Nunca sale fuera, en realidad.

—Entonces tendrás que prestarle el tuyo —le digo.

El otro levanta las cejas.

—¿Y yo qué llevo?

—Puedes ponerte las sandalias de Arrideo, porque no vienes.

—Estoy obligado a acompañarle a todas partes.

No sé muy bien si está enfadado conmigo o asustado por temor a perder su empleo. Mira a Arrideo y automáticamente le aparta el pelo de la frente. El chico se encoge al sentir su contacto. Así que ese tipo de mañanas han tenido.

—Dame tu maldito calzado —le suelto.

Arrideo quiere cogerme de la mano mientras andamos.

—No, Arrideo —le digo—. Los niños se cogen de la mano. Los hombres caminan solos, ¿lo ves?

Llora un poquito, pero se detiene en cuanto ve adónde le estoy llevando. Farfulla algo que no entiendo.

—Sí, muy bien. Vamos a dar una vuelta por la ciudad, ¿verdad?

Se ríe y lo señala todo: los soldados, la puerta, el remolino gris en el cielo. Los soldados le miran curiosos, pero nadie nos detiene. Me pregunto cada cuánto tiempo saldrá de su habitación, y si ellos saben siquiera quién es.

—¿Cuál es el sitio al que prefieres ir?

No me entiende. Pero cuando ve un caballo, un gran semental que está atravesando la puerta, palmotea y farfulla un poco más.

—¿Caballos? ¿Te gustan los caballos?

A través de la puerta he captado un atisbo de la ciudad: gente, caballos, las monstruosas casas que tanto han ofendido a mi sobrino… Me doy cuenta de que mi corazón no está todavía listo para todo eso, de modo que me contento con acompañarle a los establos. En medio de una larga hilera de compartimentos encuentro a nuestros animales: Pizca, Brea, Dama, Gema y los demás. Arrideo está muy emocionado. Cuando tropieza conmigo me pregunto si el olor indica que se ha meado encima. Los caballos le miran de reojo y sólo el enorme y negro Brea se interesa por nosotros, levantando la cabeza cuando me reconoce. Se acerca tranquilamente para recibir algo de afecto. Le enseño a Arrideo cómo ofrecerle una zanahoria con la mano abierta, pero cuando el caballo le toca él chilla y se aparta. Le cojo la mano y la vuelvo a guiar, haciendo que acaricie la mancha que Brea tiene en la frente. Él quiere usar los nudillos, y cuando la miro de cerca veo que su palma está marcada con llagas abiertas, una especie de sarpullido. Tendré que encontrar algún ungüento.

—¿Sabes cabalgar? —le pregunto.

—No, señor —responde alguien. Es un mozo de cuadra que está limpiando la paja—. El otro lo trae aquí a veces y le deja que se siente en un rincón. Se queda así sentado y quieto durante horas. No tiene equilibrio para cabalgar, creo. No le iría bien caerse de cabeza, ¿verdad?

Llevo a Brea afuera, al patio, y lo ensillo. Llueve otra vez. Sujeto el pie de Arrideo en mis manos juntas y él se queda clavado. Ha dejado de reír al fin, y me mira buscando ayuda. Intento darle un empujón hacia arriba, pero es demasiado débil para alzarse solo hasta el lomo del caballo. Salta un poco con un pie y el otro levantado en el aire, lo que me da una visión de su entrepierna húmeda.

—Aquí —dice el mozo, y trae un barril rodando para que el chico se suba.

Entre los dos conseguimos subirlo al caballo y le persuadimos para que eche una pierna por encima del lomo del animal.

—Ahora, abrázalo —dice el mozo, y se inclina hacia delante con los brazos curvados en torno a una montura imaginaria.

Arrideo se derrumba ansioso sobre el lomo de Tar y lo abraza bien fuerte. Intento que vuelva a incorporarse y se quede sentado, pero el mozo dice:

—No, no. Deja que el animal camine un poco y que se acostumbre al movimiento.

Conduzco a Brea lentamente por el patio, mientras Arrideo se agarra a él con todo el cuerpo, con la cara enterrada en su crin. El mozo observa.

—¿Es un buen caballo? —le pregunta a Arrideo.

El chico sonríe, con los ojos cerrados. Está encantado.

—Fíjate, mira —dice el mozo—. Pobre descerebrado. ¿Se ha meado encima?

Yo asiento.

—Así, vamos.

Conduce de nuevo a Brea hacia el barril y ayuda a Arrideo a bajar. Yo esperaba que el chico se resistiera, pero parece demasiado conmocionado para hacer otra cosa que lo que se le ordena.

—¿Te gustaría volver aquí? —le pregunto—. ¿Aprender a cabalgar bien, como un hombre? —Él palmotea—. ¿Cuándo molestaremos menos? —pregunto al mozo.

Él hace un gesto desdeñando la pregunta. Sus ojos negros son brillantes y curiosos, y miran a Brea, luego a Arrideo.

—No te conozco —dice, sin mirarme directamente. Da unas palmadas afectuosas a Brea en el cuello.

—Soy el físico del príncipe. —Pongo una mano en el hombro de Arrideo—. Y su tutor. Durante unos días, solamente.

El mozo de cuadra se ríe, pero de un modo que no me desagrada.

Eurípides escribió Las bacantes al final de su vida. Dejó Atenas disgustado por el fracaso de sus obras en los concursos, eso dice la historia, y aceptó una invitación del rey Arquelao para venir a Pella y trabajar ante un público más favorable (y menos exigente). Murió aquel invierno, de frío.

Trama: furioso al ver que la casa real tebana le niega la divinidad, Dionisio decide vengarse en el mojigato y joven rey Penteo. Penteo hace encarcelar a Dionisio. El dios, a su vez, le ofrece espiar las fiestas de sus seguidoras, las bacantes. Penteo, fascinado y repelido a la vez por el comportamiento brutal de esas mujeres, accede a disfrazarse como si fuera una de ellas e infiltrarse en sus fiestas, en el monte Citerón. El disfraz no consigue engañarlas y Penteo acaba desgarrado a trozos por las bacantes, entre las que se encuentra su propia madre, Agave. Ella vuelve a Tebas con su cabeza, creyendo que ha matado a un león de montaña. Se va recuperando poco a poco de su estado de posesión y entonces se da cuenta de lo que ha hecho. La familia real acaba destruida, muerta o exiliada por el dios. La obra obtuvo el primer premio de la competición de Atenas al año siguiente, después de la muerte de Eurípides.

A todos nos encanta Las bacantes.

Los actores se apiñan en el proscenio, excepto el hombre que representa al dios, que se pone de pie encima de una caja de manzanas para poder mirar a los mortales desde arriba. No es muy alto. Para la actuación

podrían vestirle con una túnica larga que escondiese la caja. Sería una buena idea.

—Penteo, hijo mío…, mi niño… —dice el actor que representa a Agave—. Yaciste en mis brazos a menudo, tan indefenso, y ahora de nuevo necesitas mis amantes cuidados. Mi querido, dulce niño… Yo te he matado… ¡No! ¡No puedo decir eso, yo no estaba allí! —exclama el actor—. Yo estaba… en otro lugar. Fue Dionisio. Dionisio me tomó, Dionisio me usó, y Dionisio fue quien te mató.

—No —replica el actor que representa al dios—. Aceptad la culpa, acusaos a vosotros mismos.

—Dionisio, escúchanos —dice Kadmos, el actor que representa al padre de Agave—. Nos hemos equivocado.

Al cabo de un momento de duda, el director dice:

—Ahora lo entendéis.

—Ahora lo entendéis, pero es demasiado tarde. Cuando debisteis ver, estabais ciegos —declama el actor que representa al dios.

—Eso ya lo sabemos. Pero tú eres como una marea que nos revuelca y nos ahoga.

—Porque nací con dominio sobre vosotros, y vosotros me desposeísteis. Y yo no…

El director interrumpe:

—¡Kadmos!

—Entonces no deberías ser como nosotros, tus súbditos. No deberías tener pasiones —dice reprobadoramente el anciano desde el fondo del escenario.

—Y no las tengo —repite el actor, y como nadie le interrumpe, continúa—: Pero éstas son las leyes, las… leyes de la vida. No puedo cambiarlas.

—Las leyes de la vida —dice el director.

—Las leyes de la vida —repite el actor.

—Está decidido, padre —interviene el actor que representa a la mujer, Agave—. Debemos ir y llevarnos nuestra pena con nosotros.

Hay algún manejo con una sábana de tela, que permite al actor que representa a Dionisio escabullirse fuera del escenario sin que le vea el público, dejando la caja. Yo cambio mi idea a unos zancos.

El actor que representa a Agave respira hondamente sin decir nada, y el director suelta:

—Ayúdame. Llévame con mis hermanas. Ellas compartirán mi exilio y los años de sufrimiento. Llévame donde no pueda ver el monte Citerón, donde las ramas envueltas en hiedra no puedan recordarme lo que ha ocurrido.

Que otras sean poseídas. Yo me he marchitado. Podéis follarme, pero ya me he marchitado.

Después, tomando vino entre bastidores, el director menea la cabeza y dice:

—Aficionados…

—Aquí no conseguirás profesionales —le digo.

Carolo es ateniense. Tiene una nariz enrojecida y alegre de bebedor y una forma ronca y autoritaria de manejar el mundo. El actor que interpretaba el papel de mujer, Agave, en una mesa mucho más animada en otro rincón de la sala, es como una yegua castaña y zanquilarga.

—Al menos ése hace bien el papel —digo.

—Sí, es verdad —afirma Carolo—. Quizás haya sido ése mi error.

En la mesa del actor trastean alegremente con las sillas para hacerme sitio, aunque yo me niego a sentarme. Todavía llevan los trajes de la obra y se divierten vorazmente.

—Cada vez mejor —digo.

He asistido a los ensayos desde que di con ellos, el día que llegamos. Cuando volví aquel día, más tarde, para disculparme con Carolo por la interrupción, él también se disculpó conmigo. Sufría de dolores de cabeza e insomnio, y su reparto estaba formado por gente de allí, la mayoría payasos y juglares, acróbatas y un par de músicos.

—Cuando pienso que Eurípides pudiera ver esto, me muero —me dijo—. Me muero una y otra vez.

Cuando descubrió que yo conocía la obra, que ya la había visto en Atenas en mis días de estudiante, comparamos las notas y me di cuenta de que era su propio Dionisio el que había visto. Entonces él era bastante joven todavía para encargarse del papel: con el pelo oscuro, en lugar de blanco, y la voz penetrante e intensa. El chico que ha conseguido ahora para el papel es bastante guapo, pero duro de mollera y extrañamente remilgado. Hay que enseñarle a andar como un gallito, y no como una gallina. El envejecido Kadmos, cuya profesión es la de payaso, se considera un profesional, aunque nunca ha hecho tragedia, y se tiene también por el portavoz de los actores. Lleva sus quejas a Carolo y se las transmite con largas parrafadas, encantado con su propia dicción. Agave queda bien con peluca, pero suelta risitas tontas y camina con afectación y se olvida de su texto. Penteo falta a menudo a los ensayos, sin explicación. Hoy, por ejemplo, no está.

Los actores se entretienen con un juego de bebida, arrojándose la bola de trapos que han usado como cabeza de Penteo entre ellos; quien la deje caer tiene que ponerse de pie y vaciar su copa mientras los demás se burlan y le abuchean. Me uno a Carolo. Me gusta ese hombre. Me gusta tener un amigo

que es casi de mi misma edad. Algo mayor, en realidad, pero no lo suficiente para ser mi padre, y eso también me gusta. Y todavía no se han apagado las brasas de su sexualidad; se nota cuando se enfada. Le gustan los hombres, me lo dijo enseguida, y no le importó cuando le dije que a mí no. Hablo en dialecto con los actores, pero no con él. Hablamos de obras y de teatro generalmente, nos contamos el uno al otro qué montajes hemos visto. No he visto casi nada que él no conozca ya.

Le pregunto qué es lo que hace buena una tragedia. Él se lo piensa un rato. Hay un silencio cordial entre nosotros mientras los actores, poco a poco, se van alejando, diciéndose adiós los unos a los otros con efectismo, y la lluvia aumenta, tamborileando en el tejado como dedos. Ha traído un buen vino no sé de dónde, no es el local.

—Una pregunta curiosa —dice—. Una buena muerte, un buen dolor, una buena tragedia. «Buena» es una palabra curiosa.

—Estoy escribiendo un libro. —Es la respuesta que suelo dar siempre cuando mi interlocutor me empieza a mirar de una forma rara. Y quizá sea así; de repente, creo que quizá sea así. Una obra breve, que me devuelva aquí cuando la lea de nuevo dentro de unos años, a esta lluvia y a esta copa de vino y a este hombre al que estoy dispuesto a querer. La comodidad que hay aquí, en este pequeño santuario.

—Por los dioses, hombre —dice el otro—. ¿Estás llorando?

Le respondo que no me encuentro bien.

—¿Qué tipo de libro? —me pregunta.

—Un análisis —digo sin pensarlo demasiado—. En dos partes, tragedia y comedia. Los elementos constitutivos de cada una, con ejemplos.

—Tragedia para principiantes.

—Claro. Una amable introducción.

—¿Cómo de mal estás?

Le digo que lloro con facilidad, que me río con facilidad, que me enfado con facilidad. Me siento abrumado.

—¿Y eso es una enfermedad?

Le pregunto cómo lo llamaría, pues.

—Histrionismo —dice—. ¿Y qué haces para curarte?

Escribo libros.

Él asiente, luego menea la cabeza.

—Mi padre tenía lo mismo. Ojalá hubiese escrito libros. Era un borracho.

Espero algo más, pero no añade nada.

—Una buena tragedia —dice—. Creo que eres un aficionado.

Me inclino hacia delante. Le cuento que eso es exactamente lo que soy. Sugiero los zancos.

Él se ríe, luego se queda otra vez callado, tanto rato que me pregunto si nuestra conversación habrá concluido y si esperará que me vaya. Me aclaro la garganta.

—Es todo el curso de la vida de un personaje —dice—. Las acciones que emprende, las decisiones, las elecciones que le traen justo hasta el momento presente. Tener que elegir. —Señala hacia mí—. Eso es lo que quiero decir. Estás rodeado de maldades, un banquete de maldades, y tienes que elegir. Tienes que llenar tu plato y comértelas.

—¿Y la comedia?

Me mira como si fuera idiota.

—La comedia te hace reír. Un par de esclavos sodomizándose el uno al otro, tenemos eso y gracias. ¿Cómo lo llamaríais aquí?

Pienso un momento.

—Dar por culo —digo en dialecto.

Él gruñe. Le gusta.

—¿Y ya está? —pregunto.

Carolo sacude un dedo reprobador hacia mí.

—No te voy a consentir que desprecies las comedias. Fueron mi forma de vida durante los primeros años. Lisístrata sin atrezo, no sé si me explico. Ésa me dio buena reputación. Entonces era sólo un adolescente.

—Empezaste muy joven.

—Pues sí, hombre. —Se agarra la entrepierna y nos reímos—. Era el negocio de la familia. Mi abuelo era Tiresias en la primera representación de Edipo rey.

—No me digas…

—Sí. Después de él, mi padre se encargó del papel. —Se me queda mirando y no dice nada más durante un rato.

Luego:

—Guardo la máscara que llevaba aquella noche. Te la enseñaré algún día, si quieres.

—¿Te la dieron? —Me refiero a la compañía. Las buenas máscaras son muy caras, irreemplazables.

—La robé.

Asiento.

—No hay máscaras para esta gente. —Carolo agita la mano hacia la mesa que los actores acaban de abandonar para dirigirse a la ciudad—. No tengo ni tiempo ni dinero. De todos modos, ellos son tan tiesos que no creo que nadie notase la diferencia.

—Eres demasiado duro con ellos. Dionisio está mejorando, con tu ayuda.

Su gesto se vuelve amargo.

—No me trates con condescendencia —contesta—. ¿Crees que quería acabar aquí?

—Es curioso, oigo hablar muy a menudo de Pella en esos términos.

No le interesa nada de eso.

—¿Sabes quién lo hará bien? ¿El único? Penteo. Y ¿sabes por qué? Porque voy a acabar interpretando el papel yo mismo, si el otro falta a un maldito ensayo más.

—Puto —digo yo.

—Un puto ensayo. El viernes ya me tendrás haciéndome pasar por un nativo. ¿Dónde está ese hijo de puta, por cierto?

Algo aterriza en la mesa entre nosotros: la bola de trapos que usaban los actores como cabeza de Penteo. Se ha desenrollado y arrastra un rabo de trapo como una estrella fugaz. El bulto mugriento y blando cae casi sin provocar sonido alguno, sin volcar nuestras copas siquiera. La pintura que lleva, los ojos y la boca y un poco de sangre rosa, está emborronada como un dibujo infantil.

—Ya no asusta a nadie. —El chico sale de las sombras. Me pregunto cuánto tiempo llevará allí escuchándonos.

—Ah, eres tú. —Carolo me guiña el ojo—. Qué diablillo. Así pues, ¿qué nos asustaría?

El chico mira al techo.

—Una cabeza de verdad —dice.

Bravuconería infantil. Pero Carolo asiente, con las cejas levantadas. Finge seriedad; yo le sigo el juego.

—¿Y dónde podemos conseguir una? —pregunta el director.

El chico se queda callado, como si la pregunta fuera tan estúpida que se estuviera preguntando si no se había perdido algo.

—Pues en cualquier parte.

—Problemas logísticos —digo—. Necesitarías una cabeza nueva para cada representación. Dudo que aguantasen mucho.

—Sólo la haremos una noche —dice Carolo.

—Mucha sangre —intervengo—. Es una marranada.

—Una marranada —le dice Carolo al niño.

—Bueno, sí —contesta él—. Pero ¿no queréis que parezca real?

—Usamos los trajes una y otra vez —afirma Carolo—. Hoy de Penteo, mañana de Creón. ¿Quieres que lo tiñamos todo de rosa? Real, pero sólo lo justo, no sé si me entiendes.

—La podríais cauterizar —suelto. Los dos me miran—. Cauterizar. Pones una chapa de metal encima de un brasero. Luego aprietas el corte encima de la chapa hasta que se quema. Lo sella todo y detiene la sangre.

El chico frunce el ceño.

—Como la carne frita.

—Exacto.

—Bien. —Carolo da una palmada—. Problema resuelto. —Le arroja la pelota de trapos al chico—. Te pongo a ti al cargo, entonces. La cabeza de Penteo ahora es asunto tuyo.

El chico parece muy complacido. Se va, arrojando la pelota al aire y recogiéndola cuando cae.

—Interesante —digo.

—Le gusta ver los ensayos, como a ti —interviene Carolo—. No molesta, no dice nada. A los actores les gusta tenerlo por ahí. Es como una mascota.

—De todos modos, tiene talento para lo dramático.

De nuevo las cejas arriba.

—Algún talento tiene —dice Carolo.

El chico vuelve.

—Por cierto, sé dónde está Penteo.

Me aclaro la garganta, preparándome para una presentación formal. Ya es hora.

—Mocoso. —Carolo me ignora—. ¿Dónde está?

—Está enfermo —contesta el chico—. He oído que los actores hablaban de él. No puede comer y no puede cagar, y algunos días ni siquiera se puede levantar de la cama.

—Maldito maricón —dice Carolo, complacido consigo mismo.

El chico se vuelve, levanta la cabeza de trapos por encima de la suya propia y se va, ahora de verdad.

La pasada semana vi que podía lograr que Arrideo hiciera cualquier cosa, si tiene que ver con los caballos.

—¿Cuántos? —Señalo los compartimentos.

—Uno, dos, cinco —dice, y es verdad, hay cinco caballos dentro, incluido mi favorito, Brea.

—¿De qué color? —Señalo a Brea, y él se ríe, se bambolea, palmotea y busca la brida que cuelga de un clavo en la pared.

—No —le aparto la mano—. Pronto. Pero ahora no. ¿De qué color es Brea?

—Nego, nego, nego —dice él.

—Negro.

—Ner-go.

—Ro, ro, ro —digo—. Gro, gro, gro. Negro.

Él se ríe de mí; bien. Le doy un palo y hago que me dibuje formas en el barro: círculo, triángulo. Le cuesta el cuadrado, y veo que su atención se ha dispersado casi por completo, como el aceite casi totalmente consumido de una lámpara. Tiene un tipo de inteligencia salvaje, sabe más o menos cómo conseguir lo que necesita (comida, bebida, compañía básica, el orinal), pero si intento subir un nivel más, se queda agotado enseguida. Literalmente: con los ojos enrojecidos, empieza a bostezar, incluso su piel parece ponerse más gris.

Dejo las formas y hago que salte arriba y abajo diez veces mientras yo voy contando. También se cansa enseguida de esto, aunque ya no llora cuando no quiere hacer algo. Le he pedido al mozo de cuadra que le busque algún trabajito cerca de los caballos, barriendo y esas cosas, algo que le mantenga en movimiento. Antes de irme le pediré a Filipo que se deshaga del cuidador y que encuentre a alguien más simpático, más dispuesto a reconocer sus mejoras y contribuir a ellas. Tiene que haber alguien.

—¿Es la hora de cabalgar? —pregunto.

Él ya monta más fácilmente, y se sienta erguido. Montado se muestra más coordinado, con mejor equilibrio que de pie. Eso me sorprende y no se me ocurre el motivo de que sea así, aunque el mozo me dice que él ya lo ha observado antes. Me parece que es de esos que ya lo han visto todo antes y que no quieren que se les explique nada, o al menos que no está dispuesto a mostrar sorpresa alguna, pero es amable y atento y me ayuda sin interponerse en mi camino, y no me ha preguntado por qué me preocupo. Dice que ha visto a niños que son torpes y desgarbados mostrar gracia con sus animales. Lo ha observado también con soldados heridos que tienen que aprender de nuevo a cabalgar. A veces podría ser una herida en la pierna o la pelvis, pero dice que ha visto a hombres que no tienen heridas externas y que han sufrido algún daño en la cabeza y no recuerdan ni cómo levantar las manos hasta que se les dan unas riendas. Le pregunto qué piensa él de todo esto. Se encoge de hombros.

—A la gente le gustan los caballos —dice—. Es una parte de nuestra naturaleza. Yo soy muy feliz a caballo, ¿tú no lo eres? Podría olvidarme de todo y seguir recordando cómo se monta. Mi padre era así también. Al final era sólo un idiota balbuciente, no muy distinto de éste —señala hacia Arrideo—, pero se sentaba como un general. ¿No eres mucho más feliz a caballo? —pregunta de nuevo.

No tengo corazón para decirle que yo no. Me pregunto dónde tendrá lugar el resto de su vida, cuando no esté en los establos: qué habitaciones, qué comida, qué sueño, a quién cabalga en su lecho. Le recuerdo a Arrideo que

mantenga los talones bajos y no pierda de vista al mozo que lo lleva en torno a la pista con una correa. Dice «anda», como le ha enseñado el hombrecillo, y «para»; un logro hercúleo en sólo siete días. En el lomo, Arrideo está imponente, y me encanta oír su voz dando esas órdenes. Le he ordenado a su cuidador que le bañe cada día y que mantenga su ropa bien limpia. Le he dicho a ese pequeño cascarrabias que le obligaré a cambiarle de ropa si lo que lleva el príncipe no es adecuado. Me cuido mucho de referirme a él como «el príncipe». Me gusta oír mi propia voz dando esas órdenes, y me pregunto a veces por qué he concebido un disgusto tan grande por ese cuidador. Él tiene un trabajo que yo detestaría, y para él resulta natural despreciarme a mí, que juego con el trabajo de su vida durante una hora o dos cada día. Me pregunto qué ambiciones podría tener si no estuviera ligado a un idiota todas las horas del día. Me pregunto qué hará cuando le libero de él. Tendré que seguirle a escondidas algún día y averiguarlo.

Después del paseo a caballo de Arrideo, le muestro cómo almohazar su montura. Al principio es rudo, y tengo que enseñarle la dirección del pelaje del caballo y los lugares más sensibles del cuerpo del animal. Todavía se pone nervioso alimentando a Brea con su propia mano, y las costras y la descamación de la piel no han mejorado, a pesar de los ungüentos que le he dado al cuidador.

—Se los come —dice éste, cuando devuelvo a Arrideo a su habitación—. Los chupa todos. ¿Les pones miel? Será por eso.

Está arreglando la habitación, barriendo, sacudiendo las mantas, o al menos hemos dado las señales suficientes de que nos acercábamos para que fingiera un poco. Ya tiene la comida preparada para Arrideo, que se dedica a comérsela con las dos manos. Inmediatamente nos ignora a ambos.

—Le pasa cada invierno —continúa el cuidador, antes de que yo pueda decir algo mordaz—. He intentado ponerle cataplasmas de miel antes. En los pies también. Se cura cuando el tiempo se vuelve cálido. Se lo vendo cuando sangra, pero, si no, se lo dejo al aire. Los pies también. Por eso lo de las sandalias; y le dejo que vaya descalzo, cuando puedo. El aire fresco parece que le va bien.

—¿Sabes leer?

Se pone tenso.

—Ya me lo has preguntado. He trabajado sus letras con él. Pregúntale y verás.

—Quiero decir para ti mismo.

—¿Libros?

Asiento.

Y ahí está mi recompensa. Se muestra suspicaz, dolorosamente suspicaz, porque quiere dolorosamente lo que no está demasiado seguro de que le esté ofreciendo.

—He traído mi biblioteca conmigo —digo—. Me preguntaba si querrías que te prestara algo mientras salgo por ahí con el príncipe.

—He pensado que quizá tenga que acompañarte —contesta—. Así sabré cómo continuar, cuando tú te vayas.

Al fin. Hemos intercambiado cortesías, finalmente, y podemos empezar a entendernos el uno al otro.

—Estaré unos días más por aquí —le digo—. Déjame que te traiga algo mañana. ¿Qué te gusta más? ¿Poesía, historia, hábitos de los animales?

Se ríe desdeñosamente; cree que he hecho una broma en relación con Arrideo y quiere seguir jugando.

—Algo sobre educación, quizá —digo.

Borra la sonrisa de su cara. Vaya tregua más corta.

—No lo entiendo —interviene, viendo que el momento se evapora—. Él es un inútil, no sirve para nada. Tú precisamente tendrías que entenderlo. Pensaba que tú lo entenderías. Sé quién eres. ¿Cómo puedes soportar pasar el tiempo con él? ¿Cómo es posible que no te hiera? Tú, que comprendes todo lo que puede ser una mente humana, ¿cómo puedes soportarlo? Yo no tengo ni la centésima parte de tu mente, y hay días en que creo que me volveré loco. Lo noto. Lo oigo. Es más bien como un sonido que va reptando por las paredes, detrás de mi cabeza, acercándose cada vez más y más. Un insecto gordo, quizás un escorpión. Un roce seco, eso es lo que me parece la locura.

Versos, entonces. Un joven, al fin y al cabo, enamorado de su propia melancolía, obligado a rumiar su propia inteligencia desperdiciada. Pero veo que está llorando, tiene los ojos brillantes. Aparta la cara para que no vea en lo más profundo de él. Pregunto cuánto tiempo lleva en compañía del príncipe. Coge aire, tembloroso, y dice que no importa.

—¿Qué edad tienes?

—Veinte años.

Igual que mi sobrino.

—¿Y dónde duermes?

Se encoge de hombros.

—Ahí —indica—. Ahí, en el suelo. —Señala hacia una pared.

Debe de desenrollar una colchoneta por la noche y guardarla durante el día para dejar más espacio de juegos al príncipe. Ya se le han secado las lágrimas, en los ojos y la nariz, y vuelve a estar enfurruñado. Estoy familiarizado con tales brotes de lágrimas fáciles, y con la extraña discrepancia entre lo que hace la cara y lo que la mente podría estar haciendo. Yo mismo

puedo llorar mientras trabajo, como, me baño, y me he despertado por la noche con los rastros de la baba de caracol en mi rostro.

Arrideo ha acabado de comer y tira del brazo de su cuidador. Éste, obediente, se pone de rodillas y saca el orinal de debajo de la cama. Lo coloca detrás de un biombo para Arrideo, que ya se ha desnudado y lo usa ruidosamente mientras mastica la comida, gruñendo y rezongando para sí, haciendo esfuerzos audibles. El hedor es fuerte. Me dispongo a irme.

—Pitágoras —dice el cuidador.

Asiento; mi propia negrura me está atrapando y necesito irme. Le traeré mi Pitágoras.

—Yo quería estudiar… —dice.

Pero ya no puedo escuchar nada más. Estoy fuera de la habitación y salgo por el vestíbulo, caminando cada vez más rápido, concentrándome en el diseño de las baldosas, pensando en la geometría de las formas estrelladas.

«Soy una mierda.» Ese conocimiento es mi clima, mis nubes privadas. A veces, bajas, negras y pesadas; a veces, altas y deslizantes, el blanco e inocuo rebaño de un bonito día veraniego. En ocasiones, se lo digo a Pitia, un boletín urgente desde las tierras oscuras: «Soy una mierda». Ella no dice nada.

Tenía que haber sido el invitado de Filipo en la representación, pero Carolo me pide que me quede entre bambalinas con él (que lleve su copia del texto), que ayude con el atrezo y que ejerza, en general, una influencia calmante.

—Sobre ellos, no sobre mí —dice—. Ahora están acostumbrados a ti. Dime, ¿por qué hasta los malos actores son tan nerviosos?

Abro la boca para responderle, pero él me dice:

—Bah, calla. Era una pregunta retórica. Cómo te gusta hablar, ¿eh? Venga, toma esto.

Es la cabeza de Penteo, una segunda bola de trapos, ya que el chico se llevó la primera y no ha vuelto. Esta otra está atada con más firmeza, al menos, y no se deshará, aunque la cara sigue siendo algo basta: unos ojos negros fijos, dos tercios de triángulo como nariz, una boca roja, un solo corte rojo en la garganta.

—Esto también. —Carolo me da un puñado de palitos atados con hiedra.

Él mismo va vestido con la ropa de Penteo; como el chico, el actor ha desaparecido, y nadie parece saber qué le ha ocurrido. Lo que Carolo quiere realmente que haga, me parece, es apuntar a los actores cuando él esté en escena. Filipo, de todos modos, está ocupado con su último invitado, el hermano de Olimpia, Alexandros. Pasó unos años como pupilo del rey en Pella, mientras Filipo esperaba que llegara a la edad adulta. Ahora le acaba de

nombrar rey de Molosso, y ésta es su primera visita oficial a la corte que llamó hogar durante tanto tiempo. Tiene los mismos colores que su hermana (rosado, rojo, ojos oscuros). A Filipo le gusta. Desde las bambalinas los veo beber mucho, con las cabezas juntas en conversación, riéndose a menudo. Dudo de que presten la menor atención a la obra.

Me pongo la cabeza bajo el brazo y me preparo para tender los palitos al coro, a medida que vayan pasando. Me hormiguean las manos por la emoción; llevo todo el día algo aturdido. Me gusta esta posición estratégica, ver la obra desde detrás; observar todo lo que está pasando. Me encanta estar en el interior, entre bastidores, en el reverso de cualquier cosa, y ver lo que normalmente no se ve.

—Y… —Carolo levanta una mano y luego la baja. Empieza la música.

No estoy seguro del momento exacto en el que el chico se desliza a mi lado. Echo un vistazo y sencillamente está ahí, mirando hacia el escenario, tan fascinado como yo. Observa el movimiento de mi cabeza, me mira, y ambos sonreímos. Esto es de verdad. Me coge la cabeza de debajo del brazo, para ayudar, y yo asiento, como para decirle que le daré la señal cuando llegue el momento de tendérsela al actor.

—Mira, ella se acerca —dicen al mismo tiempo los actores que hacen de coro—. Agave, su madre, que vuelve a casa. ¡Qué ojos trae! ¡Mirad sus ojos! Están fijos. Está poseída. Traedla hasta nosotros, está llena del dios y de su éxtasis.

Entonces asiento. El chico le da la cabeza al actor que representa a Agave, que corre hacia el escenario. Luego, un momento de silencio. Un titubeante Carolo, junto a mí, mira frenéticamente el texto y susurra:

—Mujeres del este…

Miro al chico. Arroja hacia el aire la cabeza de trapos que me ha quitado y la vuelve a coger. Mira con intención hacia el escenario.

—Mujeres del este —susurra Carolo, más alto.

—Mujeres del este… Bacantes —dice Agave.

Recuerdo que el actor que representaba a Penteo tenía el pelo liso, pero la barba rizada, y una verruga debajo del ojo izquierdo. Lo recuerdo porque ahora mismo estoy viendo su cabeza, entre los brazos del actor que representa a Agave.

—¿Nos reconoces? —pregunta uno de los corifeos. Los otros, sobresaltados al ver la cabeza, se han olvidado de hablar—. ¿Sabes quiénes somos? ¿Nuestra verdadera naturaleza?

—Mirad. Es un cachorro de león. Yo lo he cogido. Lo he cogido sin red. Mirad —dice Agave. Su voz se ha vuelto estridente y sus ojos están empañados. Está drogado por la conmoción.

Entre el público, Filipo ha dejado de hablar con su invitado. Sus cejas están levantadas, mira hacia el escenario. Ahora sí que está interesado.

Después, Carolo no puede dejar de menear la cabeza.

—Ha sido la mejor puta actuación. Nunca he visto nada semejante en toda mi miserable y puta vida.

La cabeza ha desaparecido; ha hecho que un tramoyista la volviera a envolver en la tela que había traído el muchacho y se la llevara a alguna parte.

—La cautericé, como me dijiste —me dice el chico—. Ha funcionado.

—Eres un diablo y un monstruo —interviene Carolo.

—Pensaba que no funcionaría si lo sabían antes de tiempo —dice el chico—. Pensaba en lo que dijiste…, sobre que las cosas tienen que parecer reales, y que siempre te estabas quejando de que todos ellos eran muy malos actores. Y entonces pensé: ¿y si no tuvieran que actuar? ¿Y si se limitaran a ser ellos mismos?

Los actores habían huido hacía rato. Olores entre bastidores de orina y de vómito: compasión y miedo. Carolo tendrá que hacer la colada, al final.

—Murió anoche —continúa el chico—. Ya te dije que estaba enfermo. Creo que las cosas ocurren por un motivo, ¿no crees? —Por primera vez parece…, no dubitativo, sino impaciente—. ¿Qué pasa? —Mira a Carolo, luego a mí, una y otra vez—. Sabes que ha sido perfecto. ¿Qué pasa?

Esta mañana, antes de la representación, Filipo ha hecho que me buscaran. Le he encontrado en un patio rodeado de tablas de madera de distintas alturas, acometiendo a un soldado que rechazaba sus golpes con un escudo. He visto las enormes lanzas de los guardias, que he supuesto que eran ornamentales, pero el rey blandía unos palos groseramente recortados de una longitud similar.

—Es un invento mío —ha dicho—. La sarissa. Mira, ya verás, aquí tenemos una lanza tracia, y una iliria, y otras más. La sarissa es más larga aún, un tercio más. ¿Ves lo que conlleva?

Sí, lo veía, pero estaba más interesado en la física. He levantado una.

—Es más pesada.

—Pero no mucho. Compensas el peso con un escudo más pequeño.

He dado unas cuantas estocadas mientras él me miraba.

—Estás oxidado —me ha dicho al final—. Al fin te has cambiado de ropa.

Me ha presentado al soldado, que ha resultado ser uno de sus viejos generales, Antipatro. Tenía el pelo corto, la barba corta, los ojos cansados.

Cuando Filipo estaba fuera, en la guerra, Antipatro era el regente. Los tres nos hemos sentado bajo la columnata, mientras la primera lluvia del día moteaba el patio, y hemos bebido vino mezclado con agua. Mientras hablábamos, pensaba en el Filipo de cuando era niño. Jugamos juntos, quizás en aquel mismo patio. Me parecía recordar alguna competición de lucha, el olor de sudor y de hierba; orgulloso, privado, dulce. No recuerdo quién ganó.

—Te ofrece su lealtad y pide tu ayuda —le he dicho, refiriéndome a Hermias.

Filipo ha vuelto a leer el tratado que le he traído, lentamente, mientras un paje reunía todas las lanzas y se las llevaba, bajo la fuerte lluvia. Me imaginaba a Filipo en diversos campos de batalla, atisbando a su alrededor para añadir una pieza más a su colección y matando enseguida al portador cuando encontraba alguna. ¿No era ése cierto tipo de ciencia también?

—Bebe —me ha ordenado Filipo, sin levantar los ojos, cuando me he removido en mi silla.

He bebido. Estudioso rodeado de estudiosos, había olvidado lo despacio que lee la gente. Al cabo de mucho rato, Filipo ha empezado a hablar de sus ambiciones.

—Me gusta este amigo tuyo —ha dicho, agitando el tratado—. Es astuto, un superviviente.

—Estaría encantado de llevarle ese mensaje.

—Alguien lo hará. Tú no. Te voy a necesitar.

Yo miraba al paje, un chico de piel oscura con rizos apretados y las palmas amarillas. Había venido de lejos, quizá de Egipto o de Etiopía. Tal vez había cambiado de mano muchas, muchas veces, antes de aterrizar allí, entre aquellas lanzas y maniquíes. Filipo hablaba de Atenas. Atenas era vieja, Atenas estaba decrépita, Atenas se estaba muriendo, pero Atenas seguía siendo clave. Antipatro estaba sentado allí con los pies colocados planos en el suelo, las palmas planas en los muslos, mirando fijamente al aire que tenía entre las rodillas. Yo me preguntaba, aunque había esquivado los golpes con bastante agilidad, si no sentiría dolor. Atenas, sin embargo…, eso estaba bien. Durante un momento, Filipo me había asustado, diciendo que me necesitaba.

—Habíamos esperado —ha dicho— que, después de la muerte de Platón, la Academia fuera a parar a ti. Entonces habrías tenido alguna influencia. No me gusta ese Espeusipo que está ahí ahora.

Me he sentido confundido: Platón, mi maestro, había muerto cinco años antes. ¿Filipo llevaba cinco años observándome?

—Espeusipo es su sobrino —he dicho—. Y a mí tampoco me gusta.

Sus manitas pequeñas y sus modales amables, y su mente pequeña y amable. Escribía diálogos, como su tío, en las cuales el desafiador siempre

acababa sumido en la confusión ante el ataque perspicaz del interrogador. Una vez le dije que no tuviera miedo de adentrarse en una pelea de la que no pudiera ver la salida de forma inmediata. Había pensado que eso le ayudaría, pero después de aquello me consideró enemigo suyo, a su manera afable.

—Me escribe cartas —ha dicho Filipo—, en las que me da consejos. Me compara con el dios Heracles. Encuentra asombrosos parecidos entre nosotros.

Antipatro y yo hemos sonreído de forma idéntica, pequeña y seca; hemos captado cada uno los ojos del otro y luego hemos apartado la vista. Amigos, así de rápido.

Filipo, un ingenio lo bastante diestro para ir rápidamente más allá de sus propias bromas, ha sacudido la cabeza.

—Volverán a pensar en ti, sin embargo, cuando muera Espeusipo. Ya es bastante mayor, ¿no? Porque necesito ese tipo de poder. No puedes hacerlo todo con lanzas. Me ven como un bárbaro, pero te ven a ti y ven a uno de los suyos. Al poder militar lo combatirán y lo combaten como una cabra que da topetazos, pero tú puedes meterte bajo su piel. El jefe de la Academia, eso es lo que ellos respetan. Platón usaba ese cargo como un diplomático, jugando con el poder, influyendo en la política. Los reyes le escuchaban.

—¿Igual que escuchas tú a Espeusipo?

—Tú no eres ningún payaso afeminado. Bueno, no eres ningún payaso. Te escucharán cuando llegue el momento. Mientras, tengo trabajo para ti aquí.

No.

—Aquí.

—Puedes ser el tutor de mi hijo.

La lluvia ha hecho una pausa en el aire, luego ha seguido cayendo.

—¿Es indigno de ti?

—Por supuesto que es indigno de mí —he dicho—. Tengo trabajo que hacer.

—Pero a él le gustas. Me lo ha dicho personalmente.

—¿Arrideo?

Antipatro ha levantado la cabeza.

Filipo se ha quedado asombrado un momento. Luego su rostro se ha aclarado.

—No, idiota. Alejandro.

Después de la representación me quedo en la cama mirando a mi esposa, que se quita las largas horquillas de oro del pelo y los broches punzantes de la túnica. Cuántos pinchos necesita para sujetarlo todo. Mientras los hombres estábamos en el teatro, ella ha pasado la velada con Olimpia y sus

mujeres, tejiendo. Dice que la reina tenía una cesta junto a los pies, y que cuando ha visto que Pitia la miraba, se la ha tendido para que la viera. Dentro se encontraba una serpiente negra no mayor que un brazalete. Al llegar la comida, Olimpia la ha alimentado de su propio plato, carne cortada muy fina, como la que se daría a un niño. Las mujeres hablaban de la comida, entusiasmadas, y de las diferentes formas de preparar las judías y la carne. Demostraban cuáles eran sus cortes favoritos dándose palmadas en el culo y en las piernas, y riendo, hasta que mi pobre Pitia ha tenido que dejar a un lado su propio plato. El único momento agradable de la velada, según me ha contado, ha llegado al principio, cuando el pequeño Alejandro ha pasado a darle un beso a su madre. Ha tenido que ser antes de la representación. Al presentárselo a Pitia, la ha saludado con mucha calidez, con gran cortesía y encanto, y, según me ha dicho ella, tenía un olor especiado muy limpio y agradable. No he podido contarle lo de la cabeza. Quizá sea mejor que no lo sepa nunca.

—Haremos lo que debemos —dice de nuevo.

—No puedes tener opinión. A ti no te afecta. Si nos quedamos, podría ser durante años.

—¿Te han dado elección?

No digo nada.

—Son muy brutos —afirma—. Todos ellos. Su cuerpo apesta. Las mujeres hacen trabajos de esclava. Su vino es malo. La reina… —mira por encima del hombro, hacia mí—… está loca.

—Ellos gobernarán el mundo.

—No lo dudo. —Viene a mi lado y se echa de espaldas.

Me apoyo en un codo y la miro.

—Yo quería llevarte a Atenas. Allí habrías estado como en casa.

—Mi casa estaba en Mitilene.

Como su tono es enfurruñado, no le respondo, pero le toco la cadera. Ella estira las piernas. Seca de nuevo. Se estremece cuando la toco. Dice algo más de mi decisión, formula alguna pregunta. Pongo la lengua justo ahí, en la semilla de granada, y los tendones de su entrepierna se ponen tensos como cuerdas de arco. Compasión y temor, purga, alivio. Mi lengua se mueve. Una sustancia como la clara de huevo.

Aquella noche sueño con Estagira. Cuando me despierto, me siento largo rato junto a la ventana, envuelto en una manta, recordando. Yo era un chico triste, solitario y asustado cuando llamaban a mi padre por la noche o cuando viajaba, lo que sucedía a menudo. Él era el único médico para muchos de los pueblecitos costeros. A medida que crecía su reputación, le llamaban cada vez desde más lejos, de ciudades cada vez mayores. A los gemelos se les permitía todavía dormir con nuestra madre, pero yo no tenía a nadie. Sufrí

terrores nocturnos hasta que mi madre me enseñó el truco de concentrarme en lo que tenía más cerca: la longitud y la textura de los hilos de la piel sobre la que dormía, o contar los latidos del pulso en mi muñeca, o notar las olas de la respiración en mi cuerpo, y de ese modo me distraía. Ella decía que aquel truco la había ayudado cuando tenía el mismo problema. Pronto lo practicaba donde quiera que iba, observando, analizando y clasificando compulsivamente, hasta que nadie quería hablar conmigo a causa de las preguntas que hacía y la información que difundía. «¿Lo has observado alguna vez?», preguntaba a los muchachos de mi edad. «¿Puedes decírmelo?», preguntaba a los adultos. Pronto pasaba todo el tiempo solo, nadando con los ojos abiertos, atrapando insectos, leyendo los libros de mi padre, cortándome para observar la sangre, dibujando mapas, calcando hojas, clasificando estrellas, y todo ello me ayudaba un poco, aunque nada de todo aquello me ayudaba mucho. Los peores días me quedaba en la cama, incapaz de hablar ni de comer, hasta que la negrura se disipaba.

—Es un chico extraño —oí que mi padre le decía a mi madre, en una de sus visitas a casa, cada vez más raras—. Me preocupa. No su salud, sino su mente. No sé si tiene demasiada disciplina o ninguna en absoluto. Va a lugares a los que no puedo seguirle, a su propio interior.

—Te echa de menos —dijo mi madre.

Ahora observo a Alejandro mucho más de cerca. A punto de partir Filipo hacia Tesalia, un amanecer de verano, temprano, salimos cabalgando juntos para cazar. Llego con mis segundas mejores ropas, sin armas, sobre el lento y fiable Brea. Filipo y su entorno de pajes y acompañantes con sus mantos púrpura van con traje de campaña completo. La tierra bajo sus monturas se agita, llena de perros. Después de algunos insultos (se sugiere que sería mejor que yo llevase una soga en torno a la cintura, como un muchacho que todavía no ha matado a nadie), me tienden una pica que les sobra y un escudo, y yo procuro mantener el paso lo mejor que puedo. Cabalgamos hacia el parque real, donde las festividades del día empiezan con el sacrificio de un cochinillo que chilla y corretea. Es un día de pompa y etiqueta, y lo veo como una sucesión de imágenes congeladas, como una serie de monedas acuñadas y vueltas a acuñar, brillando al sol. Filipo, de perfil, con su casco. Un perro que se incorpora sobre las patas traseras mientras su propietario desengancha su correa. Una lanza que se balancea sobre un hombro. Un jabalí que irrumpe en un claro. Alejandro, descabalgando de su caballo, con el cuchillo desenvainado. El jabalí que se desprende de una lanza que tiene poco hundida en el costado, y patea el cráneo de un perro, y vuelve a huir de nuevo. El perro, una pata espasmódica. El perro, muerto. Un pellejo de vino que pasa de mano en mano. Alejandro que busca su montura.

Filipo empieza a meterse con él, ofreciéndole un caballo asustadizo, desafiándolo a montarlo. El animal se llama Bucéfalo, por la marca blanca que tiene en la frente. El chico lo vuelve hacia el sol, cegándolo, y lo monta con facilidad. Filipo, borracho, hace un comentario sarcástico. Desde el lomo del caballo de guerra, el chico mira a su padre como si estuviera cubierto de mierda. Ésa es la moneda que llevaré más tiempo en mi bolsillo, la imagen que iré toqueteando una y otra vez con el pulgar.

Yo podría ayudarle, igual que a su hermano. Podría llenarme la bolsa. Podría quedarme.

CUANDO tenía catorce años, mi padre vino a casa y anunció que nos trasladábamos a la capital porque le habían nombrado físico personal del rey. Sus viajes cesaron repentinamente, y durante unas pocas semanas se quedó en Estagira, atendiendo sólo casos locales y preparando la mudanza. Mientras mi madre, mi hermana y los criados se atareaban cargando los carros, yo me entregaba a precoces brotes de nostalgia, vagando de un acantilado a la orilla, nadando y preguntándome cuándo volveríamos. Tenía miedo de Pella, de la falta de soledad, de un paisaje con el que no estaba familiarizado, de estar bajo los ojos de mis padres mucho más de lo que había estado en nuestro pueblo. Temía a mi padre. Aunque cuando era muy pequeño le había echado en falta terriblemente, ahora me parecía estricto, remoto, y a menudo me decepcionaba. Sus ánimos llegaban en pequeñas dosis, y a menudo al azar: ¿por qué estaba bien querer contemplar el nacimiento de una camada de cachorros pero resultaba ocioso y una pérdida de tiempo trabajar en la relación matemática entre la longitud de una cuerda de lira y el tono que ésta producía?

Cuando más me gustaba era cuando le acompañaba en su trabajo y le ayudaba a la cabecera de los enfermos; cuando yo hablaba poco y recordaba de una visita a la siguiente qué polvo había usado para tratar cada enfermedad; cuando recitaba correctamente los aforismos que él me hacía memorizar: usa una dieta blanda para tratar la fiebre; evita los alimentos con féculas en verano; es mejor que la fiebre siga a la convulsión, a que la convulsión siga a la fiebre; purga al principio de una enfermedad, pero nunca en su punto álgido; la dentición puede causar fiebres y diarrea; las drogas se pueden administrar a las mujeres embarazadas con mayor seguridad desde los meses cuarto a séptimo de gestación, después de lo cual, las dosis deben reducirse; la orina arenosa indica que se está formando una piedra en la vejiga; los eunucos no sufren de gota; las mujeres nunca son ambidiestras, etcétera.

Mi padre era un hombre de causas y efectos, impaciente con los aficionados que intentaban eliminar las enfermedades mediante rezos o magia. Sólo aceptaba que una piedra atada a la muñeca bajase la fiebre, decía, si la piedra había resultado ser de utilidad en dos o tres pacientes más en el pasado. Creía en las propiedades medicinales de lo opuesto: el frío para curar el calor, el dulzor para curar la bilis, y así sucesivamente. Usaba hierbas, y los sacrificios por supuesto eran tradicionales, aunque se oponía a la ostentación de cualquier tipo, y en una ocasión se negó a tratar a un hombre que tenía fiebre y cuya familia se había arruinado para comprar y matar un buey para él. El desperdicio histérico que eso suponía le asqueaba y (probablemente, lo que

viene más al caso) le hacía dudar de que siguieran cualquier instrucción suya menos llamativa y más pragmática. El hombre murió. A mi padre le disgustaba también el procedimiento conocido como incubación, en el que se obligaba a un paciente a pasar una noche solo en un templo esperando que el dios le enviase un sueño diciéndole cómo debía curarse. Mi padre aseguraba que eso era blasfemo. Me enseñó a llevar los historiales, para recoger el progreso de la enfermedad día a día, según los métodos modernos, aunque parecía preferir los problemas que requerían una sola visita. «Entrar y salir», decía con satisfacción después de algún espectacular tratamiento único. Una vez le vi colocar un hombro descoyuntado en su lugar en el tiempo que tardó en saludar al hombre. Tenía dotes para atender los partos, aunque despreciaba especialmente a las curanderas, y sólo toleraba a las comadronas de mala gana. Me dijo que éstas en su mayor parte practicaban la brujería, y eran irracionales, poco fiables y dadas a hacer más daño a la mujer que si se la dejaba sola y se le permitía seguir sus propios y crudos instintos animales. Hablaba de las mujeres en esos términos, normalmente: brujas, animales. Aun así, se mostraba muy tierno con las que estaban de parto, les hablaba suavemente, las camelaba, aunque sin infantilismos, y saludaba cada cosita amoratada que llegaba con una tranquila alegría, levantándola hacia la luz en un ritual privado que yo sólo reconocí como tal después de haberlo visto una y otra vez.

La primera operación quirúrgica que vi la realizó con una chica del pueblo que llevaba dos días de parto. Ella ya estaba sólo medio consciente cuando llegamos, aunque vivíamos sólo a unos minutos a pie de su casa, y la familia ya había empezado a preparar la casa para su muerte: las mujeres del vecindario se habían reunido junto a la puerta principal, esperando que las contrataran como plañideras, y pasamos junto a una bandeja de ungüentos para embalsamar y de ropa blanca al lado de la habitación de la parturienta, así como una moneda para el barquero, que se le pondría en la boca, una vez muerta. Mi padre la examinó rápidamente, le palpó el vientre y dijo que el niño venía con los pies por delante y estaba atascado. Rápidamente quitó la ropa de la cama, desnudó a la chica y pidió sábanas limpias. Yo veía el enorme montículo de su vientre, intentando representarme cuál sería la disposición interior. Tenía diez años y no había visto nunca a una mujer desnuda.

—¿Lo ves? —dijo mi padre, inesperadamente.

Pensaba que se había olvidado de mí. Supe que quería decir que si era capaz de imaginar la posición del bebé a través de la carne, y le contesté que no estaba seguro. Sustituyeron las sábanas húmedas por otras nuevas.

—Así podré ver el progreso de los fluidos, el color, la cantidad y lo demás —dijo mi padre sólo para mí, con calma, como si todo aquello, la chica moribunda, la familia sollozante, el marido ya sin palabras, inmóvil en una

silla en un rincón, destrozado por el dolor, fuera para mi instrucción privada—. ¿Has traído mis cuchillos?

Una pregunta retórica. Mi trabajo consistía en preparar su equipo cada mañana antes de salir y limpiarlo todo cada noche, cuando volvíamos a casa, y aunque generalmente tenía cierta idea de los pacientes que visitaríamos en el curso de cada día concreto (por ejemplo, un parto, una fractura, un par de fiebres en la misma casa, un niño con manchas, un anciano que vomitaba sangre) mi padre me dijo que nunca llevase sólo lo que pensaba que podríamos necesitar, porque inevitablemente nos sorprendería algo y echaríamos de menos algo. El equipo resultante, con todo tipo de cosas, que llevaba atado con correas a mi espalda, era demasiado pesado para que yo pudiera andar erguido, pero me guardé mucho de quejarme nunca. Envoltorios, vendas, compresas de lana, astillas, esponjas, yeso, cuencos, ampollas para recoger fluidos y otras excreciones, varas de metal para cauterizar, una tablilla y un estilo para tomar notas, una selección de hierbas y pócimas para los remedios más comunes (en casa tenía una farmacia mucho mayor), depresores de lengua, torniquetes, tijeras, navajas, tubos de bronce para las sangrías y una pequeña ánfora de agua de los pantanos y sanguijuelas. También una bolsa con monedas variadas para el cambio cuando nos pagasen.

Desenrollé todo aquel paquete y saqué el cuero enrollado con los cuchillos que yo afilaba regularmente y que ya le había visto usar.

—Tercero desde la izquierda —me dijo, por encima del hombro.

Había llamado a cuatro hombres y les estaba enseñando cómo debían sujetar a la chica, uno por cada miembro. Desenvainé un cuchillo no mucho más pequeño que uno de mesa, aunque no con la hoja más pequeña de todos, y se lo entregué.

—Ojos y oídos —me había dicho de los dos primeros cuando le pregunté una vez.

La chica se despertó con el corte, del tamaño de mi mano, desde el ombligo hasta el vello púbico. Parecía sólo un arañazo al principio, y luego empezó a sangrar. Mi padre hurgó con el dedo y después pasó el cuchillo una segunda vez por la misma línea, ahondando el corte. La chica chillaba, sácalo, sácalo.

—Rápido —dijo mi padre, levantando la vista—. Si quieres verlo.

Quería verlo. A través de la sangre y de la grasa amarilla vi la cabeza, y luego mi padre metió la mano y sacó al bebé. No se movía. El cordón umbilical era grueso y nudoso, de un gris poco natural. Mi padre sujetaba el niño con una mano y señalaba hacia el interior de la chica con la otra, nombrando partes que yo no podía distinguir bien por la sangre. Una comadrona apareció a su lado con un paño limpio; él le entregó el bebé para

que pudiera cortar el cordón. Afortunadamente la conocía ya de antes: una mujer competente, objetiva, más o menos de su misma edad. Fue ella la que persuadió a la familia de que le hicieran venir cuando sus propias habilidades resultaron insuficientes. No esperó sus instrucciones entonces, sino que limpió la boca del bebé con el meñique y luego le puso la boca sobre la nariz, para aspirar toda la sangre y las mucosidades. Con los labios ahora llenos de sangre, como un predador que se alimenta, golpeó con fuerza el pequeño culito amoratado, y el niño empezó a atragantarse y luego chilló.

—Bien. —Mi padre, sorprendido, levantó la mirada desde el cordón, que había atado para que cesara la hemorragia—. Hay un pequeño equipo de costura, como el que usa tu madre —me dijo, pero yo ya se lo estaba tendiendo.

Cerró los labios del vientre de la chica con unas puntadas pequeñas y apretadas, un proceso doloroso que empeoraba mucho los gritos y contorsiones de ella. En la esquina, el marido vomitaba en el suelo unas gachas claras y amarillas. Mi padre me hizo sujetar un trapo doblado sobre la incisión para empapar la sangre que continuaba filtrándose, y luego tendió las manos para recoger al bebé.

Todo esto había ocurrido en cuestión de minutos.

—Es un niño —dijo la comadrona, y se lo tendió.

—Un niño precioso.

Mi padre sujetó el bulto envuelto hacia la luz, y luego lo bajó hacia la cabeza de la madre, para que ella lo pudiera ver. La mirada de la mujer se trasladó hacia allí y se quedó fija. Mi padre hizo una seña a uno de los esclavos, que le soltó el brazo para que pudiera alargarlo y tocarle el pelito. Cuando nos fuimos ella seguía sangrando.

—El niño vivirá —dijo mi padre, mientras volvíamos a casa.

Los dos estábamos ensangrentados, especialmente mi padre. Yo llevaba el instrumental lleno de sangre en una bolsa separada, para que el resto siguiera limpio.

—La madre morirá esta noche o mañana. Normalmente, cuando pasa esto, los pierdes a los dos. Ha sido un buen día de trabajo.

—¿Y si sellaras la incisión con cera para parar el sangrado? —pregunté.

Mi padre meneó la cabeza.

—Tienes buena cabeza para esto. Hoy estoy orgulloso de ti. La cera se introduciría en la herida y coagularía las venas, y la mataría desde el interior. ¿Has visto la placenta?

Sí, la había visto: un trozo de materia del tamaño y la textura de un hígado de buey, con una membrana que colgaba por un lado. Mi padre la había

sacado antes de cerrar la incisión, y se la había entregado a otra mujer, que se la llevó envuelta en un trapo.

—Nunca hay que olvidar quitar la placenta —dijo—. A través del vientre, como hemos hecho hoy, o a través de la vagina, si es un parto normal. Si se deja dentro, se pudre y la mujer muere. A veces puedes hacer un cortecito para agrandar un poco la vagina, pero funciona mucho mejor cuando la cabeza del bebé ya está saliendo. Eso no nos habría servido hoy. —Ya estábamos en casa—. Ven por aquí. —Mi padre me hizo dar la vuelta por detrás—. Nos lavaremos antes de que nos vea tu madre. Es de buena educación.

Aquella noche, mi padre me vio intentando dibujar el interior del vientre de la chica.

—Con la sangre era difícil verlo bien —dije.

Mi padre vio el dibujo, pero no corrigió nada.

—Aprenderás a hacerlo al tacto. La posición del niño, la profundidad de la incisión, los fragmentos de la placenta, si se ha roto. Tus dedos se convertirán en tus ojos.

—¿Has cortado alguna vez en un sitio que no era?

—Pues claro —dijo mi padre.

—Pero todos somos iguales por dentro —intenté expresar lo que quería decir sin que sonase insensible ni blasfemo—. Quiero decir que todos los hombres son iguales, y todas las mujeres son iguales. Los órganos están en el mismo sitio, ¿no?

—Sí, más o menos. Eso creo. El tamaño puede variar. Ya sabes que un esclavo del campo tiene unos músculos más grandes que una dama como tu madre. De la misma manera, los órganos pueden variar de tamaño, dependiendo del uso. El estómago de un hombre gordo y el de uno que se muere de hambre no tendrán el mismo aspecto.

—Pero la situación será aproximadamente la misma.

Mi padre no parecía estar seguro.

—¿No lo sabes?

Parecía algo disgustado, pero me estaba acercando demasiado a mi pensamiento para quedármelo dentro.

—Si se pudiera cortar y abrir el cuerpo de una persona —dije—, de una persona muerta, para ver el interior, se podría hacer un dibujo de todas las partes, y así lo sabrías. Lo podrías consultar cuando tuvieras que hacer una operación a un paciente vivo, y así reducirías los riesgos de error.

—No. —Mi padre me miraba como solía hacerlo a veces, como si de mi boca salieran pájaros negros—. No se trata así a los muertos.

Ya sabía que no se trata así a los muertos. Pensé en la chica cuyo bebé había salvado mi padre aquel día, que moriría, o que quizá ya estaba muerta, y el mapa de su interior sellado dentro de su piel.

La habíamos matado al romper aquel sello.

—Ella habría muerto de todos modos —dijo mi padre, respondiendo a algo que yo no era consciente de haber demostrado, y luego llamó a mi madre, cuyo rostro se frunció, lleno de preocupación al verme.

Al día siguiente se me excusó de acompañar a mi padre a sus visitas, y pasé el día nadando mientras mi madre y sus mujeres me contemplaban con toda tranquilidad desde el lugar del picnic que habían montado en mi playa favorita.

—No es justo —decía mi hermana Arimneste. Ella tenía ocho años y yo diez, y se le había prohibido nadar recientemente; había llegado a esa edad en la que debía tener la ropa puesta. Andaba descalza por la orilla de la playa, con la falda sujeta de cualquier manera y a menudo arrastrando por el agua, a propósito, para mostrar su decepción. Yo chapoteé alejándome un poco más—. Yo también quiero ir a mirar.

—Vomitarías.

—No lo hice cuando nacieron Áyax y Aquiles. —Sus gatitos—. Creo que es interesante.

Alta para su edad, como yo, y con mis mismos ojos. A su gemelo, Arimnesto, le había dado por ir arrasando con una banda de chicos del pueblo, haciendo fuego, torturando al ganado y fingiendo que él y Arimneste no habían sido inseparables antes. Ella, que era un chicazo, desdeñaba a las chicas del pueblo y se habría ido con él, si hubiese podido. Mi padre había llegado a un acuerdo con un colega suyo, un físico joven y prometedor llamado Proxeno, pero para la boda todavía faltaban unos cuantos años. Yo sabía que ella se sentía sola.

—El que vomitaste fuiste tú, de todos modos —dijo—. Tendrías que haberte visto anoche. Estabas verde.

—La gente no se pone verde —repliqué.

—Verde aquí. —Se tocó las mejillas.

Yo era más curioso que sensible, sin embargo, y no pasó mucho tiempo antes de que volviera a llevar los utensilios de mi padre.

A pesar de su desaprobación, los animales pequeños no estaban a salvo conmigo. Ya había diseccionado numerosos crustáceos, peces, ratones, e incluso una vez un perro que encontré muerto en la playa. Escondí mis dibujos, envueltos en una lona impermeable, en un agujero de una roca que quedaba por encima del nivel del agua. El perro fue lo mejor: aún había comida en el

estómago, y mierda en los intestinos. Quemé el cuerpo cuando acabé, para que no lo encontrasen mutilado y averiguasen que había sido yo.

La última operación quirúrgica que llevó a cabo mi padre antes de trasladarnos a la capital fue a un hombre que sufría dolores de cabeza y ataques precedidos por una visión intensamente acentuada. En el punto culminante de su enfermedad caía al suelo, agitaba las piernas, sacudía las manos, rechinaba los dientes y arrojaba espuma por la boca. Después no recordaba los ataques. Su familia había intentado los tratamientos convencionales: purificaciones rituales, cánticos invocando a los dioses, amuletos arrojados al mar, nada de baños, nada de llevar ropa negra ni piel de cabra, ni tomar alimentos con mucho sabor, y no colocar una mano o un pie encima del otro.

—Bobadas —dijo mi padre—. Quieren evitar la única y auténtica cura. No les culpo, pero te lo digo. —Se palmeó con una mano encima de la otra, para representar la posición prohibida—. Absolutas estupideces. Hay una mujer detrás de esto, ya lo verás.

—¿Y cuál es la cura? —le pregunté.

—Mucosidades —dijo mi padre—. En ti y en mí fluyen naturalmente desde el cerebro hacia abajo, y se dispersan por todo el cuerpo. En hombres como ése, sin embargo, los pasos naturales están bloqueados, y se introduce en los vasos sanguíneos, donde impide el flujo de aire hacia el cerebro. Y es frío, ¿sabes?, y el súbito enfriamiento de los vasos sanguíneos produce el ataque. Si hay demasiada mucosidad, la sangre se congela y él muere. O si entra en un vaso, pero en otro no, una parte del cuerpo puede quedar dañada de manera permanente. El paciente sufre más en invierno, cuando el aire frío está fuera igual que dentro. Los vientos, también hay que tenerlos en cuenta. El viento del norte es el más sano, porque separa la humedad del aire. El del sur es el peor. Debilita la luna y las estrellas, oscurece el vino y trae la humedad. Hoy no hay viento, o sea, que no es un factor importante.

Supe que estaba ensayando lo que había leído la noche anterior, recordándoselo a sí mismo, tanto como enseñándomelo a mí. La enfermedad sagrada, se llamaba, aunque mi padre estaba de acuerdo con el autor del tratado en que los dioses no eran más responsables de ella que de una nariz moqueante. Los malos curanderos lo afirmaban para excusar así su propia incompetencia, o su incapacidad para realizar una cura. Era una de las enfermedades más difíciles de tratar, reconoció mi padre.

—Pero ¿cuál es la cura? —pregunté de nuevo.

—Hay que liberar la mucosidad.

En la casa nos reunimos con el hermano del hombre.

—¿Sufrirá?

—Ya está sufriendo —dijo mi padre.

En el dormitorio del hombre sacó su instrumental. Eran tres herramientas de piedra que nunca había visto antes y que no formaban parte de su equipo habitual.

—Ya lo sé —dijo, leyendo mis pensamientos—. Pero son demasiado pesadas para llevarlas por ahí cada día, y nunca hago esto sin prepararlo primero.

—Liberarás al demonio —dijo el hombre desde su cama, aliviado.

Se parecía a su hermano, un hombretón enorme y fornido, con la cabeza afeitada y una cara agradable que probablemente iba muy bien, en tiempos mejores, para divertir a los niños. Compartían un aspecto simpático, humorístico, más pronunciado en el hombre enfermo, que también arrastraba un poco las palabras al hablar. Supuse que era algún daño provocado por los ataques, pero mi padre lo tenía más claro.

—Espero que haya una liberación. —A pesar de toda su impaciencia y su seriedad, mi padre tenía mucho cuidado de no contradecir nunca a un paciente ni hacer nada que les molestase sin necesidad—. ¿Me perdonas un momento?

En el vestíbulo oí que le preguntaba al hermano si el paciente había bebido.

—¡Claro que no! —dijo el hombretón.

—He olido su aliento —dijo mi padre—. Te di instrucciones muy concretas.

—Para el dolor. —Casi podía asegurar que el hombre estaba llorando.

Mi padre le dijo que esperase abajo.

Volvió a la habitación y sacó de la bolsa grande que había traído algo que parecía como un torniquete.

—Ay, madre mía —dijo el hombre enfermo.

Con la ayuda de un esclavo, mi padre puso la cabeza del hombre enfermo en el torno y lo apretó lentamente.

—Mueve la cabeza —iba diciendo al hombre, y cuando éste ya no pudo hacerlo, mi padre se sintió satisfecho.

—Está bien apretado —dijo el hombre.

Mi padre le colocó una tira de cuero en la boca y le dijo que la sujetara. Cogió el cuchillo que yo le tendía y marcó una rápida X en el cráneo afeitado del paciente. Éste chilló. Mi padre cogió una de las herramientas de piedra, un taladro, y colocó su punta en el centro de la X, donde había apartado las tiras de piel.

—¡No, no, no! —chillaba el hombre.

Mi padre señaló hacia el suelo y yo recuperé la tira de cuero y se la coloqué de nuevo al hombre en la boca. Éste la mordió ferozmente, resoplando por la nariz y haciendo girar los ojos.

Costó mucho rato, mucho más de lo que quiero recordar incluso ahora. Mi padre tuvo tiempo de decirme cuál era el nombre de la herramienta, un trépano, y de explicar la antigüedad del procedimiento, practicado incluso por los antiguos. La sangre surgía profusamente de las laceraciones del cuero cabelludo, y el hombre se cagó encima más de una vez.

—Debes decirme si notas que la enfermedad se acerca —le dijo mi padre, pero el hombre ya no podía hablar.

Yo sabía que mi padre esperaba liberar la mucosidad como un torrente escandaloso, pero cuando retiró el botón de hueso, quedó claro que eso no ocurriría. Ambos atisbamos esperanzados la pequeña cavidad negra, aunque mi padre no estaba demasiado dispuesto a acercar una vela para que pudiésemos ver mejor, por no arriesgarse a calentar el cerebro. El calor y el frío en rápida sucesión se sabía que provocaban ataques, dijo. Se quedó desconcertado un momento, esperando todavía aquel súbito torrente, pero luego se rehízo y apuntó esperanzadamente a la cantidad de materia lustrosa que había fluido de la nariz del hombre durante el procedimiento. Dio instrucciones al hombre que se había sentado encima de las piernas del enfermo para que le vendara la herida, retiró la tira de cuero y le palmeó afectuosamente el hombro antes de salir de la habitación.

Abajo encontramos al hermano desmayado en la mesa de la cocina, con una copa de vino junto a su cabeza. Una mujer estaba de pie allí cerca, con los brazos cruzados encima del pecho. Tenía el pelo teñido de henna de un color naranja y llevaba un vestido muy bonito y muchas joyas. Sus ojos eran duros.

—Ya hemos acabado —dijo mi padre, innecesariamente.

—¿Habéis visto al demonio? —Supongo que era la esposa del buen hermano.

—Pues no —dijo mi padre.

Ella le entregó una bolsita pequeña que tintineaba: su pago.

—Vamos —me dijo a mí. Ya había encontrado a la mujer.

—No habrá muerto a mi cuidado, de todos modos —intervino ella, que vio el disgusto que sentía por ella mi padre y quiso desquitarse.

Él no respondió ni volvió la vista, sino que me puso el brazo en torno a los hombros y salimos de la casa. El enfermo todavía seguía vivo cuando nos fuimos, a la mañana siguiente.

Llegamos a la ciudad una tarde de finales del verano, tres días después. El calor flotaba en el aire y, como supimos, también la fiebre. Mi

madre y Arimneste se colocaron velos encima de la nariz y la boca, para evitar el hedor. Mi madre cerraba los ojos; Arimneste, en cambio, los mantenía abiertos. Arimnesto se negó a sentarse con las mujeres e iba cabalgando con mi padre y conmigo, incordiándonos con sus eructos constantes. Estaba practicando.

Las calles estaban vacías; nadie vino a vernos por los guijarros mientras avanzábamos con nuestros carros llenos de artículos domésticos. Nunca había visto un asentamiento mayor que una aldea, y mucho menos una ciudad, y mucho menos una capital real. Me sentía como un paleto de pueblo, con los ojos como platos y la boca abierta. Había animales tirados por la calle, sobre todo ratas y algunos perros. Salté del carro para verlos más de cerca.

—La peste —dijo mi padre, buscando en su libro. Supe que había expresado un interés que él aprobaba. Él captó mi mirada y vi que me animaba: «mira, mira, dime lo que ves».

Cogí una rata por el rabo y la carne se caía, llena de gusanos. Se había puesto muy blanda, como una fruta podrida, por el lado que tocaba el suelo. La sacudí un poco y vi que el cuerpo se desprendía de la pequeña caja torácica con sus costillas.

—¿Crees que le ocurriría lo mismo a un hombre? —me preguntó mi padre.

Sonreí a mi pesar, una sonrisa que él, curiosamente, me devolvió. Ambos sacudimos levemente la cabeza. ¡Qué maravilla!

Nuestra casa resultó ser más pequeña que la de Estagira. Además, estaba decorada con elegancia. Mi padre se la había comprado al hijo de un funcionario del Gobierno que había muerto recientemente en la epidemia. Yo me preguntaba en qué habitación se habría separado la carne de sus huesos, cuando lo colocaban encima de una tabla para llevárselo. Mi madre, con la cara adusta, se retiró con sus mujeres a la cocina y salió diez minutos después, sonriendo: «Utensilios de calidad», nos informó. Mi padre cogió la habitación de mayor tamaño para montar su dispensario y estudio, y adjudicó a los gemelos y a su niñera un par de habitaciones soleadas que daban al jardín con sus flores, y a mí un hueco junto a la cocina. Dijo que le daría las gracias en invierno por dejarme dormir tan cerca del fuego. Mi madre me dirigió una mirada que decía que ya encontraríamos un sitio para mis cosas y que probablemente colocaríamos una cortina para que tuviera más privacidad; mucho para una sola mirada, pero habíamos pasado muchos años prácticamente solos, y a menudo nos comprendíamos antes de pronunciar ninguna palabra. Me sentía demasiado emocionado por la perspectiva de explorar la ciudad para sentirme decepcionado por las disposiciones como para

dormir. Para cenar aquella noche nos comimos lo último que nos quedaba del viaje, todo seco, esto y lo otro. Las mujeres irían al mercado por la mañana.

Anuncié mi intención de pasar el día yo solo, caminando. Mi padre me corrigió.

—Los chicos vendréis a ver al rey conmigo —dijo—. Nos esperan.

—Pero… —dije.

Mi padre me miró lleno de tristeza, me cogió el plato y me envió a mi cubículo, donde me eché y oí el ruido que hacían al deshacer el equipaje, que duró mucho rato por la noche. Oí la voz quejumbrosa de mi padre sometiéndose a las disposiciones de mi madre, y me regodeé odiándole durante unas cuantas horas. Mi madre tenía ese efecto en él, le volvía irresponsable, débil y necesitado de que le dirigieran. Sus manos parecían volverse flácidas por las muñecas en presencia de ella, de modo que ni siquiera podía coger un libro a menos que ella se lo entregase. Si le pedía algo, él se volvía idiota. «¿Esto es jabón?», decía, trayendo una botellita de aceite, y no podía evitar un gruñido de placer animal cuando ella misma traía el objeto correcto. Los gemelos y yo estábamos de acuerdo en que aquella conducta era enormemente irritante, y nosotros dependíamos de nuestra madre lo menos posible, asumiendo muy pronto nuestra independencia. Pobre mujer. Era inofensiva, aunque entusiásticamente organizada, limpia y ordenada, y le encantaba su pequeño reino. Quería que todos estuviésemos completamente indefensos sin ella, lo que sólo conseguía ofrecerle mi padre. Los hijos preferimos ser crueles.

A la mañana siguiente me desperté temprano. Me quedé echado en mi cubículo un rato, escuchando a los vendedores de la calle que habían visto nuestros carros acabados de llegar y se paraban junto a nuestra puerta («pan recién hecho, leche de cabra, la mejor leche») y luego me levanté. El espejo de bronce de mi madre, que todavía no estaba colgado en su habitación, se encontraba apoyado en una pared entre el revoltijo de muebles y cajas sin abrir. Poco acostumbrado a verme a mí mismo, me detuve para hacer unas cuantas poses: un pie delante, una mano en la cadera, la barbilla levantada, más arriba. ¿Era un sofisticado chico de ciudad? ¿Quizás así?

El empujón de mi padre me envió hacia un aplique de hierro. No le había oído llegar por detrás de mí.

Al desayunar, mi madre me echó una mirada y dio un respingo. Había dejado de sangrar, pero el ojo estaba hinchado y ya se amorataba.

—No es nada —le dije—. He tropezado.

—Vamos, chicos. —Mi padre apartó el plato del desayuno.

No había comido; ninguno habíamos comido. Por la forma que tenía de mirar la comida sin tocarla, supe que no había querido hacerme daño.

—Dale un beso a tu madre.

—Y a mí —dijo Arimneste. Cuando me incliné hacia ella, me susurró—: Llévame fuera luego. Mamá me dejará salir contigo.

No respondí.

Arimnesto corrió delante de nosotros al momento, feliz y emocionado, olisqueándolo todo como un perrito de caza.

—Nervioso —me dijo mi padre, la única palabra que pronunció en el camino hasta palacio. Una afirmación, una pregunta, una disculpa.

Me cogí a su brazo para estabilizarme mientras buscaba una piedra inexistente en mi sandalia. Él me miró el pie y luego apartó la vista discretamente, mientras yo toqueteaba la pequeña ficción.

El rey, Amintas, sonrió cuando vio a mi padre. Era como ver sonreír a un trozo de granito. Vi que aquel movimiento en particular en la cara le dolía, observé el ramalazo de dolor en sus ojos. Vi que casi todos los movimientos que hacía le dolían. Le habían herido por todo el cuerpo muchas veces, y ahora sufría constantemente. Mi padre se arrodilló y empezó a sacar su instrumental.

—Y éstos son tus hijos —dijo Amintas.

—Mis hijos —confirmó mi padre.

—Les has enseñado, ¿no? —preguntó Amintas—. ¿Saben luchar?

Mi padre nos envió a jugar con los pajes.

Arimnesto salió corriendo de inmediato con unos chicos de su edad, como si les conociera de toda la vida. Era el don que tenía.

—¿Dónde te has hecho eso? —me preguntaron los mayores al ver mi ojo morado.

—Peleando —contesté.

Levantaron las cejas, medias sonrisas.

—Dejadlo en paz —exclamó una voz—. A mi padre le gusta su padre.

Filipo era apenas un año más joven que yo, bajo, fuerte, con una piel de color intenso y los ojos claros y abiertos. Los pajes se apartaron para dejarle pasar. Él levantó un dedo y me lo pasó por la ceja, amistoso.

—¿Te duele?

Ahora se me ocurre que yo era el que tenía un solo ojo, entonces, y él dos; una broma forjada por los años. Me hubiera gustado tocarle también o darle un golpe o decir algo muy hiriente, pero me quedé allí sin decir nada, con el ojo babeando como una boca hasta que no veía nada por él y sólo notaba las lágrimas que me corrían por la mejilla. Él se rio, feliz, y me invitó a acudir al gimnasio con sus compañeros.

—Mi padre me ha dicho que esperase aquí —dije.

Cuánto hablo de los ojos: los ojos de mi madre, los de mi padre, el mío, el suyo… Juro que él me miró como diciendo que él también tenía padre, y yo lo comprendí, y eso me ayudó. Me volvió a tocar en el mismo sitio, esta

vez con los nudillos, con la fuerza suficiente para abrirme la herida, que empezó a sangrar de nuevo.

—Vamos —dijo, al ver que yo dudaba—. Vamos. Tienes que limpiarte eso.

Los otros pajes ya iban por delante de nosotros. Yo veía a través de una película roja.

—Está ahí mismo —insistió.

Nunca había estado en un gimnasio. El encargado quería vendarme el ojo, pero mi padre creía que lo mejor era el agua limpia y el aire puro. Decía que si se cubrían, las heridas se enconaban. El encargado le fue dando toques con insistencia hasta que dejó de sangrar, y me dijo que evitara esfuerzos vigorosos o me arriesgaba a que se abriera de nuevo. Los demás chicos ya estaban acostumbrados a aquello, mi hermano también, a luchar y a caer en las alfombrillas, y sus voces hacían eco en los altos techos de piedra. Los pocos viejos que estaban allí cuando llegamos suspiraron y se fueron a los baños. Filipo examinó su mundo, aprobador.

—Nunca has participado en una pelea en toda tu vida —afirmó—. No tienes ni un arañazo en ningún otro sitio, y cuando te he golpeado, no te has movido. Ni siquiera lo has visto venir. Y no has intentando devolverme el golpe.

—¿Y tú, sabes nadar? Necesito un sitio donde nadar por aquí. Cada día.

Me preguntó si era rápido. Le dije que no.

—No fastidies. —Se echó a reír—. Quizás algún día seas mi físico.

—No. ¿Nadas o no?

—Parece que seas retrasado. Claro que sé nadar. ¿Y tú, follas con chicas o con chicos?

—Con los dos —contesté.

—¿Es ése tu padre?

Estaba en la puerta, esperando.

—Dile que yo te di un golpe sin motivo alguno —dijo Filipo—. Quiero ver qué hace.

Ya veía que mi padre me miraba la ceja mientras me acercaba a él, y sólo en el último segundo me miró a los ojos.

—¿Va todo bien?

—Le he dado un golpe sin motivo alguno —dijo Filipo. Había venido a mi lado.

Mi padre le cogió por el codo y le levantó el brazo una o dos veces, como un ala.

—Enséñame.

Filipo se apartó las ropas del hombro y dejó que mi padre hundiera sus dedos bajo su clavícula. Miré por encima del hombro de mi padre y vi la cicatriz.

—Excelente —dijo. Le dio un pequeño coscorrón en la cabeza a Filipo y se alejó. Le seguí.

—Mañana iré a nadar —decía Filipo, que corría detrás de nosotros—. ¿Puede venir él?

Mi padre levantó la mano abierta sin mirar atrás, como diciendo que sí.

La cicatriz era un bulto blanco y pequeño, lo que indicaba una penetración, y no un desgarramiento. Mi padre me dijo, cuando se lo pregunté, que era de una sesión de entrenamiento, una herida de lanza, y que Filipo había tenido suerte de que no se hubiera producido un dedo o dos más allá en cualquier dirección: articulación, garganta, corazón.

Nuestra amistad era extraña, con una línea muy fina que separaba el respeto del desprecio. Yo era listo y él era duro: eso es lo que veía el mundo, y lo que nosotros veíamos y nos gustaba y nos disgustaba en el otro. Yo no era su mejor amigo ni por asomo, pero él estaba interesado en mí, de modo que me hice bastante conocido en palacio, y finalmente tuve unos cuantos encuentros más con su padre. La guerra había machacado a Amintas, le había dejado horribles cicatrices, había destrozado sus rodillas y había hundido sus ojos. Decía (como todo el mundo) que veía a mi padre en mí, lo que yo interpretaba como que era alto, serio, tranquilo, severo y triste. Filipo decía que yo nunca gritaba. Le enseñé a nadar con la cara metida y los ojos abiertos, y él me enseñó a usar mi peso contra él, cuando luchábamos. Nunca hacía trampas en combate.

A mi padre, curiosamente, le gustaba. Curiosamente porque Filipo no era ningún estudioso, adoraba la violencia y tenía un sentido del humor brutal y una precocidad sexual que no se molestaba en ocultar.

—Obsérvale —decía mi padre más de una vez—. Tienes una oportunidad única de observar muy de cerca cómo se moldea un rey.

A veces era así de pedante. Aprobaba nuestra amistad (no es la palabra adecuada, pero es la que hay) y me animaba a pasar tiempo con él. A mí no me importaba demasiado. Mi padre estaba muy ocupado en la ciudad, su caché como médico del rey le aseguraba trabajo entre los cortesanos y administradores también, y normalmente me dejaban a mi aire. Arimnesto se educaba con los pajes. Arimneste pasaba la mayor parte del tiempo cuidando sus flores o cuchicheando con dos o tres niñas más de buena cuna que mi madre había encontrado para que tejieran con ella, preparando sus respectivos ajuares. Celebraban sus meriendas de muñecas en el patio, y chillaban y se

reían cuando yo entraba por allí, y la mirada de Arimneste se posaba en mí un poco más de tiempo que la de las demás. Yo nunca la llevé fuera.

Pasaba mucho tiempo caminando solo, y a veces pensaba en escribir, aunque no estaba seguro de lo que podría escribir ni de cómo empezar. Cuando le confesaba a mi madre que había pensado en escribir una gran tragedia, ella me acariciaba el pelo y me decía que debía hacerlo. Debió de hablar privadamente con mi padre, porque no mucho después él me llamó a su habitación para hablar conmigo. O más bien, para que le escuchara.

—Te he encontrado un tutor —dijo mi padre.

Aquello sonaba bastante bien; alguien con quien hablar de las cosas que me interesaban. Aunque también me producía una sensación desagradable. Alguien elegido por mi padre probablemente sería alguien parecido a mi padre, y no quería que nadie más controlase mi tiempo. No quería que me guiasen.

—No estás hecho para ser soldado —continuó—. Tenemos que pensar qué hacer contigo.

Al oír esto me sentí un poco ofendido. Yo era alto y cabalgaba bien, y las lecciones de lucha de Filipo habían mejorado mucho mi coordinación. Podía contener el aliento bajo el agua mucho tiempo, y mi vista y mi oído (por aquel entonces) eran perfectos y agudos. No estaba seguro de si contener la respiración era relevante para hacer de soldado, pero era una hazaña atlética que pensaba que merecía algo de respeto. Y además, si no estaba destinado a la guerra, ¿no se suponía que me convertiría en físico como mi padre? ¿Qué defecto me había descalificado repentinamente para aquello?

—No tienes ningún defecto. —Quizá fuera la luz, que me engañaba, pero me pareció que la cara de mi padre se suavizaba un poco con aquella tristeza que a veces le hacía quedarse demasiado tiempo en la cama, igual que me pasaba a mí—. Estás en el camino adecuado para convertirte en lo que yo soy. Sólo que pensaba que eso te aburría.

Me sentí avergonzado, porque era verdad.

—Su nombre es Illeo —dijo mi padre—. Presentó una obra al festival de Atenas una vez. Tu madre me dice que tus intereses van por ese camino.

Y por supuesto, con aquello ya fue oficial: me convertiría en dramaturgo y presentaría obras en los festivales de Atenas. La única forma de superar la vergüenza que me producía que él conociera mi ambición (medio formada solamente) era abrazarla por completo.

—Te espera mañana por la tarde, y dice que no sea pronto. Al parecer, escribe sus obras por la mañana.

Vi que me retiraba la aprobación, pero también la desaprobación. Se me ocurrió que mi padre quizá no supiera qué pensar de ese tal Illeo, y que tal vez no estuviera del todo seguro de sí mismo al mandarme con él. ¿Qué otras

vías habría agotado sin que yo las sospechara siquiera, me pregunté, para correr un riesgo semejante?

El otoño se estaba convirtiendo en un duro invierno, y el día siguiente fue tibio y gris, con un cielo bajo, con un atisbo de nieve. A mí me gustaba: al menos era un cambio con respecto a la lluvia. Si el hombre se dedicaba a sus propias obras por la mañana, yo decidí hacer lo mismo también, y me senté en un rincón de la cocina con una tablilla y un estilo. No escribí nada. Después de comer, me puse la ropa más abrigada que tenía y salí a buscar la casa que me había indicado mi padre. Estaba en la parte pobre de la ciudad, un largo paseo desde la colina, donde estaba la nuestra. Pasé junto a un hombre harapiento que cagaba en medio de la calle y que se rio de mí cuando le miré, y luego cuando aparté la vista. El vapor se elevaba desde la pequeña montañita. Las casas eran pequeñas y miserables, y yo sabía que las familias que había en su interior dormían en una sola habitación con sus hijos y sus animales. Mi mente entraba por sus puertas y absorbía los ruidos y los olores de aquel sueño compartido. Había campesinos en Estagira que vivían así en invierno. Yo nunca había compartido una habitación con nadie.

Le pregunté a una niña por la casa del erudito, Illeo, y me señaló una cabaña de piedra como las demás.

—Se te comerá —me dijo.

Había visto que observaba con admiración mis ropas de lana y supe que debía haberle arrojado una moneda, pero había venido sin nada, excepto la bolsita de monedas que mi padre me había entregado para el estudioso.

—Bastardo —me dijo ella, cuando le volví la espalda. Igual tenía cinco años.

Di unos golpecitos con los nudillos en la puerta de madera, empujé a un lado la gruesa cortina y entré. Estaba oscuro, sólo ardía una lámpara de aceite en una mesa en el rincón más distante (no tan distante en realidad, sólo a unos pocos pasos de distancia). Allí se encontraba sentado un hombre. Veía su silueta, pero sin detalles. Tampoco vislumbraba bien la habitación. Mis ojos todavía no se habían acostumbrado a la oscuridad.

—Aquí está el niño prodigio —dijo el hombre.

Le pregunté dónde podía encontrar al erudito Illeo.

—Vaya, qué interesante. Sabes que le has encontrado, pero preguntas de todos modos. ¿Es ésa una buena forma de empezar una relación?

Me di cuenta de que mi padre no conocía a aquel hombre, o si no, yo no estaría allí. Me pregunté quién habría sido el intermediario. ¿Estaría aquella persona gastándole una broma a mi padre, o a mí? Vi entonces que la mesa que tenía frente a él estaba vacía. Bebía vino sin diluir con agua de una copa que apoyaba en su entrepierna, y nunca la dejaba. La habitación estaba bastante

caliente. Las paredes estaban forradas con pesadas telas para evitar que se escapara el calor, y la cama y las sillas envueltas en más tela y cabezales. Una calidez oscura, una blandura en todas las superficies: el refugio de un bebedor. Un hogar en una esquina, que yo había pensado que estaba apagado, brillaba débilmente, y un calor como tenues trazos subrayaba de blanco las ascuas.

—¿Quieres empezar, niño prodigio —me preguntó—, o he vaciado mi orinal para nada?

Ahora veía que no era tan viejo como mi padre, aunque su rostro estaba muy arrugado, especialmente en torno a la boca, como fruncida, y su pelo era una mata hirsuta y blanca. Era la piel de sus mejillas la que le delataba. Mi padre me había enseñado a buscar aquellas señales: suavidad, color rosa. En una mujer de su edad sería la última vanidad que le quedaba. Su voz era profunda, no baja. Me senté en una silla.

—¿Sabrá hablar? —preguntó a su copa, y bebió de nuevo.

—Mi padre quizá te haya engañado. No estoy escribiendo ninguna obra.

—Qué alivio.

—¿Cuál es tu trabajo?

—Parlanchín. —Observó su copa de vino—. Ahora está parlanchín. Le gusta la idea de trabajar, creo.

Asentí.

—Quiere su propio trabajo. ¿Algún problema que resolver?

—Quizá. No exactamente. No estoy seguro.

—¿Por qué creías que ibas a escribir una obra?

Le dije que me costaba dormir porque tenía la cabeza llena de cosas, y había pensado que podría aliviarme escribir algo, sacármelo de la cabeza.

—Pero se pueden escribir otras cosas —dijo—. No sólo existe el teatro.

Le dije que, para mí, quizá sería mejor escribir una de esas otras cosas.

—Excelente. ¿Y has traído algo para escribir?

Saqué la tablilla que llevaba debajo de la ropa.

—Describe esta habitación, todo lo que hay en ella. Y a mí, si estás preparado. No te dejes nada.

—¿Por qué?

—No lo leerá nadie más que tú. Todavía estás nervioso. Quiero que te calmes. Empezaremos bien la próxima vez. Sacaremos de tu cabeza algunas de esas cosas que tienes, para que la siguiente ocasión que vengas te puedas concentrar. Los cotilleos, la cháchara. Eso que te mantiene despierto, ¿de acuerdo? ¿Tienes sed? —Medio me ofrecía la copa de vino.

—No.

—Un joven muy sensato. —Volvió a apoyar la copa en su entrepierna—. Empecemos.

Escribí largo rato, hasta que aun en aquella choza sin luz, me di cuenta de que estaba oscureciendo. Me gruñía el estómago.

—Mañana podrías quitarte el manto.

Había encendido una o dos lámparas y había espabilado el fuego. Había una olla hirviendo a fuego lento, judías, por el olor, colgando de una estaquilla por encima de las llamas. Yo me había olvidado de todo lo que me rodeaba.

Al salir me tendió una moneda del bolso que yo le había dado.

—Si hay algún chico en la calle, ahí fuera, dale esto y dile que Illeo tiene hambre. Un chico pequeño, ya sabes. Que todavía no tenga la voz rota, como tú.

En la calle oscura encontré a un niño de la edad de mi hermano jugando a algo en el suelo, con guijarros, arrojándolos en montoncitos y dándose a sí mismo más piedrecitas como premio cuando sacaba algún punto.

—¿Conoces a Illeo, el que vive en aquella casa? —le pregunté, señalando hacia allí.

Él tendió la mano. Le di la moneda y me alejé de vuelta a la larga colina, sin mirar atrás.

Fui durante tres años. Supe más cosas de él: que había vivido en Atenas, que había estudiado con un gran hombre llamado Platón y que él mismo había sido un niño prodigio, brevemente. Pero no supe mucho más de lo que ya había sabido el primer día: era un borracho al que le gustaban los jovencitos, a quien no le gustábamos nada ni yo ni mi padre, pero que necesitaba desesperadamente nuestro dinero para vino y sexo.

Le hacían mucha falta esas cosas. Algunos días estaba demasiado borracho para enseñar, y yo me quedaba en las sombras y le dejaba divagar acerca de su gloriosa juventud y todos los menudos agravios y quejas que recordaba, tetas que le habían amamantado durante años, y que le habían conducido a aquel momento y lugar, donde moriría. Otras veces hablaba de Platón, que todavía seguía en Atenas, alimentando aún a jóvenes como él mismo fue una vez, jóvenes prodigios.

—Quizás algún día vayas a verle, niño prodigio. —La idea pareció enraizar en él mientras hablaba, porque la mencionó un par de veces más cuando estaba sobrio. Dijo que escribiría para recomendarme, que aquel hombre le recordaría y que lo tomaría muy en serio—. No puedo hacer esto eternamente —añadía, y yo lo creía…

Padecía de alguna enfermedad del pecho y hacia el final tenía siempre dos copas en la mesa, una para el vino y la otra para los coágulos color vino

que escupía. Nunca estaba tan borracho, sin embargo, como para dejar que yo me fuera sin entregarme una moneda y hacer que le procurara algún niño. Una vez incluso me pidió una niña.

—Variedad —dijo, riendo, ante la sorpresa que se reflejó en mi rostro—. Debes probar todas las frutas del mundo. La curiosidad es la primera señal de una mente inteligente.

Encontré a una prostituta de mi misma edad, quince años o así, por entonces, cuyo rostro se abrió cuando me acerqué a ella, y se cerró de inmediato cuando le expliqué la situación. Dijo que la moneda no bastaba. Yo me daba la vuelta para irme.

—No basta para ese viejo saco de sangre, quiero decir —añadió—. Pero sí para ti.

Mi hermana se había casado con Proxeno unos pocos meses antes y se había ido a vivir con él a Atarneo, donde estaba ahora, con trece años, y esperaba su primer hijo. El entrenamiento de Arimnesto con los pajes le había dado buenos bíceps, un argot de soldado, una buena mata de pelo y una sonrisa perezosa. A la gente le gustaba. A la gente, a las chicas.

—¿Dónde? —le pregunté.

Me llevó hasta otra casucha, unas cuantas puertas más allá. Una mujer vieja que atizaba las brasas del hogar con un palo se levantó y se fue cuando nosotros entramos. La chica me hizo sentar en la cama y me chupó hasta que me quedé sin fuerzas, y la habitación se sumió en la placidez. Mi padre me había dicho que si me tocaba yo mismo los dedos se me pondrían negros y que mi madre sabría lo que había estado haciendo, y yo le había creído. Durante largo rato pensé que aquella chica me estaba matando de una forma de la que nunca había oído hablar. Pensaba que me moría, que había muerto. Cuando finalmente me incorporé, la chica sonreía a regañadientes, levantando una comisura de los labios.

Al día siguiente, Illeo no dijo nada de la chica ni de la moneda desaparecida.

No he contado qué era lo que me enseñaba. Al principio: historia, geometría, un poquito de astronomía. Tenía libros que había mantenido escondidos en un hueco del suelo o detrás de las telas que forraban las paredes, o en algún otro lugar, no sabría decirlo. Cuando llegaba, él tenía ya uno o dos colocados en la mesa, ante él. Me hacía leer y luego resumir lo que había leído. Ejercicios de memoria, dije una vez, despreciativamente (se me daban bien), y él me corrigió: ejercicios de atención. Una vez me preguntó si yo estaba de acuerdo con un pasaje en concreto de Herodoto sobre la batalla de Maratón. Le dije que no me parecía que tuviera sentido estar de acuerdo o en desacuerdo; era historia, eran hechos.

—Claro. —Un año antes me había hecho la misma pregunta en el mismo pasaje.

—Un ejercicio de atención —dije.

—No seas tan sabihondo. Estoy tan harto de ti que me dan ganas de vomitar.

—No, no es así. —Sabía que él había llegado, si no a quererme, al menos sí a tolerarme. Se ponía furioso cuando llegaba tarde, y sonreía cuando le daba una respuesta rápida.

—Pues no, es verdad —reconoció—. Lo que me cansa es todo esto. No pensé que mi vida acabaría así. No me refiero a ti, tú eres un buen chico.

Ya veía que la lección estaba concluyendo, y dudé, rozando con la mano el Herodoto.

—Sí, sí, puedes llevártelo. A mí también me gustaban mucho los libros, cuando tenía tu edad. ¿Sabes que no hay que comer mientras lees?

Sí, lo sabía; mi madre me lo había enseñado durante una de las largas ausencias de mi padre, cuando me dejó entrar de mala gana en su biblioteca por primera vez. Ni comer, ni arrugarlos, ni sacar los libros fuera; manos limpias, no demasiado cerca de la lámpara, y volver a colocarlo todo exactamente donde estaba.

Fue mi padre quien se fijó en la dedicatoria.

—Mira esto —dijo—. Platón. Tienes que ser uno de los diez o veinte en todo el mundo a los que se les permite estudiar con él. Ese Illeo, ¿no te ha hablado del tiempo que pasó allí?

—Un poco —dije—. En realidad, no mucho. Parece… amargado.

Mi padre frunció el ceño. Eso no era lo que quería oír.

—Quizá deberías preguntárselo. Saca la conversación. Pregúntale por su propio trabajo. Halágale un poco. A veces puedes ser un poco desagradable, y quizás él lo note.

—¡No es verdad!

—Sí. Amargado. —Era como si acabara de reconocer por primera vez aquella palabra—. Me pregunto por qué dejaría la escuela. Aquellos que estudian a menudo suelen quedarse a enseñar allí, me han dicho. ¿Te gustaría hacer algo así?

—¿Enseñar? —Estaba anonadado.

—No pensaba en eso. —Me tendió de nuevo el libro—. Cuida bien esto. No quiero que venga después a pedirme que lo sustituya porque lo has dejado caer en un charco.

—¡Yo cuido muy bien los libros!

—No me levantes la voz —dijo mi padre—. La amargura tiene su origen en un exceso de hiel. Quizá necesite beber más leche para contrarrestar

los efectos de ese humor. Creo que te prescribiré lo mismo a ti, para que no acabes con una personalidad similar. Veo los principios de todo eso en ti.

Bebí leche de cabra cada día a partir de entonces, que me traía un esclavo en una bandeja pequeña cada tarde, normalmente mientras estudiaba. Se convirtió en uno de los rituales de la casa. Yo tenía que sacar la copa al patio, bebérmela, comerme las nueces que la acompañaban (diminutos cerebros para mi pequeño gran cerebro) y devolverle la bandeja al esclavo, que le llevaba la copa vacía a mi padre para demostrar que yo seguía sus órdenes. Nuestra casa estaba dispuesta en torno a tales solemnidades, muchas de ellas absurdas, como iba quedando claro para mí gradualmente.

Por suerte podía visitar el palacio cuando la pequeñez del mundo de mis padres amenazaba con abrumarme. Nadie le hacía beber leche de cabra a Filipo para prevenir la amargura, y una nube negra de decepción no se cernía sobre sus habitaciones si devolvía un libro al estante equivocado.

—Llegas justo a tiempo —dijo, la siguiente vez que fui a verle.

Se me permitía usar el gimnasio de palacio debido al cargo que ocupaba mi padre en la corte, y a menudo iba allí como pretexto, cuando lo que buscaba era compañía. Me había encontrado haciendo flexiones de piernas con una bola con pesos, sin demasiado entusiasmo, pero tenía un respeto guerrero por el ejercicio de cualquier tipo, y esperó a que acabase para hablar.

—Mi nueva armadura está lista. Ven a verla cuando acabes.

—Ya he acabado.

Me llevó a la armería, donde su nuevo equipo estaba colocado encima de una mesa: casco, peto, espada, escudo, lanza, glebas, sandalias. Había estrellas radiantes grabadas en el peto y en el escudo. Un regalo de su padre, me contó. De todos modos, su equipo de prácticas se le había quedado pequeño. Le vi atarse y sujetarse las correas, todo perfectamente ajustado. Yo quería hacer una broma sobre todo aquello, que seguramente tenía que haberse pasado horas y horas de pie mientras le medían, como una mujer a la que preparan un vestido, pero sabía que él no se iba a reír.

—Es magnífica —dije, y de verdad lo pensaba. Parecía un auténtico guerrero, con el casco bien colocado y la pieza de la nariz perfectamente encajada, todo resplandeciente y crujiente por el cuero nuevo. Sus ojos estaban a mi mismo nivel, y me pregunté qué enemigo estaría así, tan cerca de él, con sus nuevas galas, y si lo último que vería serían aquellos ojos: tranquilos, calculadores, no carentes de un punto de humor paciente. Él me miraba así justo en aquel momento.

—No te gusta luchar, ¿verdad? —dijo—. A ti no te gustaría tener nada de todo esto. Realmente, no te gustaría.

—No sabría ni por dónde empezar. Sería como jugar a disfrazarse, para mí. —Estaba a punto de ofenderle y lo sabía—. ¿Me ves sujetando una espada? La única persona para la que representaría un peligro sería para mí mismo.

—Eso es verdad. —Se quitó el casco con mucho cuidado, más por el casco, quiero decir, que por su propia cabeza, y lo dejó otra vez en la mesa—. El futuro se acerca rápidamente, ¿lo sabías?

Había dicho algo tan extraordinario que de inmediato sospeché que recientemente se lo habían dicho a él, a su vez, y que se limitaba a repetirme a mí aquella frase. ¿Su padre? Yo sabía que había escaramuzas con los reyes insignificantes de las montañas de Iliria, que estaban intentando invadir el sur de Macedonia. Filipo probablemente atajaría a uno de ésos con su bonito equipo nuevo, para embadurnarlo un poquito de sangre y probar que merecía llevarlo. Una vida básica, y sin una sola duda al respecto.

—¿Y tú? —me dijo—. ¿Qué pasará contigo?

No respondí. A su lado era como un niño, o un anciano, tan impedido por el pensamiento que ni siquiera podía hilvanar una frase.

—Todavía podrías ocupar una plaza en el ejército.

Ésa era la curiosa amabilidad que tenía él siempre, la forma en que veía mi desazón y desviar el puñetazo que cualquiera de nuestra edad habría asestado sin pensar.

—Podrías ser médico —continuó—. Tu padre te ha enseñado, ¿verdad? ¿Todavía haces rondas con él?

—A veces. Pero creo que prefiere que sea profesor.

—¿De qué? —Se metió un dedo en el oído y se hurgó, con aire escéptico o quizá dolorido por su propia uña. Quizá no estuviera pensando en mí en absoluto, quizá no hubiese oído siquiera mi respuesta. El sexo y los libros, era lo único que yo quería para el futuro. Un Illeo dentro de mi propio corazón quizá, después de todo.

—De todo —dije—. De natación.

Él se echó a reír.

—¿Y cuándo volvemos, pues?

—Ahora.

Se quitó las armas y bajamos a la playa, un largo paseo, sin hablar. Sabía que se sentía más cómodo rodeado por grupos más grandes y más animados. No encontrábamos demasiados temas de los que hablar cuando estábamos solos, aunque él nunca evitaba tales situaciones, intentando, creo yo, ser amable conmigo. Yo, a mi vez, procuraba no hablar demasiado, o suponer intimidad alguna y poner a prueba de ese modo su paciencia. Nevaba de nuevo, muy ligeramente, una corriente alta y ciega que se volvería mucho más pesada

aquella noche y lo congelaría todo excepto el mar por la mañana. Todo era suave y gris, y los sonidos estaban ahogados y distendidos. Nuestro aliento humeaba en el frío. El sol era como un disco blanco, lejano, frío. En la roca habitual empecé a desnudarme.

—Mierda, no —dijo Filipo, pero como yo no me detuve, él también tuvo que desnudarse.

El agua resultaba cálida durante un momento y luego horriblemente fría, aros ardientes en torno a los tobillos, las pantorrillas, las rodillas, los muslos, cada vez que me paraba a pensar en lo que estaba haciendo. No había nadado desde hacía semanas. Justo antes de sumergirme miré hacia atrás y vi a Filipo, desnudo, de rodillas, con las manos en las caderas, oteando el horizonte. No nos quedamos mucho rato. Después nos secamos con nuestros mantos y volvimos a la ciudad con los mantos empapados bajo el brazo, tiritando.

Cuando volví a verle era ya primavera, fue en los juegos. Filipo había vuelto recientemente de una campaña de invierno brutal en Iliria; yo acababa de escribir mi primer libro, un tratado sobre las variedades locales de crustáceos. Había descrito y categorizado todos los tipos que había podido, intentando agruparlos en familias, y había descrito sus hábitos durante largas y solitarias horas perdidas en las playas invernales, mirando los charcos en las rocas. Incluía unas ilustraciones que había trazado yo mismo. Esto había sido lo más duro, pero Illeo me había enseñado el truco de usar un papel cuadriculado para obtener las proporciones adecuadas. También me recomendó un escriba para que hiciera una copia exacta, alguien cuya escritura y materiales fuesen mejores que los míos: un hombre diminuto, sonriente, con los dientes muy estropeados, en otra choza oscura; sí que lo eran. Le presenté el trabajo a mi padre como regalo.

—Es precioso —dijo él—. El papel es maravilloso. Egipcio, ¿verdad?

No me desanimé. Illeo había hecho que lo revisara una y otra vez hasta que cada una de las frases resultara concisa, clara y necesaria. Me preguntó si me gustaba el marisco, los encontró muy elegantes, y yo había contado lo que quería contar. Luego había escrito con mucha elegancia sobre ellos, dijo, y ése fue todo el comentario que hubo sobre la validez de mi proyecto. No me pidió un ejemplar del libro. Se limitó a coger una pequeña concha en espiral que yo había traído desde Estagira y que, un día, había puesto en la mesa delante de mí mientras trabajaba.

—Me quedaré esto —dijo, y eso fue todo.

Era muy pequeña, llena de circunvoluciones, como un oído, rosa como un pezón, con un labio cremoso que hacía un puchero; una pieza perfecta, y no se la disputé. De pronto yo tenía mi libro, y eso era mucho más.

Los juegos debían honrar la reciente muerte de Amintas (de viejo, una hazaña extraordinaria en la casa de Macedonia) y celebrar la ascensión al trono del hermano mayor de Filipo, Perdicas. Filipo y yo teníamos dieciséis años por aquel entonces, y cada uno los representaba a su manera. Yo había crecido más aún que mi padre, que no era un hombre bajo precisamente, y me había crecido una barba rizada y espesa que a mi madre le gustaba acariciar. La estación de la natación había empezado de nuevo en serio unas pocas semanas antes, y yo había comenzado a desarrollar mis músculos, aunque seguía siendo desgarbado comparado con Filipo. Le observé en la lucha y en la jabalina, y en ambas ganaba.

Después, mi padre me llevó al templo de Heracles para ofrecer un sacrificio por los futuros éxitos militares, y me sugirió que me bañase. Deseaba echarme un vistazo por entero, comprendí, con sus ojos de físico, algo que yo cada vez le negaba más. Quería ver el tono de mi piel, mis articulaciones, mis músculos, el tamaño de mi pene. Quería encontrar algo que arreglar.

—Podrías haber competido —dijo, en cuanto nos desnudamos.

Me senté de espaldas a él, y me quité la suciedad de las piernas con una piedra afilada, mientras él me examinaba.

—Quizás este verano.

—¿En qué? —Quería que la pregunta fuese retórica y burlona.

Después del primer momento no pude mirarlo; ya era un hombre anciano, pálido, con el pelo ralo, con tetas de viejo y una cosa colgante y rodeada de canas entre las piernas de la que no deseaba tener una imagen clara.

—Carreras.

—Es ridículo. Nunca me has visto correr.

—Tienes el cuerpo adecuado para ello. No para un velocista, pero sí para uno de fondo. Quizás deberíamos pensarlo.

Ya estaba imaginando otro de los regímenes de mi padre, una rutina de entrenamiento que acompañase a mi leche de cabra y mis nueces y mis estudios con Illeo.

—No.

—Piénsalo —insistió.

Y lo pensé. Pensé en el hecho de que mi padre nunca solía valorar los juegos, y que durante nuestra estancia en Pella cada vez se sentía más avergonzado de mí. Arimnesto era perfecto: era valiente, atlético y le encantaban los caballos. Sería un acompañante estupendo. Pero yo no era el tipo de hijo que tenían los hombres allí, y algo en mi padre había cedido, como un suelo podrido, de modo que ya no era capaz de ver lo mucho que me parecía yo en realidad a él, y lo inadecuados que eran sus planes para mí. Sólo veía que yo no era como los demás chicos macedonios, y eso era un problema.

Me di cuenta por primera vez de que sería necesario abandonar Pella, dejar a mi padre, si no quería acabar como médico uniformado (caminando dificultosamente a la retaguardia del glorioso ejército de Filipo, poniendo pañales a su mierda) que en tiempos acabó cuarto en una carrera de larga distancia antes de convertirse en un libidinoso amargado, un misántropo y un borracho.

Aun así mi mundo era pequeño, y sólo pensaba en volver a Estagira. Planeaba vagamente dedicarme a la agricultura, escribir y nadar y encontrar a alguna chica para casarme y con la que descargar de la misma forma que hacía con la prostituta, para obtener un alivio regular.

No pensaba en las fanfarronadas de Illeo de ser un gran profesor en Atenas hasta el último día que pasé con él, que no sabía que era mi último día. Me dijo que había recibido una respuesta a su carta.

—¿Qué carta? —le pregunté.

En lugar de responder, me la dio y me rogó que se la entregara a mi padre. Había vuelto a sellarla con cera.

—¿De acuerdo?

Vi que su mano se levantaba dispuesta a tocarme el pelo o el hombro, y me fui rápidamente, antes de que encontrase una moneda. Le había preguntado recientemente en qué consistía su trabajo, como me aconsejó mi padre, y al final reunió el valor suficiente y me dijo, con toda sencillez, que estaba escribiendo una obra de teatro, y que llevaba más de una década, desde que estaba en Pella, escribiendo la misma obra.

—Debe de ser muy larga —dije.

—No, realmente no.

Quería preguntarle el título que tenía, o de qué trataba, pero pasamos a otros temas y nunca volvió a presentarse la ocasión. Fue una conversación bastante sencilla, pero entre nosotros las cosas después cambiaron, como si hubiésemos intimado de alguna manera que le hacía vulnerable a mí. No era una sensación que me gustara precisamente. A partir de entonces, no siempre ordenaba su mesa antes de mis lecciones, y a veces llegué a ver los fajos de hojas con su letra apretada y furiosa: pensamientos y garabatos. Me miraba tímidamente, consciente de que me había permitido mirar, y luego los apartaba con unas manos delicadas que me ponían un poco enfermo.

En casa, mi padre leyó la carta en silencio mientras yo le observaba. Era verano de nuevo y el polvo daba vueltas en el aire oscuro y dorado en torno a su cabeza. La peste era muy mala aquel año, la peor desde que habíamos llegado, y mi padre estaba cansado por los largos días que pasaba entre muertos y moribundos. Cogía la carta con demasiada fuerza. Capté su

esencia por entonces: un lugar en la academia de Platón, alojamiento y manutención, un sitio para mí, reservado para mí, en la ciudad fabulosa.

—No debería haber escrito sin consultarme —dijo mi padre—. Ni hablar del asunto.

Al día siguiente no quería levantarse de la cama. Supuse que era la melancolía.

—Yo quiero ir —le dije a mi madre. La encontré en el patio, cortando unas hierbas—. Aquí no sirvo para nada.

Ella no respondió. La miré de cerca y vi que la fina piel en torno a sus ojos estaba estropeada por el llanto.

—¿Qué pasa?

—Tu padre me ha dicho que cogiera de esto. —Se refería a las hierbas—. Para él. Tiene… —Sus dedos señalaron bajo el brazo—. Dos. Sólo dos. Aquí… y aquí.

—¿De qué color?

—Rojos, como ampollas.

—¿Supuran?

Ella meneó la cabeza negativamente.

—Eso es bueno, ¿verdad? ¿Que no haya sangre?

Yo no sabía qué responder. Ella leyó en mi rostro y corrió hacia la casa, hacia la habitación de mi padre, con su puñado de hierbas, y prohibió que nadie abriese la puerta. Aquel mismo día fui enviado a palacio a dormir con los pajes. Arimnesto, en cuarentena conmigo, estaba desconcertado. Por mi parte, fingí estarlo.

Dos días después nos convocaron para que compareciésemos ante el rey. Sabía que Filipo no había dedicado mucho tiempo a su hermano mayor. Perdicas había recibido enseñanzas en su juventud de uno de los compañeros de clase de Illeo, un hombre llamado Eufreo, que todavía tenía influencia en la corte y preparaba lo que Filipo llamaba «cenas de mariquitas», con temas de conversación preestablecidos y poca bebida. Perdicas era más alto que Filipo, más delgado, más pálido, sólo correcto en combate, siempre tamborileando con los dedos en el libro que andaba leyendo y al que quería volver. Ocho años después moriría en Iliria en una derrota a la desbandada. Hubo cuatro mil muertos. Y le legaría a Filipo un regio desorden.

—Lo siento —dijo el rey.

Arimnesto lloraba y preguntaba por nuestra madre.

—Lo siento —dijo de nuevo Perdicas, el rey lector, dando golpecitos en su ejemplar de Homero.

Tuve que echarle una miradita de soslayo para averiguar cuál era.

Arimneste llegó de Atarneo con Proxeno, su marido, y su hijo. Ella se hizo cargo de la casa y de Arimnesto; se ocupó de los sirvientes, las comidas y la pena de su hermano gemelo. Había cenizas en todos los rincones donde mi hermana había quemado hierbas para purificar el aire de la peste. Se metía en nuestras ropas y en la comida, pero eso era bueno. Si no dejas que la ceniza se disperse de forma natural, la limpieza no es efectiva. Arimneste era ahora una figura matronal, más regordeta, atareada y eficiente, y no me miraba a los ojos. Alguien (uno de los esclavos) debía de haberle dicho que yo no había llorado. Yo vivía ahora en el estudio de mi padre, rodeado por su olor, débilmente especiado por su botica, débilmente agrio por su cuerpo viejo y sus libros, que ahora eran míos. Los apilaba a mi alrededor, medio desenrollados, como hojas que caen a puñados en el suelo, y leía hasta muy tarde, cada noche. Algunos libros no los había visto nunca, libros médicos que rayaban en lo indecente, historias extrañas, obras de teatro, sátiras escabrosas que nunca había sospechado que pudiesen gustarle a mi padre. Periódicamente salía a tomar el aire, visitaba la cocina en busca de una manzana o algo de pan. Los sirvientes me evitaban. Cada vez que yo empezaba a sentir algo, me sumergía de nuevo en los libros y me quedaba allí todo el tiempo que podía.

—¿No lloras? —me preguntó Proxeno.

Era un buen hombre, un buen trabajador que trataba bien a mi hermana y que reverenciaba a nuestro padre. Mis ojos secos le insultaban. Yo había vuelto de un paseo (seguía dando paseos, como atontado, intentando cansarme lo suficiente para dormir) y le encontré en el estudio de mi padre, en su silla. Quería poner remedio al desorden que yo había organizado y que le ayudase. Como no le respondí, agitó un trozo de papel que reconocí.

—Hay una carta. Como tutor tuyo, no puedo permitir que sigas en Pella.

Las pérdidas militares crecientes requerían que Filipo y cuarenta y nueve acompañantes suyos partiesen pronto hacia Tebas como rehenes, un complicado arreglo diplomático para asegurar la docilidad de Macedonia. Filipo pasaría los tres años siguientes en la casa del gran general tebano Pameno, aprendiendo el arte de la guerra en una ciudad famosa por su infantería, caballería y liderazgo militar. Observaría a sus falanges mientras completaban la instrucción en el campo de entrenamientos cada día. Yo tenía el linaje suficiente y frecuentaba bastante al príncipe, de modo que comprendí que Proxeno temía que me convirtieran en el rehén número cincuenta y uno. No estaba avezado en la vida militar, y probablemente no habría sobrevivido a mi primer invierno allí. Si quería vivir, sería mucho más inteligente abandonar Pella antes de que llegase la escolta tebana.

Arimnesto se quedaría con Proxeno y Arimneste, al menos hasta que alcanzase la edad adulta. Ellos partirían lo antes posible. Supe que los gemelos no me iban a necesitar, y Proxeno no quería que me pudriese en su casa, mirando a la gente demasiado fijamente y apoderándome de su librería. Ya era el momento de que me convirtiese en un problema sólo para mí mismo.

Le dije que deseaba ir a Atenas.

—Siempre serás bienvenido en nuestra casa de Atarneo —mintió—. Quizá cuando tus estudios hayan concluido.

—Me gustaría mucho —dije.

Cuando se lo conté a Filipo, éste me dijo que era un cabrón y me felicitó, y me advirtió de que no me fuese sin acudir a palacio por última vez. De repente, todo ocurría velozmente y me marchaba mucho antes de estar preparado. Ni siquiera iban a pasar semanas, sólo días. Arimneste y sus doncellas me prepararon ropa, unos vestidos de verano minuciosamente bordados. Llegó por fin el día antes del viaje. Proxeno y los gemelos vendrían cabalgando conmigo para ayudarme a instalarme, y luego continuarían su viaje a casa. Sus preparativos costaron mucho más que los míos. La tarde de aquella frenética víspera acudí a palacio.

—Te voy a dar algo. —Filipo me entregó un libro de versos pornográficos, ilustrado. Lo había encontrado en la biblioteca de palacio, dijo, y dudaba de que su hermano lo echase de menos.

Le di las gracias preguntándome dónde esconderlo durante el viaje. Mi baúl estaba ya cerrado y guardado en el carro. Le pregunté, apelando a nuestra antigua camaradería por última vez, si estaba seguro de que podía desprenderse de él.

—Es sólo un libro, bobo. ¿Crees que necesito un libro para esto? —preguntó, y se agarró el paquete.

Repitió el gesto a la mañana siguiente, cuando nos íbamos a caballo (él y algunos pajes habían venido a despedirme), y esbozó su sonrisa feliz, que desarmaba. Finalmente, metí el libro en lo más hondo de un ánfora de ancho cuello con pasas que me había entregado cariñosamente mi hermana para el invierno siguiente.

3

PITIA dice que no le importa vivir en palacio. Sin embargo, ahora que nos quedamos en Pella, yo quiero una casa propia. El lacayo sabe de un sitio, una casa modesta de un solo piso medio escondida entre la fila de mansiones situada inmediatamente al sur de la plaza del mercado. Nos la enseña la viuda del propietario, una joven gimoteante que porta un velo índigo de luto. Va escabulléndose delante de nosotros de habitación en habitación, intentando simultáneamente arreglar las cosas y mantenerse fuera de la vista. El lacayo me asegura que ella se va con su familia; no le presiono para obtener más detalles. La casa tiene un vestíbulo bastante chillón (en el suelo de mosaico está representado Zeus echándole el ojo a una ninfa); un patio pequeño y un jardín mísero, rodeado por unas columnas, y en la parte de atrás las habitaciones privadas, incluyendo una sala para mis libros, otra para las mujeres, dormitorios y un pequeño santuario cuyo cuidado encomendaré a Pitia. Calístenes es ya lo bastante mayor para buscarse un sitio por su cuenta. Cuando se lo digo, duda, traga saliva, asiente. Le irá bien.

Amontono las jaulas de los animales contra una pared que da al sur, aunque la mitad de mis especímenes (blandos como los dramaturgos) ya han muerto por el frío y la humedad. Asisto a la corte y traigo a Pitia regalos del mercado: unas vasijas muy bonitas blancas y negras, un rollo de tela color violeta pálido. He hecho que plantasen bulbos en el jardín, y que enviasen muebles a la casa.

—Entonces, ¿nos estableceremos aquí? —pregunta Pitia. Se ríe de mí con su rostro grave.

Al menos es feliz con todo esto, o menos infeliz. Le gusta la casa, que es mayor que la que teníamos en Mitilene, y le encanta su estatus. Le tiene asombrada, creo: en Mitilene no era más que ella misma, pero aquí está de moda. Las esposas reales se pelean por invitarla a sus fiestas de costura. Su consejo sobre cabello, ropas, comida y sirvientes es muy apreciado y seguido. Le he enseñado a explicar, si alguien le pregunta, que nuestros esclavos son como de la familia: hace años que están con nosotros, nos preocupamos por ellos, nunca los venderíamos, igual que uno no vende a su propia familia. Todo muy cosmopolita, muy chic, muy nuevo. Las esposas están impresionadas.

—Ya ves —le digo—, seremos una fuerza del bien, tú y yo. Una influencia civilizadora. Cuando nos vayamos, habremos ayudado a dar forma al futuro de un gran imperio.

—Del príncipe, querrás decir —replica Pitia—. Me gusta ese chico. Hay algo puro en él.

Abrazo a mi moderna esposa un rato demasiado largo, oliendo su limpio cabello. Ese chico es mi proyecto ahora, mi primer proyecto humano. Un problema, una prueba, una confianza; una metáfora a la que he apostado mi vida. Un chico de trece años. Y Atenas es una promesa que Filipo me ha hecho, el pago en oro cuando mi tiempo aquí concluya.

—Dulce y puro —afirmo.

El palacio está mucho más tranquilo ahora, una vez que ha partido el ejército. Según la tradición macedonia, el rey debe estar presente en la batalla, para conseguir el favor de los dioses. Es fatigoso para Filipo, sin duda, y extraño para todos aquellos que nos quedamos atrás. Es duro no sentirse como un niño al que han dejado solo cuando sus padres acuden a una cena importante y estarán fuera toda la noche. Las habitaciones familiares tienen un eco distinto, de alguna manera, y el tiempo se vuelve miel.

Unos niños, con la librea blanca y negra de los pajes cortesanos, desfilan por el salón que me han asignado. Debe de haber treinta al menos, todos armados. Miro a Leónidas.

—Sus acompañantes —dice el anciano, con gravedad.

Alejandro no está entre ellos.

—¿Qué soy yo, una niñera? —pregunto.

Leónidas se encoge de hombros.

Pregunto quiénes son los amigos más íntimos del príncipe. Leónidas señala a un chico guapo, con la piel rosada y los ojos negros, que se llama Hefestión. Además, a un joven de la edad de mi sobrino llamado Ptolomeo y a un par más.

—Bien —digo—. Vosotros, chicos, a la izquierda, por favor, y los demás todos a la derecha. —Los chicos atenienses se pelean y se hacen el remolón, estos chicos macedonios son rápidos y silenciosos, eficientes como un pelotón—. Los de la derecha, ya podéis iros.

Los chicos de la derecha, incluidos los más pequeños, me miran a mí, luego a Leónidas, y después otra vez a mí.

—¿Adónde quieres que vayan? —pregunta Leónidas.

Me encojo de hombros.

Leónidas señala hacia la puerta y les ordena que vuelvan a los barracones. Se van corriendo.

Quedan sólo los cuatro mayores, firmes. Como filósofo sin rango militar, no estoy seguro de si tengo o no la autoridad para decirles que descansen. Coloco la jaula envuelta en una tela que he traído encima de una mesa. Leónidas se retira hacia el fondo de la habitación.

—No puedes empezar todavía —dice Hefestión—. Alejandro aún no está aquí.

—¿Quién?

Quito la tela. Dentro de la jaula está el camaleón, pero está exangüe, apenas vivo, después de tres semanas en Pella. La disección de un animal con sangre requiere una cuidadosa preparación, o si no la sangre inunda las vísceras en el momento de la muerte. Primero hay que dejar al animal hambriento, les explico, y matarlo estrangulándolo para preservar la integridad de los vasos sanguíneos. Afortunadamente este ejemplar ha durado lo suficiente. Levanto la parte superior de la jaula, lo cojo con ambas manos y aprieto la garganta correosa. Lucha débilmente, abriendo y cerrando la boca. Cuando está muerto, lo saco y lo pongo encima de la mesa. La jaula la dejo en el suelo.

—Ahora —señalo. Lo pongo de espaldas.

Normalmente separaría las patas con unas agujas, pero quiero mantener el interés de los chicos. Hago una señal para que cada uno sujete una pata.

—Busquemos el corazón —digo.

Con un cuchillo afilado corto a través de la piel del vientre, retirando las capas para revelar las vísceras. Los chicos se apelotonan más, rodeándome, pero yo no les pido que retrocedan.

—Ya veis, aquí —digo—. El esófago, la tráquea. Tocaos la vuestra.

Los chicos se tocan la garganta.

—¿Veis el movimiento, la contracción en torno a las costillas? En la membrana, aquí.

Hay movimiento al fondo de la sala. No levanto la vista.

—Esto continúa durante algún tiempo, incluso después de la muerte.

Los chicos se apartan para dejar paso a Alejandro, que se acerca a la mesa.

—Como veis, no hay demasiada carne. Un poco junto a las mandíbulas, aquí, y aquí, junto a la raíz del rabo. No mucha sangre tampoco, pero sí algo en torno al corazón. Señaladme el corazón.

Alejandro señala hacia el cuerpo del camaleón.

Formo un puño de repente y lo agito ante su rostro. Sus ojos relampaguean, sorprendidos. En torno a mí, los chicos se quedan inmóviles.

—Tu corazón tiene este tamaño —le digo a Alejandro. Con lo que siempre nombro para mí como «el segundo cuchillo desde la izquierda», el de los oídos (el fantasma de los dedos de mi padre todavía sujeta su mango de madera) separo la nuez sangrienta que es el corazón del lagarto y se lo tiendo. Él lo coge lentamente, me mira y se lo mete en la boca.

—Siento llegar tarde —dice—. Estaba con mi madre.

«Sssiento», es lo que sale a través de la boca llena. Lleva sangre en la comisura de los labios, como si fuera un resto de fruta. Mastica, mastica y acaba tragando con dificultad.

—Está bien —digo—. ¿Vas a vomitar?

Él asiente, pero luego niega con la cabeza.

—¿Le echamos un vistazo al cerebro?

El cerebro del animal es reducido, mediante los industriosos pinchazos y cortes de los chicos, a una sustancia como el grano triturado. Alejandro se ha recuperado de su brote de mal genio o penitencia o hambre o lo que fuera y está muy atareado empalando trocitos de cerebro con su cuchillo y frotándolos en el brazo del chico que tiene al lado. Otro chico echa un trocito de cerebro en el pelo de Alejandro. Ahora todos se ríen, se dan empujones y se amenazan unos a otros con sus cuchillos con cerebro, una conducta infantil normal y corriente que prefiero infinitamente a ese militarismo espeluznante. Nos dedicamos a los pulmones, los riñones, los ligamentos, el intestino, los graciosos huesecillos de la columna como nudillos de muñeca. Alejandro me lanza miraditas. Cuando nuestros ojos se encuentran, ambos apartamos la vista rápidamente. El nuestro, después de todo, es como un matrimonio, arreglado por su padre. Me pregunto cuál de los dos será la novia.

—¿Quién me puede decir qué es un camaleón? —pregunto.

—Un animal.

—Un lagarto.

Recojo los escalpelos de mi padre de manos de los chicos y los limpio lenta y meticulosamente, tal y como me enseñaron.

—Yo tenía un maestro, cuando no era mucho mayor que vosotros. Estaba muy interesado por saber qué eran las cosas. En lo que era real, si queréis llamarlo así, y aquello —hago un gesto hacia los restos del camaleón— que era perecedero, que moriría y se perdería. Creía que había dos mundos. En el mundo que vemos, oímos y tocamos, en el mundo en que vivimos, las cosas son temporales e imperfectas. Hay muchos, muchos camaleones en el mundo, por ejemplo, pero éste tiene una pata coja, ese otro tiene un color irregular, y así sucesivamente. Sin embargo, sabemos que todos son camaleones; hay algo que comparten y que los hace semejantes. Podríamos decir que tienen la misma forma. Aunque difieren en los detalles, todos comparten la misma forma, la forma de un camaleón. Es esa forma, más que el camaleón mismo, lo que es ideal, perfecto e inamovible. Podríamos decir lo mismo de un perro o gato, o un caballo, o un hombre. O una silla, o un número. Cada una de esas cosas existe en el mundo de las formas, perfecta, inalterable.

»La teoría de mi maestro era ingeniosa, pero tenía muchos problemas. Por ejemplo: ¿cómo somos capaces de percibir las formas, si somos de este

mundo y ellas no? Y si dos objetos similares comparten una misma forma, ¿no debería haber otra forma a la cual pertenecieran los tres? Y luego una cuarta forma, y una quinta, y así sucesivamente… ¿Y qué pasa entonces con el cambio? ¿Cómo puede ser un mundo perfecto e inamovible el ideal de «este» mundo, donde el cambio nos rodea?

Desde fuera llega el tañido de una campana y el sonido de muchos niños que gritan, corren y se reúnen en el siguiente lugar de instrucción.

—Maestro —me saludan los chicos, uno a uno.

Cuando le toca el turno a Alejandro, me toco la comisura de la boca. Él duda y luego se limpia la sangre seca con la mano. Asiento y entonces se va.

Leónidas se adelanta desde su rincón. Es un viejo alto, con el rostro curtido, un guerrero que ha vivido demasiado. Parece cansado.

—Les ha gustado lo del lagarto.

Juntos guardamos mis materiales y pongo las entrañas en un cuenco.

—Los has dejado atrás —dice Leónidas—. Supongo que lo sabes. Toda esa metafísica les ha entrado por un oído y les ha salido por otro. No estoy seguro de que les resultase útil, aunque la hubiesen entendido.

—Yo tampoco.

—Han tenido muchos problemas para encontrar tutores para él. Es…

—Sí —digo.

—Asusta a la gente.

Sí.

Leónidas me invita a comer con él. Es una comida sencilla, incluso austera: pan y un poco de queso, algo de fruta marchita y agua.

—Me gusta el rancho de los soldados —dice—. Estoy acostumbrado a esto. Todo un festín, ¿eh?

Oigo en el sarcasmo una nota áspera de disculpa.

—Platón lo habría aprobado. Comía fruta y verduras solamente, nada de carne, y creía en los hábitos espartanos: agua fría, un lecho duro, una ropa sencilla. Fui su discípulo durante bastante tiempo.

—¿Ya no lo eres?

—Me puso el sobrenombre de Cerebro. Cuando empecé a llevarle la contraria, me dijo que en la naturaleza del potro está cocear a su padre.

—Ja —ríe Leónidas.

Al cabo de un momento me doy cuenta de que era una expresión de genuina diversión.

Mientras me voy de palacio por hoy, miro hacia el teatro, esperando beber algo y ponerme al día con Carolo. Afortunadamente no hago ningún ruido. Alejandro está solo en el escenario, pronunciando unas palabras que no puedo oír. Abruptamente, levanta el puño hasta el nivel de sus ojos, luego lo

baja. Realiza este gesto una y otra vez, cada vez con un rostro distinto: sonriente, amenazador, sarcástico, sorprendido. Al parecer, no es capaz de decidir cuál le gusta más, cuál resulta más adecuado. Me pican las palmas de las manos como la noche que me quedé entre bambalinas: ¿de placer, de emoción, de vergüenza por mis propias argucias teatrales de aficionado?

Silenciosamente, salgo del teatro.

No soy su único maestro. Hay hombres como Leónidas que le enseñan las artes de la guerra: armamento, monta, combate, la coreografía de la batalla. Son soldados, atletas, y no me interesan demasiado. Pero también hay otros: un músico, porque, que los dioses nos ayuden, el chico tiene talento para la flauta; un geómetra de rostro gris, y un ingenioso bromista llamado Lisímaco, más joven que yo y más encantador.

Al final de la clase siguiente, cuando los chicos se van, Lisímaco se adelanta y se presenta. Yo no le había visto y mi rostro se endurece. Me halaga mucho: mis libros, mi reputación, mi oratoria, mi habilidad con los chicos, hasta el cuero de mis sandalias de obvia calidad y obvio buen gusto. Apoya el culo en el borde de la mesa ante la cual me siento, para poder mirarme de arriba abajo. Tiene la punta de un pie apoyado en el suelo y el otro lo balancea en el aire lánguidamente, dejando que su propia sandalia suelta se deslice un poco adelante y atrás. Parece nueva. Me pregunto si debería devolverle el cumplido.

—Las artes —dice, a la pregunta que le hago.

Es una respuesta que parece inmensamente satisfecho de darme. Y, sorpresa: es corpulento, joven y campechano, musculoso, y le he visto desde la distancia montado, jugando a la guerra con el príncipe y sus pajes. No es ninguna florecilla.

—Algo de teatro, poesía, historia. Me alegro de que toques este tema. Me alegro de que tengas las mismas preocupaciones que yo. No tienes ni idea de lo mucho que tranquiliza mi mente. Temía que esta conversación fuese difícil.

—¿Qué preocupaciones? —le pregunto.

Resulta que estaba preocupado por la coincidencia, que ambos nos pisáramos uno al otro, pedagógicamente hablando, y el príncipe quedase atrapado en medio. Un estudiante capaz, pero muy desafiante, ¿no me parecía a mí? ¿No necesitaba un poco más de guía, algún extra más entre bastidores?

—No soy consciente de estar reteniendo nada —digo—. Ética, política y metafísica son mis objetivos prioritarios. Y cualquier otra cosa que crea conveniente. El rey no me ha puesto restricciones.

—¡Excelente! —suelta él—. Ya sabes, yo pensaba incluso (hazme callar si resulto demasiado presuntuoso), pensaba que podríamos reunirnos

regularmente para discutir los progresos del príncipe. Para trazar un rumbo, ¿no te parece? Planear nuestras áreas de influencia… Divide y vencerás, no sé si me entiendes.

—No. No te entiendo.

—Claro que sí —dice él—. Claro que sí. Piensa en ello. Está en una edad muy impresionable, la savia que empieza a correr. No estaría bien que le confundiésemos, ¿verdad? Una cosa tú, otra distinta yo… Hemos conectado…, él y yo. Siempre está ansioso por escuchar lo que digo. Por cierto, me ha encantado tu charla de esta mañana. Tienes mucha confianza, ¿verdad?

Así que un enemigo.

Nunca estoy seguro de lo que entiende o no entiende Arrideo, pero decido ignorar su dolencia en lo posible y hablar con él como lo haría con cualquier muchacho de su edad. Cuando le digo que le iré a visitar durante mucho tiempo, sonríe con esa sonrisa suya repentina y dulce y me pregunto si me habrá entendido. Estamos preparando a Brea y a Gema para cabalgar por los campos cuando un grupo de chicos, incluyendo a Alejandro, entra en los establos. Los chicos se atarean con sus arreos, preparándose para sus propias lecciones. Alejandro mira a Arrideo y aparta la vista.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta.

—Enseñando al príncipe.

Se sonroja, un rasgo que parece haber heredado de su madre, junto con la piel clara y el cabello color rojizo.

—¿Pasas mucho tiempo con tu hermano?

—No le llames así.

—¿Lo haces o no?

Alejandro no mira a Arrideo, que ahora ha montado y agarra las riendas, contemplando al chico más joven con evidente placer, con la boca abierta, floja.

—Mi hermano murió cuando yo tenía tres años. Él tenía cinco.

—Me sorprende que nadie me lo haya dicho —digo, intentando pescar alguna risa, pero Alejandro no se deja atrapar—. ¿Por qué no vienes a cabalgar con nosotros? Te sorprendería todo lo que es capaz de hacer. Probablemente no es como le recuerdas de niño.

—¿Cómo no me voy a acordar de él? —responde Alejandro—. Yo antes tomaba mis lecciones con él. Le conozco mucho mejor que tú. Babea, se caga. Anda a dos patas, en lugar de cuatro… He visto a perros amaestrados hacer lo mismo. Ahora tú le estás enseñando más trucos. ¿Sabes qué? En mi opinión, no haces esto para ayudarle. Creo que lo estás haciendo para demostrar que puedes. Creo que probablemente ya has intentado enseñar a hablar a tu caballo. Creo que probablemente tienes un pajarito amaestrado en

tu casa. Viene dando saltos y tú haces que haga algún truco, que salude, o que mueva las alas, y luego le das una semilla, y te dices que eres un gran profesor. Creo que ese animal —y señala a su hermano— es otra hoja de laurel para ti. Un desafío.

Está sonrojado, respira con fuerza. Es la conversación más larga que hemos tenido. El odio, o quizá simplemente el asco (digamos que es asco, algo que puedo controlar) ha prendido su fuego en él.

—Todo estudiante es ambas cosas, un desafío y una hoja de laurel. —Me refiero a él mismo, y quiero que lo sepa—. Me gustan los desafíos. ¿A ti no? Y si babea y se caga como un animal con piel humana, ¿no valdría la pena intentar hacerle un poco más como nosotros, si podemos? ¿Limpiarle, enseñarle a hablar con más claridad y ver qué es lo que tiene que decir?

—¿Qué diría un perro? Dame de comer, ráscame. —Alejandro menea la cabeza—. Él venía conmigo a todas partes. Le cuidaba y le enseñaba los nombres de los animales, y canciones, y cosas así. Le enseñaba a pedir y a ir a recoger cosas, porque eso hacía reír a la gente, pero nunca me hizo reír a mí. Nunca va a combatir en ninguna batalla, ni a cabalgar adecuadamente un caballo, ni a viajar a ninguna parte. Siempre se quedará aquí, hasta que sea viejo, haciendo las mismas cosas día tras día. Dame de comer, ráscame. Me pone enfermo.

Arrideo gruñe algunos sonidos. Está ansioso por salir, y me lo está comunicando.

—No parece que te recuerde —le digo.

Alejandro le mira y de nuevo aparta la vista, como si lo hiciera de algo doloroso, el sol.

—Le dije a mi padre que no quería verle a mi alrededor nunca más. Ni para las lecciones ni para las comidas. No quería volver a verle nunca más.

—¿Qué edad tenías entonces?

—Siete —dice—. Lo sé porque fue justo entonces cuando fui a cazar por primera vez. ¡Arrideo, busca!

La cabeza del niño mayor se yergue rápidamente, buscando el objeto arrojado.

—Sí que se acuerda de mí —dice Alejandro.

—Eres retorcido y muy cruel, ¿no?

Abre mucho los ojos.

—Leónidas dice que tú asustas a la gente. A mí no me asustas, me pones triste. Se supone que eres brillante. Todo el mundo lo dice: tu padre, Lisímaco, todo el mundo a quien conozco en la corte me felicita por el honor de haberme convertido en tu maestro. ¿Y sabes lo que yo veo? Un chico de lo más vulgar. Yo amaestro pájaros; tú arrancas las alas a las moscas. No he visto

nada en ti que me diga que eres extraordinario en ningún sentido. De las hazañas atléticas, ni sé ni me importa nada. Estoy hablando de la mente, de tu personalidad. Un chico vulgar y corriente, con demasiados privilegios. Un niño violento y engreído. ¿Cómo puedes saber lo que tu noble hermano es o no es capaz de hacer?

Ahora somos los dos los que respiramos con fuerza.

—Deja de insultarme —dice, con calma.

—Deja tú de insultarme a mí. Llegas tarde a las lecciones o no te presentas. No haces los deberes. No creo que intentes entender nada de lo que te enseño. ¿Eres tan estúpido como pareces o simplemente estás fingiendo?

—Tienes que parar ahora mismo… —Casi susurra.

—¿O qué?

—Hay tres oficiales de la caballería a diez pasos detrás de ti. Si oyen que me hablas de ese modo, te matarán. No mires atrás. Haz como si estuviéramos bromeando.

Levanto una mano despacio para revolverle el pelo.

—No entiendo tus lecciones —dice—. No entiendo para qué sirven. Quizá sea estúpido. Sonríe. Se acercan.

—Eres un buen actor, ¿eh? —murmuro, sonriendo, tenso.

—Tengo que serlo.

Los oficiales pasan y saludan a Alejandro, y me miran a mí de reojo, ignorando a Arrideo, que está sentado, ajeno a todo aquello, encima de Brea, tirándose de sus gruesos labios.

—Gracias —le digo cuando están fuera de nuestro alcance.

Alejandro levanta la vista a su hermano, que va en mi caballo.

—No puedo hacer preguntas delante de los demás. No puedo darles a entender que no lo entiendo. Cuando sea rey, lo recordarán y no me respetarán.

—Entonces, lecciones privadas. Lo arreglaré con Leónidas.

Él asiente.

—¿Puedo aclarar algo rápidamente, antes de que te vayas? Mis lecciones sirven para que pienses de manera diferente a los demás. Para ampliar tu mundo. No este mundo —levanto la mano para señalar los establos, el palacio, Pella, Macedonia—, sino el mundo que hay aquí. —Me doy un golpecito en la sien.

—Yo pensaba que no creías en los dos mundos.

Le señalo con el dedo. Ahora sí que sonríe de verdad, complacido consigo mismo, y sale corriendo a reunirse con los chicos, que están bajo los ojos vigilantes de uno de los oficiales, su maestro de equitación. Alejandro se sube en Bucéfalo y se une a la fila que sale por el patio y se dirige al estadio.

—Mira, Arrideo. —Señalo hacia él—. Mira qué erguido que monta, y cómo mantiene los talones abajo.

—Abajo. —Arrideo salta arriba y abajo un par de veces, impaciente por que salgamos al fin.

Carolo dice que estoy equivocado.

—No es el padre, en absoluto, es la madre. Olimpia ocupa demasiado espacio en su cabeza, me sorprende que no sobresalgan las manos de ella de sus oídos. Él tiene mucho de ella, no hay duda.

Estamos en mi casa a finales del verano, justo después de cenar, hablando de las rarezas del príncipe.

—Es como si ya fuese rey, en su imaginación —digo—. Nunca muestra debilidad alguna. Esa insolencia, esos gestos dramáticos. Y el cerebro, en realidad. Filipo no es ningún idiota.

—Ni Olimpia tampoco. —Carolo yace echado en su sofá, con la copa de vino entre sus largos dedos—. ¿Sabes que era una verdadera belleza? No tan estirada y reseca como ahora.

—Un melocotón seco.

—Esa piel tan rara, ese pelo rojo. —Carolo cierra los ojos—. Lo he visto a veces en los actores. Los pelirrojos envejecen más rápido que los demás. La piel oscura parece joven más tiempo, no sé por qué. ¿Sabes por qué es?

—¿Más aceites? —aventuro.

—Alejandro se parece mucho a ella, de todos modos. No veo a Filipo en él en absoluto.

—¿Y lo encuentras atractivo?

Carolo no vacila.

—Todos me parecen atractivos, amigo. Aunque, sí, puede que él tenga algo más. Ser quién es, quizás, el poder que tiene…, o que tendrá. No puedes evitar querer ver ese poder de rodillas. ¿Verdad?

Niego.

—Sí que quieres —dice Carolo—. Sólo que aún no lo sabes.

—Lisímaco sí. ¿Conoces a Lisímaco, su maestro de historia?

Carolo asiente.

—Siempre hay que ir con cuidado al pasar junto a animales grandes en celo.

—Contigo todo es sexo, ¿verdad?

Se echa a reír.

—No sólo conmigo. Yo era una especie de bicho raro en Atenas, te lo aseguro, pero aquí encajo muy bien. Está en el aire, la tierra, el agua. Lo toca

todo. ¿Por qué te estoy contando esto, de todos modos? Tú eres de aquí. Ya lo sabes.

Sacudo la cabeza.

—Entonces era distinto. El poder quizá cambie las cosas. Macedonia no era la potencia que es hoy en día, cuando yo era joven. No recuerdo que estuviese tan… cargada.

—Bueno, sea cual sea el motivo. Lo celebran, hacen que la gente sufra por él, hacen negocios con él. Gobiernan el reino con él. ¿Has oído hablar de la promoción de Pausanias?

Asiento. Pausanias era un soldado que «sirvió» al rey de una forma tan completa, según decían las habladurías, que a la mañana siguiente le hizo oficial. No era ése el Filipo que yo recordaba, pero había estado fuera mucho tiempo. ¿Quién sabe?

—Quizá sea por esa forma que tienen de apartar a las mujeres aquí —dice—. ¿Dónde está tu esposa, por cierto? Ni siquiera ha cenado con nosotros.

—Ha pensado que lo preferirías así.

—Pues se ha equivocado. —Carolo se incorpora—. Echo de menos conversar con las mujeres. Tráela aquí y veamos qué es lo que piensa.

Mando a un esclavo a buscarla.

—¿Qué piensa de qué?

—De nuestro chico.

Pitia aparece unos minutos después con una bandeja de dulces que coloca en el suelo junto al sofá de Carolo.

—Marido —murmura.

Doy unas palmaditas al sofá, a mi lado.

—Estábamos hablando del príncipe.

—Estábamos hablando de amor —dice Carolo.

Ella se sienta y me deja que le coja ambas manos entre las mías.

—Me gustó mucho, la vez que le vi.

—¿Por qué te gustó? —pregunta Carolo.

—Me pareció frágil —responde Pitia.

Carolo y yo bufamos y nos reímos.

—Frágil y triste. —Ella frunce el ceño, molesta, pero decidida.

Carolo le coge la mano y se la besa.

—Perdónanos, preciosa. Estamos igual de lastrados por la maldad, los dos.

—No, yo no —digo.

—Estoy segura de que es muy bueno con los deportes —dice Pitia—. Pero no es eso lo que yo quería decir. ¿Os reiríais de mí si os dijera que parece

solitario? Me pareció un niño solitario, más pequeño de lo que corresponde a su edad, con esa madre horrible y chillona. Quise abrazarle y susurrarle al oído: «Quédate conmigo un tiempo. Yo cuidaré de ti».

—¿Y lo hiciste? —le pregunto.

Carolo se inclina hacia delante.

—Lo hiciste, claro que sí.

Me gusta la sensación de ir desentrañando las marañas de las cosas, mirar al mundo a mi alrededor y sentir que estoy desbrozando toda la maleza, poco a poco. Este poco rescatado del caos, y ese poquito aquí, y ese poquito allá. De vuelta en Mitilene me concentré en la biología, sobre todo en la vida marina. Aquí en Pella quiero algo nuevo.

Noto que los pensamientos se agrupan, forman una constelación cuya lógica interna todavía tengo que percibir, la armonía de cuyas esferas todavía tengo que oír. Es ese librito pequeño sobre el teatro que he esbozado para Carolo: algo sobre su padre y mi padre, la enfermedad de Illeo y la mía propia, y mis dos jóvenes príncipes, especialmente Alejandro. Es un muchacho distinto en nuestras sesiones privadas: tenso, concentrado. Raramente sonríe. Hace preguntas incesantemente y apunta las repuestas. Esas sesiones se celebran normalmente a última hora de la tarde, para que permanezcan en secreto; él renuncia al sueño para fingir que no hace ningún esfuerzo. Es iracundo, curioso, pedante, encantador, tenaz. Es una comedia o una tragedia, una cosa o la otra, ¿cuál de las dos?

He decidido que mi sobrino es una comedia. Ha encontrado una casa en la ciudad, y sus idas y venidas me preocupan menos en estos tiempos. Le visito y celebramos una cena informal, y me sorprende el abismo que se ha abierto entre nosotros, entre su desaliño de estudiante y su trabajosa preocupación por mí, su huésped más viejo. Ese lugar desprende cierto tufo. Además se ha buscado un amante, o al menos eso me dice, mientras comemos, echados en unos sofás en el patio, entre un remolino de hojas caídas, y le arroja regalos al muchacho como si fuera un blanco móvil.

—¡Tres pares de zapatos de invierno! —alardea Calístenes.

—Muy práctico —respondo—. Al menos no estarás fuera escribiendo poesía todo el día.

—Cogiendo flores —suelta Calístenes.

—¿Hiciste eso?

Calístenes se tapa los ojos con la mano, riéndose de sí mismo.

—Pitia me dijo que te preguntara —le digo—, antes de que se me olvide, si tienes provisiones para el invierno. Me pide que te diga que empieces a pensar en tus calabazas y tus judías, en almacenarlas ahora, mientras todavía

están disponibles en el mercado. Creo que te confeccionará una lista, si quieres.

—Mis calabazas y mis judías. Querida tía. ¿Ya se ha tomado esa cerveza?

—Un respeto —le digo.

Él se vuelve a reír.

Después de nuestra comida quiere hablar de política, de cotilleos, diría yo, aunque la política también es cierto tipo de teatro, y se me ocurre que podríamos sacar algo útil para la nueva obra en la que estoy pensando. Las personalidades de las ciudad-estado, la lógica de sus enfrentamientos, el sentido simultáneo tanto de lo contingente como de lo inexorable. Filipo sigue en Tracia. Atenas colisiona con Cardia, en el Quersoneso, donde deben pasar los barcos atenienses de grano. Filipo respaldará a Cardia cuando llegue el momento, razonable y lamentablemente. Demóstenes despotrica mucho, resopla y echa pestes de todo esto en la asamblea ateniense. Le digo a Calístenes que es bien sabido que Demóstenes escribe todos sus discursos anticipadamente, y es incapaz de juntar dos palabras si no están escritas en un trozo de papel, delante de él. Le digo cómo estudiaba los gestos de los actores, y que cuando era joven se hizo construir una habitación subterránea en la que practicaba los gestos y la declamación, y que para concentrarse se afeitó media cabeza, para tener vergüenza de aparecer en público; así, se obligaba a permanecer en casa y trabajar. Calístenes inclina la cabeza a un lado y abre la boca para cuestionar la ridiculez de este hecho, pero yo le digo que eso no tiene importancia. Lo que importa es que el hombre permite que se cuenten esas historias de él, que está orgulloso de ellas. Invento una palabra para aportar ingenio a la conversación, el verbo «cassandrar». Él «cassandrea» acerca de Filipo, le digo a mi sobrino, como un actor que espera un premio.

—Alejandro va a ver a tu amigo el director para que le dé lecciones de retórica —dice Calístenes. Había empezado a asistir a mis lecciones con los chicos, y como es más joven, le tiene más confianza—. Pero tiene que memorizarlo todo. Carolo no le deja hablar con notas.

Una sospecha surge como una burbujita en la superficie de mi mente.

—Ese chico tuyo —digo—, ¿no será uno de los pajes?

—Claro —miente Calístenes, echándose de espaldas y mirando al cielo—. Esos pajes son como un pequeño harén. Muchos de los acompañantes los disfrutan. Su familia viene del norte, de algún lugar por ahí. Está terriblemente solo. Le gusta que le presten atención.

—Entonces has superado todos tus reparos. La rapacidad y la vulgaridad macedonias, todo eso.

—Reparos. —Una palabra algo brusca para lanzarla así, pero él intenta tirármela también. No quiere que se le recuerde.

—De modo que Alejandro va a ver a Carolo.

—Extraoficialmente, desde luego.

Desde luego.

Las primeras nieves de la temporada vienen susurrando una tarde gris, justo cuando se va la luz, y yo vuelvo a casa andando después de asistir a la corte, como es obligado cada semana. Encuentro a los esclavos murmurando entre sí, y luego averiguo el motivo: Pitia está sentada en un rincón del dormitorio que nos sobra, una de las pocas habitaciones sin ventana. Tiene un velo envuelto en torno a la cabeza.

—¿Qué es esto? —Ella levanta los brazos por encima de la cabeza y mueve los dedos hasta el regazo.

Lleva esperándome toda la tarde; no quiere salir, no deja que aquello la toque, hasta que le haya dado una explicación que sea capaz de aceptar.

—Nieve —le digo.

La mayoría de los esclavos, más regalos de Hermias, tampoco han visto la nieve antes. Les hago salir bajo la columnata para que me vean aparecer en el patio con la cabeza descubierta. Dejo que la nieve se pose en mis brazos y mi cuerpo y echo la cabeza hacia atrás, con la lengua fuera. Parece caer de la nada, fragmentos de pureza sin color desprendidos del cielo y que van cayendo, ahora más espesos. Ellos me observan. Pitia es la primera: sale de debajo de la columnata y extiende la palma para coger aquella sustancia. Viene hacia mí, los esclavos la siguen lentamente y pronto todos estamos de pie en el patio dejando que nos caiga la nieve en la cabeza y humedezca nuestra ropa.

—¿Y por qué la mandan? —pregunta Pitia.

Sus rostros se vuelven hacia mí. Sí, ¿por qué?

—¿Quiénes, amor? —digo, aunque lo sé.

—Los dioses.

Una conversación a la que le hemos dado vueltas unas cuantas veces antes, y allí estamos otra vez. Ella me empuja hacia ese asunto, a veces, creo; no puedo obligarla a que se enfrente a mí directamente, pero se atarea con todo esto como un perrito pequeño con un hueso grande. El «asunto» son mis creencias religiosas inusuales (elijo este término que no es ni de ella ni mío, pero se podría estar de acuerdo veleidosamente con el objetivo de discutir, si alguna vez discutiéramos, algo que no hacemos). Pitia es muy devota, mantiene vivo el santuario del hogar, asiste a varios templos, observa los ritos cuando hay ritos que observar (en los nacimientos, las muertes y las bodas). Hace sacrificios para dar gracias y apaciguar y para mostrar arrepentimiento; es (aunque intenta ocultármelo) muy supersticiosa (ella diría devota), y ve

señales donde yo sólo veo la natural y familiar belleza y extrañeza del mundo. De hecho yo no soy antirreligioso, y me maravillo ante una bandada de aves otoñales igual que ella, pero por otros motivos.

—No la mandan los dioses —digo—. Es parte de la maquinaria del mundo. Cuando el aire está muy frío, la lluvia se convierte en nieve. Se congela. Las gotitas de lluvia se unen entre sí y se endurecen.

—Pero ¿por qué?

Quiere oír que una vez Apolo hizo esto o lo otro a una ninfa, y que el resultado fue la nieve. No puedo complacerla. La divinidad para mí es esa misma bandada de aves, los diseños de las estrellas, la venida de las estaciones. Amo esas cosas, y lloro por la alegría que procuran. La realidad de los números, por ejemplo: podría llorar pensando demasiado rato en los números, en su gloriosa arquitectura. Quiero llorar, ahora, por la belleza del cielo que se dispensa en mi patio, la fría calidez en todas nuestras mejillas, el miedo que se ha convertido en placer en los ojos de mis esclavos. Pitia ve mi rostro y me tiende la mano.

—Por placer —consigo decir—. Para que podamos entrar y calentarnos ante el fuego, y mirar afuera de vez en cuando y sentir…

—Muy bien —dice ella—. Vamos adentro ya.

—… y sentir…

—Ya está bien —insiste mi mujer, porque ahora ya estoy llorando y no exactamente de alegría, aunque también forma parte de la gracia del asunto.

—¿Por qué crees tú que la mandan? —le pregunto.

Ella vuelve el rostro hacia el cielo. Los copos caen sobre su pelo y sus pestañas. Miro impotente la curva de su mejilla.

—Para recordarnos que están ahí —dice, y no hay discusión ante esto.

—Amo.

Me vuelvo al esclavo, inhalo con fuerza, exhalo.

—Tycho.

El hombre sonríe, viendo que intento reponerme. Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—Hay un chico en la puerta.

Pitia se recoge las faldas para evitar el suelo que se va poniendo blanco. Se dirige hacia la casa.

—Tu señora va a la cocina a por un poco de pan. Dile que recibirá algo dentro de un momento.

—No parece ningún mendigo.

—¿Un mensajero?

Tycho se encoge de hombros.

—Ha preguntado por la señora.

En la calle, la gente se apresura, con la cabeza baja, entre la nieve. Nadie parece haber observado a Alejandro, que está solo de pie ante mi puerta. Lleva sandalias y una túnica, sin manto ni sombrero.

—Chico, ¿dónde están tus guardias? —le pregunto.

—Los he despistado.

Tycho abre la puerta y yo meto al príncipe en el patio justo cuando sale Pitia con un trozo de pan.

—¿Es para mí?

Instintivamente, Pitia se coloca el velo.

—Majestad. —Sorpresa, placer.

—Te he seguido desde la corte —me dice el chico—. Quería ver dónde vivías. —Coge el pan de Pitia, lo muerde y se queda allí masticando y mirando a su alrededor.

—Tycho y yo te escoltaremos de vuelta a palacio.

—No. —Traga—. Está demasiado oscuro. No es seguro. Tendrás que enviar a buscar mi guardia por la mañana.

—¿Te vas a quedar a pasar la noche?

—Carolo ha dicho que no te importaría.

Pitia se inclina y se retira hacia la casa.

—Me muero de hambre. —Echa la cabeza atrás, como había hecho yo, y mira hacia el cielo—. Me encanta la nieve.

—Te estarán buscando. Enviaré a Tycho a palacio para que te escolte.

—Pero yo quiero quedarme aquí. No puedes negarme la hospitalidad.

—Tus padres se preocuparán.

—Nunca se preocupan cuando paso tiempo con Hefestión —dice el muchacho—. Su familia es muy leal.

—¿Ahí es donde creen que estás? ¿Con Hefestión?

Nuestro gallo cacarea una sola vez; Pitia está trabajando rápido.

—Deja de preocuparte. Estoy perfectamente a salvo aquí, y tú también. No he traído nada malo a tu casa. —Mira a su alrededor un poco más, mis macetas de puerros y cebollas de invierno, y las luces en las ventanas—. Es bonita —dice—. Acogedora.

—Tienes frío. —Está tiritando. Ahora ya está oscuro, de un azul oscuro más allá de las luces de las antorchas—. ¿Te gustaría ver mi estudio?

—Quiero ver a Pitia.

Le llevo a la cocina, donde Pitia ya tiene a todas las mujeres de la casa preparando la cena. El gallo yace en el tablero de cortar la carne, con la sangre fluyendo de su garganta hacia un cuenco. El fuego ruge, bien alto; hace calor aquí dentro. Cuando Pitia ve que nos proponemos quedarnos allí, hace que

coloquen dos sillas frente al fuego. Delante de la silla de Alejandro coloca una palangana con agua caliente.

—Quítate las sandalias —dice.

Mientras él sumerge los pies y las mujeres parlotean, yo me llevo a Tycho a un lado.

—¿Debería ir armado? —me pregunta, cuando acabo.

—Sólo tener precaución.

Él sale hacia la puerta exterior para pasar la noche despierto allí, envuelto en una manta de caballo.

En la cocina, Alejandro se está comiendo un plato de queso. Me cuesta un momento darme cuenta de que lleva mi mejor ropa de lana, de un blanco de nieve.

—Tenía la ropa empapada —murmura Pitia detrás de mí, tocándome el codo—. No sabía qué otra cosa darle. Todavía falta una hora para la cena, pero se ha comido aquel pan tan rápido…

—Has hecho bien.

Durante un momento, nos quedamos juntos de pie en la puerta, pensando: nos encantaría tener un hijo, preocuparnos por los detalles de su alimentación y sus ropas con una ternura igual de enfurruñada. Aventuro una mirada hacia el rostro de ella, pero ella no puede mirarme, no quiere hacerlo, y corre de vuelta hacia sus mujeres, sonrojándose un poco. Aquí hace calor.

—Esta ropa tuya —dice Alejandro cuando llevo mi asiento frente al suyo—. No pareces vanidoso, pero Pitia me ha enseñado tu baúl cuando buscábamos esto. Podrías vender algunas de esas ropas y comprarte una casa más grande. ¿Eres muy sensible al tacto de las cosas?

—¿El qué?

—Yo lo era. Cuando era pequeño no podía llevar nada áspero, según dice mi madre. La piel se me ponía roja y lloraba sin parar. Leónidas se llevó todas mis cosas bonitas. Decía que mi piel infantil necesitaba curtirse para poder ser un soldado. Me gusta tu ropa.

—Gracias. A mí también me gusta. —Era obra de Pitia, toda ella, y muy, muy, muy buena; yo había formado mi gusto aprendiendo de ella. Me había convertido en un tipo elegante, pero últimamente había herido sus sentimientos comprándome ropas más bastas en el mercado. Una cosa es que se burlen de ti por afeminado en la corte y otra en las calles, y yo no voy armado—. ¿Quieres un poco más de queso? ¿Pan? Falta una hora todavía para la cena, según me ha dicho Pitia.

—¿Vino?

Cojo una copa para cada uno de nosotros: aguado para él, intacto para mí.

—No tendrías que haberme seguido. Podrías haber dicho que querías visitarme, sencillamente. Lo habríamos preparado todo adecuadamente.

—Entonces no habría visto nada interesante. —Mira a su alrededor, aprobadoramente—. ¿Me habrías dejado entrar en tu cocina? ¿Estaría llevando tu ropa? ¿Habría visto tu dormitorio? ¿Dónde dormiré esta noche?

—Afuera, en la nieve.

Sonríe.

—¿Así que esto es obra de Carolo?

Pitia se arrodilla junto a nosotros.

—¿Tomarás un baño esta noche, majestad?

—Sí, por favor.

Ella se levanta y se retira para disponerlo todo.

—Eres demasiado viejo para ella —dice Alejandro.

—Sí.

—Y va demasiado bien vestida.

—Sí.

—No quieres enfadarte conmigo, ¿verdad?

Me encojo de hombros.

—¿Es eso lo que quieres?

Mi humor tenebroso, suspendido por la sorpresa de su aparición, amenaza con volverse a instalar.

—¿Crees que es feliz?

Cierro los ojos.

—A menudo me pregunto eso de las personas —dice Alejandro—. Es una forma de comprender por qué hacen las cosas que hacen. Mi madre me lo enseñó. Ella decía que no confiase en la gente feliz.

—¿Y qué más te ha enseñado tu desdichada madre?

Él mira a Pitia, en otro lado de la habitación.

—Supongo que será infeliz, tu madre —añado—. Si lo valora tanto.

—Ella dice cosas buenas de ti —dice Alejandro.

Comemos en la sala grande. Pitia está muy enjoyada. Nuestros tres alientos humean con el frío. La conversación se encoge. Los esclavos salen y entran con bandejas llenas de comida. El pollo, guisado durante poco tiempo, está duro y fibroso; el vino está frío.

—¿Cómo está Carolo? —pregunta Pitia.

—Tose mucho.

Pitia me mira.

—Le enviaré algo —digo, obediente.

—Tu padre era doctor —interviene Alejandro.

—Salvó la vida de tu padre cuando éramos niños. Le curó una herida de lanza.

Alejandro se toca la clavícula. «¿Aquí?» Asiento.

—Eso no te mata —contesta Alejandro—. Todo el mundo que conozco tiene una herida de ésas, de los entrenamientos. ¿Me enseñarás algo de medicina? ¿Como parte de mis estudios?

—¿Quieres traer niños al mundo?

Él se sonroja. Pitia frunce el ceño.

—Para el campo de batalla —dice—. Heridas.

Me encojo de hombros.

—Lo poco que sé de eso, te lo enseñaré. Si el vaso sangra, se venda; si el vaso salpica, se aprieta. Es algo que decía siempre mi padre.

Pitia aparta su plato. Bueno, no debería estar aquí, pero Alejandro lo ha querido así. Sin duda por culpa de Carolo, de nuevo.

—¿Tomarás postre, o un baño? —le pregunta al príncipe.

—¿Y el postre en el baño?

Ella sonríe brevemente, a regañadientes. Se me aparece la prostituta que frecuenté hace mucho tiempo, divertida, a pesar de sí misma, por la adoración de los hombres ante la variedad de los placeres del mundo.

—No se trata de que él no tenga límites —le digo a Pitia más tarde, una vez que el chico está instalado en la gran bañera de bronce junto al hogar de la cocina, con su plato de miel y manzanas, y nosotros estamos en la habitación que los esclavos han preparado para él, la habitación donde Pitia se escondía de la nieve, comprobándolo todo—. Él sabe exactamente dónde están los límites. Pero parece que tiene la obligación de traspasarlos. Debe empujar a todo el mundo un poco más allá, sólo para ver lo que ocurre. Siguiéndome aquí, por ejemplo.

—Te he humillado. La cena estaba horrible.

—Dudo de que lo haya notado. ¿Has visto como come? Como si no hubiese comido bien desde hace días.

—Ya me he fijado. —Ella quita el polvo a una mesita con el borde de su vestido—. Pensaba dejarle un plato con fruta, por si se despierta por la noche.

—Sí, hazlo.

—Todavía pienso que la otra habitación es mejor, la que tiene la ventana.

—Ésta es más segura. Más caliente. Y también está más cerca de nosotros.

Ella duda.

—¿Qué tal estás?

Meneo la cabeza, un gesto expresivo que ella conoce muy bien. Dan unos golpecitos en el marco de la puerta con los nudillos, dos: es la doncella de Pitia.

—Señora —dice la chica—. Pregunta por vos.

—¿Por mí? ¿Dónde está?

—Todavía sigue en el baño.

—Qué diablillo. —Recuerdo con resentimiento a Carolo. ¿Y ahora qué?—. Está intentando insultarme. Voy.

Esa sonrisa irónica, otra vez.

—Iré yo, por supuesto —dice Pitia—. Y sólo es un niño. Está probando sus límites, como tú bien dices. Al menos, veamos lo que quieres.

—Lo que cree que quiere.

Ella se va largo rato. Yo acabo más cocido que el gallo: en la habitación de los huéspedes, primero, alisando la piel que le hemos puesto en la cama, ahuecando las almohadas, trasteando con las lámparas, y luego en mi propio dormitorio, más grande, donde puedo andar arriba y abajo.

Cuando ella vuelve, con un gesto detiene mis palabras no pronunciadas y dice:

—Ahora está en la cama. Quiere que vayas.

Meneo la cabeza, haciendo muecas.

—Diablillo…

Su habitación está caliente y dorada por la luz de las lámparas; más lámparas ahora que las dos que yo ya había preparado. Él esta echado debajo de las mantas, rosado y sonriente, con los ojos redondos y oscuros como los de un niño pequeño con el esfuerzo de mantenerse despierto para verme.

—¿Está todo bien?

Él sonríe, asiente.

Durante un momento, apoyo una mano en su frente.

—¿Quieres que apague alguna de estas lámparas?

—Ya lo haré yo dentro de un momento.

Me vuelvo a mi habitación, donde Pitia está sentada en la cama.

—Bueno, ¿qué? —le pregunto.

—Mi virtud está intacta.

—Gracias a los dioses. —Me acerco a ella—. A ver si lo adivino. ¿Quería hablar?

—Quería saber qué llevaba el guiso. Deseaba contárselo a su madre.

—¿Decirle que ha estado aquí?

—No creo que todo lo que le cuenta a ella lo sepa después Filipo. En realidad, no creo que el rey acabe por saber nada de lo que él le cuenta.

—Es probable.

Ella asiente.

—Es duro con él.

—Eso creo. —Se echa de espaldas mientras yo sigo interrogándola, con carne de gallina por el frío—. Creo que simplemente quería hablar con alguien mientras estaba en el baño. Quizá su madre se siente siempre con él. Se ha echado aceite él solo y se ha vestido él solo.

Me toco la clavícula.

—¿Tenía una cicatriz aquí?

—Ya he mirado. No.

Apago la lámpara.

—Me ha preguntado si era feliz —dice Pitia.

—A mí también me lo ha preguntado, refiriéndose a ti. ¿Y qué le has dicho?

—Me ha preguntado si me gustaría que me invitasen a palacio más a menudo. Ha dicho que podía pedírselo a su madre. Yo le he contestado que no, gracias.

—No me digas que le has dicho eso…

Una pausa.

—¿Qué tiene de malo?

—A nadie le gusta su madre. ¿Crees que él no lo sabe? No tenías que restregárselo por la nariz.

—Le he dicho que puede venir aquí cuando quiera —dice entonces.

Me doy una palmada en la frente.

—No te preocupes —añade—. Me ha dicho que es demasiado difícil escaparse.

—Gracias a los dioses.

Ella se tumba de espaldas a mí. Envuelvo un rizo de su largo pelo en torno a uno de mis dedos, la única parte de ella que puedo tocar sin que lo sepa.

—Me ha preguntado por Atarneo. Sobre cómo era aquello cuando yo era pequeña, el paisaje, el clima, la gente que conocía. También me ha preguntado por mi madre. —Cuando le toco el pecho, ella da un respingo—. Lo oirá.

Me vuelvo hacia mi lado de la cama.

—Entonces, buenas noches.

—Buenas noches.

Cuando se ha dormido, me levanto y salgo. Todavía cae algo de nieve, gruesa, rápida y silenciosa. Tycho tiene un montón de nieve encima de la cabeza y de los hombros. Se incorpora como un oso con su enorme manta cuando le toco el hombro.

—Vete a la cama —le digo—. Ahora ya me quedo yo.

Se va dentro un momento y vuelve enseguida con una segunda manta. Nos sentamos el uno junto al otro el resto de la noche, vigilando nada.

—¿A quién busco, exactamente? —me ha preguntado Tycho horas atrás, cuando le he enviado a vigilar.

—No estoy seguro —le he respondido—. Supongo que a cualquiera que hubiese podido ver que él andaba solo.

Después de una temporada de esporádicas sesiones con los chicos, intercalada con las obligaciones de la vida cortesana y mis propios estudios (ahora, finalmente, estoy consiguiendo crear una rutina), Antipatro me convoca a una reunión privada. Filipo sigue todavía en Tracia.

—Háblame del príncipe —me pide Antipatro.

Nos sentamos en una de las salas más pequeñas, con un mosaico de guijarros del rapto de Helena bajo nuestros pies. Le puedo quitar el polvo a un pezón rosado con el pie. Con las primeras nieves he cogido un fuerte resfriado, y expulso constantemente grandes chorros de mucosidad por la nariz. Me seco la mano subrepticiamente en el manto, y espero que Pitia no note que se ha formado una costra cuando lo haga lavar.

—Es enormemente inteligente y alarmantemente disciplinado.

Antipatro se ríe.

—Cuando era pequeño, su madre escondía dulces en su cama, y Leónidas registraba la habitación hasta que los encontraba y los tiraba. Cree que es bueno para el chico pasar siempre un poquito de hambre.

Ah. Me pregunto si será bajito por eso.

—Leónidas se lo llevaba a dar marchas nocturnas para evitar que mojase la cama. Y funcionó. Leónidas ha sido bueno para él, de eso no cabe duda.

Me pregunto si he ofendido al antiguo tutor, y si estoy a punto de obtener mi sentencia.

—Leónidas me dice que el príncipe está entregado a ese tal Lisímaco —afirma Antipatro—. Ese que se llama a sí mismo Fénix y Alejandro Aquiles. ¿Quién sería entonces Filipo?

—Peleo.

—Peleo. —Frunce el ceño—. Bueno, no importa. Pero sospecho que su madre está detrás, en alguna parte, animando toda esa mierda. No necesitamos a ningún esteta, necesitamos un soldado. Necesitamos un rey. —Por un momento parece distraerse con el suelo, y ladea un poco la cabeza para mirar de soslayo aquel desorden de miembros—. Bueno. Filipo me ha dado instrucciones para que te lleve al templo de las Ninfas, en Mieza. Enseñarás allí a Alejandro, a partir de ahora, a Alejandro y a una docena más.

Él pasará toda su vida con esos chicos, de modo que no puedes apartarlos de él por completo.

Asiento.

—A la madre la puedo controlar yo, y Lisímaco no le verá allí. Se lo diré yo mismo. Al príncipe le gustas. Piensa que eres casi tan listo como él. Más listo que ninguno de nosotros, eso desde luego.

Mieza está a medio día a caballo de nuestra residencia, tan lejos que habrá que alojarse allí. Conozco vagamente aquel lugar; hay cuevas, al parecer, y se supone que es más fresco que Pella en verano. No estoy muy seguro de lo demás. Pitia tendrá que arreglárselas sola mientras yo esté fuera. Quizá le vaya mejor así.

—Leónidas disciplinaba el cuerpo —dice Antipatro—. Tú disciplinarás la mente.

Le prometo hacer lo que pueda.

—Filipo te tiene destinadas grandes cosas, no te olvides. Cuenta contigo. Tú serás su hombre en Atenas uno de estos días, el cerebro macedonio en el cráneo ateniense.

Inclino la cabeza.

Pasamos unos minutos hablando de la campaña en Tracia, una campaña que parece que durará más tiempo del que había previsto Filipo.

—Qué salvajes, los tracios —dice Antipatro—. Luchan como animales.

Entiendo que es una alabanza.

—Él pasará el invierno allí.

Antipatro no parece muy dado a la charla intrascendente, y sospecho que se trata de una prueba. Me gustan las pruebas.

—¿Dejando tanto tiempo su territorio desatendido? —pregunto—. Está claro que la guerra con Atenas es inevitable. Estoy sorprendido de que no vigile más de cerca su retaguardia.

—¿Desatendido? —interviene Antipatro.

—Si dejase a alguien tras él, alguien que los tuviera entretenidos… Uno de sus generales. Parmenio, por ejemplo.

Antipatro frunce el ceño.

—¿Y yo qué soy, un conejo doméstico?

—Un león de Macedonia. El consejero más valioso de Alejandro. —Alejandro es ya lo bastante mayor para servir como guardián del sello real, pero está claro quién ostenta el poder auténtico—. Y que, como tal, no debe arriesgarse a una guerra abierta, llegado el caso.

—Anda, lárgate. —Me da palmaditas en el hombro—. Cuida de nuestro chico.

—Mieza —dice Pitia, inexpresiva. Le enseño un mapa—. Por favor.

—Vendré a visitarte.

Su cara se endurece un poco cuando ve la distancia, pero es un endurecimiento que no comprendo: ¿disgusto, miedo, decepción, o la máscara que oculta alguna emoción más placentera? ¿Alivio, anticipación?

—Es una disposición complicada, estoy seguro de que todo el mundo se cansará de esto, al final —digo.

Unos pocos días más tarde preparo un equipaje mínimo y me voy cabalgando sin compañía, por el simple placer de ir solo. Es bonito, un paisaje muy pastoril. Pasa la mañana llena de arroyos, prados y cañadas salpicadas de chozas de piedra y rediles de ovejas vallados con zarzas.

Justo a la entrada de Mieza, el laberíntico complejo del templo se compone de diversas capillas, recintos y modestos alojamientos. Los encargados del templo me dan una habitación, una austera celda: una cama, una mesa, una silla. Pido muchas lámparas. Leónidas tiene la habitación contigua a la mía; los chicos, me han dicho, tienen un dormitorio para ellos solos, donde no se les oye. Los encargados son viejos que aceptan nuestra presencia, impasibles; me recuerdan a Pitia. ¿Quién sabe lo que hay dentro de su cabeza, esas casas secretas? Van por ahí arrastrando los pies, evitándonos; cuanto más viejos, más tímidos, como ciervos.

Una vez, a última hora de la noche, mientras trabajo en mi mesa con todas mis lámparas encendidas, oigo la risa de un hombre. Una vez paso junto a un encargado que lleva una bandeja con restos de comida procedente de un vestíbulo que creía deshabitado.

—Penitentes —me dice lacónicamente, cuando le pregunto por los otros huéspedes—. Están recluidos.

En una ocasión, al doblar una esquina, tropiezo con Lisímaco, que sigue adelante sin reconocerme. Me pregunto a quién informar de ese hecho (los encargados, Antipatro, el recién recuperado Parmenio, ¡vaya!, al propio Filipo), y decido que a nadie.

Es un lugar muy agradable, sin embargo, especialmente en primavera, cuando podemos dar las lecciones fuera. Asientos de piedra, caminos sombreados, cuevas de las que cuelgan estalactitas que uso para contar mis historias a los chicos, metáforas por las que pueden subir y bajar. Mi antiguo maestro estaba bastante obsesionado con el valor metafórico de las cuevas. He llegado a disfrutar el ritmo de mi vida aquí, las idas y venidas a la ciudad: aquella roca familiar, ese árbol, o campo, o rostro, los chicos en este lado, mi esposa en el otro, separados unos de la otra, siempre con una comida caliente esperándome, un baño más o menos lujoso. Al final prefiero estar con Pitia. Sin embargo, no voy a verla tan a menudo como había pensado, y a veces

pasan meses sin que nos veamos. Una cabalgada sobre la dura escarcha se convierte en una por los verdes campos primaverales, y entonces me doy cuenta de la cantidad de tiempo que ha pasado. Ella nunca me hace reproches. Teje, cuida el jardín, lee un poco, me explica cuando le pregunto. Nada, poesía.

No estoy seguro de lo que siento al ver que recurre a mi biblioteca, me pregunto si conoce la regla de no comer. Cuando regreso a Mieza me llevo el carro, para poderme llevar conmigo los volúmenes más significativos. Le dejo a ella algún material más sencillo, más adecuado, y tomo nota mentalmente de comprarle algo nuevo para compensar mi posesividad. Ella contempla la carga del carro y me echa la culpa, pero qué se le va a hacer. Todo el camino de vuelta a Mieza me preocupo por los trapos encerados que cubren las cajas, y sólo me relajo cuando mi biblioteca está instalada a buen recaudo en mi habitación, donde no tendré que compartirla con nadie.

Las sesiones privadas no son posibles, sería imposible mantener el secreto, de modo que desde el principio decido bajar el ritmo y dirigirme a los chicos en términos que todos puedan entender con facilidad. Consecuentemente, sigue una especie de paréntesis bucólico durante el cual llevo a los chicos arriba y abajo, seguidos cada vez con menos frecuencia por el ceñudo y vigilante Leónidas, para observar plantas y animales, formaciones rocosas, el viento, el sol y el color de las nubes. Les hablo del fenómeno de los arco iris, un complicado proceso de reflexión que se convierte en una lección de geometría al explicar por qué sólo es visible cada vez la mitad de un arco iris. Explico el fenómeno de los terremotos como un gran viento atrapado bajo tierra, y cuando presento la adecuada analogía con los intestinos humanos, sigue como recompensa una tarde entera de ventosidades de los niños, que gritan: «¡terremoto!». Hablo de la salinidad del mar, y eso también lo relaciono con el cuerpo, porque así como la comida entra en el cuerpo dulce y deja un residuo en los orinales que es salado y amargo, lo mismo ocurre cuando la lluvia y los ríos corren hacia el mar y se dispersan, dejando un residuo salado también. No les digo que he dado con esta analogía después de probar mi propia orina caliente. Pasamos una mañana muy feliz observando el fluir de un río, mientras yo les hablo de los grandes depósitos subterráneos, que algunos creen que son la fuente de toda el agua del mundo. Alejandro, cuando hablo de geografía, pregunta siempre por Oriente, y yo le complazco con relatos que he leído de Egipto y de Persia. Sus ojos muestran asombro cuando hablo del río que fluye desde las montañas del Parnaso, a través del cual se puede ver el mar exterior que rodea todo el mundo.

—Yo iré allí —me dice.

Le hablo del Nilo, y Alejandro dice que también irá allí. Una vez, cuando le hablaba de sal y cieno, y de la filtración de agua del mar, le explico

que si se coge una vasija de arcilla vacía, se sella su boca para evitar que entre el agua y se deja en el mar toda la noche, el agua que se ha filtrado en su interior será dulce, porque la arcilla habrá filtrado la sal.

—¿Lo has intentado? —me pregunta Alejandro.

—Lo he leído.

Esa conversación se me queda grabada. Cada vez que Alejandro jura que visitará algún lugar distante, y Hefestión promete que también irá allí, y los otros, diligentemente, se unen a la compañía, pienso en esa vasija cabeceando en el mar, aquella de la que sólo he leído.

Una tarde cálida me llevo a los chicos a los bosques que hay detrás del templo y los pongo a cazar insectos, sobre todo abejas. Me he traído un tablero y unos cuchillos para la disección, pequeños recipientes de arcilla para los especímenes y un libro para entretenerme mientras espero que vuelvan.

Al cabo de una hora me doy cuenta de que he cometido un error básico. Los gritos y las risas de los chicos se han desvanecido hace mucho rato y sé que los he perdido entre el dulce e intoxicado calor de la tarde. Se están riendo de mí, sin duda, dondequiera que estén. Trepando a los árboles, nadando en el río. No importa.

Camino un poco por los bosques, llamándolos sin convicción, y me sorprende encontrar a Hefestión y a Alejandro en una arboleda donde da el sol. Alejandro está quieto, mientras Hefestión le da manotazos.

—No lo dejan en paz —dice Hefestión, cuando me acerco.

Media docena de abejas se han encarnizado con el chico más joven y están zumbando y atacándole, mientras su amigo intenta simultáneamente echarlas de allí y coger una en una copa de madera.

—Las atraigo —afirma Alejandro—. Se sabe desde mi niñez. Los astrólogos de mi padre dicen que es un signo prometedor.

—Probablemente sea tu olor —digo.

Veo la colmena arriba, en un árbol, no lejos del lugar donde estamos de pie, y lo señalo.

—Ya tengo bastante —dice Alejandro. Me doy cuenta de que está aterrorizado, pero teme que se note.

—Ven. —Me lo llevo de allí lentamente—. Si no corres, no se agitarán.

Me llevo a los chicos de vuelta al lugar donde he dejado mis utensilios, y les digo que esperen. Vuelvo al árbol donde está la colmena y busco en la tierra bajo ella, hasta que encuentro una abeja muerta. La cojo con una hoja y se la llevo a ellos.

—Deberías sentirte halagado —le digo a Alejandro—. Las abejas tienen un sentido del olfato muy potente, pero evitan cualquier cosa podrida. Sólo les gustan las cosas dulces.

Hefestión le da un puñetazo a Alejandro en el brazo. Él le devuelve el puñetazo.

—Mirad. —Dejo caer la abeja muerta en el tablero—. ¿Cuántas partes tiene el cuerpo?

—Tres —dicen los chicos.

—La cabeza. —Toco cada parte según la nombro, con la punta del cuchillo más pequeño de mi padre—. El torso, que en los animales es el pecho. Y el estómago, aquí. Una abeja sigue viviendo aunque le cortes la cabeza o el estómago, pero no si le quitas el torso. Las abejas tienen ojos y son capaces de oler, pero no tienen ningún otro órgano sensorial que podamos distinguir. Tienen aguijones.

—Ya lo sé —dice Alejandro, contrito.

—Cuatro alas. —Se las separo delicadamente con la punta del cuchillo—. Ningún insecto de dos alas tiene aguijón. La abeja no tiene funda alguna para sus alas. ¿Conocéis a algún insecto que lo tenga?

—El escarabajo volador —contesta Hefestión.

Noto el sol en mi cabeza, gotas de sudor. Las cabezas de los chicos casi se tocan por encima de la abeja muerta. El calor es dulce en mi lengua. Hago una incisión con toda la delicadeza que puedo.

—¿Sangre? —pregunto.

Los chicos menean negativamente la cabeza.

—¿Y de dónde viene su sonido?

—De las alas —dice Alejandro.

—Una buena suposición.

—Equivocada —dice Hefestión.

—Jódete —suelta Alejandro.

Les enseño el pneuma y la membrana llamada hipozoma, y les explico que la fricción de estas dos crea el sonido del zumbido. El pneuma es como el pulmón de una criatura que respira (aunque insisto en explicar que los insectos no respiran, en realidad), y el movimiento de hincharse y deshincharse del pneuma, al ser mayor cuando el insecto está volando, produce un sonido más fuerte en ese momento. El hipozoma, les explico luego, es la membrana a través de la cual el insecto se enfría, ya que las abejas y otros insectos (cigarras, avispas y escarabajos voladores) son criaturas calientes por naturaleza. Les hablo también de insectos que pueden sobrevivir en el fuego, porque hay animales para todos los demás elementos (tierra, aire, agua) y por lógica tienen que existir también para éste.

—Nunca he visto insecto alguno en el fuego —dice Alejandro, y le digo que eso se debe a que son muy pequeños.

Cuando volvemos al templo me encuentro con una carta en la que se me informa de que Hermias de Atarneo ha muerto. Escribo de inmediato a Pitia. No le cuento cómo fue: su guardián cayó en una emboscada de los persas, fue detenido, torturado y crucificado. Por el contrario, le digo que Hermias cayó al suelo fulminado. Ella me escribe a su vez, insiste en practicar sacrificios y me pide que le escriba un himno.

«Mejor que el oro, el sol está desolado ante su pérdida, consagrado a las Hijas de la Memoria…», etcétera. Bien. Yo le maté, supongo, o el tratado firmado por Filipo. En realidad, nunca fue un secreto. Demóstenes, en Atenas, clama contra los planes de Filipo para Oriente como un perro que babea. Los persas toleraban a Hermias mientras él estaba solo, contento y limitado en sus territorios, pero en cuanto empezó a propasarse («sólo este pueblecito más, y este tan rico también»), y cuando recurrió a Filipo como protector contra sus protectores, se acabó. Me masajeo la palma con el pulgar y me toco con el dedo índice entre los huesos del dorso de la mano, sin hacerme ilusiones con respecto a ese dolor (¿no se podría introducir un clavo por allí suavemente, de alguna manera?). Culpa no es la palabra exacta. Si no hubiese sido yo, el mensajero habría sido otro. Pero él fue siempre muy amable conmigo, quiso aprender de mí, me regaló a mi esposa. Es distinto si yo hubiese deseado una ciudad, sin duda. Ya me imagino la cara astuta y aguda que habría puesto. Quizá le habría gustado más aún. Y era tan buena compañía: le gustaba de verdad leer en su tiempo libre, le gustaba de verdad sentarse y hablar tranquilamente de lo que había leído, le gustaba de verdad gozar de las cálidas tardes de Atarnea bebiendo una copa de su propio vino hecha por sus propios súbditos con sus propias uvas jugosas, escuchando el bramido de sus propias olas y los mugidos de sus queridas reses, ver a sus pájaros bordar el aire fragante de su propio cielo por encima de su cabeza y hablar de las ideas de forma y contenido y de la realidad mística del bien. Tenía el pelo un poco rizado; la nariz rota, de una forma atractiva; su voz era bastante aguda y afectada para su corpulencia (probablemente ése era el origen de los rumores sobre su castración); ignoró completamente a Pitia después de regalármela. (Ella, de algún modo, estaba mezclada en todo esto, en mis emociones confusas, enfangadas; Pitia y las pelotas de Hermias o su carencia de pelotas. Es de noche, y allá, en Pella, ella está durmiendo; aquí, en Mieza, los chicos duermen, y yo estoy sentado recordando y escribiendo a la vacilante luz de la lámpara, mi pequeña burbuja en la oscuridad. Pobre Pitia.) Pero yo le abandoné, y eso es lo que me molesta esta noche. Él vivía una vida intensa y me ofreció su grasa y su comodidad, y yo me alejé. Él comprendía la ambición

y se habría reído de lo que intento comprender de mí mismo, ahora. Me diría que estoy complicando algo que, en realidad, es muy sencillo. Un hombre ambicioso quiere ir a Atenas, diría: ¡echar sal al mar!

Vuelvo a leer el himno que acabo de escribir. Mañana se lo daré al copista, y luego que circule. Como soplar un diente de león. Pronto, una de esas páginas aterrizará en Atenas y mi nombre ocupará por fin su lugar, con un pequeño chasquido. Se creerá que Filipo maniobró para obtener el punto de apoyo más oriental que ha tenido nunca, y colocar así los cimientos para una campaña persa a gran escala. Y parecerá que yo, dentro de mis pobres posibilidades (amor por Hermias = amor por Macedonia), intenté ayudarle. Ayudar al imperialismo de Macedonia: ¿qué estado, ni siquiera Atenas, está a salvo de tal cosa?

«Veis —dirán, su sangre macedonia ha rebrotado en él—. Ah, pero ya no es aquel a quien recordamos. En realidad no fue nunca uno de nosotros, ¿verdad? ¡Claro!»

Recuerdo cuando conocí a Hermias, en una cena en Atenas, cuando todavía era estudiante. Me trajo saludos de Proxeno y de los gemelos, y me preguntó por mi trabajo. Después salimos a pasear juntos, tirando más y más del hilo de nuestra conversación mientras iba pasando la noche, un largo paseo como una larga línea dibujada en un mapa, desde Atenas a Atarneo y luego Mitilene, Pella, Mieza, como si, al darme la vuelta, todo aquello aún estuviera aquí y yo pudiera seguir su rastro de vuelta hasta aquella noche, hace mucho tiempo, la noche en que un hombre poderoso me invitó a visitarle algún día, y en que yo estaba muy ilusionado por el futuro.

Cuando llega el momento de la luna llena, saco a los chicos a mirar las estrellas. Están somnolientos y apagados, envueltos en sus mantas, mientras por encima de nuestras cabezas las estrellas van girando. Los llevo a una pequeña colina no lejos del templo y hago que se echen de espaldas en la hierba. Unos cuantos se acurrucan de inmediato y vuelven al sueño; uno o dos gruñen por el frío y el suelo húmedo. Alejandro ocupa su lugar habitual, a mi lado. Dejo que los chicos me vayan señalando las constelaciones que conocen, mientras la luna blanquea sus rostros con un resplandor lechoso.

—¿Qué es lo que ves tú? —pregunta Alejandro al final.

Le hablo de las esferas concéntricas que forman el universo, de que la Tierra está justo en medio; la luna, en la esfera siguiente, la más próxima; y luego, los planetas, y en la esfera más exterior, las estrellas, que son fijas.

—¿Y cuántas esferas hay? —pregunta Alejandro.

—Cincuenta y cinco. Las matemáticas lo requieren. Y se mueven: el cielo no es el mismo en los distintos meses. Eso ya lo sabes. Es la rotación de las esferas. Cada rotación de una esfera causa el movimiento de la adyacente.

La esfera exterior la mueve el motor inmóvil, o dios, si lo prefieres. Cada una de las cincuenta y cinco esferas menores, además del impulso que consiguen de las esferas que tienen más cerca, dispone de su motor inmóvil menor.

Junto a mí oigo que la respiración del chico se ha hecho más lenta, pero sus ojos están abiertos y no parpadean. Mira hacia el cielo fijamente mientras yo hablo.

—No veo las esferas —dice—. ¿Son visibles alguna vez?

Le explico que están hechas de cristal.

—Lisímaco dice que cuando vaya a Persia, los cielos serán distintos —afirma Alejandro—. Dice que allí hay nuevas estrellas que no ha visto ningún hombre civilizado, pero yo sí que las veré. Dice que mis batallas más importantes quedarán registradas en las estrellas. Las de mi padre no lo han sido, y nunca lo serán.

—Quizá Lisímaco te acompañe —digo—. A Persia.

—Es inevitable. ¿Y tú?

—¿Cargar hacia el enemigo montado en Brea?

Noto que sonríe, aunque sigue mirando hacia el cielo.

—Tú me escribirás largas cartas —afirmo—. Durarán al menos mil años, y todos los pensadores sabrán ya para siempre que eras también uno de nosotros. —Le gusta. Pero le digo—: ¿Qué es lo que esperas encontrar allí?

—Guerra.

Estoy decepcionado, y así se lo hago saber.

—Hay algo más. Hay muchas más cosas. ¿Quieres recorrer todo ese camino sólo por la emoción de la batalla? ¿Por sentarte a lomos de un caballo y ver que tu enemigo cae? ¿Para…, no sé en realidad qué es lo que haces…, agitar la espada así y asá y ver cómo vuelan los miembros?

—No sabes lo que hacemos —repite.

—Ya sé lo que espera tu padre. Tributos, impuestos. Todas esas ricas ciudades y satrapías por toda la costa, arriba y abajo. Están acostumbrados a pagar a los extranjeros; pagarán a tu padre, igual que al siguiente que llegue. Pero ¿qué esperas tú?

—Tú has vivido allí. Dímelo tú.

—Yo encontré familia y amigos. Encontré lo que fui a buscar, y lo que esperaba encontrar.

Guiño los ojos para evitar seguirlo viendo todo lo que queda alrededor: el polvo, la enfermedad, la gente sin arte ni matemáticas ni música civilizada, sentados en torno a sus fogatas por las noches, murmurando en su fea lengua, devorando sus comidas apestosas, pensando con sus pensamientos de animal de patas cortas en comer, en el sexo, en cagar. Sucios, obsequiosos,

nada civilizados. Le cuento todo eso al príncipe, le enseño todo lo que sé para ser veraz sobre la tierra que tanto romanticismo le despierta.

—¿Sabes lo que habría hecho yo? —Se ha incorporado sobre los codos—. Me habría sentado junto a sus fuegos, y habría escuchado su música y habría comido su comida y habría llevado sus ropas. Y habría ido con sus mujeres.

Oigo el rubor en su voz, aunque no lo puedo ver en su rostro. «Ido», un eufemismo rosa y dulce de un saludable muchacho macedonio. Él, en realidad, ama a Hefestión.

—No habría recorrido todo ese camino para mantener los ojos cerrados.

—Ni siquiera sabes de lo que estás hablando. —Le hablo de Hermias.

—Bueno, pero eso es la guerra —dice—. ¿Vas a odiar a una nación entera sólo porque perdiste a un amigo?

—¿Y tú vas a amar a una nación entera sólo para molestar a tu maestro?

—Sí.

—No. No es broma. ¿Crees que puedes ir allí, sentarte junto a sus fuegos, encontrarte como en casa? Primero tienes que conquistarlos.

—Ése es el plan.

—Tendrás que destruir su mundo sólo para entrar en él. Y entonces, ¿qué encontrarás que merezca la pena?

—Yo no soy como tú. No soy como mi padre. No quiero hacer las cosas al viejo estilo. Tengo muchas ideas. Todos mis soldados irán bien afeitados, ¿sabes por qué? Para que nadie pueda agarrarles de las barbas en combate. A mi padre nunca se le ocurriría algo así. Me vestiré como ellos, para que ellos bajen la guardia ante mí. A Persia no le tengo ningún miedo. No necesito saber lo que encontraré allí, antes de ir.

Inevitablemente pienso en mi propia advertencia a Espeusipo. ¿Bravuconería juvenil, pues? ¿Estaba tan molesto conmigo Espeusipo como yo lo estoy ahora con mi alumno? ¿Me está bien empleado?

—Artabazos. —Señala hacia mí como si hubiese marcado un punto.

El persa favorito de Filipo, un sátrapa y refugiado renegado que lleva unos cuantos meses en la corte macedonia gracias a alguna pelea con su propio rey. Astuto, encantador. Me escribió una carta de condolencia por lo de Hermias.

—Me gusta —dice Alejandro—. Me ha contado muchas cosas de su país. No puedes odiar a Artabazos.

—Fantástica la fauna marina.

Alejandro me mira, esperando que acabe la broma.

—En cierta ocasión, cogí un pulpo allí. Lo pesqué con red en el agua, lo saqué poco a poco, lentamente, hacia la costa. Tenía la red bastante suelta, para no hacerle daño. Lentamente, con mucho cuidado, lo saqué del agua y lo dejé en la arena. Allí murió.

—¿Y cuál es la lección? —dijo Alejandro.

—Harás el mundo mayor para ti mismo conquistándolo, pero siempre perderás algo entre tanto. Puedes aprender sin conquistar.

—No, tú eres el que puede —dice él.

En casa, le entrego el himno a Pitia y le digo que he hecho planes para la cena: algunos amigos y colegas y unas cuantas caras nuevas, comida, vino y conversación. Le cuento que quiero que sea como las cenas comunales de mis días de estudiante cuando todo el mundo traía un plato y lo compartíamos todo, pero Pitia se niega. Dice que los invitados a su casa no traen comida, y que le pedirá a Tycho que eche a cualquiera que lo intente.

—¿Tu casa? —Estoy encantado—. ¡Tu casa!

Planeará ella sola todo el menú, y supervisará la preparación. Quiere un pollo y una cabra, y dinero para todo lo demás: una cena como si fuera una campaña militar.

—Mi casa. Simplemente, dime qué día y cuántas personas. Necesitaré al menos un mes.

—Pensaba en pasado mañana. —Tengo que volver a Mieza.

Ella niega con la cabeza.

—Un mes. Tenemos que limpiar. No hemos limpiado como es debido desde que llegamos aquí. Tres semanas, quizá, si tengo una chica extra.

—Así que eso es lo que pretendes.

—Yo no pretendo nada. Piensa lo que te dé la gana. Un mes, pues, y ni un día antes.

Hago una lista: Calístenes, por supuesto; Carolo, el viejo actor; Antipatro; Artabazos, porque le debo una cortesía por su carta de condolencia, y porque mi última conversación con Alejandro me incomoda un poco; Leónidas; Lisímaco; y, después de pensar un poco, y como experimento, el taciturno cuidador de Arrideo, Files.

Al día siguiente llevo a Calístenes al mercado. Vagamos por entre los puestos, inspeccionando fruta y pescados, artículos de cuero y cuchillos. Ya he empezado a diseñar un poco la conversación: un simposio de teatro me atrae, así Carolo no se sentiría fuera de lugar, y Lisímaco podría quedar bien de una forma bastante inofensiva, y Artabazos vería que somos muy cultos, y Antipatro se apartaría de las guerras por una noche, y el joven Files se limitaría a sentarse allí patidifuso y a escuchar. Y Leónidas; quién sabe lo que hará el viejo Leónidas. Comer, quizá. En un puesto donde venden gemas, vigilado por

un mercenario de cuerpo robusto, contratado para custodiar el lugar, compro a Pitia un ágata del tamaño y el color coral de la uña de su meñique, que lleva grabado un Heracles del tamaño de una hormiga. A ella le gustan las cositas pequeñas, anillos, botellitas de perfume y chucherías que se pueden guardar en una caja de sándalo tallada que cabría en la palma de mi mano, regalo de Hermias. Una reacción contra la ostentación macedonia, sospecho: en resumen, cuanto más pequeño, mejor. El comercio de esclavos es nuevo en Pella, todavía pequeño, para suministrar a extranjeros como yo, y normalmente no hay demasiadas ofertas. Aquel día, sin embargo, tenemos suerte: acaba de llegar un nuevo cargamento de Eubea. El esclavista es simpático, parlanchín, huele su beneficio y se lo toma con calma, anticipándolo. Nos habla del viaje por barco, un barco muy duro con muchas enfermedades, pero sin pérdida de vidas. Ha traído algunos soldados, tracios, prisioneros de guerra, buenos para el trabajo de las granjas, pero con una mirada que dice que habría que vigilarlos. Tiene también tres niños bastante pequeños, dos hermanos y una hermana, dice, ¿quién tendría corazón para separarlos? Cada uno se está comiendo un trozo de pan (bonita exhibición por parte del esclavista), van sucios pero tienen los ojos vivos, la niña tiene unos tres años, y el niño mayor quizás ocho o nueve. Nadie tendría el corazón tan duro, realmente, pero tampoco tan blando como para quedarse con ellos, es un tema que no me interesa hoy. Nos pregunta qué estamos buscando. Una joven para mi esposa, le digo. Trabajo doméstico, ayuda en la cocina, nada demasiado duro.

—A las chicas las tengo aquí atrás. —Nos conduce hasta una tienda detrás de los rediles—. Así causan menos problemas. Dadme un minuto y las saco.

—Podemos entrar nosotros. Te ahorramos la molestia.

—No, las saco yo.

—Aquí pasa algo raro —dice Calístenes, una vez que el esclavista está dentro.

Saca cinco.

—Vamos, adelante —me dice. Y a las mujeres les suelta—: Enseñadle los dientes a este hombre.

Todas sonríen enseñando los dientes, y Calístenes y yo, obedientemente, las examinamos. Una tose cuando le pido que saque la lengua. La parte delantera de su túnica está manchada de sangre. La mando adentro. El esclavista lo ve sin hacer ningún comentario. Hago que se arrodillen, que salten, que se toquen los dedos de los pies con las manos, que levanten bien los brazos. Envío dentro a una que hace gestos de dolor.

—Le gustan jóvenes —le dice el esclavista a Calístenes.

Sí, realmente, me gusta la más joven, que también es la más menuda, de piernas flacas, con el pecho plano, el pelo rizado y cobrizo, de un color claro poco natural, los ojos verdes y una piel lechosa moteada de marrón por la nariz. No es ninguna ágata, sin embargo, y no estoy seguro de que este tipo de belleza diminuta complazca a mi esposa.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto en macedonio, y luego en griego.

No dice nada.

—Celtas —interviene el esclavista—. Se los compré a un hombre que comerciaba a cambio de sal. Éste se los compró a otro hombre que los capturó en su propio pueblo. Alguna riña entre pueblos cercanos, y el de éstos perdió. Debía de ser por ver quién tenía las mejores pieles de cabra para vestir a sus esposas, sin duda. Son del norte más lejano, de las islas. ¿Has oído hablar de esos sitios? Bárbaros, por supuesto, pero orgullosos, a su manera. Los hombres son guerreros y he oído decir que las mujeres también. No se lavan, no se afeitan, comen perros, sanos como caballos y casi igual de altos. Así son las mujeres. Ésta no ha crecido del todo aún. Un año o dos más y será un monstruo, como todas las demás. Tenía también algunos hombres, pero salieron rápidamente. Como bueyes, maravillosos para trabajar el campo. El pelo largo hasta aquí. —El esclavista se golpea el culo—. Los hombres, quiero decir. Todo rojo, como ésta. —Señala a mi niña—. ¿Sabes que es de verdad? Quítale alguno y mira la raíz si no me crees. Tema de conversación para los vecinos, para iniciar la charla. Tendrá unos doce o trece años. Es difícil decirlo exactamente con esta gente. Serías su primer propietario. Puedes enseñarle lo que quieras.

Calístenes señala los pies de la muchacha, que están muy vendados.

—¿Puedo verlos? —me inclino.

Ella mira al esclavista, pero no tengo que desenvolverlos: el olor es de gangrena. Me resulta sorprendente cómo ha podido saltar arriba y abajo. La mando adentro.

—No puedo decir que me importe —dice el esclavista—. Me la quedaría yo mismo. No habla ni una sola palabra, aparte de ese galimatías. Muerde. Me encanta.

—Tienes que hacer que le miren esos pies. Puede que haya que cortárselos.

Mi padre se habría ofrecido a hacer aquel trabajo él mismo. Todavía tengo sus sierras en alguna parte. Ni siquiera pregunto qué le ha pasado. ¿Soy yo el más mundano, o lo era él? Quedan dos: una alta, del mismo pueblo que la niña menuda, supongo, con el mismo pelo de color óxido y un moteado de la piel general menos atractivo: en realidad, inspeccionándola más de cerca, resulta ser un sarpullido, que se desescama y sangra por la raíz del pelo; la otra,

más vieja con la cara muy malhumorada, y que me mira a los ojos como si ésa fuera su manera de escupirme.

—¿Sabes cocinar? —le pregunto.

—Que te jodan. —Su griego tiene un acento rudo, pero es bastante claro. Es morena, no pelirroja, pero he notado que antes murmuraba a una de las otras. O bien comparten la misma lengua, o bien está loca.

—¿Qué sabes cocinar?

—Para ti, veneno. Para tu mujer y para tus hijos. Todos muertos, mañana.

Tiene buenos dientes; huelo su aliento mientras habla y no huele a podrido. Es recia, con caderas sólidas, buen color de piel. Permanece erguida con los pies firmes, las manos formando puños, pero sin tensión. Me mira a los ojos. Me gusta.

—Te gustan todas —dice Calístenes.

Tiene el pelo veteado de gris y está muy bronceada: veo las líneas más pálidas en las arrugas que tiene en torno a los ojos. Días más felices, antaño, quizá.

—¿Cuál es la historia de ésta?

—No sé por qué te molestabas en preguntar —dice Calístenes después, cuando vamos andando a casa—. Sólo te decían lo que tú querías oír. ¿Has visto lo contento que estaba el hombre de librarse de ella?

—¿Crees que me lo he tragado?

La mujer camina unos pocos pasos detrás de nosotros. El esclavista se había ofrecido a atarle las muñecas para que yo la condujera como un caballo, pero me he negado. Si echa a correr, Calístenes la cogerá y ya sabremos todos a qué atenernos.

—Quizá sólo un poquito —dice Calístenes.

—Eh, que os jodan —suelta la mujer—. Él buen trato. Yo cocinar como tú antes dices.

—Ella cocinar como tú antes dices. —Calístenes se vuelve hacia la mujer—. ¿Qué había en la tienda?

Ella se encoge de hombros, forma un puño flojo con una mano y mete y saca un dedo de la otra en el agujero.

—Cliente.

—¿Y de dónde eres?

Dice un nombre gutural que no soy capaz de reproducir. Ella se ríe cuando lo intento.

—¿País de los bosques?

—Mar. Mar de verdad. Frío, no como éste.

—En algún lugar del norte —dice Calístenes, servicial.

—Lejos. —Ella le ignora, me mira a mí, intentando ver qué es lo que quiero—. No poder ir más allá. Caer por el borde.

—¿De la tierra o del mar?

—El mar cae por el borde al Infierno —aclara ella.

Es divertido observar a Athea (ése es su nombre) y a Pitia tomándose las medidas la una a la otra.

—Gracias. Muchas gracias. —El rostro de Pitia se ilumina, lleno de sorpresa.

—Eh, que te jodan —suelta Athea.

A veces creo que Pitia es mucho más frágil de lo que es en realidad.

—No me hables de esa manera tan grosera —dice—. Aquí, en esta casa, somos amables los unos con los otros. Si me hablas mal, tu nuevo amo te llevará de vuelta al mercado y te prometo que acabarás en un sitio donde no serán tan agradables. ¿Te enseño la casa, la cocina y el sitio donde vas a dormir? ¿Éstas son tus cosas? —Se refiere a un puñado de objetos tintineantes que Athea se ha traído de la tienda del esclavista, atado con un trapo y que lleva colgando.

—Ah, ah, ah —dice Athea—. Qué agradable todo el mundo. Bien. Quizá buenos amigos esta noche, ¿eh? ¿Quizá todo el mundo despertar mañana después de todo? —Me guiña un ojo.

—Aquí todo irá mejor —digo, torpemente, queriendo decir que irá mejor que dondequiera que estuviese antes, pero ella agita una mano desdeñándome a mí y mis palabras tranquilizadoras, y sale de la habitación siguiendo a Pitia.

Calístenes forma unos cuernos con los dedos y finge embestirlos entre sí.

—Es horrible —me dice Pitia aquella noche, después de la cena.

Estamos sentados en el patio mientras los esclavos limpian a nuestro alrededor a medida que cae la noche. Una de nuestras últimas comidas al aire libre; ahora ya es otoño, el frío se acerca rápidamente, la luz del sol es de un dorado más claro. Por todas partes los colores son más pálidos, un rosa más pálido al salir el sol, un verde que lentamente se va filtrando entre los árboles, en esta última ración de días acogedores. Las lluvias ya están de camino. El olor a humo y a hoguera lo invade todo ahora. Estamos solos, pero puedo oírles en la cocina, el ruido de su trabajo, sus voces, hablando y riendo de vez en cuando. Pitia parece contenta. Sus mejillas están sonrosadas, quizá por el vino.

—Ha hecho llorar a una de las chicas con sólo mirarla. Me ha dicho que mi casa era asquerosa y que los macedonios son animales. Le he contestado que nosotros no somos macedonios.

—¿Y qué ha contestado?

Pitia ha bebido más de lo habitual, realmente, o si no jamás habría dicho lo que suelta a continuación:

—Ha dicho que podría solucionar nuestro problema.

Se sonroja y supongo que nada de todo esto es demasiado serio.

—¿Qué problema?

—Me ha enseñado lo que llevaba en la bolsa. Algunas piedras, huesos, hierbas secas. Es una especie de bruja, o cree que lo es. Dice que ha ayudado a gente como nosotros, antes.

—Por eso la hemos traído.

Asumo que finalmente lo dirá, cuál es nuestro problema, diagnosticado por Athea, la bruja gruñona.

—Mañana voy a hacer que empiece por la habitación grande. La cena se celebrará allí, supongo. Todavía tenemos barriles y cajas allí, de cuando nos mudamos. Tendremos que encontrar algún otro sitio donde ponerlos. Hay que frotar bien el suelo, las paredes y el techo. ¿Has mirado alguna vez el techo de esa habitación? Está negro, todo negro por las lámparas. No creo que nunca lo haya limpiado nadie.

—¿Piedras, huesos y hierbas?

—Has comprado una bruja —dice ella, y suelta una risita.

—El esclavista me dijo que era una curandera escita. Me ha dicho que su pueblo la exilió después de que se muriera un niño que había estado cuidando. Iba andando al pueblo de al lado, esperando reunirse con algún familiar, cuando fue capturada por un ejército. Ella no sabía por qué, ya que no hablaban su lengua. Cuando fueron derrotados, la vendieron con otros prisioneros de guerra. El hombre decía que después estuvo empleada en la casa de un hombre rico en Bizancio como cocinera, pero intentó escapar y éste la vendió al esclavista. Decía que se había negado a venderla un par de veces porque los compradores querían que trabajase en los campos, y él sabía que tenía otras habilidades.

Una curandera fracasada: Calístenes lo había visto muy bien. Pitia quizá lo supiera o no, no puedo asegurarlo. A veces creo que ella conoce todos mis puntos débiles, y a veces pienso que ninguno.

—Lo del principio es verdad —afirma Pitia—. Dice que le llevaron al niño demasiado tarde. No podía hacer nada, pero, aun así, le echaron la culpa. La obligaron a abandonar a su propia familia, a sus propios hijos. No sabe quién se encargó de ellos. Hacía de carroñera para el ejército hasta que los derrotaron, y pasó un mes en el mercado de esclavos antes de que la compraran. El hombre rico era un avaro que compraba carne vieja para la casa porque era barata, y como se pusieron malos después de cocinarla para ellos, se ganó la reputación de envenenadora. La volvieron a llevar al mercado y la

vendieron al hombre al que se la compraste. Dice que se ganaba la vida viajando, vendiendo objetos baratos. Nunca rechazaba a nadie. Se iba antes de que el comprador se diese cuenta de que había comprado escorias. Dudo de que la reservase a ella para los trabajos mejores. Ella cuenta que le dijo que si no la vendía en Pella, prefería matarla antes que tener que alimentarla un día más. Dice que estaba ya dispuesta a morir cuando apareciste tú.

—¿La familia se puso enferma o murió? —pregunto.

—Dice que ella, en realidad, era comadrona. Que no tenían que haberle llevado aquel niño, ya de entrada, que necesitaba un médico, pero que ella no es médica. No tenía ni idea de lo que debía hacer. Cuenta que le dijo a la mujer del hombre rico que la carne no era buena, y que la mujer le pegó. Dice que yo debería comer más fruta, y que tú no deberías tomar baños calientes, y que deberíamos prestar más atención a los ciclos de la luna.

—Te ha contado muchas cosas el primer día. ¿Quieres comer más fruta?

Ya es de noche y hace un rato que he apagado las lámparas. Estamos sentados en la oscuridad mientras los esclavos esperan que acabemos, para poder limpiar después e irse ellos también a la cama.

—Me gusta la fruta —dice ella.

No veo su cara.

La envío a la cama y me quedo un rato sentado a solas. Es la propia Athea la que viene a recoger los últimos platos y copas de vino. Me pregunto si nos habrá estado escuchando, aunque hemos hablado en voz baja. Es una bruja.

—¿Todo bien? —le pregunto.

—Vete a la cama.

Le digo que me lleve una lámpara a la biblioteca. Quiero sentarme y trabajar un rato allí.

—Vete a la cama tú.

Le digo que me lleve una lámpara a la biblioteca.

—¿En qué trabajas?

—Una tragedia —digo.

—Que te jodan. No quieres decir a mí, no soy nada, no me digas. Tu mujer me lo dirá otro día quizá. A ella le gusta hablar.

¿A mi mujer le gusta hablar?

—La bondad. La buena vida. Qué significa vivir una buena vida, y cómo se puede perder esa bondad.

Espero que se ría o que diga algo sarcástico, o me diga que me jodan otra vez, pero se queda silenciosa. Luego dice:

—Le doy ajo a tu mujer, ¿sí?

—No sé. ¿Le irá bien? ¿Para qué necesita ajo mi mujer?

—¿No eres médico? —Ella parece orgullosa de sí misma, como si me hubiese vencido con este conocimiento que cree que ha extraído de alguna parte—. Ya sabes para qué. Me sorprende no has intentado tú mismo. Yo explico a ella.

—Explícamelo a mí.

Me estudia y evalúa si la estoy engañando o si ciertamente no sé de qué me está hablando. Parece que paso el examen.

—Vaya con el doctor —dice, no contrariada del todo—. Tu esposa mete el ajo dentro. Por la mañana, huele su aliento.

Es lo que pensaba.

—¿Dentro dónde?

—Dentro. —Se lleva una mano a la entrepierna—. Donde tú jodes. Pone el ajo ahí. Un diente solo, basta. Si su aliento huele, los pasos están abiertos. Si no, no hay niño para ti.

—Ya lo he oído decir. Pero con cebolla.

Ella niega.

—No, no, no. Ajo. Más fuerte. Va mejor.

—¿Y si los pasos están cerrados? —Me siento como mi padre—. Supongo que tienes un hechizo para abrirlos, ¿no?

—No sé hechizo. Probamos esto primero, luego vemos.

—Athea —digo—, escúchame. Mi esposa tiene razón: en esta casa somos amables los unos con los otros. Pero tú llevas aquí un día solamente. No hay ningún «nosotros». No hemos pedido tus servicios. No tenemos ningún tipo de problema que te concierna. No mencionarás esto ni ninguna otra cosa parecida a mi esposa. Nada de ajo. Nada de hechizos. Si vuelves a hablar de esto, te llevaré otra vez al mercado. Mi esposa tenía razón cuando dijo eso.

—Es estúpido. —Se encoge de hombros.

—Probablemente. Ahora, ve y haz lo que te he dicho.

Realmente sabe cocinar. La cena ha consistido en una sopa de judías, pan, queso, olivas, pescado; un despliegue de platitos llenos de color que íbamos vaciando y acumulando en una pila tambaleante, chupándonos los dedos mientras tanto.

—¿Es nuestro todo eso? —le he preguntado a Pitia hablando de los platitos.

—Athea los ha encontrado al fondo de una de las cajas. Ha preguntado si los podía usar.

La sopa estaba llena de verduras, hierbas y algún tipo de hojas verdes tiernas y de un verde intenso que se habían marchitado en el líquido, pero que mantenían su bonito color. Había encontrado también un tuétano de hueso. El pan no tenía arenilla y todavía estaba caliente; el queso blanco y redondo

llevaba nueces incrustadas siguiendo un dibujo de flores; las sardinas intactas, pero mágicamente carentes de espinas. La bruja tiene unas habilidades con el cuchillo dignas de mi padre, que era cirujano.

—Esto ya lo he leído —dice Alejandro.

Estamos en Mieza, en la cocina, sentados uno junto al otro frente al hogar. No es el lugar donde prefiero compartir libros, pero a última hora ha sufrido un tirón en la pierna en los juegos y le han dicho que haga sudar el músculo hasta que pueda correr otra vez. Se sienta con el talón apoyado en la barra donde cuelga la olla, con mi ejemplar de Homero en el regazo. Estoy preocupado por el libro (brasas, tizne), pero hasta el momento lo ha protegido muy bien y con mucho cuidado. Es bonito verlo.

—Ya sé que lo has leído —digo—. Tú eres Aquiles, cuyo padre es Peleo. Hefestión sería tu Patroclo, ¿verdad? ¿Y quién es tu Odiseo?

—Ptolomeo. Es listo.

Mira hacia la puerta al oír las órdenes gritadas en el exterior. Hoy lo tengo para mí solo; sus acompañantes están fuera entrenándose mientras las hojas se secan y vuelan de los árboles en el aire del otoño. Le molesta no poder estar con ellos. Demonios, le fastidia no poder estar en Tracia junto a su padre, deponiendo reyes y fundando ciudades.

—¿Tengo que leerlo todo otra vez? —pregunta.

—Lo leíste con Lisímaco. No lo has leído conmigo.

Empieza a decir algo y luego se calla. Me pregunto si Lisímaco tendrá el oído apoyado en la puerta, ahora mismo.

—Hablemos del libro primero, el argumento —digo—. ¿Me lo puedes resumir? —Veremos si el príncipe considera que esto es un ejercicio de memoria o de atención.

—Nueve años de la guerra de Troya. —Todavía mira hacia la ventana—. Agamenón ha recibido a una muchacha, Criseida, como botín de guerra. Su padre, un sacerdote de Apolo, ofrece un rescate generoso por su devolución, que Agamenón rehúsa. Apolo cae como la noche… —aquí duda, dejando un poco de espacio para que yo le admire; ejercicio de memoria, pues (no digo nada)— y sitia las tropas hasta que Agamenón se ve obligado a transigir. Pero como ha tenido que abandonar su recompensa, requiere a Aquiles que le regale a su muchacha, Briseida. Aquiles, sintiendo que es una injusticia, se niega a luchar hasta que se la devuelvan.

—Muy bien. Y la pelea sigue durante los veintitrés libros siguientes.

Ahora él me mira.

—«Briseida, la de las bellas mejillas.» ¿Se supone que Aquiles está enamorado de ella? ¿O es que ve su honor menoscabado? ¿O es que es mezquino y pedante y un auténtico engreído? —pregunto.

—¿Por qué no todo a la vez? —Mueve la pierna en la barra, hace un gesto de dolor—. He notado algo de ti, Príamo. ¿No te importa si te llamo Príamo? Me recuerdas a él, a ese rey anciano y triste que no lucha y que tiene que rogar para que le entreguen los restos de su propio hijo, ya que no puede darle un entierro adecuado cuando es derrotado. He notado que te gusta decir «por una parte» —levanta una mano abierta— y «por otra parte» —levanta la otra mano—, y entonces lo que estamos buscando es alguna fusión entre las dos. —Une las dos manos—. ¿No te preocupa nunca ser demasiado templado?

—No me preocupa. ¿No es una virtud la templanza?

—Una virtud de mujer.

—De soldado, también. Es otro nombre para la disciplina. Digámoslo de esta manera. ¿Crees que la historia es una comedia o una tragedia?

Él levanta las dos manos de nuevo, haciendo malabarismos arriba y abajo.

—Bueno, tiene que ser una cosa u otra, ¿no? —digo.

Él se encoge de hombros.

—¿No te gustó?

—Al final —exclama—. Al final, una pregunta para la que no tienes planeada la respuesta. Me gustó en parte. Me gustaron las batallas. Me gusta Aquiles. Me gustaría ser más alto.

—Los hombres experimentan una regresión. Es una ley de la naturaleza. En los tiempos de Aquiles los hombres eran más altos y más fuertes. Cada generación se encoge un poco más y tiene menos grandeza. Sólo somos sombras de nuestros antepasados.

Él asiente.

—Se podría leer como una comedia: los dioses que riñen, los reyes que riñen. Los guerreros que corren por ahí sacudiéndose unos a otros en la cabeza durante nueve años. ¡Nueve años! El enfrentamiento en clave de farsa entre Paris y Menelao. La figura de la identidad cambiada cuando Patroclo se disfraza de Aquiles. Ésos son elementos de comedia, ¿verdad?

—Yo me reí todo el rato —dice él.

—Ya sé que tienes sentido del humor.

Voy a hacer alusión al montaje de Eurípides que hizo Carolo, a la cabeza, pero me mira con tanta ilusión y expectación, esperando una alabanza, que titubeo. Qué pequeño monstruo ansioso. ¿Debo continuar poniéndole adivinanzas para que se convierta en un monstruo más listo aún, o debo hacerle humano?

—He estado trabajando en un pequeño tratado de literatura, sobre las artes literarias. Tragedia, comedia, épica. Porque me preguntaba: ¿para qué sirven? ¿Para qué sirve todo eso? ¿Por qué no limitarnos a contar la historia tal

y como nos ha llegado de la manera más sobria, sin querer rellenar todos los huecos?

Él levanta la pierna de la barra y se masajea el músculo un momento.

—He estado leyendo algo. Lo he traído de la biblioteca de palacio. Espera.

Se va, supongo que a su habitación. Pero no cojea, aunque debería hacerlo. Se preocupa mucho de disimular el daño y camina con normalidad. Un líder nunca debe revelar su debilidad en batalla, para no desmoralizar a sus tropas y animar al enemigo. ¿Lo ha deducido él solo o se le ha enseñado? Es algo que un rey enseñaría a un rey: confío en que venga de Filipo.

Vuelve, sin aliento. Ha ido corriendo en cuanto ha salido de la habitación. El libro que quiere enseñarme es uno que conozco muy bien, uno de mis antiguos maestros, en el que clama contra la depravada influencia de las artes sobre la sociedad decente.

—Pero, ¿sabes?, no piensa en serio lo que dice. —Alejandro se vuelve a sentar—. Porque usa el teatro para transmitir sus argumentos, ¿no? Un diálogo fingido entre gente inventada, con un escenario y todo eso. Necesita el artificio para algo, ¿verdad?

—Exactamente. Eso es, exactamente.

—Para atraer la atención del lector. Es más divertido leerlo así que en un seco tratado.

—Eso es. —Pienso en mis propios intentos tempranos en la forma del diálogo. No tenía dones para ello, y lo abandoné—. Y además, creo que se siente mucho más cuando está expresado de esa manera. Te preocupas más por los personajes, por las consecuencias de las cosas. Ése es el sentido de las artes literarias, seguramente. Se pueden transmitir las ideas de una forma accesible, y de una forma que haga que el lector o el espectador sienta lo que se les dice, en lugar de limitarse a oírlo.

—Estoy de acuerdo. —Se burla de mí, pero cordialmente.

—Yo también he estado leyendo un libro y me preguntaba si te podría interesar.

—Me interesa.

Se lo tiendo.

—Es pequeño —dice.

—Una tarde de lectura como mucho. Espero que te divierta. Es del mismo autor. Transcurre durante una cena.

—Majestad, maestro. —Un ayudante en la puerta parece muy afectado—. Un visitante.

—Que se vaya —dice Alejandro.

—No me digas que me vaya, miserable mocoso. —Olimpia pasa rozando al ayudante, que salta y se aleja de ella como si le quemara—. Besa a tu madre. —La propia Olimpia, envuelta en pieles blancas, con estrellas de plata en el pelo, trae un aliento frío y fragante del exterior.

Alejandro la mira, pero no se levanta. Ella se inclina hacia él y aprieta su mejilla con la de él.

—Querido muchacho cálido. Te escribí que venía. ¿No has leído mis cartas? No me mientas. Sé perfectamente que nadie me estaba esperando. Ese sirviente parecía que había visto un fantasma. Hola, señor —añade, dirigiéndose a mí—. ¿De qué era la lección?

—Majestad, sobre Homero. Qué inesperado…

—No para mí —dice Alejandro—. Llevo mucho tiempo esperando.

—Cariño. —Ella coge una silla y se la acerca al fuego, y ya somos un trío—. Bueno, siéntate —me dice a mí—. Seguid. No quiero interrumpir.

—Sí, sí que interrumpes —suelta Alejandro.

—¿Puedo preguntar a qué debemos este…?

—Se debe a que su majestad estaba mortalmente aburrida en Pella y echaba en falta a su pequeñín. Le veo muy poco, y ese animal de marido mío lo envía aquí lejos. El propio Dionisio ha soplado a los cascos de mi pequeño poni para que corriera más. No, en realidad he dejado a mis sirvientes fuera. Somos muchos y llevamos bastante equipaje. —Sus ojos se elevan hacia el cielo, quizás el original del gesto característico de su hijo—. He traído comida —murmura.

—Te quiero —dice Alejandro.

—Harás bien. Nadie más me quiere. ¿Has oído hablar de tu padre?

—No se te permite que me preguntes eso, ¿recuerdas?

Ella pone los ojos en blanco. Él también, imitándola. Toda la actuación es asombrosa: la ira, la maldad, la intimidad grotesca, su disposición a hacerlo todo por un público, o sea, por mí.

—Vamos, vete ahora —le dice la madre al hijo, como si me leyera la mente—. Quiero estar un momento en privado con tu tutor. Haz que me preparen una habitación para pasar la noche.

Él se va y se lleva los tres libros.

—Es verdad que hemos traído comida. Conejos, pasteles y otras cosas. Seré muy popular entre estos niños durante una hora y media. Qué sitio más horrible.

—Sí —asiento.

—¿Qué tal le va?

—Creo que se aburre.

—Sí. —Ella mira de nuevo al techo—. Todos nos aburrimos. Desarrollarás las facultades que posee, supongo, ¿verdad?

—Por supuesto.

—«Por supuesto.» —Pone una boca muy fea al imitarme—. ¿Es que todo el mundo me odia? No estamos hablando de Arrideo. Estamos hablando de mi hijo. Mi hijo. Cuando vuelva, tendré que pasar un infierno por haber venido aquí sin permiso, sólo para echarle un vistazo a mi niño. En los despachos dirán: «Olimpia se fue a caballo. ¡Encerrémosla!». Sabes que lo harán. Me encerrarán en mis habitaciones. Ya lo han hecho antes. La última vez fue durante un mes, porque salí a la plaza de armas a ver cómo hacía la instrucción. Sólo quería verle encima de ese enorme caballo suyo. Llevaba velo, pero, aun así, supieron que era yo. Siempre lo saben. No sé cómo lo consiguen.

—¿Por qué has venido, majestad?

—Tenía que verle. Ese animal cree que puede guardarme en una caja. Él…

—Madre —dice Alejandro en la puerta—. ¿Por qué no ocupas mi habitación? Yo puedo compartirla con Hefestión.

Olimpia se seca los ojos con el borde del manto.

—Me encantaría. ¿Te he dicho que he traído comida? ¿Conejos, pasteles y cosas? —Se echa a llorar—. ¿Crees que dejarán que me quede esta vez? ¿Sólo una noche?

—¿Esta vez?

—Lo intentó el mes pasado —dice Alejandro—. Antipatro la pescó a una hora de Mieza. ¿Por qué no te echas un poco, madre? Por si tienes que volver a cabalgar esta noche…

—¿Te sentarás a mi lado? —pregunta ella.

Ruidos en el exterior: una campana de aviso, hombres que gritan. Olimpia empieza a balancearse hacia delante y hacia atrás, abrazándose a sí misma, sollozando.

—Vete —digo—. Yo entretendré a Antipatro. Una hora, al menos. Marchaos los dos.

Alejandro se va primero, permitiéndose ahora cojear intensamente.

—Estás herido —dice Olimpia—. Ah, apóyate en mí.

Él la coge del brazo y los dos salen renqueando. Sale la realeza.

Las mesas se han despejado y la puerta se ha abierto para que entre un poco de aire. Los primeros y bellos días del otoño se han ido ya hace tiempo, y las gotas de lluvia braman en las ráfagas de viento y oscurecen la entrada. La lluvia es furibunda, y cada día es más frío que el anterior. El otoño se va fundiendo y difuminando en el invierno. Los músicos, un par de flautistas, han

acabado ya su trabajo de la velada, y reciben su paga en forma de alimentos en la cocina. Pitia estaba de pie en la puerta conmigo, con su vestido nuevo, dando la bienvenida a cada huésped al llegar, y luego ha desaparecido. Sólo yo soy consciente aún de su presencia en el suelo pulido, las lámparas bien preparadas, las flores enroscadas en los dinteles, los nuevos cojines bien rellenos en los sofás, la delicadeza y mimo en la sucesión de platos. Se ha gastado un montón de mi dinero esta noche, a su manera discreta. He colocado a Carolo a mi lado y a los demás en un orden cuidadoso tras él; Calístenes el último. He cambiado unas palabras con él y comprende que no es un desaire. Después de un principio algo indeciso parece que la cosa funciona, aunque Carolo ha contribuido hasta el momento sólo con monosílabos y tose repetidamente en su manga. Al principio pensaba que estaba molesto, pero ahora me digo que quizá no se encuentre bien. Bebe sin comer nada, y sigue la conversación obstinadamente, pero con los ojos mortecinos. Antipatro y Artabazos ya han entrechocado sus espadas sobre la política exterior del rey y sus planes para Persia; Files y Calístenes han susurrado un rato entre ellos como escolares en su primera mesa de adultos. Leónidas se ha puesto entonces a discutir con Artabazos, y pronto todo el mundo estaba riendo. No era un talento que le hubiese atribuido a priori a Leónidas; disfruto mucho, aprendo cosas. Lisímaco, sencillamente, no se ha presentado.

Aparecen los esclavos con copas de vino y cuencos de agua. La parte formal de la cena, mi favorita, está a punto de empezar.

—¿No hay juglares? —pregunta Antipatro, secamente—. ¿Ni chicas?

No esta noche. Los esclavos traen una copa a cada invitado y bebemos el vino sin mezclar en el gesto ritual para honrar al buen daimon. Un himno a Dionisio. Ordeno que el vino se mezcle con agua.

—¿Dos a cinco? —pregunto, una pura formalidad.

Es la proporción habitual; no espero el asentimiento de mis huéspedes. Se mezclan tres grandes cuencos y yo levanto una copa de tamaño moderado, de nuevo para la aprobación ritual. En la Academia habría asentimientos por doquier; aquí, mis invitados se limitan a mirarme. Se reparten las copas (nuevas, Pitia otra vez) y se sirve el vino; los esclavos pasan alrededor de la habitación en círculo, empezando por Carolo y acabando con Calístenes, que se sienta en el otro extremo de la puerta, lejos de mí.

Traen el postre en otras bandejas: quesos, pasteles, higos secos y dátiles, melón y almendras, así como diminutos platos de sal especiada, colocados al alcance de todos. Todo se ha amontonado formando pirámides muy bonitas, incluso la sal, y no puedo evitar notar la forma de los dedos de mi esposa en las pendientes de esas exquisiteces. Me duele tener que destruir esa arquitectura tan costosa por el deseo de comer una nuez especiada. Me dirijo al

enladrillado más estable de una pila de dátiles, preparando las palabras de inicio; entonces, Calístenes me llama:

—¿Tío?

—¿Sobrino? —digo.

—¿Me amas, tío?

—¿Por qué, qué has hecho?

Risas.

—Sólo que tendrás que excusarme, esta noche —dice—. Todos tendrán que excusarme. No puedo hacerlo.

—¿Hacer el qué? —pregunta Antipatro.

—La charla —dice Calístenes—. La charla, los discursos. He bebido demasiado y no creo que pueda ordenar bien las palabras. ¿Me perdonáis? Me retiraré, quizá… —Agita una mano vagamente hacia la puerta.

Ha realizado su pequeña intervención muy bien. Así, cualquiera que no desee hablar (pensaba sobre todo en Leónidas) puede desertar con Calístenes, quedar bien y comer dulces en la habitación de al lado. He pensado en todo.

—¿Discursos? —pregunta Antipatro—. Pensaba que era una broma.

—No he entendido esta parte en absoluto —dice Artabazos—. Pensaba que era porque soy un extranjero ignorante.

—Pero lo ponía en las invitaciones. —Antipatro, Artabazos y Leónidas ya están de pie, siguiendo a Calístenes—. La tragedia —digo, elevando la voz entre el ruido de su partida, repitiendo las palabras de la invitación—. La buena vida. Lo que significa vivir una buena vida, y la forma en que se puede perder la bondad.

—Cállate —interviene Carolo. Sólo quedan él y Files—. No saben hacerlo. Los pones violentos.

Observo a Files, que mira desesperadamente a Carolo.

—El chico se va a mear encima si intentas que hable —dice Carolo—. Tendrás que dejarlo correr.

Se me ocurre que la única persona que habría disfrutado de la velada tal y como yo la había planeado, y que podría haber intentado interpretar su papel de verdad, es Alejandro.

—¿Qué tal va el libro? —pregunta Carolo—. Tu tragedia para principiantes.

—Y comedia también. He decidido que tengo que hablar de las dos.

Se oye ruido en la habitación exterior, risas, y luego Tycho que murmura a mi oído:

—Lisímaco, maestro…

—Lisímaco —digo yo, porque sin esperar anuncio alguno, ya está en la puerta, haciéndose ver al fin.

Los otros invitados vuelven tras él y ocupan de nuevo sus puestos, asumiendo (correctamente) que la parte formal de la cena está muerta y enterrada. Bueno, yo era el que quería una cena de estudiantes. ¿Quién soy yo para aferrarme a la ceremonia?

—Vaya, aquí estás —dice él—. ¿Quién vive en la casa de al lado? Me he metido allí primero, sin querer. Las mujeres se han asustado, creo. Decían que estabais todos aquí. Me he confundido de casa. Lo siento, lo siento. Flores para las damas. Las enviaré por la mañana. Les gustan las flores, ¿no? ¿Algún color especial? Ah, muy amable. —Calístenes se había apartado en su asiento, haciéndole sitio. Lisímaco se sienta pesadamente y mira a su alrededor—. Qué bien, qué bien. —Se ríe de mí otra vez, está borracho.

—¿Quieres comer algo? Haré que te traigan algo de la cocina.

—Beberé, si tienes algo. Tengo que mantener el nivel constante. Si baja de repente, quién sabe lo que puede pasar. Ya he asustado a las mujeres. No hay mujeres aquí.

—No —digo.

—Es lo que pensaba. ¿Chicos? A él le gustan los chicos.

Todo el mundo me mira.

—Un chico en especial —dice Lisímaco—. Bueno, eso no tiene nada de malo. Todos hemos pasado por eso. Excelente gusto en todas las cosas, siempre. Una nulidad, en este caso, sin embargo.

Le digo a Tycho que le traiga un plato de comida.

—Lo adora —continúa Lisímaco—. Pobre idiota. Tendríais que haberles visto en Mieza, cuando pensaban que estaban solos. Ya sé, ya sé, yo no tenía que estar allí. Pero si el príncipe lo desea…

—Me pareció verte un par de veces —intervengo—. No tenías que esconderte de mí.

—Enamorado de él —dice Lisímaco—. Ah, dioses, qué emoción, miradle. Un animal igual que todos nosotros, después de todo. No os preocupéis, no se lo he contado a nadie que importe.

—No me amenaces —digo—. Cómete esto.

Coge el plato de Tycho.

—¡Cabra! —Se ríe y empieza a comer.

Soy consciente de que mis invitados me miran.

—Me lo habría follado —dice Lisímaco, con la boca llena—. Huele tan bien. ¿Lo habéis hecho ya?

Del que soy más consciente es de Antipatro.

—Ya basta —digo.

—Todo blanquito y durito, y miserablemente confuso —suelta Lisímaco—. Me lo habría follado hasta caer redondo.

—No hablamos de nadie que yo conozca —dice Antipatro.

Todo el mundo se va. Los acompaño a la calle.

—Estoy borracho —dice Lisímaco en voz alta. Se dirige a Antipatro y a mí—. No quería decir nada de eso. Bueno, tú eres lo bastante viejo para ser su padre.

—Sí, es verdad —asiento.

Nos miramos el uno al otro.

—Pero no eres su padre —dice, más bajo.

—Ya lo sé.

—Le amo —confiesa, de modo que sólo yo le oigo.

Asiento.

—Quizá podrías… —empieza a decir, pero Artabazos está junto a su codo, sonriendo y dándome las gracias, y se lo lleva con suavidad.

—Sé dónde vive, no lejos de mí —dice Artabazos—. Iremos juntos. Te doy las gracias miles de veces.

—Y yo a ti —respondo, refiriéndome a Lisímaco.

Él asiente.

Antipatro está esperando junto a la puerta, meneando la cabeza.

—Supongo que habrás oído todo eso —digo.

—Ni una palabra. Sólo oigo lo que puedo poner en un despacho.

—¿Y qué sabes de Olimpia?

Antipatro menea de nuevo la cabeza. Me dio la hora que le pedí en Mieza, hace dos semanas, pero dejó bien claro que lo hacía por mí, no por ella.

—Los tutores devotos son una cosa; las reinas metomentodo, otra. Ella estará recluida un tiempo.

De vuelta al interior, después de aquellos breves efluvios del aire frío de la calle, la atmósfera está cerrada, todavía espesa por la comida y el vino. Me sirvo una última copa y voy a ver Pitia a nuestra habitación. Ella me espera levantada, cabeceando encima de su labor en una mesa llena de velas, para darle luz suficiente. Se despierta de golpe cuando me ve de pie junto a ella.

—Me has asustado.

—¿Qué estás haciendo?

Lo levanta para que yo lo vea: un bordado muy complicado, un paisaje lleno de diminutas figuras, todas rosa y rojas. Es muy bonito.

Me siento en la cama mientras ella deja a un lado su labor y apaga casi todas las velas. Le cuento cómo ha ido la cena, que todo el mundo ha alabado la comida y que Lisímaco ha sido más o menos el incordio que yo esperaba, y que Antipatro se ha deshecho en elogios a ella especialmente, y lo bonita que

estaba la casa y que casi había sido como tenerla en la habitación conmigo, mirando a todas partes y viendo su trabajo allí.

—¿Y de qué habéis hablado? —Sabe que ése era el asunto principal.

Cierro los ojos imaginándome a cada uno de ellos dirigiéndose a su casa. Antipatro, dando traspiés al final, aburrido, supongo, y tras haber bebido más de lo habitual, o quizás aquello fuera lo habitual para él, no le conozco demasiado bien, tiene que volver a palacio, a una esposa que está en buenas relaciones con Pitia y ha cosido con ella un par de veces, mayor que nosotros, me ha dicho, un poco seria y formal, algo que Pitia puede manejar muy bien; probablemente ella acabará siendo también así. Dura con los sirvientes, una cosa que a Pitia no le gusta, pero discreta en su atuendo y sus comentarios, como corresponde a una mujer de su posición, lo cual Pitia aprueba. Me pregunto si calentará la cama todavía para él, o si usarán habitaciones separadas. Artabazos, el soltero, no dormirá solo. Ignoro cómo sé esas cosas, pero apostaría a que es así. Vive en una casa grande junto a la corte, de esas que Pitias y Calístenes encuentran tan desagradables, demasiado grandes para un solo hombre y suntuosamente decorada. Podría envolverla toda con dinero, ha dicho Calístenes. Incurro en una pequeña fantasía y pienso que se detiene a buscar un chico y una chica que le calienten la cama, y que después de una noche de disipación se despertará por la mañana fresco como una lechuga, con la cara rosada y los ojos brillantes, deseando desayunar y dedicarse a los sutiles asuntos del día. Lisímaco también volverá a su casa, aunque sin duda le deseará a Artabazos un alegre pero firme buenas noches y decidirá irse solo. Leónidas se irá con Antipatro a palacio. A Carolo lo envío a casa del brazo de un esclavo; nunca he visto dónde vive, pero supongo que es en un barrio pobre, probablemente en una cabaña como la de Illeo. Acogedora, espero. Calístenes ha cogido a Files del brazo y probablemente se lo ha llevado por ahí a algún sitio para beber y seguir hablando. Resolverán todo aquello a lo que yo he dedicado mi vida en la siguiente hora, más o menos; confío plenamente en ello.

—Amor —digo—. Hemos hablado del amor.

Pitia me coge la copa de vino para que no la derrame.

—Échate.

Empieza a masajearme los pies. Va trabajando con el pulgar desde el talón hasta el empeine, y se entretiene mucho tiempo con la base de los dedos. Al cabo de un rato se levanta y me pregunto si me habrá dejado. Estoy demasiado perezoso, con la cabeza demasiado nublada, para abrir los ojos y mirar. Pero luego siento su peso en el lecho de nuevo junto a mis rodillas y oigo el sonido de la arcilla sobre la arcilla, una vasija en una bandeja. Se frota las manos entre sí para calentar lo que sea y luego me masajea los pies de nuevo con algo resbaladizo, algún tipo de aceite. Es algo muy suyo: el aroma

es agradable, no es ningún aceite de la cocina. Me doy la vuelta de espaldas para que pueda seguir subiendo por mis piernas. Se me pegará ese olor también, mañana por la mañana, y tendré que darme un baño para quitármelo. Abro un poco las piernas cuando ella llega a los muslos. Quizá me deje que le devuelva el favor, aunque lo dudo. Es un regalo, puro y simple. Cuando noto sus pequeñas uñas en las nalgas tengo que volverme, pero ella continúa con la misma lentitud, metódicamente, caderas, pecho, hombros, brazos, manos, incluso las palmas y los dedos, cada uno de ellos ungido hasta la punta. Es algún ritual que ella necesita, quizá. Quiero decirle que está haciendo una montaña de un grano de arena y que podríamos terminar al cabo de un minuto, si ella se decidiera, pero seguramente ya lo sabe. Por una vez dejo que lo haga como le apetece. Su vestido me envuelve el rostro. Un atisbo de esto y de lo otro a través de la fina tela; unas velas que parpadean, la silueta nublada y movible de su cuerpo encima de mí, y algo que viene y que ella no quiere que vea. Alargo la mano, pero ella me echa las manos hacia atrás en la cama y las sujeta, mientras frota sus pechos arriba y abajo por el mío. Me frota levemente la cara. Un momento suspendido entre ofrendas, y luego ella coloca su peso encima de mí, sus caderas en las mías, bajando. No es una penetración fácil, implica muchas flexiones y ajustes por su parte, abriendo bien con los dedos su rosado interior para intentar que el acople sea perfecto, y luego ella se mueve con excesiva lentitud, balanceándose un poco, sin saber qué hacer. Yo le cojo las caderas e intento moverla de la forma que deseo, pero ella coge aliento, un respingo de desaprobación, o quizá de dolor. Un momento de inmovilidad y luego lo intenta de nuevo, ese balanceo frustrante, dubitativo, que no roza lo suficiente. Me quito la tela de la cara para poder mirarla al menos, y ella se detiene de nuevo.

—No funciona —dice.

—Es igual.

La luz de las velas resulta favorecedora, y está tan guapa como siempre, con el pelo caído por encima de los hombros y sus rizos rozándole los pechos. Tiendo la mano hacia ellos, pequeños, con la punta almendrada, y ella me deja hacer. Parece decidida, ceñuda. Decido no mirarla a la cara.

—Más fuerte —le digo—, como si molieras grano.

Lo hace con más dureza de lo que yo quería, pero creo que el juego me puede gustar.

—Fóllame, por una vez. —Decir las palabras en voz alta en lugar de pensarlas se entremezcla con el placer que se avecina, pero, increíblemente, ella se detiene una tercera vez y se sale.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que acabar normalmente, para que salga bien.

Normalmente. Ella quiere echarse de espaldas, pero no le dejo. Acabamos con ella de bruces, con rudeza, y yo le sujeto las dos manos con la mía. Me corro como un monstruo. Cuando salgo de ella, se vuelve de espaldas, sube las rodillas dobladas y se queda así largo tiempo. Puede que esté llorando. Mi mujer está recibiendo lecciones de una bruja.

Ha sido el mejor polvo que hemos tenido en la vida.

Mi padre me explicó una vez que el esperma masculino era una potente destilación de todos los fluidos del cuerpo, y que cuando esos fluidos se ponen calientes y agitados, producen espuma, igual que al cocinar o como sucede con el agua del mar. El fluido o espuma pasa del cerebro a la médula espinal, y de allí, a través de las venas, por los riñones, y luego a través de los testículos hasta el pene. En el útero, la secreción del hombre y la de la mujer se mezclan, aunque el hombre experimenta placer en el proceso y la mujer no. Aun así, es muy saludable para una mujer tener relaciones sexuales regulares, para mantener el útero húmedo y para calentar la sangre.

Me pongo enfermo, lo de costumbre. Va aumentando poco a poco, como pasa siempre, tan despacio que me digo a mí mismo que esta vez no es nada, sólo fatiga, o que la tensión de palacio me impide dormir, hace que me duela la cabeza, me mordisquea la memoria, absorbe el color del cielo y la calidez de la tierra. Me pongo de peor humor, hablo con brusquedad a los esclavos, que permanecen impasibles. Supongo que ya lo han visto antes, y de todos modos esta vez no es nada, sólo fatiga, tensión.

—Es este clima asqueroso —dice Pitia—. Siempre lloviendo, siempre oscuro. Yo también lo noto a veces.

—¿Qué es lo que notas?

La impaciencia que me hace ladrar a los esclavos me vuelve demasiado formal, excesivamente educado y en exceso obtuso con ella. No quiero que me digan que tengo un problema de mujeres, y por encima de todo, no necesito que Athea vaya husmeando a mi alrededor después de que su señora haya dejado caer unas pocas palabras, dando consejos, recetas y curas, y obteniendo fortaleza de mi debilidad.

—Cansada —dice Pitia—. Triste. Blanda, o al menos eso es lo que me parece. Me olvido de las cosas, no tengo la energía suficiente para hacer todas las cosas que haría normalmente en un día.

—Ya me encuentro mejor. Tengo una compañera de fatigas. Mis libros sin escribir, tus labores sin hacer. Qué consuelo para mí, saber que no estoy solo.

—No seas desagradable —dice ella.

—Cariño.

Me arrepiento de inmediato, pero ella ya ha salido de la habitación. Aun así, no puedo aceptar que lo que me aflige no sea algo único, un desorden sin nombre previo. Hace mucho tiempo mi padre me diagnosticó un exceso de bilis negra, algo que resulta cierto algunas veces, pero no explica las otras, cuando sencillamente no puedo dormir y los libros parecen escribirse solos, y el mundo parece pintado hasta el último rincón de color y dulzura, con una especie de brillo divino. Ni tampoco explica el viaje de un estado al otro, de la melancolía más negra a la alegría dorada. Aunque la melancolía ha sido siempre el estado predominante de ambos, y ha ido en aumento a medida que me hacía mayor. Quizás algún día deje de tener humores, como los llamaba mi madre hace mucho tiempo, y me instale sin más en un estado constante de amargura y sufrimiento, un dolor no físico, pero no por ello menos grave.

Filipo ha vuelto de Tracia después de una ausencia de unos dieciocho meses; no ha sido el regreso más feliz del mundo, y se irá de nuevo dentro de una semana o dos con sus tropas de reemplazo, dejando atrás a algunas de las unidades que llevan más tiempo de servicio, para que pasen en casa el invierno que tan bien se han ganado. En la corte nos enteramos de los detalles. Las ciudades de Perinto y Bizancio, probablemente incitadas por Atenas, se negaron a asistir a la campaña de Filipo en la Tracia del este. Mientras los atenienses merodeaban con su marina por las costas, arriba y abajo, Filipo iba tras Perinto. Construida en un cabo largo y estrecho, la ciudad era difícil de atacar por tierra, y la marina de Filipo era débil. Asedio, pues, y una oportunidad de probar la nueva y maravillosa torsión macedonia y las catapultas para arrojar flechas. Los ataques con catapulta se llevaban a cabo por relevos, día y noche. Usaban también los arietes, tenían zapadores para que excavaran túneles bajo las murallas de la ciudad y escalas para atravesarlas por encima; construían torres de la altura de quince hombres para derribarlas luego encima de los enemigos, sobre las murallas. Cuando consiguieron al fin abrir una brecha en las murallas, las tropas de Filipo irrumpieron y descubrieron una segunda muralla que los perinteos habían construido mientras los macedonios picoteaban, husmeaban, hurgaban y se ajetreaban en la primera.

Empezó de nuevo el asedio en la segunda muralla. Detrás de ésta se encontraban varias filas de casas accesibles sólo por unas calles estrechas y empinadas, fáciles de taponar. Los perinteos, durante todo el sitio, recibieron dinero, armas y grano de Bizancio y de diversas satrapías persas. Los barcos atenienses se mantenían al pairo y esperaban. Filipo, previendo un combate feo, retiró de pronto la mitad de sus fuerzas y corrió a Bizancio, ahora con pocos efectivos, para poder sostener Perinto. Pero aquella ciudad también se resistió a una derrota rápida. Filipo, en un segundo ataque sorpresa, tomó la flota de grano ateniense y luego volvió al mar Negro, camino del Bósforo. Un

éxito que enriquecería el tesoro macedonio y mejoraría la moral del ejército; ya había guerra abierta con Atenas, aunque las hostilidades no estallaron de inmediato. Entonces empezó muy en serio el sitio de Bizancio, que duró casi todo el otoño y el invierno y parte de la primavera siguiente. De nuevo se organizó el tren del asedio; la ciudad, respaldada por sus aliados en la región y ahora abiertamente por Atenas, resistió. Entonces la marina macedonia asestó su primer golpe importante a la ateniense, y finalmente Filipo tuvo que recortar sus pérdidas y retirarse.

—¿Te estoy aburriendo? —pregunta Filipo.

Reacciono. Cuando me he despertado esta mañana, he llorado al darme cuenta de que estaba despierto y que tenía que soportar todo un día entero. Pitia se ha despertado también, pero ha fingido que no era así mientras me secaba los ojos. Mis lágrimas seguro que la aburren, al menos algunas veces.

—No. Estaba pensando en el asunto.

Que si Tracia, que si Alejandro, me dan ganas de llorar por la estupidez de todo esto. ¿Debería llevarse a Alejandro a Tracia? ¿Ése es el problema? Realmente, no tengo ni idea de lo que me está preguntando.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —salta Lisímaco.

Le estoy agradecido y le dirijo una mirada que lo expresa. Es un erudito, después de todo; quizá sufra de algo similar a lo mío. Quizá lo reconozca y me esté ayudando. Una amabilidad devuelta a cambio de la invitación a cenar.

—¿Te pueden joder bien jodido? —pregunta Filipo—. ¿Es que a ninguno de vosotros se le ocurre ni una sola frase que decir?

—Déjale aquí —afirma Lisímaco—. Está en las mejores manos y tiene una edad difícil; el metal se está endureciendo, no sé si entiendes lo que quiero decir. No sería adecuado fastidiarlo mientras se está templando.

—¿Eh? —dice Filipo.

—Mi estimado colega ha sido una maravillosa influencia para él. —Lisímaco se inclina hacia mí—. Una maravillosa influencia. Nunca he visto tanta influencia sobre un chico. Nunca he visto a un profesor que tuviera un impacto semejante en un alumno. Los veo juntos a veces, con las cabezas inclinadas encima de algo, y es difícil no pensar que son padre e hijo. Modelado tan finamente por la mente del mayor, no sé si me explico. No estoy seguro de que nadie, aparte de yo mismo, se haya dado cuenta de lo íntimos que se han vuelto. Apártale de él ahora y llevará esa herida consigo el resto de su vida. La mente está empezando a madurar. ¿Qué hay más importante que la mente?

Filipo me observa. Yo miro a Antipatro. Antipatro menea ligeramente la cabeza.

—Él quiere ver mundo, lo desea mucho —digo.

Filipo me mira.

—Es el mejor alumno que he tenido en mi vida.

Filipo me sigue mirando.

—No me encuentro bien. ¿Me disculpas?

Abandono la corte con la daga de Lisímaco sobresaliendo de mi espalda.

Diez días después, un ayudante me dice que recoja mis cosas: lo de Mieza se ha acabado. Se requiere a Alejandro de nuevo en la corte; su entrenamiento militar se había descuidado, estamos en guerra con Atenas, ya basta de filosofía por ahora. La daga de Lisímaco, hasta la empuñadura, aunque Filipo ha vuelto a Tracia sin su hijo, después de todo. El príncipe estará desilusionado. De repente, los chicos han desaparecido y nosotros, los viejos, su séquito, nos quedamos para realizar la pesada tarea de hacer el equipaje, sobre todo yo, dos años enteros de libros y especímenes y manuscritos, mientras los asistentes del templo nos contemplan tan impasibles como siempre. Somos una tormenta que finalmente ha abandonado sus vidas. Me dicen que continuaré enseñando al príncipe en Pella, pero de una forma menos intensiva, menos a menudo, a medida que otros deberes ocupan sus estudios.

Pitia me da la bienvenida con una comida muy cara y después follamos con timidez en mi propia cama, como un eco de nuestro último acoplamiento, un placer inesperado que siento incluso en las plantas de los pies. Estoy en casa.

Asisto al templo de Dionisio a petición de Pitia, para dar las gracias al dios por su embarazo. Le doy al asistente algo de dinero a cambio de un cordero de un blanco inmaculado.

—El dios está complacido —dice el asistente.

Es una elección cara (esas cosas acaban por saberse) y decido regodearme un poco en el lujo que representa. El cuchillo entra como si lo hiciera en mantequilla caliente. Un tajo a través de la garganta, la sangre recogida oscuramente en cuencos de bronce, y luego un poco de carnicería de aficionado para liberar algo de carne del muslo del animal de sus tendones, y así poder arrojarlo al fuego. Un asistente se ocupa del resto del cuerpo. Afortunados los asistentes de hoy, afortunados sus estómagos.

Me estoy lavando cuando veo a Files arrodillado ante una estatua del dios de un tamaño ligeramente superior al natural. Es una obra muy bonita, de mármol blanco. Los largos rizos del dios están entretejidos con hiedra. El torso es musculoso pero esbelto, las caderas estrechas, las piernas fuertes, los pies

desnudos. El rostro muestra un regocijo contenido, no el que se asociaría de entrada con el dios, y siempre acorde con mi propio humor cuando acudo aquí. El cuidador reza con devoción, con los ojos cerrados, balanceándose un poco. Las lágrimas corren por sus mejillas.

—Hola —saluda Arrideo.

—¿Qué estás haciendo?

Levanta su tablilla para que yo lo vea.

—No, dímelo. Con tus palabras.

—Dibujando.

Tengo más tiempo para él ahora que su hermano menor está ocupado con otras cosas. Miro lo que quiere enseñarme, una especie de cara: un círculo con ojos y una línea como nariz, una línea ondulada para el pelo y otra línea para la boca.

—Necesita orejas.

Arrideo se pone a la tarea con devoción, y pronto el círculo tiene unos circulitos más pequeños adheridos a los lados.

—¿Y tiene nombre?

El príncipe se ríe y no quiere decírmelo.

—¿Sabes escribirlo?

—No —dice, con seguridad.

Le hago repetir el alfa-beta-gama, que ahora recita con fluidez.

—¿Con qué letra empieza?

—Caballo —dice.

Así que hablamos de las formas de dibujar un caballo, las partes que necesitaría una persona: cuerpo, morro, patas, crin, rabo.

—Yo dibujaría un óvalo para el cuerpo, en lugar de un círculo. —Miro por encima de su hombro—. Como un huevo. ¿Dónde está tu cuidador?

—Tomando un baño.

Files se ha vuelto mucho más amistoso desde la invitación a cenar. Difícilmente podría ser de otro modo, pero yo mismo siento que cambio mi actitud hacia él, que me voy suavizando. Tengo un plan para él, una idea que quiero probar. No hoy ni mañana, pero pronto, anticipo.

Le digo a Arrideo que coja su lira y él frunce más el ceño concentrado en su dibujo, fingiendo que no me ha oído. Su cuerpo está más limpio y más fuerte; su lenguaje mejora, así como su destreza (de ahí el dibujo, hacia el cual le he animado mucho), pero desgraciadamente parece que odia la música. ¿Quién odia la música? Es torpe, por supuesto, y no puede colocar sus dedos gruesos en las posiciones más sencillas del instrumento, que no recuerda de una semana a la siguiente, lo que se podría perdonar, pero mi insistencia parece transmitirse a sus reacciones ante toda la música y se aparta si yo mismo toco

la lira, o incluso si la oye tocar, al pasar. Odia lo que no puede dominar: en eso hay una lección, supongo, aunque desearía que una dulce melodía le hiciera sonreír y relajarse y así podría acabar todo.

—¿Es necesario? —preguntó Files en una sesión anterior, cuando Arrideo estaba acurrucado en un rincón lleno de lágrimas y mocos, el instrumento tirado y roto en el suelo de piedra—. Ni siquiera puede dar palmadas siguiendo el ritmo, y canta como una vaca pariendo un ternero.

—Yo también —le dije, pero me gustó algo de lo que había dicho el cuidador—. Venid a dar un paseo conmigo los dos.

Sus preparativos fueron penosamente lentos, como siempre, pero cuando al final conseguimos salir fuera, le pedí al cuidador que diera palmadas con las manos, al ritmo de sus pasos. Yo hice lo mismo. Arrideo nos ignoró. Se había convertido en un animal astuto, que sabía cuándo se aproximaba la lección, y ésa era su forma de resistirse. Le cogí la mano y la golpeé con la mía al compás de nuestros pasos. Él me dejó.

—Empecemos así —le dije al cuidador—. Volveremos al instrumento más tarde, como has sugerido.

Por entonces había averiguado que si trataba al cuidador como a un igual, fingiendo que mis ideas venían de él, lo ablandaría hasta volverlo más suave, y acabaría haciendo lo que yo le pidiera. Pronto consiguió que Arrideo diese palmadas bien, lo que practicábamos también a caballo, pero nuestras lecciones de música se estancaron ahí. No importaba.

—Ya basta de dibujar, Arrideo —le digo hoy—. Ahora vamos a hacer música.

—No.

Intento quitarle la tablilla de las manos, pero lucha conmigo. Se pone de pie y me empuja; pierdo el equilibrio y me caigo de culo, momento en el cual Files vuelve. Se queda de pie en la puerta, con el pelo todavía aceitado por los baños, examinando nuestra pequeña y rebelde escena.

—Ayúdame, por favor, Arrideo —digo—. Creo que ha sido un accidente, ¿verdad?

Él me da la mano, encantado, y tira de mi brazo con la misma fuerza con que me empujó. Estirpe de guerreros, me digo, y yo mismo fui quien sugirió que se le entrenara en el gimnasio.

—¿Qué ha ocurrido? —Files es todo preocupación femenina. Avanza por la habitación—. ¿Te has hecho daño? —Se acerca más, juega a estirarme la ropa y a limpiarla, mientras yo le aparto, moviendo las manos como un hombre acosado por los bichos.

Arrideo coge la lira con la misma atención que se inclinaba sobre su tablilla un momento antes, ignorando nuestra actuación, y forma un acorde bastante decente. Los dos nos quedamos mudos.

—Hazlo otra vez —digo.

Él vuelve a colocar los dedos y produce el mismo acorde. Se ha acordado de algo.

—¿Cantamos? —digo.

Y los tres formamos un escándalo ridículo y divertido, dando palmadas, chasqueando los dedos, el príncipe pulsando su único acorde, Files y yo cantamos como vacas (a él no se le da mejor que a mí): «el barco, el barco, el barco y el mar de plata». Finalmente, un guardia de palacio asoma la cabeza por la puerta para ver quién siente tanto dolor y sonríe a pesar de sí mismo cuando ve al taciturno cuidador, al príncipe idiota y al gran filósofo, que se comportan como gente que, sencillamente, es feliz.

Una mañana, en los baños, me encuentro con Calístenes, que se está frotando vigorosamente el cuerpo con piedra pómez.

—¿No lo has oído? —me pregunta—. Alejandro ha salido a caballo esta mañana. Una revuelta en Media. Ha venido un correo esta noche.

El joven parece lleno de vigor, ya sea por el frotamiento, ya sea por las noticias.

—Es un niño —digo.

—Bueno, no lo es ya, parece. —Mi sobrino da vueltas a la piedra en sus manos, pensativo. Tiene razón, por supuesto: Alejandro tiene dieciséis años—. He oído que Olimpia no está demasiado contenta —dice.

—Un respeto.

—La reina habría preferido que dejase a los medios para los generales. Tendrías que haberle visto salir cabalgando con su armadura completa, sobre Bucéfalo. Parecía ya todo un rey.

—Me lo tendrían que haber dicho.

De nuevo mi sobrino parece perplejo y pensativo, divertido y dulcemente razonable, todo a la vez.

—¿Por qué? ¿Ni siquiera le ha dado permiso su propia madre, y tiene que concedérselo un filósofo?

Noto una salpicadura caliente de culpabilidad en el pecho y me pregunto si la culpa también será un humor, y si es así, dónde estará su glándula.

—Nos hemos levantado antes que los gallos para verle partir.

—¿Te habría gustado ser uno de ellos?

—Tendrías que haberlos visto —repite mi sobrino, frunciendo el ceño y evitando la pregunta, respondiéndola y reprendiendo al que preguntaba con el mismo impulso. Es demasiado joven.

Las tropas de Alejandro han tomado de nuevo Media y, por si acaso, han establecido una colonia llamada Alexandrópolis. Un poquito arrogante, dado que Filipo todavía está vivo, pero ya teníamos una Filipi y una Filípolis en Tracia, y el hombre probablemente se ha sentido muy feliz honrando el primer mando con éxito de su hijo. Asisto a la recepción formal de los vencedores en la corte, unas pocas semanas después de mi conversación con Calístenes, en la cual Alejandro está muy apagado y se va inmediatamente después de las ofrendas rituales. No puedo acercarme lo suficiente para ver si ha cogido algo en alguno de sus viajes, alguna enfermedad, o si sencillamente es que está cansado por tantas emociones.

Cuando vuelvo a casa, me encuentro que Pitia ha ordenado que se sacrifique un cordero en honor del chico.

—Tú le quieres —digo.

Pitia ya está bastante gorda con el embarazo, y su lasitud ha dejado paso a una obstinada actividad, mientras se prepara para la llegada del niño. Se acaricia el vientre plácidamente mientras hablamos. Athea ya no me habla ni me mira a los ojos. Si ha tenido algo que ver con esto, no quiero saberlo.

—Dicen que no es hijo de Filipo —me cuenta ella.

—Cotilleos de mujeres.

—Y de los hombres también.

—¿Quién es el padre, según las murmuraciones?

Pitia arruga la frente, muy seria.

—Zeus, o incluso Dionisio. La propia Olimpia lo dice.

Me echo a reír.

—Como una auténtica macedonia.

Más tarde, aquella noche, llaman a mi puerta. Tycho me saca del estudio, donde estoy acabando mi trabajo. Los demás ya están todos en la cama. Un mensajero con la librea de palacio dice que Antipatro me manda llamar.

—¿Ahora?

—Un asunto médico.

El palacio tiene sus propios médicos; el ejército tiene sus propios médicos. El mensajero trae un caballo para mí, para mayor rapidez y discreción, y para no tener que levantar a los criados para que me ensillen a Brea. Es algo del propio Antipatro, pues, o del príncipe, y algo vergonzoso. Rebusco en mi memoria intentando recordar lo que me enseñó mi padre de las

enfermedades de la polla, e irrito al mensajero haciéndole esperar mientras corro de vuelta a mi estudio en busca de los antiguos libros de mi padre.

—Al fin —dice Antipatro—. Aunque creo que el peligro ha pasado. Estaba mucho peor hace una hora, cuando he enviado a buscarte.

Le pregunto si hay sangre en la orina o una sensación de escozor.

—¿Qué? No estoy preocupado por su orina. Estoy preocupado por su brazo. Alejandro le cortó con un cuchillo de carne. Pensaba que estaba de vuelta en Media.

Me conduce hasta una habitación donde Hefestión está sentado con un trapo muy apretado en el brazo.

—Si el vaso, sangra se venda… —dice, al verme, sonriendo débilmente. Se echa a llorar.

—Bien, chico. Déjame ver.

Antipatro, el buen soldado, ya le ha lavado; no puedo hacer mucho más. El sangrado se ha reducido a un hilillo. Es un corte largo, feo, bastante profundo. Le aconsejo que lo mantenga bien vendado y le receto semillas de adormidera para el dolor.

—No llores más —interviene Antipatro.

—No necesito semillas de adormidera —dice Hefestión—. ¿Se pondrá bien?

—¿Dónde está? —Vuelvo a guardar las vendas y las tijeras en la antigua bolsa de mi padre—. Sería mejor que le viese también.

Acompañamos de nuevo a Hefestión a su cuarto, junto al del príncipe. Antipatro apoya la mano brevemente en la cabeza de aquel bello muchacho.

—Vete a dormir. Y por favor, deja de llorar. El príncipe está bien.

—Gracias, señor —dice Hefestión.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunto una vez que Antipatro ha despachado al centinela.

—Lo llamamos corazón de soldado. —Menea la cabeza—. Piensan que están de nuevo en la batalla. Me preguntaba si era eso lo que le pasaba. Él ha estado muy raro, desde que volvieron. Daba un respingo con algunos sonidos, los metálicos. Con los ojos ausentes, bebía demasiado.

—Me sorprende que le dejaras ir solo.

Antipatro me mira.

—Alejandro no me lo preguntó. Yo quería castigarle, pero en las cartas Filipo se mostraba de lo más orgulloso. ¿Qué podía hacer? No soy su padre.

—Así que ya habías visto todo esto.

—Normalmente, en las campañas largas, cuando estamos perdiendo. Esta vez no tendría que haber ocurrido. Media era una victoria fácil. Su

primera batalla auténtica, desde luego, pero es hijo de Filipo. Se ha entrenado para esto.

—¿Crees que allí ocurrió algo… inusual? ¿Algo que no te haya contado?

—Oigo todo lo que estáis diciendo, no sé si lo sabéis —suelta Alejandro a través de la puerta.

Entramos. La habitación está limpia, la cama hecha, los libros ordenados. Encima de la mesa se ven los restos de una comida, con dos sillas apartadas: una cena tardía para dos. Pobre, querido, leal Hefestión. Los cubiertos han desaparecido.

—¿Está bien? —Alejandro está algo pálido, pero sereno.

—¿Y tú?

Él hace ruido, chasquea la lengua, fastidiado.

—Estoy cansado. Supongo que se me permite estar cansado. Por un minuto me sentí confuso. Ha sido un arañazo, ¿verdad? No quería herirle de verdad. ¿Qué es ese libro?

He puesto el libro de mi padre en la mesa junto con la bolsa, junto a su cena. Se lo enseño.

—¿Pensabas que se trataba de algo así? —dice Antipatro.

—Si me haces venir en medio de la noche, ¿qué sé yo?

—Esto es desagradable. —Alejandro desenrolla un poco más el libro—. Y esto también.

—¿Te ha salido algún bulto en la cabeza mientras estabas fuera?

—No. —Deja que le examine brevemente. Unas cuantas contusiones y arañazos. La presión en una rodilla le produce gestos de dolor—. Esto no tiene que constar en los despachos, ¿verdad? —le pregunta a Antipatro.

—¿Que Hefestión resultó herido en la batalla?

Se miran el uno al otro un momento. Alejandro asiente ligeramente. «Gracias.»

De vuelta en el vestíbulo, le pregunto:

—¿Lo harás constar?

Antipatro me hace señas para que me aparte de la puerta.

—Todos los informes que he recibido de todos los soldados a quienes he preguntado afirman que estuvo brillante. Todo modélico. Decían que arrojaba la lanza como cuando estaba en los juegos, con gran belleza. Sin esfuerzo. Podía haberse quedado atrás y dejar que avanzaran sus hombres, pero iba dirigiéndolos. Estaba el primero en todas las cargas. Eso es lo que quiere saber su padre, y eso es lo que le he dicho. Esto otro lo atribuiremos a los nervios de la primera vez. ¿Sabes encontrar el camino de salida?

—Corazón de soldado —digo—. ¿Lo has sufrido alguna vez?

Antipatro se va por el vestíbulo, silencioso.

—Nunca —contesta, sin volverse.

Hefestión está despierto todavía, tal y como esperaba.

—¿No te lo ha contado? Quizá no quería decir nada delante de Antipatro. Mató a un chico que intentaba rendirse. Había arrojado sus armas y se puso de rodillas, llorando por su madre. No deja de pensar en eso. ¿Tienes algo de semilla de amapola?

Rebusco en mi bolsa.

—Pero que no sea demasiada. Te dejará somnoliento.

—No es para mí, es para Alejandro. Tiene dolores de cabeza.

Le enseño cómo molerla, la dosis, y guardo una porción de muestra en un trocito de tela.

—Así pues, se siente culpable por haber matado al chico.

—No, eso le gustó. Decía que era su muerte favorita de la batalla.

—¿Las ordena por preferencias?

—Todos lo hacemos. —Hefestión mueve el brazo con cautela—. Creo que volvió después y le hizo algo al cuerpo.

—¿Sabes qué fue?

—No. Me dijo que me quedara atrás.

Le creo.

—Pero entonces fue cuando empezó. Cuando le hizo lo que fuera al chico, después de que estuviera muerto.

Tres años después de que empezara, la campaña de Filipo en Tracia ha concluido. Calístenes y yo vamos a la ciudad con otros miles para saludar al ejército que vuelve y ver a Alejandro caminando hacia su padre, con un cuenco de vino en la mano. Filipo lo acepta como libación tradicional a un rey que vuelve a su ciudad. Se abrazan y el pueblo los vitorea. Se vuelven y siguen andando hacia el palacio juntos. El brazo de Filipo rodea los hombros de Alejandro. No he oído comentario alguno sobre él desde mi visita nocturna a palacio, es decir, nada aparte de las habituales especulaciones sobre él y Hefestión, ni tampoco me han llamado para dar ninguna lección. Lo primero lo atribuyo a la discreción tensa de Antipatro; lo último, a la de mi alumno. Le he visto ya desnudo, los lugares blandos y blancos; blandos o podridos. Ambos necesitamos tiempo para olvidar.

Nos quedamos largo rato para observar la procesión que les sigue. Las noticias de la larga retirada de Filipo de Tracia, después de las decepciones de Perinto y de Bizancio, le preceden.

La campaña en Escitia produjo unos veinte mil cautivos, mujeres y niños, así como la captura de otras veinte mil yeguas de cría, rebaños y manadas. El ejército de Filipo luchó contra los tribalios de vuelta a casa,

entorpecido por todo ese equipaje viviente, y se vieron obligados a dejar una gran cantidad de ellos atrás. Fue una batalla encarnizada. Filipo recibió una herida de lanza en el muslo y quedó atrapado durante un tiempo debajo de su propio caballo muerto. Le dieron por fallecido durante un momento, y ahora cojea de forma visible. Una muestra significativa de mujeres, niños, gansos, patos y yeguas preñadas tracias y prisioneros tribalios ha ido desfilando. Por el camino, Filipo se ha agenciado también una sexta esposa, una princesa gética llamada Meda, y aquí está la novia, con un vestido azul y sandalias, andando en medio de esta masa enorme de prisioneros y soldados y caballos, una rubia para su colección. Recuerdo cómo describí antaño a Pitia a las mujeres tracias, pero ésta no tiene tatuajes visibles. Pitia coserá pronto con ella, sin duda, y podrá informarme de una manera más definitiva.

Pero la invitación no llega nunca. Me lo hace saber una noche, cuando ya nos disponemos a irnos a dormir.

—No me han pedido que vaya a palacio desde hace siglos —dice—. Ni Olimpia ni nadie. He enviado una nota a la mujer de Antipatro en la que le solicito una visita, y no me ha respondido. ¿He hecho algo malo?

Me aprieto la frente con la palma de la mano, intentando evitar el dolor de cabeza.

—Nos consideran atenienses.

Ella se echa a reír.

—¿Qué? Pero si yo no he estado nunca allí.

—Pues a mí, y a ti por extensión. Estamos en guerra. Ya me temía algo así.

—Estás de broma. —Me mira a la cara—. Estás de broma. El rey te confía a su heredero para que lo eduques. Si Filipo no duda de tu lealtad, ¿por qué iban a dudar los demás?

—Esperas que la razón gobierne la pasión. Llevas demasiado tiempo conmigo.

Ella me coge la mano y se la lleva al vientre; el bebé está dando patadas. Su rostro es una alegre pregunta.

—Sí —digo—. Ahora.

—Ya falta poco.

—¿Tú crees?

Ella arruga la nariz.

—¿Me puedo poner más gorda todavía?

—Más motivo aún para no ir andando a palacio, entonces. Quizá simplemente piensen en tu estado… Nene —añado, muy serio—, deja de dar patadas a tu madre.

—No, me gusta. —Ella se mueve un poquito en la cama, intentando ponerse cómoda—. Esta vez es distinto, ¿verdad? La guerra con Atenas será diferente de todas las demás guerras. Si Filipo pierde…

Me tapo los oídos con las manos.

—Si Filipo gana…

—Cuando.

—Cuando Filipo gane…

—Eso es.

—¿Gobernará todo el mundo?

Me inclino a besar su vientre.

—¿No es así?

—No se trata de una batalla con los tribalios. Filipo puede llegar a perder algo más que unos pocos miles de gansos. Esta vez es el final. El fin…

—Ya lo entiendo.

—Es un mal momento para que te asocien con Atenas, aunque sea lejanamente. Deberíamos plantar crocus.

Ella levanta las cejas.

—Filipo ganó una batalla contra los tesalios en un campo de crocus. Se considera patriótico.

—Crocus —dice Pitia.

—Junto a la puerta delantera; dónde la gente los vea.

—¿Y quién los cuidará? —pregunta.

A principios del otoño ella está retirada y mi presencia en casa no es bienvenida. Le digo a Athea que he atendido a cierto número de nacimientos, ayudando a mi padre, pero ella me despide.

—Te desmayarás.

—No.

—Verás a tu mujer toda ensangrentada, abierta como carne. Nunca más querrás follar a ella.

—Aunque sea así, no veo qué te puede importar a ti todo eso.

Ella se ríe.

—Confía poco en mí, ¿bien? Yo sé cómo. Si problema, te envío a buscar. Mejor para ti, mejor para ella. Ella no chilla ni grita ni empuja delante de ti. Sabes bien.

Lo sé. Todo eso suena correcto, astuto incluso. Mi padre creía que los esclavos debían tratar a los esclavos, y los libres a los libres, pero nunca tuvo una hechicera, y especialmente, nadie que le gustara a su mujer y en quien confiara.

—Envía a buscarme de inmediato si hay cualquier problema. ¿Entendido?

—Sí, sí, sí. —Ella me empuja hacia fuera; me pone de verdad las manos en el brazo y me empuja.

Me doy cuenta de que está feliz. Éste es su trabajo, lo que ella sabe hacer, lo que quiere hacer y no le han permitido hacer. No cometerá ningún error.

Me voy a la calle, pensando en pasar a ver a mi sobrino, cuando se acerca un correo y dice que el príncipe requiere mi presencia para una lección.

—Espera —le digo al mensajero, y corro de vuelta a casa en busca de material.

En palacio, en nuestro patio habitual, el príncipe y Hefestión están luchando. Se atacan en silencio, con ferocidad. Me aclaro la garganta suavemente, pero sólo uno o dos de los pajes más jóvenes me miran, y luego apartan la vista otra vez. Lentamente, doy la vuelta en torno al perímetro del patio, bajo la columnata, donde los pajes rodean la lucha. A través del bosque que forman entreveo el forcejeo sexual de sus líderes: un pie que forma gancho en un tobillo, la súbita caída, una inmovilización de tortuga mientras Hefestión aprieta el pecho contra la espalda de Alejandro e intenta apartar sus miembros y tirarle al suelo, embaldosado con la estrella de dieciséis puntas de la casa real macedonia.

—Una lucha de poder —murmuro a Ptolomeo, que se mantiene, como es su costumbre, un poco apartado de los dos muchachos más jóvenes.

El primo de Alejandro no replica. He intentado comprometerle en un nivel distinto de los otros pajes, un nivel más adecuado a su madurez, con apartes tranquilos y pequeñas ironías, pero Ptolomeo es leal al príncipe y no hay forma de apartarlo de él. Tolera mis pequeñas gotitas de ingenio con muy poca paciencia, y se aparta sutilmente de mí, como ahora, sin disculparse. Sin embargo, sé que es inteligente, y me pregunto por qué nuestras mentes no resuenan en una concordancia mayor, como las cuerdas de un instrumento común. Sé por Leónidas que Ptolomeo tiene pasión por la logística de la batalla, y que un día se convertirá en un táctico estupendo. Quizás el joven huela mi ansiedad por estimular cualquier pasión de la mente y mi deseo de contribuir a ella, aunque mis propios conocimientos serían más bien débiles en ese terreno en particular. Me encuentra arrogante, pienso con súbita inspiración, o posesivo. Confieso que quiero tocar todas sus pasiones, suavizarlas, fortalecerlas y refrescarlas como un esclavo en la lavandería, y así dejar mi señal.

—Ejem —digo, más alto, en esta ocasión—. ¿Empezamos?

—Griego —suelta una voz, toda insolencia. El insulto se ve replicado en un coro de gritos y abucheos—: ¡Griego! ¡Griego!

—Mi madre me dijo lo contrario —afirmo.

Los chicos se burlan.

—Es verdad. —Hefestión no parece haber elevado siquiera la voz, aunque su pecho sube y baja. Él y Alejandro se han separado y están de nuevo tanteándose el uno al otro; supongo que sólo habla para provocar a su oponente con su despreocupación—. Es macedonio. Es de Estagira.

—Es ateniense —grita otra voz, y de nuevo empieza el abucheo. Ah, aquella presencia represiva de Leónidas.

—¿Qué llevas en el bote, estagirita? —pregunta Ptolomeo, desde su rincón.

—Mi padre borró Estagira del mapa. —De repente Alejandro, que estaba agachado fatigosamente, dispuesto a recibir el abrazo tenso de Hefestión, se pone de pie—. Como la mierda de sus zapatos.

Los pajes se apartan y le dejan pasar.

—¿Qué llevas en el bote? —pregunta.

Vuelco el bote en un plato ancho y poco hondo que he traído con ese objetivo. Pitia y yo, y los sirvientes, hemos comido un cocido en ese mismo plato, hace poco. Las diminutas criaturas se apiñan, negras, unas encima de otras, intentando escalar y cayendo de nuevo por los lados poco empinados. Doy un golpecito al culo del bote para desalojar a los últimos seres y los trozos de tierra que les han proporcionado un hogar temporal.

—Hormigas —anuncia Alejandro.

Su interés ya no es el de un niño, por su suciedad y sus movimientos, sino el de un hombre ante la metáfora que se avecina.

—Cuéntame cosas de las hormigas —digo.

Mientras Alejandro habla, me doy cuenta de que Hefestión permanece bajo la columnata, secándose el sudor dorado con una toalla y riendo con otros dos pajes mayores que, de la misma manera, se han escaqueado de la lección. Una conducta extraordinaria, ya que el encantador Hefestión no tiene mente propia, que se sepa. Cuando ve que le miro, su cara refleja preocupación. Es un muchacho muy bueno, esencialmente, y va contra su naturaleza ser malicioso o manipulador, como está intentando ahora. Me pregunto de qué iba la pelea.

—Vaya —le digo a Alejandro, que ha concluido su pequeña perorata sobre la inferioridad, la inconsecuencia absoluta de las hormigas, y parece más tranquilo. Si usar el cuerpo lo altera, emplear la mente lo tranquiliza—. Sin embargo, son también como los hombres, si nos fijamos bien.

Hombre, chicos y niños miran hacia el cuenco, la masa agitada que allí se encuentra.

—Ateniense, tienes una forma curiosa —dice Alejandro, con una voz muy soñadora— de empezar todas tus enseñanzas, dejándome en evidencia.

—Las hormigas eran lo más fácil de conseguir para mi objetivo. Podría haberte traído avispas. O grullas. Te habría traído de buen grado una bandada de grullas, si hubiese tenido trampas.

Alejandro no dice nada, espera.

Le explico que estos animales comparten con los hombres la necesidad de vivir en comunidad, con un objetivo común a todos ellos: construyen alojamientos, se reparten la comida y trabajan para perpetuar su especie.

—¿Vivimos en un hormiguero? —pregunta Alejandro—. ¿O en un nido de grulla salpicado de mierda? Atenas tuvo que ser muy importante.

—La diferencia, la diferencia es que el hombre distingue lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto. Ningún otro animal hace algo semejante. Ésa es la base de un estado, igual que es la base de una casa.

—Leyes. —Ptolomeo parece interesado.

—Atenas tiene las mejores leyes, ¿verdad? —insiste Alejandro—. ¿Las más justas? Creo que debe de tener lo mejor de todo. La debes de añorar mucho.

—Pues sí, a veces, cuando mis alumnos se ponen pesados. Es el estado ideal.

El sonido de veinte pajes que, de repente, se han olvidado de exhalar.

—Macedonia es el estado ideal —dice Alejandro.

—Macedonia es un imperio, no un estado. En el estado ideal, todos los ciudadanos participan en la vida de la polis, en el sistema jurídico, en la promoción de lo bueno y lo justo. Los distintos estados tienen distintas constituciones, por supuesto, que gobiernan la cantidad y el tipo de poder que puede poseer cada ciudadano. Podría hablarte de Esparta, de Tebas, de sus distintas constituciones. Podría hablarte de los sistemas de gobierno, en los cuales la clase media mantiene el equilibrio del poder. Aunque cada individuo no sea absolutamente bueno ni completamente apto para dirigir, la habilidad del colectivo de individuos siempre excede a la suma de sus partes. Piensa en una cena comunitaria, mucho más agradable que una cena pagada a expensas de un solo individuo. En este sentido, podría hablar de Atenas.

—Estamos en guerra con Atenas. —Ptolomeo se acerca—. Deberías hablar mejor de Macedonia.

—Igualmente, podría hablarte también de monarquía. —Paso por alto la interrupción y la advertencia que lleva consigo, el fino hielo que se esconde debajo—. Si una familia sobrepasa a todas las demás en excelencia, ¿no es justo que esa familia gobierne?

—¿Es una pregunta? —interviene Alejandro.

—¿Cuáles son los objetivos del estado? Propongo dos: autosuficiencia y libertad.

Ptolomeo, ahora a mi lado, extiende la mano y vuelca el cuenco de hormigas. Los chicos gritan de placer y las hormigas se desparraman por sus manos, pies y ropas y por el suelo.

—Libertad. —Ptolomeo se encoge de hombros y sacude la tierra de las manos—. Caos.

—Has dicho el mejor de siete —interviene Hefestión de pronto, con la oportunidad precisa y algo ridícula de un actor corajudo, pero muy malo—. Sólo estamos a tres y dos. ¿Has recuperado el aliento o necesitas más tiempo?

Su colisión, el sonido que produce, me recuerda que los hombres también son de carne. Los vítores de los chicos ahogan los sonidos de la lucha y yo recupero rápidamente mi cuenco antes de que se rompa. Hoy no sienten ningún respeto por mí; no habrá más lecciones. Mientras me preparo para retirarme, sorprendo la mirada de Ptolomeo.

—Estagira era un bonito lugar, ¿verdad? —me pregunta Ptolomeo, no sin amabilidad.

Le doy las gracias por su interés.

—De hecho, sé que era bonita. —Los chicos gritan y alborotan a nuestro alrededor, y Alejandro y Hefestión abandonan la lucha y se dedican a los puños, más sucios y más auténticos—. Estaba allí cuando…

—Ya. Me lo imaginaba.

—Deberías tener un poco más de cuidado. —Ptolomeo mira a los pajes, clava en mis ojos su mirada fría, sincera, favorable, aunque sin oferta alguna de amistad en ella—. Nadie quiere oír hablar de las glorias de Atenas ahora mismo. Estamos en guerra.

—¿Debo temer a los niños, entonces?

—A los niños —dice Ptolomeo—. A los niños, a sus padres.

—¿Qué has oído decir en el ejército?

Filipo está de campaña de nuevo. Las Termópilas tenían que haberle retenido, como habían hecho con tantos y tantos invasores en el pasado, pero los atenienses y los tebanos entre ellos se habían olvidado de reforzar los caminos posteriores, y Filipo se limitó a coger el camino largo. Recientemente había tomado la ciudad de Elateia, a dos o tres días de marcha de Ática y Atenas.

—Acercamiento diplomático hacia Tebas —dice Ptolomeo—. Únete a nosotros contra Atenas, o al menos permanece neutral y déjanos pasar por tu territorio sin problemas. Aunque he oído que el propio Demóstenes está en Tebas, esperando pronunciar la arenga de los atenienses.

—Has oído muchas cosas.

—Sí.

—Me sorprende que no estés con ellos.

—Antipatro me ha pedido que me quede.

Miramos la lucha.

—Ahora se encuentra mucho mejor —dice Ptolomeo.

Le doy las gracias por la información.

En casa viene a verme Tycho, que me dice que Pitia ha dado a luz a una niña. La encuentro dormida en unas sábanas limpias, con el pelo arreglado, y el bebé ya bañado y fajado, durmiendo en una cuna junto a ella. Athea está en la cocina amasando pan, vaya, como si aquél fuera el auténtico trabajo del día, que hubiese tenido que interrumpir para traer al mundo un bebé.

—Fácil —afirma, antes de que yo pueda hablar—. Mucho tiempo, pero sin problemas. Siempre el primero es mucho tiempo. El siguiente más fácil. Mi señora…

Se esfuerza por encontrar las palabras. Me pregunto cuándo se ha convertido Pitia en su señora, en lugar de mi mujer, cuándo ha empezado todo ese afecto.

—¿Descansa? —sugiero.

Ella da con un nudillo en una olla de cocina.

—Hierro —satisfecha, vuelve a su masa.

—Gracias.

—La próxima vez, más fácil. —No se molesta en mirarme por encima del hombro—. Quizás incluso te deje mirar.

Una semana después del nacimiento llevo a la niña al altar que Pitia ha encendido, para purificarla. Hemos colgado lana en las puertas, para mostrar al mundo que es una niña, y he preparado un festín supervisado por Athea, para celebrar su vida hasta el momento. Athea se muestra orgullosamente posesiva con la criatura, hasta el punto de que la he visto arrebatarle al bebé de los brazos de Pitia y hacerla llorar, pero no he intervenido. Al cabo de diez días preparamos otro festín, invitamos a algunos amigos esta vez, para el día del nombre. Calístenes trae sonajeros para mi hija y unos jarrones pintados muy bonitos para Pitia, como es tradición, mientras que Athea nos mira a todos con odio, murmurando para sí. Su rostro sólo se suaviza cuando mira a la niña.

La pequeña Pitia tiene una arruga a través del puente de la nariz, como un luchador, y me observa con una mirada que los esclavos dicen que es sobrenaturalmente tranquila y fija, y que promete una gran sabiduría. Otros augurios: una abeja blanca en el romero, un vuelo de golondrinas a través de la luna, al oscurecer, un calor impropio de la estación y una brisa con olor dulce a medianoche, un chisporroteo en el fuego de la cocina, que se suponía ya apagado. La servidumbre recolecta esos hechos y comercia con ellos, como si

fuesen monedas raras. Esos y otros acontecimientos maravillosos continúan durante semanas, alcanzando su punto álgido cuando todos estamos en el momento más privado de sueño. Comprendo que todas las casas donde ha nacido un niño se vuelven igual de afectuosamente locas, y yo recojo más discretamente, y guardo mis propios talismanes para mí: el hilo de leche como de telaraña que va desde el pecho de la mujer al labio de la niña cuando se separan, después de alimentarla; la repentina caída de las cejas del bebé cuando algo la divierte; en momentos de gran sufrimiento, la forma en que entierra toda la carita en el pecho de su madre, como si buscara ahí el olvido. Libertad y autosuficiencia: la casa es como un barco; Pitia y yo, y los sirvientes, somos como marineros, unidos por la decisión de proteger a nuestra diminuta y maullante carga. Tycho forra un carrito con almohadas y lana nueva, y pasea con estrépito a la niña arriba y abajo por el patio, mientras los sirvientes palmotean al compás y gritan: ¡bum, bum!, para su gran diversión. Ella sonríe pacíficamente, con la bondadosa aristocracia de los bebés. Todo, todo el mundo, todo le pertenece a ella. Cuando come sus primeras cucharadas de papilla de miel, los esclavos me miran a los ojos, sonríen y me felicitan. Me doy cuenta de que no me miran a los ojos a menudo.

Pitia y yo estábamos preocupados porque no sabíamos si ella florecería con la maternidad o si ésta la consumiría; su fría elegancia y su distancia ajena no presagiaban nada bueno. Pero sus pechos se llenaron de leche, y se sentaba en el suelo, aunque fuera con la ropa de cama, para hacer mimos y arrullos al bebé. De vez en cuando llora, exhausta, y tanto ella como la niña se inquietan mucho cuando alguien (desde yo mismo hasta Tycho) se ausenta de la casa demasiado tiempo. Libertad no tenemos ninguna ahora, pero hay autosuficiencia en nuestro placer con la niña y entre nosotros. Todo el mundo, yo incluido, parece tocar más, como si la necesidad de tocar al bebé, de palpar con los dedos el hueco hundido de su cuero cabelludo o los deditos de los pies, encantadores y rechonchos, se hubiese transferido de unos a otros. Yo mismo, aunque sólo es una niña, me haré cargo de supervisar su educación, que debe empezar, le digo a todo el mundo que quiere escucharme, tan pronto como sea posible. En el estado ideal, la educación de los niños será el asunto más importante del Gobierno.

—Ah, el estado ideal —me interpela Pitia—. Supongo que ella tendrá que saber leer, en el estado ideal, ¿no? —Lo dice porque me ha cogido recitándole el alfa-beta-gama a la niña, que me mira con los ojos muy abiertos desde su moisés de juncos entretejidos, abriendo y cerrando los puños.

—Trabajo con los materiales que se me han dado.

—Y supongo que en tu estado ideal ella será una ciudadana, ¿verdad?

Le explico que eso es ridículo. La jerarquía del estado imita la de una casa, donde los hombres dirigen, y las mujeres y los esclavos obedecen, tal y como la naturaleza ha dispuesto que hagan.

Tebas votó ir con Atenas, e inició una extraña campaña de invierno. Filipo, cometiendo un error táctico inusual en él, no se fue al momento hacia el sur para tomar el paso, sino que se quedó allí, pensando que todavía podía encontrar una solución política. Los atenienses corrieron al norte para apoderarse del paso y durante algunos meses los ejércitos opuestos se quedaron atascados en sus posiciones, y libraron pequeñas escaramuzas, pero sin llegar a un enfrentamiento real. Cuando llega la primavera, Filipo urde la trampa más vieja del mundo: hace que caiga en manos de los atenienses una carta falsa en la que sugiere que se rinde y se retira a su casa. Incluso hace retroceder un poco a su ejército, pero vuelve por la noche y ataca el paso, donde los atenienses han bajado las defensas. Filipo toma el paso y la ciudad y se acaba el «empate».

Pitia está algo alterada últimamente, pone cara de pocos amigos y me pide que le escriba una breve vida de Hermias como talismán. Le concedo su deseo una mañana, en el patio, mientras mi regordeta hija está sentada en las piedras calientes por el sol, balbuceando y mirándose los dedos. No he permitido que la fajen, creyendo que tal cosa inhibe el desarrollo de los músculos. Y ahí está, un bebé muy saludable, rosado y floreciente. La propia sangre de Hermias, quizá, balbuceando contenta al sol. Creo que el viejo zorro se habría sentido conmovido, a regañadientes.

—Es maravillosa —dice Pitia.

—Estaba pensando en nuestra pequeña Pitia mientras la escribía.

Ella me da de nuevo las gracias, luego frunce el ceño y se lleva una mano al costado. Un momento después llamo a los esclavos. La tomamos en brazos. Hay que llevarla a la cama, donde permanece echada varios días con grandes dolores.

—¿Qué es? —me pregunta Athea. Me para en el vestíbulo, al salir de nuestra habitación. Lo pide; en realidad, lo exige. No parece feliz.

—No lo sé.

—He mirado. No niño otra vez.

—No está embarazada, no.

—Yo te digo —dice ella, enfadada—. Enfermedad.

—Tiene un poco de fiebre. Aparte del dolor en el vientre, hay algo de palidez, un poco de sudor. Ropas frías, creo, y una dieta ligera. Líquidos claros. Esperaremos unos pocos días y veremos cómo progresa.

He empezado un historial, igual que habría hecho mi padre; el primero desde que era un muchacho. Yo tampoco estoy muy contento.

—Diré a las mujeres —dice Athea.

No estoy seguro de entender; me pregunto si será el abismo entre nuestros dos idiomas, si me he perdido algo.

—Tú eres la mujer que está a cargo de ella —contesto lentamente, en voz alta—. Te he dado instrucciones sobre su cuidado. Tienes habilidad con esas cosas, más que las demás; seguirás mis instrucciones y me informarás si hay algún cambio.

—No —dice Athea—. Se lo diré a mujeres. Yo no voy con enferma.

Durante un momento no tengo palabras. Luego:

—Pero ¿de qué estás hablando?

—Yo no voy con enferma. —Cruza los brazos encima del pecho para destacar su decisión, una actitud que me hace pensar brevemente en Carolo.

Podría pegarle, azotarla, mutilarla, cortar su gorda garganta por su insolencia. Podría.

—Le digo a las mujeres —insiste—. Ropa fría, comida ligera. Se lo digo.

—¿No piensas hacer lo que te he ordenado?

Ella se encoge de hombros.

Me sale antes de que pueda evitarlo:

—Por favor.

Ella vacila. Del mismo modo, podría haberla golpeado, porque ahora ya no puedo conservarla.

—Estúpida mujer —sentencio.

En la corte sólo se habla de guerra, guerra y más guerra, pero Filipo está practicando un juego más complicado, y una vez más su ejército parece estancarse. Toma la ciudad portuaria de Naupacto, pero envía embajadas a Tebas y Atenas. Llegan noticias también de que Espeusipo ha muerto en Atenas. Como Filipo está de un humor diplomático, escribo de inmediato para presentar mi nombre como candidato a la elección como líder de la Academia, y luego escribo a Filipo para hacérselo saber. Por la noche, a la luz de la lámpara, me siento con Pitia y le hablo de Atenas, intento conjurarla para ella en las sombras. Ella es una flor, le digo, en el barro macedonio; su refinamiento es mucho más adecuado para la vida sureña. Allí el tiempo es mucho más suave, le digo, nada de estas lluvias invernales interminables. Las casas, cierto, son más pequeñas, pero con mucho más gusto, más elegantes. Los templos son más diversos; la comida, más tentadora; el teatro, más sofisticado. ¡Los mejores actores, la mejor música del mundo!

Y la Academia… (¿Estará dormida? No, la habitación está demasiado silenciosa; ella escucha). La Academia, donde las mejores mentes se aplican a los grandes problemas, donde se atisba el orden detrás del caos. Sigo hablando,

sin parar, esbozando la belleza de la vida que llevaremos allí, la tranquilidad. Al final, hacia el amanecer, ella se duerme.

Al día siguiente, yace empapada y febril. Le palpo el vientre hinchado y ella grita.

—¿Cómo está la señora? —Athea me detiene en el vestíbulo, con la pequeña Pitia en la cadera.

Tendré que encontrar un ama de cría. Pitia está demasiado débil para ocuparse de la niña, y Athea… Athea, Athea. No pienso lijar a mi pequeñina con un papel de lija tan basto y norteño.

—Ve a verlo tú misma.

La pequeña Pitia tiende los brazos, y me grita al ver que no la cojo.

Diez días después recibo respuesta a mi carta: la Academia me da las gracias por mi interés y me informa de que ya ha elegido a un ateniense, Jenócrates, para que dirija la escuela. Es un académico antiguo, conocido por todos como erudito, administrador capaz y gran patriota.

En la corte, Alejandro se sienta en una silla más baja junto al trono vacío, con Antipatro a su lado. Examinan juntos la carta de la Academia. Alejandro lee más rápido, pero finge no haber acabado aún. Veo que sus ojos caen del papel a su regazo cuando ha acabado, aunque su cabeza permanece inmóvil.

—Lo pondré en los despachos —dice Antipatro—. ¿Algún otro asunto?

Me aclaro la garganta.

—Pensaba que podríamos discutir otras tácticas. Si se pudiera usar alguna influencia, alguna presión política, alguna forma de hacer que cambiasen de opinión…

—No es un tema de presión —interviene Antipatro.

Busco alguna señal de relajamiento en él. La boca adusta, los ojos fijos, sin pestañear. Su esposa no coserá con la mía.

—No soy ateniense —digo.

Hace un gesto hacia la carta como diciendo: «pero quieres serlo».

—Podríamos hacer que asesinasen a Jenócrates —propone Alejandro.

—Pasemos a otro asunto —dice Antipatro.

Sonrisitas. Los otros hombres que asisten son demasiado viejos o demasiado jóvenes para replicar. Yo, por supuesto, no soy ninguna de las dos cosas.

—Sírvete tú mismo, machito —suelta uno de los más viejos, para que yo lo oiga—. Si tanto lo deseas.

—Sí que lo desea —contesta otro—. Miradle. Está llorando.

Susurros en toda la sala.

—¡Callaos todos! —exclama Alejandro—. Me duele la cabeza.

Antipatro me mira.

—Lo haré yo mismo —dice Alejandro—. ¿Por qué no? Es una posición muy valiosa. Podemos darle buen uso allí.

—Lo discutiremos en privado —interviene Antipatro—. ¿Algún otro asunto?

—Que te jodan —le contesta Alejandro—. Tú no eres mi padre.

—Bueno, pues lo discutimos ahora —replica el otro—. No. No vas a ir tú solo a Atenas a asfixiar a un vejestorio de cien años con un transportador en vez de polla. Eres un príncipe de Macedonia. Ese circo en particular no es para ti.

Antipatro me mira a los ojos.

—Jenócrates era amigo mío, hace tiempo. Estudiamos juntos. —Hago una profunda reverencia ante Alejandro—. Perdona mi emoción. Mi decepción me hace decir cosas irracionales. ¿Podemos hablar de alguna embajada, a cambio? Se me ha ocurrido una idea…

—Lárgate —dice Antipatro.

Una carcajada que resuena por todas partes al cabo de medio segundo me indica que se está dirigiendo a mí. Alejandro se sobresalta con el sonido.

—Te insultan —afirma el príncipe, aquella tarde.

Estamos solos. Hefestión no ha aparecido, y Alejandro ha despedido al resto de sus compañeros, extrañamente quisquilloso.

—Tú también —le dice a Ptolomeo, que dudaba en la puerta—. Estoy harto de ti. ¿Eres mi niñera o qué?

—Es comprensible —afirmo—. Me han elegido para que represente aquello que odian. Si es una elección justa o no, ése no es el asunto. ¿Qué tal tu cabeza?

—Yo pensaba que en el fondo ése era el asunto. Tú eras amigo de mi padre y de Antipatro, y te tratan así.

Contemplo toda la gama de posibles respuestas, como un jugador de cartas que piensa en su jugada y decide librarse de dos o tres cartas a la vez.

—Uno: yo no me atrevería a ensalzarme tanto a mí mismo como para llamarme amigo de tu padre. Soy su súbdito, a veces consejero, y tutor de su hijo. Uno no se hace amigo de un rey así como así. Dos: si tu padre pierde ante Atenas, lo pierde todo. Debe soportar una tensión enorme; es comprensible que él y Antipatro sientan hostilidad hacia cualquiera remotamente conectado con el enemigo. Tres: tú mismo sabes que la amistad es una relación muy complicada, mucho más complicada, a veces, que el afecto entre hombre y mujer. Y también más valiosa.

Él se encoge de hombros.

—No —digo—. Un rey siempre tiene que expresarse bien.

—Hablar, hablar, hablar… Estoy harto de eso. Estoy harto de lecciones y diplomacia y de quedarme en casa para seducir a los visitantes a la corte de mi padre. ¿Sabes lo que me enseñó Carolo? Decía que no existe la verdad en las palabras, sino sólo en el cuerpo. Afirmaba que cuando un personaje habla, es para esconder su auténtico significado. Las palabras son la superficie, hay que mirar debajo. Decía que los mejores actores hablan con su cuerpo, y que sus gestos son más memorables que sus palabras.

—Supongo que estás hablando del teatro. —Asumo que el actor intentaba poner al chico a cuatro patas.

—Hablaba de la vida. Todos somos mucho más auténticos con nuestro cuerpo de lo que podíamos ser con el habla.

—Me encantaría ver a Carolo expresar un teorema pitagórico sin el habla.

—Quiero luchar. —Alejandro me mira sombríamente—. Los medios y los fines, tú siempre hablas de los medios y los fines, y lo que es adecuado para cada cosa. Ése es tu genio, ¿verdad?: aplicar unos pocos conceptos a una amplia gama de temas. Eso es lo que dice Lisímaco. Unas pocas ideas que aplicas muy, muy ampliamente.

—Lisímaco.

—¿Por qué no va a la guerra mi padre? ¿Por qué no me manda llamar? Estoy preparado para luchar. La guerra es el medio más noble para el fin más noble, la gloria de Macedonia. ¿Por qué no se limita a luchar…?

—Tu padre está ocupado con tentativas diplomáticas…

Alejandro escupe.

—Como medio más inteligente para el fin que ambos valoráis tanto: la gloria de Macedonia. Tu padre quiere Persia. No desea inutilizar a los griegos, darles en las narices. Los va a necesitar. No son un enemigo del que se pueda prescindir, son unos aliados irreemplazables. Necesita sus recursos… ¿Tienes dolores de cabeza otra vez?

No sé si me oye o no.

—Estoy harto de quedarme en casa. Mira lo que hice en Media. ¿Y sabes lo que me dijo? —Un momento, una ondulación en la clara superficie de las cosas. Es la primera vez que alguno de nosotros ha mencionado Media—. Me dijo que si alguna vez volvía a salir por mi cuenta y riesgo mientras él vivía, me cortaría el tendón de la corva y le diría a todo el mundo que había tropezado con mi propia espada. Y así tendría que quedarme en casa el resto de mi vida.

—Tu padre sufre de lo que en un hombre corriente se podría llamar un exceso de la virtud del orgullo. No estoy seguro de que algo semejante sea

posible en un rey. Estamos perdiendo el tiempo. —De repente me siento furioso y no me importa que lo sepa. Soy macedonio ante los atenienses, y ateniense para los macedonios. Media fue un triunfo; la Academia no es un asunto importante—. Estamos desperdiciando el tiempo de los dos. A ti te gustaría estar con el ejército y a mí me gustaría estar en Atenas escribiendo libros. Pero, mira, nos han dejado a los dos en compañía mutua. ¿No es mejor sacar el máximo partido posible de una situación desagradable, y aprender esta lección con la mayor rapidez posible, para volver cada uno a sus propias hazañas solitarias? Enséñame tus notas de la última vez.

Sólo lo había atacado como hoy en otra ocasión, en los establos, hace años. Su respuesta me devuelve allí. Con los ojos muy abiertos, inmediatamente me tiende las notas para aplacarme, para que baje la voz. He encontrado su talón de Aquiles, lo único que teme: que alguien le insulte y no baje la voz. ¿Un hombre, una mujer…?

Revisamos el trabajo que empezamos sobre la ética y las virtudes. Que la ética es una ciencia, aunque carezca de la precisión de una ciencia como la geometría; que, como aprendimos por nuestro estudio de la metafísica, todo apunta a algún objetivo o a algún bien; que tales objetivos existen en una jerarquía que conduce al fin humano primordial, la felicidad. ¿Y qué es la felicidad? El placer es superficial, la virtud es compatible con la infelicidad, la gran riqueza es simplemente un medio para un fin posterior, en lugar de un fin en sí misma, la «bondad» es una abstracción, un concepto vacío. La felicidad es una actividad del alma conforme a la virtud, donde un acto virtuoso requiere tanto el acto como el motivo.

—Dime una virtud.

—El valor.

—Sí. ¿Cómo llamamos a la ausencia de valor?

—Cobardía.

—Sí. ¿Y al exceso?

—¿Un exceso de valor?

—Sí, sí. No me des ninguna respuesta estúpida y pedante para halagarte a ti mismo. Piensa.

Rápidamente:

—Precipitación.

—Sí. Ya tenemos los extremos, y en medio…

Alejandro tiende las manos, con las palmas hacia arriba, en ese gesto con el que le gusta burlarse de mí.

—Mis pobres herramientas, con las que intento ordenar el universo. Debes buscar el punto medio entre los extremos, el punto de equilibrio. El punto difiere de hombre a hombre. No existe una norma universal de la virtud

para cubrir todas las situaciones en todo momento. Hay que tener en cuenta el contexto, la especificidad, lo que es mejor en un lugar y un tiempo particular. Deberías…

—Eso es interesante.

—Sí. Ahí es donde difiero de mi propio profesor, insistiendo en los particulares en lugar de los universales. Un sistema menos bello formalmente, más pragmático, pero infinitamente más flexible y aplicable, si…

—No, esa parte no. Lo que has dicho del punto de equilibrio esta vez. Lo habías dicho antes, pero… —Tiende las manos de nuevo en el gesto familiar. Se mira las manos pensando esta vez, sin burlarse.

—La verdad en el cuerpo —lo digo sin poder evitarlo.

—No querrás decir que valore la mediocridad.

Quiero reír ante la forma que ha tenido de pasar por las piedras sin mojarse.

—No, en absoluto. La moderación y la mediocridad no son la misma cosa. Piensa en los extremos como en caricaturas, si eso te ayuda. La media, lo que buscamos, no es una caricatura. La mediocridad no tiene nada que ver con eso, ¿lo ves?

—Tú. —Lentamente, levanta la mano izquierda. Luego la derecha—. Mi padre.

—¿Caricaturas? —digo, con mucha suavidad, para no desanimarle. Parece muy joven en ese preciso momento, un niño pequeño que intenta entender algo con todas sus fuerzas.

—Extremos —insiste, con el mismo cuidado, mirándose las manos aún—. Como si mi padre, para contrarrestar una tendencia extrema en sí mismo, prescribiera el extremo opuesto en ti, para crear un equilibrio en mí.

—Eso es…

—Estoy pensando también en mi hermano.

—¿Quién?

Me mira.

—Quiero decir que me dijiste que no tenías hermanos. No te había oído mencionarle desde aquel día hace…, ¿cuánto, cinco años?

—¿Yo soy un extremo, junto a él? ¿Y cuál sería el punto medio entre nosotros dos?

—¿Sabes nadar?

—Por supuesto.

—¿Sabes?

—Un poquito.

—Podría enseñarte.

No dice nada, esperando lo que se avecina.

—Quería llevar a tu hermano un día a la playa, una excursión. Podríamos ir todos juntos.

—Una lección de natación.

—Una lección de moderación. Hablábamos de orgullo antes, y de exceso de orgullo. ¿Podríamos llamarlo vanidad?

—Sí. —Sé que está pensando en su padre y en los honores que le envidió en Media.

—Una falta de orgullo, una carencia de orgullo: vergüenza.

Sus bonitas mejillas empiezan a ruborizarse.

—Te avergüenzas de tu hermano. No será eso, ¿verdad?

Muy bajito:

—Compartimos la misma sangre.

—Habla. Es limpio. No huele mal. Sabe cabalgar, con una traílla. Es como un niño muy, muy pequeño, en el cuerpo de un hombre adulto. Una vez que pasas por alto esa incongruencia, es mucho más fácil.

—¿Vendrías tú?

Al principio no estoy seguro de lo que pretende.

—¿No me dejarías solo con él?

Se lo prometo.

—Pero mi padre podría mandarme llamar antes. Si sus embajadas en Atenas y Tebas fracasan, tendría que partir de inmediato. Mañana, incluso, posiblemente.

—De todos modos no puedo ir mañana —digo—. Tengo un negocio que resolver.

—Pasado mañana pues, si mi padre no me envía a buscar.

Accedo.

—¿Qué negocio? No pareces un hombre de negocios. ¿Qué pasa mañana?

—No —dice Pitia.

—Cariño. —Estamos en su habitación, a primera hora de la tarde. Ella está sentada en la cama, apoyada en muchos cojines. He venido a exponer mis argumentos, no a suplicar—. Se muestra desafiante. Es intolerable.

—Es lista y competente. ¿Cómo te ha desafiado? Dímelo y hablaré con ella.

No pienso decírselo, esto no.

—Ha amenazado con envenenarnos.

Pitia me mira.

—Amenaza con envenenar a todo el mundo seis veces al día. Así sabemos que es feliz. ¿Desde cuándo eres un tirano semejante con los esclavos? Tycho se niega a bañarse con los demás y no lo has vendido.

—Tengo a Tycho desde hace veinte años. ¿Harías que un caballo se bañase, si no desea hacerlo?

—Tycho no es un caballo.

Me pongo de pie. La conversación ha terminado. No le digo que su función es dedicarse a ella, y que no puede desempeñarla. Su miedo no interesa. El miedo de un halcón, de un perro o de un caballo no tiene importancia. O realizan las funciones para las cuales se les ha entrenado o no lo hacen. La rebelión de la mujer es algo más que una simple molestia; es una afrenta al orden natural de las cosas. Ofende todo aquello a lo que yo he encomendado mi cordura, mi dulce estabilidad y orden, todo en su lugar adecuado. No pienso dejar que me amenacen.

—¡No! —exclama Pitia, cuando me vuelvo hacia la puerta—. ¡Es mía!

—Tienes otras. Esa morena que tanto te gusta, Herpilis…

—Decías que eran familia. Decías que no se vende a la familia.

—Nunca han sido familia. Mira. Escucha. Es el orden natural de las cosas, el fin natural para el que están destinadas. Medios y fines. Algunas personas han nacido para ser esclavas, otras para ser amas. Pero a veces la vida interfiere en el orden natural, y las cosas se vuelven… confusas. Hemos cometido un error con Athea.

—No sé de qué estás hablando.

—Yo cometí un error. No estaba destinada a ser esclava. No sirve para eso. No nació para eso, es demasiado independiente y tozuda para aceptar que sus circunstancias han cambiado. Si fuera un hombre, sería físico. En conciencia, no puedo conservarla.

Pitia me mira de la misma forma que lo hacía mi padre mucho tiempo atrás, como si le estuviera pasando algo a mi cara, a las palabras que salen de mi boca.

—No sería ético.

—Entonces libérala. —Pitia sacude la cabeza una vez, con fuerza, como si intentara librarse de algo—. Libérala y págale por sus servicios. Se quedaría con nosotros como mujer libre, sé que lo haría. ¿Adónde iba a ir si no?

—Estamos dando vueltas y vueltas. No quiero conservarla. Es desobediente. ¿Piensas que mejorará si intento mantenerla como sirvienta, en lugar de como esclava? Lo único que haría sería empeorar, y ser un mal ejemplo para los demás. Pensarían que le tenemos miedo, que no nos atrevemos a decirle lo que hay que hacer, que no nos atrevemos a librarnos de ella. Sólo tenemos una opción. —Se me ocurre una idea, una idea cruel. La pequeña Pitia está empezando a andar. Se agarra a las faldas de Athea,

siguiéndola por todas partes, canturreando el nombre de la esclava con su vocecita infantil—. La niña la echará de menos, eso sí que es verdad.

Pitia se queda inmóvil.

—Y ella echará de menos a la niña. Están muy unidas, ¿no?

—Es una bruja. —Pitia levanta los ojos hacia mí, lentamente—. No me encuentro bien.

—No es ella quien te ha provocado esto, y no puede curarte. ¿Con palitos, piedras y huesos?

—Tú me curarás.

Afirmo con la cabeza, como si estuviera de acuerdo. De todos modos ya estoy fuera de la conversación, fuera de la habitación.

En el mercado de esclavos, los puestos están atestados, mala señal para mí. La guerra trae consigo incertidumbre, aprieta los cordoncillos de las bolsas. Hay exceso de oferta en el mercado y no hay movimiento de bienes. El primer hombre a quien me aproximo me ve venir, le echa a ella una sola mirada y menea la cabeza. El segundo me pregunta qué sabe hacer, sin mirarme a mí ni mirarla a ella. No puede apartar los ojos de una pelea de gallos que se está celebrando unos puestos más allá.

—Maravillosa cocinera. Buena esclava doméstica en general. Leal. Buena con los niños. —Todo aquello es verdad, al menos en su mayor parte.

—Entonces, ¿por qué quieres venderla?

—A mi mujer no le gusta. —El esclavista le dedica una única y cansada mirada—. Ya sabes cómo son las mujeres. Les gustan y les disgustan cosas sin saber por qué. No se puede razonar con ellas.

—No tiene muchos motivos para estar celosa. —Los ojos del esclavista se dirigen de nuevo a los gallos.

—Que te jodan —dice Athea.

Lo intentamos en otro puesto fuera de la vista y del oído del que acabamos de dejar.

—No digas nada —le ordeno. Tendría que haber traído a Calístenes, supongo, que es mejor que nadie cuando algo requiere encanto, pero me fastidia un poco que él tuviera razón desde el principio.

—¿O si no, qué harás?

—¿Cuánto? —dice el siguiente esclavista.

Le doy una cifra baja.

—¿Qué problema tiene?

—Que te jodan —digo, anticipándome a Athea y esperando cerrarle así la boca—. Está sana. Ya no la necesito. La economía de la casa y tal. Recortando gastos.

—¿Juegas? —Parece interesado. Piensa que me ha calado. Funcionará.

—Métete en tus asuntos —respondo, de una forma que entiendo que él interpretará como un «sí». Y probablemente le parezco un perdedor, un hombre blando, vestido delicadamente, con las manos suaves, arrastrando a una sonriente esclava de puesto en puesto y sin encontrar comprador.

Ofrece un precio, menos de la mitad de lo que pagué por ella.

—Sabe cocinar —digo.

—Cógelo —interviene Athea—. Parece un buen hombre.

Las cejas del hombre suben y empieza a sonreír. Nos mira a los dos alternativamente, esperando que pase algo. Se supone que yo debería golpearla o algo.

—Me la quedo —concluye.

La sonrisa se ensancha. Aun en ese mercado, aun con la impertinencia de ella, ha hecho un buen trato. Me paga y abre la puerta de la jaula. Athea entra. Espero que haya tomado un buen desayuno.

—Por cierto, es una bruja —le digo al esclavista para borrar su tonta sonrisa, y espero que se lo piense dos veces antes de tratarla mal.

Me marcho sin querer mirar atrás.

Arrideo es más alto que Alejandro. Durante el resto de mi vida seré capaz de cerrar los ojos y verlos bajar andando por la polvorienta carretera de la playa entre la larga hierba seca, el mar rugiendo fuera de la vista, justo detrás de la siguiente loma. En algún lugar del universo aún están solos en esa carretera soleada, caminando, Alejandro haciendo preguntas despacio y esperando las respuestas, Arrideo inclinando la cabeza hasta el nivel de su hermano. Los del séquito seguimos detrás en una fila que se va ampliando sin cesar: primero los de sangre real, luego yo mismo, Files, doncellas, guardias, porteadores, caballos y carros para llevar todas las cosas necesarias para un día real en la playa. Montarán pabellones en la arena, con muebles y alfombras, mesas con pan y fruta, divanes, para que nadie tenga que experimentar la sensación del sueño en la arena caliente, y levantarse después dejando la forma de uno mismo. Sólo faltan los compañeros de Alejandro, aunque ignoro si los ha dejado atrás por vergüenza o por consideración. Mientras la playa se transforma en un pueblo entero tras él, Alejandro camina con su hermano hasta el borde de una duna cercana y continúa su conversación. Está representando bien su papel. Me halago a mí mismo creyendo que lo hace por mí, para demostrar que es capaz de mantener su palabra y mantenerla noblemente, aun en circunstancias que sé que encuentra desagradables, incluso horrorosas: proximidad a su hermano retrasado. Me pregunto de qué hablarán. Del fracaso

de las embajadas de Filipo, quizá, y de la inminente partida de Alejandro, finalmente, para unirse al ejército de su padre…

—Príncipes, venid.

Dejo caer mi saco en la arena. Files se queda atrás, tal y como yo le he pedido. Que se relaje durante una hora, que lea un buen libro. Me desnudo y camino hacia las olas. Hoy no son nada, son como pequeños lametazos a la costa dorada. A lo largo de la playa, las cabezas se vuelven para mirarnos a los tres. Los príncipes se desnudan igual que he hecho yo, Alejandro con facilidad; Arrideo, emocionado, enredándose la cabeza con la túnica y requiriendo el rescate de su hermano. Dejan caer las ropas en la arena, igual que he hecho yo. Más tarde encontraremos todo lo que hemos dejado tirado cuidadosamente colocado en uno de los pabellones, como por obra de las manos de madres reprobadoras.

Ahora están ambos frente a mí, bellos ante la luz del sol, esperando lo que les voy a ofrecer a continuación.

—Es como un baño, más grande —digo, sobre todo para Arrideo.

—Ya le decía que antes tomábamos lecciones juntos —interviene Alejandro.

—No —dice Arrideo.

Le cojo de la mano y le llevo andando con el agua hasta los tobillos. Ahí se detiene y se agacha.

—No. —El agua le lame, le moja el culo.

Alejandro camina ante nosotros metiéndose hasta la cintura. Mantiene los brazos fuera del agua como una niña que teme mojárselos. Paso a su lado riéndome de él, me zambullo y doy unas cuantas brazadas. Cuando miro atrás, ambos están en la misma posición, mirándome.

—Vamos, venid —digo.

Alejandro tiende la mano a su hermano para ayudarle a entrar.

Después de nadar, Arrideo se dirige obstinadamente hacia las tiendas y su cuidador. La piel se le ha puesto gris de esa manera que ya conozco, los ojos apagados. Quiere echar la siesta. Alejandro se siente feliz de dejarle ir, y se echa en la arena caliente. Yo me siento a su lado.

—Está bien salir.

Se echa a reír, con los ojos cerrados al sol.

—Yo bajaba aquí todo el tiempo, cuando tenía tu edad —digo—. Debería hacerlo más a menudo. Algunos días apenas salgo de mi biblioteca. No recuerdo la última vez que vine a nadar. Ya lo notaré mañana —añado, frotándome las piernas. En realidad, ya lo noto un poco.

—Parece que tienes mil años —suelta Alejandro—. ¿Quieres hacer una excursión? ¿Una salida de verdad?

No respondo. Estoy pensando en un masajista, esperando que mis doloridos músculos no me aparten al día siguiente de mi trabajo. Una perspectiva enojosa.

—Esquilo luchó en Maratón —dice Alejandro—. Hasta Sócrates fue soldado de infantería. ¿Qué excusa tienes tú?

—Un respeto.

Busco en mi bolsa una toalla. Podría tener un calambre en las piernas, si las dejo mojadas. Creo que quizá ya tenga un calambre.

—Deberías venir —afirma Alejandro—. Marchar con el ejército, ver la batalla. ¿Quieres morir sin haber visto jamás una batalla? ¿Como una mujer?

—Quieres enseñarme. Quieres que yo me convierta en el alumno.

—He estado pensando. —Se echa de espaldas y cierra los ojos bajo el sol, en un alarde de despreocupación. Demasiado despreocupado; va a pasar algo—. He estado pensando en las formas que nos explicaste aquel día, el primero. ¿Lo recuerdas? ¿El camaleón? ¿Recuerdas que dijiste que hay algo que deben de compartir todos los camaleones, una forma de camaleón, pero que no puede estar en otro mundo? ¿Que es en este mundo donde somos capaces de percibirlo y darnos cuenta del cambio?

—Me acuerdo.

—Y lo que decíamos anteayer, de encontrar la media entre los dos extremos. El punto de equilibrio. He estado pensando en aplicar lo mismo a las personas. Todos somos versiones del otro. Repeticiones, ciclos. Se ve bien en las familias, la repetición de rasgos físicos y de características. El pelo que tengo me viene de mi madre; la altura, de mi padre. Yo soy el punto de equilibrio entre los dos. Pero más aún. Mi padre y tú. Mi hermano y yo. —Abre los ojos brevemente, no puede soportar dejar de ver mi reacción—. Sólo versiones de la misma forma, ¿lo ves? Extremos opuestos, pero también versiones de la misma forma.

No puedo evitar añadir mentalmente mis propias parejas: mi maestro y yo mismo, nuestros sobrinos, Espeusipo y Calístenes, Lisímaco y Leónidas, Olimpia y Pitia, Pitia y Herpilis, Illeo… Ahora hay un punto de apoyo interesante. Illeo y mi maestro, Illeo y mi padre, Illeo y yo mismo. Carolo y mi padre. ¿Alejandro y…?

—Ves las consecuencias, ¿verdad? —Ya está sentado de nuevo, con los ojos bien abiertos. Ve lo que quiere decir mucho antes que las palabras para expresarlo—. Macedonios y griegos, griegos y persas. La misma forma. Todos versiones del otro.

—Una aplicación lega muy entretenida de unas ideas extremadamente complejas. Podrías ser filósofo, después de todo, con unas cuantas décadas más de estudio y sin distracciones.

—Así será —dice.

—Ojalá fuera así. No puedes desarrollar tales ideas más allá del simple entretenimiento, si estás corriendo constantemente hacia la guerra.

—¿Simple entretenimiento? Es una filosofía de la guerra en sí misma. Cada batalla se opone a una versión de sí misma. Cada enemigo…

Levanto una mano para atajarle.

—Cada persa…

—Ya hemos tenido esta conversación.

—Cada ateniense, entonces. ¿Negarías que tienes un ser ateniense, igual que un ser macedonio?

Abro la boca para hablar, pero me lo pienso y me detengo.

—Vas a todas las batallas pensando que estás luchando contra ti mismo.

—Eso valdría la pena verlo —admito.

—¿Vendrás?

Ah.

—Tu padre no lo permitiría.

—Mi padre ni se daría cuenta. Nadie te pediría que luchases. Podrías viajar con los médicos.

Esa antigua pesadilla. Pero entonces pienso en él alargando la mano a Arrideo, a la orilla del agua. Está intentando dirigirme hacia algo.

—Es importante para él —le cuento a Pitia, más tarde—. Cariño, no eres razonable. Él me llevará bajo su protección personal.

—De poco te servirá si le derrotan —argumenta ella, desde la cama.

—Si nos derrotan, no importará durante mucho tiempo dónde estoy. Pella tampoco estará a salvo. Pensaba —añado, cambiando de táctica—, pensaba que sentías algún afecto por él.

—Tengo algún afecto por ti —dice, pero cuando me acerco, conmovido, cierra los ojos y se convierte en piedra.

Me voy a la habitación de la niña. Tiene dieciocho meses. Es muy alta y habla bien para su edad, domina muchas palabras propias de los adultos y giros de frases que hacen mucha gracia salidas de su boca. Su carácter (la tozudez, las rabietas) me recuerda el de Arimneste y me pone algo nervioso, aunque Pitia piensa que cuando crezca lo superará. No estoy tan seguro. Se ha tomado mal la ausencia de Athea, pero hoy está tranquila, afortunadamente, jugando con unos tacos de madera y unos cuencos de la cocina. Me agacho en el suelo junto a ella, con las rodillas sobresaliendo, y le enseño cómo hacer una torre colocando las piezas más pequeñas encima de las más grandes. Ella mira y aprende. Escondo los tacos de madera dentro de los cuencos, en mi puño, debajo de mi sandalia, y observo cómo los encuentra. Le digo que me voy unos

pocos días (¿qué son las semanas y los meses para ella?), pero no reacciona. Finge no haberme oído cuando le pido un abrazo y un beso. Me levanto para irme y entonces se arroja hacia mí: «no, no». Su vestidito color crema es una copia del de su madre, hasta las rosas bordadas del dobladillo. Tengo que arrancarme sus dedos, empujarla para apartarla, llamar a Tycho para que la mantenga en casa y así poder abrir la puerta e irme.

Filipo ya está en Focis, marchando hacia Boecia y la misma Atenas. Voy cabalgando con Alejandro, Antipatro y algunos refuerzos para reunirnos con la fuerza principal.

Nos dirige en nuestra marcha hacia el sur —simbólicamente y para dar buena suerte— esa perenne mascota macedonia: una cabra, una de las doce que transportamos en su propia carreta para que se vayan turnando. Ojalá que mis propias circunstancias fueran igual de cómodas. Camino, cabalgo, camino otra vez, dejando que las ampollas y las rozaduras se vayan alternando, y me pregunto cuánto le cuesta al jinete medio conseguir una entrepierna bien curtida. Somos sobre todo soldados de infantería, y unos cuantos de caballería, amigos de Alejandro que cabalgan con él. Llevan cuchillos y grandes lanzas afines a las sarissas de los soldados de infantería, vestidos sólo con una armadura ligera. Los de infantería van alineados en escuadrones de unos doscientos hombres, agrupados geográficamente; yo ando un rato con el escuadrón de Calcidia, esperando encontrarme con alguien de casa. Son exploradores, arqueros, honderos, hombres con espadas y con picas. También van sólo ligeramente armados. Si la caballería es la aristocracia, los soldados de infantería son una mezcolanza de macedonios, nativos de las colonias conquistadas y mercenarios, y hablan más lenguas de las que soy capaz de reconocer en torno a las hogueras, por la noche. Viajan deprisa, tan rápido como una cabra mimada, gracias a la armadura ligera y al hecho de que el equipo pesado del tren de asalto ya está con Filipo. Las unidades (los grupos más pequeños de diez que acampan, comen, mean, follan y luchan juntos) son orgullosamente leales unas a otras y a Filipo. Hasta los mercenarios se portan mejor que la mayoría, porque Filipo se cuida mucho de pagarles bien y con prontitud.

Mi fantasía, quizás, era de una cabalgada cómoda junto al príncipe, hablando de Homero y de las virtudes. De hecho veo muy poco a Alejandro, que va cabalgando a ratos en vanguardia y a ratos en la retaguardia, gastando bromas con los hombres y exhibiéndose con su bonita armadura y su precioso caballo. Sólo resulta un poquito ridículo, y quizá sólo para mí. Está a la cabeza, tal y como le han enseñado, y lo hace bien. Por la noche va de hoguera en hoguera, improvisando discursos de ánimo que enorgullecerían a Carolo. Las caras de los hombres se iluminan cuando le ven llegar. Casi todo el tiempo

cabalgo junto a Antipatro, que se ha ablandado un poco conmigo, ahora que me he unido a la campaña. Hablamos de política: fronteras, impuestos, estrategia militar. (Eso, para un general, es política.) Al cuarto día de nuestro viaje, unos exploradores informan de que la fuerza principal del ejército ha acampado en el valle de Cefiso, ocupado por las fuerzas griegas. El campo de batalla, por tanto, será un lugar llamado Queronea, una amplia llanura, casi plana, con un río al norte y unas colinas al sur. Mañana, ahora que ya hemos llegado.

—Nunca has hecho algo parecido a esto, ¿verdad? —me dice otro de los médicos.

Es primera hora de la tarde. He ayudado a montar las tiendas donde remendaremos a los heridos, y al ver que los otros limpian su instrumental, hago lo mismo. El recuerdo de mi padre es muy intenso ahora, en la azul quietud de los soldados nerviosos sentados en torno a sus fogatas, sin cocinar. Bebiendo. Las estrellas empiezan a cosquillear la vista, pero todavía queda bastante luz. Desenrollo y vuelvo a enrollar algunas vendas. El instrumental del otro médico está gastado y es más ligero que el mío. Lo he comprado todo nuevo para la ocasión, y se nota. Él es más joven que yo, pero tiene más experiencia. Me ha dicho lo que necesitaré y lo que debo dejar empaquetado, el equipo quirúrgico que no tendremos tiempo de usar.

—No —niego—. Nunca he visto una batalla.

—Estás jodido, ¿eh? —Hurga entre mis cosas—. Qué bonitos.

Un juego nuevo de cuchillos; he dejado los míos en casa. Le ofrezco todo el juego.

—¿En serio?

Le aseguro que se lo regalaré antes de que volvamos. Se lo prometo.

—Claro.

Parece que, de todos modos, no le importa demasiado. Me pregunto si habrá estado bebiendo. Me pregunto dónde podría conseguir algo. Me señala una tienda.

Aquí hay algo de bullicio, al fin, el típico jolgorio de la noche previa. Los soldados montan una fila con sus vasos y frascos. El vino es malo, claro y agrio; se puede oler desde el final de la cola. Sé que no será lo bastante fuerte. Me tiembla la mano cuando tiendo el frasco de mi padre, y el soldado que lo reparte tiene que sujetármela firmemente, un gesto maternal que comprendo que ha hecho miles de veces. Ha perdido una pierna por debajo de la rodilla, y murmura algo cuando acaba de servirlo. Alguna bendición: veo que sus labios se mueven con cada soldado.

De vuelta a la tienda de los médicos, le doy el frasco a un chico que está mirando los caballos.

La tienda de Antipatro está junto a la de Filipo y Alejandro ahora, bajo un bosquecillo de robles rodeado en todo momento por el cuerpo de guardia real. Duermo con los médicos en la tienda donde trataremos a los heridos mañana. Duermo algo. El viaje ha sido duro, y nunca he pasado tanto tiempo sin ninguna intimidad. Sólo la hay en el sueño. Sueño con Pitia, amable y ansiosa como nunca la he conocido, y me despierto con una erección. Los médicos ya se están moviendo a mi alrededor, preparando sus puestos, y oigo que fuera alguien grita unas órdenes, el entrechocar de armas de metal, el ruido de los pies que andan al mismo tiempo y los cascos de los caballos.

—No, no. —El médico jefe me detiene en la entrada de la tienda—. No salgas ahí, ahora no. Es demasiado tarde. ¿Y qué es lo que buscas, desayuno? ¿Crees que el príncipe está desayunando? ¿Crees quizá que estás invitado Sabe quién soy, me conoce y no quiere esa responsabilidad. Esos malditos aficionados…

—Sólo iba a mear —digo con calma, como Pitia, con los ojos bajos.

—Usa el orinal.

Al menos no soy el primero: mi líquido aterriza en cuatro dedos de amarillo. Así que hay una regla: nadie sale de la tienda. Me parece bien; todo en su sitio. No me importa.

Miro a los demás e intento hacer lo mismo que ellos. Convierto mi petate en mi propio puesto. Saco parte de mi instrumental y tropiezo con la mirada del joven médico de la noche anterior.

—¿Qué me olvido?

Agua, alicates. Tendría que haber bajado al río antes de amanecer, como los demás, y cogerla yo mismo. Tampoco tengo cubo, y tendré que usar mi propio odre de agua para beber. Bajo los ojos furibundos del jefe, lo lleno de un barril que hay junto a la puerta. Tendré que apañármelas sin alicates.

—Ponte aquí, a mi lado —me dice el médico joven—. Podrás usar los míos cuando no los esté empleando yo.

Suena una trompeta. Todo el mundo en las tiendas mira hacia arriba y luego de nuevo hacia abajo.

—Date prisa —dice.

¿Cómo era la fantasía aquella? Una pequeña charla filosófica mientras cabalgábamos hasta allí, y luego (¡ah, sí!) la vista desde una elevada colina, con Alejandro no, era esperar demasiado, pero sí con Antipatro, seguramente con Antipatro a mi lado, explicándome la batalla, señalándome sus características, explicándome su lógica, y luego un vigoroso apretón de manos al ganar la lucha del día. Alejandro entonces encontraría la forma de acercarse a mí, con las mejillas algo sucias de polvo, nada más, desde luego, y se reiría y me contaría lo contento que estaba de que yo hubiese acudido a ver su gran día.

Y Filipo detrás de él, sin aliento, un poco ensangrentado quizá, sudoroso, más sucio, más quejoso. Filipo diría: no le hemos jodido demasiado tú y yo, ¿verdad que no? Antes, en las tiendas, yo habría salvado unas cuantas vidas, exhibiendo unas habilidades inesperadas (¿con los cuchillos?), ganándome el respeto y el ofrecimiento burlón de unirme a la unidad médica, si el rey ya no requería mis servicios en otro lugar. ¡Qué broma más buena! «Quizá puedas irte ahora a Atenas», me diría Filipo; mientras, el sol poniente juguetearía en las copas de los árboles, dorando nuestro cabello, y ambos miraríamos juntos hacia el campo de batalla: «Vete, sí, y empieza allí tu trabajo, tal y como habíamos acordado».

La trompeta suena de nuevo y los médicos se quedan quietos, como niños que juegan a las estatuas. Lejos, muy lejos, se oye que gritan órdenes, luego un largo silencio, otro grito. Un sonido como de ola y el jefe dice: «los puestos». No tiene que gritar. Miro hacia el suelo, tengo tiempo de observar el extraño avance de un escarabajo por el polvo.

Al cabo de unos minutos escuchando lo que parece un mar distante, el joven médico que tengo a mi lado saca un juego de dados.

—¿Juegas?

—¿Ahora?

En la tienda, los hombres se van relajando poco a poco, hablando en voz baja, algunos incluso se tumban.

—Aún no hay trabajo. Los heridos que puedan mantenerse en pie todavía seguirán luchando, si pueden. Hay un destacamento para traer a los caídos, pero no entrarán en el campo de batalla hasta que hayan acabado los arqueros. Al jefe le gusta que todos nos quedemos en nuestros puestos por si acaso, pero probablemente tenemos algo de tiempo, a menos que haya una desbandada. Primero las heridas de flecha. Para eso son los alicates, ¿sabes? Nuestro objetivo es que los hombres vuelvan allí, que vuelvan a luchar. Así que tratamos primero a los que están mejor. Ojos, pecho, brazo de la lanza, ésos los dejamos para más tarde. El jefe normalmente nos los va adjudicando, pero no puede estar en todo. Si ocurre algo inesperado, no pierdas tiempo. Recuerda: ojos, pecho, brazo de la lanza, envíaselos al jefe. Si viven, ya los cuidaremos más tarde.

—Ojos, pecho, brazo de la lanza.

—¿Quieres saber lo que está ocurriendo ahí fuera?

—Sí. Sí.

El joven médico rebusca en su petate, aparta los dados y saca una especie de figuritas pequeñas de madera, más pequeñas que mis dedos.

—Aquí está Filipo, aquí, a la derecha, el brazo de la espada, frente a los atenienses. Alejandro a la izquierda, el brazo del escudo, frente a los

tebanos y boecios. La infantería en medio. Nos superan un poco en número, pero no demasiado. —Empieza a maniobrar las figuritas como un niño que juega; en realidad, las va haciendo avanzar por el suelo arriba y abajo para demostrar el movimiento. Como juguetes, como teatro—. Dos brazos, tenazas. Técnicas tebanas. ¿Sabes que Filipo fue rehén en Tebas cuando su hermano era rey? —Lo sé—. Aprendió de los mejores. Ahora lo lamentan. Filipo intentará forzar la línea ateniense, hacerlos salir, retirarse un poco incluso, para que piensen que están ganando. Quiere extender mucho la línea y luego volverse hacia ellos y entrar por los huecos con la caballería. Alejandro, por el otro lado, bien. Como luchas contra las llamas, ¿verdad? Eso es lo que dicen. Y luego, los dos lados que se juntan, y ahí está.

—¿Y cómo sabes todo esto?

Él recoge las figuritas rápidamente en un puñado.

—Me he levantado temprano, antes de que el jefe sellara la tienda. De camino hacia el río he echado un vistazo al campo. He visto los estandartes, cómo se colocaba el enemigo. Y he observado bastantes batallas de Filipo y sé cómo actúa normalmente. Extender la línea enemiga, luego usar la caballería como una cuña. Usar a Alejandro para asustar a todo el mundo.

—Pero nunca había empleado antes a Alejandro.

—Estaba esperando esta ocasión.

Voy a coger sus figuritas y levanto las cejas como diciendo: «¿Puedo?». Él me deja que coja un par.

—Lleva semanas alardeando de eso: «El día que venga mi hijo. Ya verán lo que es capaz de hacer mi hijo».

—¿Las has tallado tú mismo?

—Yo mismo. —Son de madera, muy bonitas. Los soldados llevan distintos trajes. Él los señala—: Ilirio, tesalio, olintio éste. Y éste, tribalio. Me gusta éste.

—¡A vuestros puestos! —grita el jefe.

Levanta el faldón de la tienda para recibir a nuestro primer herido, un macedonio con una flecha en el muslo. El soldado ya ha roto el astil. El jefe le señala un puesto. Cuando el médico saca la punta de la flecha con sus alicates, el soldado grita.

—Tú, tú y tú —suelta el jefe.

De repente tengo un hombre ante mí, un mercenario. Sangra por el ojo, pero quizá sea poco hondo. Me mira y vomita. Entonces veo la flecha enterrada en su hombro izquierdo.

—Devuélvelo —dice el médico más joven, sin apenas mirarme. Está ocupado con su propio paciente.

Le digo al mercenario que se eche.

—¿Puedo usar tus alicates?

—Devuélvelo.

—Brazo del escudo.

Le cojo los alicates y tiro. El hombre chilla. Sale la punta de la flecha, al final sale toda entera. Ya tengo uno. Rebusco entre su traje de cuero para ponerle una venda. El hombre abre los ojos, me mira y se muere.

—No, espera —digo.

El médico joven señala hacia su entrepierna, hacia la sangre que mana de allí.

—Ojos, pecho, brazo de la lanza, entrepierna. ¡Jefe! —Señala hacia mi puesto.

El jefe envía a un par de ayudantes que se llevan el cuerpo. Inmediatamente llega otro, y otro. Pronto tengo toda la ropa empapada de sangre. La mayoría de ellos se mueren. Como había predicho el médico joven, las heridas de flecha dejan paso a las de lanza, apuñalamientos, huesos astillados. Empiezo a devolverlos muy rápido.

—Espera —dice éste, cuando levanto la mano para llamar la atención del jefe—. Véndamela nada más.

Una herida en el muslo de la que brota sangre. Se supone que debo tratar los muslos, pero seguramente se desangrará hasta la muerte. Le miro a la cara.

—¡Qué calidad! —Lisímaco se ríe y luego hace una mueca—. Soy un hombre afortunado.

Le hago un torniquete, todo lo apretado que puedo, y coloco una venda encima de la herida con ambas manos, apretando con todo mi peso.

—Maldita sea tu madre —dice.

El jefe mira por encima de mi hombro, se aleja.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunto.

—Retirada.

Intento aflojar la presión y la sangre vuelve a brotar. Aprieto.

—Sólo hasta el río —aclara—. Tengo que volver. Necesitamos a todos los hombres.

—¿Y el príncipe?

Esboza una mueca. Suelto un poco y parece que sangra menos. Le ayudo a ponerse de pie.

—Le daré un beso de tu parte —dice.

El trabajo continúa. Mi mente va clasificando sin pensar, aunque sea una contradicción en términos. Digamos que mi mente clasifica antes de que desee clasificar; pienso más rápido que la voluntad de pensar. Materia y forma: el alma da forma a la materia de la carne; no creo que sea una simple metáfora.

Es como la cera y la impresión que queda en ella. Luego, algunos cuerpos son naturales, otros no; algunos cuerpos naturales tienen vida, otros no. Y está también el asunto del objetivo. ¿Puede decir alguien acaso que el alma es el objetivo del cuerpo? Siento una vaguedad ahí, un hueco entre los dientes de mi lógica. Pitia tiene un peine, de concha de tortuga, que le gusta usar a pesar de que tiene un hueco del ancho de dos dedos allí donde se han roto los dientes. Se lo trajo desde la corte de Hermias y no quiere que le compre otro nuevo. Dejemos el objetivo por el momento. Los atributos de la vida: mente, sensación, movimiento en el espacio, y el movimiento que implica la nutrición y la decadencia. La sensación es lo primero que llega; los animales, por ejemplo, pueden notar algo antes de moverse. Me seco las manos en un trapo, que ya está húmedo y negro de tanto secarse las manos. No todas las criaturas tienen esas facultades; las plantas, por ejemplo, tienen la facultad de la nutrición, pero no de la sensación; los animales carecen de lo que llamamos mente en los humanos, y son incapaces de un pensamiento racional.

—Eh —me dice el médico, sacudiéndome el brazo—. Tienes que sentarte un poco.

—No.

—Sí, vamos. Ya ha acabado todo. ¿No lo has oído? —Rugiendo desde el exterior se acerca el mar—. ¡Jefe!

Me pregunto quién habrá muerto. Luego noto unas manos que me tocan; alguien me sienta. El jefe me aprieta la nariz con dos dedos, me inclina la cabeza hacia atrás, me echa vino en la boca. Un vino fuerte, no como el de anoche. Me atraganto.

—Ya está, viejo.

Me suelta la nariz. Me aparto y resoplo.

—¿Qué ha ocurrido?

El médico joven acerca su cara a la mía. Sus ojos, bien abiertos, me miran las pupilas. Se da unos golpecitos en la sien.

—Te has quedado ido.

—Hemos ganado —dice el jefe.

Vomito algo morado. El jefe me alborota el pelo, sonriendo, y se aleja, y sirve una bebida para cada hombre de su tienda.

—Ahora a casita, ¿eh? —El médico se da golpecitos de nuevo en la sien.

Asiento con la cabeza.

—Si lo deseas, te puedes echar.

—¿No podemos salir?

—Pronto. Todavía tenemos por delante un día muy largo. El jefe nos llevará fuera a buscar supervivientes. Cada tienda de médicos tiene asignada una parte distinta del campo; tenemos que esperar y ver cuál es la nuestra.

—¿Todos los supervivientes o sólo los nuestros?

El médico asiente.

—Estás aprendiendo. ¿Un poco de pan?

Cojo el mendrugo que me ofrece. Está manchado de sangre de sus manos, sangre con alguna otra sustancia en ella, como la sangre menstrual de Pitia. El sabor es salado; consigo comer un bocado o dos. Miro al jefe que inclina la cabeza para escuchar a un oficial ante el faldón de la tienda, y luego se vuelve hacia nosotros.

—Macedonios y atenienses. ¿Lo ha entendido todo el mundo? Macedonios y atenienses. Si no estáis seguros, preguntad.

—¿Y los demás? —pregunto al médico.

—Tienen un destacamento para ellos. Llévate el equipo por si hay alguno que no se puede trasladar.

—Campo del este —repite el jefe a todos los hombres, mientras vamos pasando en fila por el faldón de la tienda—. Los caballos caídos. Vigilad los caballos. El campo del este.

Al salir, al principio no veo nada. El sol hace daño allí donde toca. Caminamos por un mundo de hombres y caballos, arremolinados. Los hombres están atónitos por la rasgadura en la tela que acabamos de traspasar, el camino de vuelta desde el campo de la muerte al mundo falso de las tiendas y los petates, la comida y la vida. Necesitan beber para celebrar. Busco caras que conozca y me doy cuenta que son la de la mayoría de ellos. ¿Es posible tal cosa?

—Por aquí.

El jefe nos guía lentamente hacia el río, hacia los caballos. Hay un destacamento para eso también: un oficial de caballería trabaja gravemente por entre los animales caídos, cortando gargantas. Algunos gritan; algunos menean las patas, corriendo hacia ninguna parte. Otros equipos médicos están ya diseminados por el campo, con la cabeza baja, como buscadores de bayas. Encuentro al jefe junto a mí, mirándome.

—No —dice, cuando me detengo para mirar más de cerca algo, o mejor a alguien. Un tebano—. Sigue adelante.

Me detengo.

—Sigue adelante.

El tebano me mira.

—Que sigas, idiota.

Me arrodillo y me quito el equipo de la espalda. Por encima de nosotros, los buitres describen círculos sobre el campo; esperan a que nos vayamos.

—Tú, idiota. —El jefe se arrodilla junto a mí.

Los ojos del tebano se desplazan de uno a otro, entre ambos. El jefe le busca el pulso a un lado de la garganta, le baja los párpados inferiores con el pulgar para mirar mejor los ojos, pellizca los pies del hombre. Sube por las piernas, dándole pellizcos. Sólo cuando llega al pecho, el tebano gruñe.

—Ayudadme. —Juntos lo volvemos de lado. Tiene sangre en toda la espalda.

—Paralizado —dice el jefe—. Una estocada en la columna. ¿Estabas huyendo, cabrón?

—No —responde el tebano.

Le volvemos de cara, para que pueda ver el cielo.

—Vamos, sigue —me dice el jefe—. Adelante. Es mejor que no veas esto.

No me muevo.

—Cierra los ojos —dice el jefe al tebano. Pero éste no lo hace—. Lo hago como si fueras uno de los nuestros —dice, y hunde el cuchillo en el lugar donde acaba de tomarle el pulso.

Ambos saltamos hacia atrás cuando la sangre brota a chorro. La mano del tebano golpea el suelo varias veces y luego se detiene. No ha cerrado los ojos.

—Éste no es mi trabajo —afirma el jefe—. No me obligues a hacerlo de nuevo.

—¡Jefe!

El joven médico ha encontrado algo, nos hace señas. Me arrodillo de nuevo.

—No tengo tiempo para esto —dice el jefe, y se da la vuelta—. Arregláoslas solos.

En mi equipo llevo una tablilla y un estilo. Doy la vuelta al tebano de costado y le desato la coraza de cuero. Se deshace a trozos por donde la ha cortado el arma. Los labios de la herida tienen un color ciruela. Los separo y descubro un faldón de grasa amarilla. Es el hueso lo que quiero; necesito mis cuchillos, y luego algo para limpiarme las manos y así poder escribir y dibujar.

No sé cuánto tiempo pasa.

—Ah, estás aquí.

—Un momento. —Estoy extrayendo una larga tira de algo desde lo más hondo de la cavidad.

—Pero ¿qué es eso? —El jefe se arrodilla a mi lado, entrecerrando los ojos.

—No lo sé. Estoy viendo adónde va.

—Fíjate. —Otra voz, otra sombra que se arrodilla a mi lado. Es el médico joven—. ¿Todas estas cosas han salido del mismo sitio que ésa de ahí?

He dejado un montón de vísceras en el suelo.

—¿Te encuentras bien? —pregunta el médico.

—Necesito más tablillas.

El jefe hace un gesto afirmativo al médico, que sale corriendo.

—Él te encontrará lo que necesitas. Pero…, ¡eh, joder! —Surge un hedor; he llegado al intestino—. ¿Por qué haces eso? —pregunta.

—Tú también lo haces.

—No después de muertos. —El jefe mira a su alrededor en el campo. Intento ponerme de pie—. No te caigas. —Me coge del brazo. Noto los pies dormidos por estar tanto tiempo en cuclillas—. Están montando las piras. ¿Te falta poco para acabar?

—No.

—Tiene que ir con su gente.

—Pero aún no he empezado con la cabeza.

Se oyen gritos al borde del campo, detrás de nosotros. Alguna pelea.

—Ah, no. —El jefe empieza a echar tierra con el pie encima de las vísceras—. No, no, no. Dale la vuelta, rápido. Ayúdame. Quita toda esta mierda.

—Pero no he acabado.

—Mira —contesta el jefe—, sé quién eres y por qué estás aquí. Comprendo lo que haces, más o menos. Pero a los soldados no les va a gustar esto. Al menos no has tocado el sexo. Pero tienes que dejarlo ya.

—Pero…

—Esto es trabajo de mujeres. —Mira por encima del hombro—. Joder, hombre. —Vuelve al tebano de espaldas para que no se vea el agujero que le hemos hecho—. Vamos, ponte de rodillas —susurra.

—Majestad —digo.

—Retírate. —Alejandro mira al tebano. El jefe se va corriendo, a toda prisa. Yo me quedo—. ¿Está muerto?

—Sí.

—Es que —dice Alejandro— a veces crees que están muertos y no lo están. Y hay que rematarlos.

—Sí.

Hefestión se ha detenido a una docena de pasos de distancia. Tiene la cara blanca.

—Luché aquí. En el campo este. ¿Está muerto?

Todo lo que había estado nublando mis pensamientos se aclara ahora. Detrás de Hefestión veo a Antipatro y al propio Filipo. Ellos también se detienen a una distancia discreta.

—Chico, ¿ha ocurrido algo? —pregunto.

—¿Qué estás haciendo?

Le enseño mi tablilla para que la vea.

—¿Puedo ayudarte?

—Ya he acabado. En otra ocasión. Creo que deberíamos lavarnos.

—He luchado aquí.

—Alejandro. —Hefestión da un paso hacia delante.

Alejandro saca su cuchillo. Hefestión retrocede.

—Chico —digo de nuevo—, ¿me enseñas dónde puedo lavarme?

Mira al tebano. Se arrodilla junto a él, como yo hice horas antes.

Camino en un amplio círculo a su alrededor, hacia Filipo y Antipatro. Ambos conversan entre susurros.

—Ocurre —sisea Antipatro—. Tú lo sabes tan bien como yo.

—¿Qué ocurre?

Filipo menea la cabeza.

—Ha apuñalado al mozo de Bucéfalo —dice Antipatro—. Pensaba que era el enemigo. La batalla ya había terminado.

—Como después de Media.

Antipatro está demacrado.

—¿Qué? —pregunta Filipo.

Miramos. Alejandro está haciendo algo al tebano con su cuchillo, en la raíz del pelo.

—Es culpa tuya —me indica el rey—. Tú le enseñas estas mierdas. ¿Qué tipo de animal eres? ¿Quién hace eso con un cadáver? ¿Qué ocurrió después de Media?

Antipatro menea la cabeza.

—Es mi hijo.

—Sí, aún sigue siéndolo —digo.

—Se supone que será rey algún día.

—Mira —llama Alejandro. Está agachado junto al cuerpo—. Sale todo. Ven a ver.

Hefestión se está retirando.

—Ocupaos de esto —afirma Filipo—. Los dos, ya que sabéis tanto. Llevadlo a una tienda, por todos los cielos, antes de que le vea alguien. —Desenfunda su propio cuchillo lo bastante para volverlo a meter de golpe en su funda de cuero—. ¿Tengo un heredero o no?

Hefestión tiene la cara verde, un fenómeno que Arimneste intentó describirme hace mucho tiempo.

—Esto no está ocurriendo —dice Filipo—. Regreso al campo.

Voy a ver lo que está haciendo Alejandro. Ha pelado toda la cara hacia abajo, desde la frente. Lo está haciendo con su cuchillo, arrancando la piel y soltando risitas. La ha quitado hasta los ojos.

—Lo intenté, en Media —dice—. Intenté quitar una. Pero no pude sacarla.

—¿Para mí?

—Para Carolo. Pensaba que se podría disecar. Decía que no se podía permitir una máscara.

—¿Puedo ayudarte? —Voy a coger su cuchillo. Me deja hacerlo. Cojo el faldón de la frente y lo sujeto delicadamente tirante, como él—. ¿Puedo acabar esto en tu lugar? Creo que te reclaman en el campo.

—Quiero quedarme aquí contigo.

—Tu padre está muy orgulloso de ti —digo, lentamente—. Del trabajo que has hecho hoy. Desea celebrarlo contigo. Quiere que el mundo os vea juntos. —Noto que Antipatro está detrás de mí, cerca—. Tu padre te necesita ahora.

—Majestad, ven —dice Antipatro.

Alejandro mira a Hefestión.

—Hola. —Su rostro se ilumina de placer—. ¿Cuándo has venido?

Hefestión me mira.

—Acabo de llegar.

Le hago una seña por encima de la cabeza de Alejandro. «Va bien. Sigue así.»

—Eh —dice Hefestión—. Hola. Me muero de hambre. ¿Quieres comer algo?

Alejandro pasa un brazo en torno a sus hombros y ambos se dirigen hacia las tiendas. Intento volver a colocar la frente del tebano, pero ahora la piel está desgarrada y los bordes de la piel no coinciden con el cuero cabelludo.

—No recordará nada de esto —dice Antipatro—. Alejandro. No lo recordaba la última vez.

El joven médico viene corriendo, jadeando, con tres tablillas bajo el brazo.

—¿Basta con esto? Es lo único que he podido encontrar. Tebano, ¿eh? Están preguntando en las piras. Te ayudaré a llevarlo allí cuando acabes.

—Ya ha acabado —dice Antipatro.

Lo llevamos los cien pasos que hay hasta la pira tebana, que escupe y crepita a la luz dorada de final de la tarde. Una vez que le hemos quitado el

vientre, no pesa demasiado. Lo colocamos encima de los demás cuerpos mientras el oficial que preside marca una muesca en su tablilla, para llevar el recuento. El médico se va corriendo. Antipatro y yo miramos el fuego y el aire caliente que ondea a su alrededor.

—Tengo pesadillas —dice Antipatro.

Un largo silencio.

—Yo trabajo —digo—. Es como el mar. Me meto, me hundo muy adentro, y luego salgo.

Él asiente, sacude la cabeza. El sol poniente nos dora el cabello. El tebano, ya humo, se alza hacia las esferas.

Antipatro y el príncipe parten hacia Atenas, escoltando los huesos de los atenienses muertos. Una cortesía: la derrota ha convertido a los atenienses de nuevo en respetados aliados. Conseguí una bolsa de semillas de adormidera del jefe antes de desmontar el campamento, y le enseñé a Antipatro cómo administrar la dosis adecuada. Filipo pasará el otoño en el Peloponeso intentando atar los cabos sueltos y preparando una gran conferencia en Corinto, donde puede entretenerse preparando a sus nuevos súbditos para una guerra persa. Filipo nunca ha estado en Atenas, y privarse de esa oportunidad es extraordinario. Supongo que ahora mismo no puede estar cerca de su hijo.

Viajo a casa, a Pella, con un convoy de heridos que van a pie. No hay cabras esta vez; no hay suerte, tampoco prisa. Cambio vendas, limpio heridas, sajo infecciones, sedo a los que deliran.

En casa le entrego a la pequeña Pitia su regalo, un diminuto soldado ateniense tallado; me lo hizo el médico a cambio de mis cuchillos. Visito a su madre en la cama, donde pasa ahora la mayor parte del tiempo. No puedo persuadirla de que salga a hacer ejercicio; cuando se levanta, se va apoyando en las paredes o en el brazo de algún esclavo. No puedo acusarla de fingir, pero tampoco puedo desechar del todo esa sospecha.

—Atenas —dice Pitia—. Atenas, Atenas. Quizá Filipo tenga razón. ¿Qué habrías hecho allí, en realidad, aparte del mismo trabajo que ya estás haciendo ahora, para un público más atento?

—¿Y eso no es nada?

—Para él es así.

Niego con la cabeza.

—Mira esta ciudad. Mira lo que ha hecho con ella. Ha traído actores, artistas, músicos. Sabe lo que significa tener cultura, alimentar la mente. Comprende… lo diplomático que es.

—¿Crees que es algo personal?

No respondo.

—Un asunto práctico, entonces. ¿Qué hará contigo? No puede imponerte en la Academia, si no te eligen por su libre voluntad. Eso al menos lo sabe. De modo que, ¿qué podrías hacer tú por él?

—Dirigir mi propia escuela —contesto, para discutir con ella, pero veo que vuelve el dolor y que ha perdido el interés por la pelea.

—Ah —dice el viejo actor cuando me ve: una exclamación de placer que se convierte en una tos húmeda y gutural—. Cuánto tiempo —añade cuando cede la tos, luchando por respirar y formar las palabras.

Una criada me ha conducido junto al lecho donde yace Carolo con un relieve extraño: lo que queda bajo las sábanas parece encogido y casi plano, pero las manos y la cabeza parecen enormes. Unas manos peludas, nudosas, talladas con excepcional habilidad y detalle por algún maestro escultor. Una cabeza leonina, con el cabello blanco más largo de lo que yo recordaba, y echado hacia atrás como un penacho grasiento que todavía muestra los surcos como de arado del peine, la barbilla con barba de días, los ojos como dos gemas hundidas en blandas bolsas.

—Es una buena chica —dice de la criada, cuando le pregunto si puedo hacer algo por él, o mandar a alguien; podemos prescindir de alguien fácilmente para que se siente a su lado por las noches, si quiere—. No, las noches no son tan malas; a veces casi me duermo. Recuerdo muchas cosas de noche. Las obras en las que he actuado, los actores con los que he trabajado, los públicos ante los que he representado, ciudades, viajes, amantes. Mi niñez también, y las historias que me contaban mi padre y mi abuelo de sus actuaciones, en sus tiempos. Tengo mucha compañía, por las noches.

—Siento haber estado ausente tanto tiempo. He estado viajando con el ejército, qué te parece, como médico.

—No creía que anduviésemos tan escasos de hombres.

—No lo estamos. Alejandro quería que fuese. Deseaba sacarme a que viera mundo.

—A través de sus ojos —dice Carolo.

—A través de sus ojos, sí.

Él asiente y cierra los suyos. Los abre con esfuerzo.

—Le gustas. Eso es bueno.

Espero hasta que vuelve a cerrar los ojos, y pienso que podría escabullirme cuando los abra.

—Estoy aquí.

—Te ibas.

No podría asegurar si está asustado o no.

—¿Debería irme?

—No.

Miro por la habitación mientras él se esfuerza por respirar, preparando la frase siguiente. Un estante lleno de libros, obras, supongo, a las que deseo mucho echar una ojeada. Máscaras en las paredes, y objetos de atrezo aquí y allá. Está rodeado de las cosas que le hacen más feliz.

—Debajo de la cama —señala.

Me inclino desde la silla que he colocado junto a él y levanto la ropa y las pieles que cuelgan. Hay una caja.

—Sí —dice.

La abro.

Sus dedos se agitan un poco, así que se lo acerco al regazo, donde puede alcanzarlo. Trastea con la tapa. Dentro hay una máscara.

—«¡Qué espantoso puede ser el conocimiento de la verdad cuando no hay esperanza en ella!» —cito—. «Sabía esto muy bien, pero me esforcé en olvidarlo. No debería haber venido.»

—«Déjame que vaya a casa» —replica Carolo. Por supuesto, conoce el Edipo tan bien como yo—. «Debes soportar tu propio sino, y yo soportaré el mío. Es mejor así: confía en lo que te digo.»

La máscara de Tiresias de su abuelo es muy bonita, ligera y antigua; la cinta que la sujetaba en torno a la cabeza del actor ha amarilleado y se ha deshilachado hasta quedar sólo unas pocas fibras. Al principio parece que no tenga rasgos: los ojos son unos huecos sin pintar, poco hondos, la nariz y la boca están apenas marcadas. Los pómulos son altos y anchos; la ceja está delicadamente arrugada; es el moldeado, más que la pintura. Es grande, mucho más grande que una cara humana, para que se pueda ver desde la parte de atrás de un teatro, pero ligera; mis manos casi parecen alzarse cuando la cojo, engañadas por la ilusión, la contradicción entre el tamaño y el peso.

—¿La has llevado alguna vez?

Él levanta las manos y lentamente la coge de mis manos y se la pone encima de la cara. Al cabo de un momento lucha para levantar las manos de nuevo y quitársela. Le ayudo y la coloco suavemente en la caja.

—Por primera vez —dice él—. Y última.

Cierro la tapa de la caja y la vuelvo a colocar debajo de la cama.

—Echo de menos a mi padre.

Al cabo de un rato largo, me doy cuenta de que está llorando. Me acerco a ella.

—¿Puedo echar un vistazo a tus libros? —le pregunto.

Están todos muy desgastados, rotos y marcados, con algunas líneas subrayadas y otras tachadas. Tiene algunos que yo no tengo. Cuando vuelvo a la cama, me está mirando.

—Son tuyos —dice.

—Soy codicioso. Incluso en este momento, y te lo he dejado ver. Perdóname.

—No te perdono. Estar vivo es ser codicioso. Quiero que seas codicioso. Quiero que todo el mundo lo sea. ¿Sabes que él ha venido a verme?

He perdido el hilo.

—¿Tu padre?

—Mi padre murió. Alejandro. Hablando de codicia… Un día ese diablillo abrirá la boca y se tragará el mundo entero.

Le cuesta. Tose hasta que todo su ser se concentra en una larga exhalación medio atragantada que le pone la cara morada y le cierra los ojos hasta dejarlos en unas simples rendijas, como el ciego Tiresias en persona. La criada, al oírle, vuelve a la habitación con un vaso de agua y lo incorpora sujetándolo hábilmente, hasta que su respiración se normaliza. Bebe, decae, vuelve a beber. Ella le echa hacia atrás, le ordena las mantas, coloca una mano brevemente en su frente, y me dirige una mirada amable, indicándome que me dé prisa.

—Tienes que dormir.

Me levanto y me dispongo a irme. No estoy seguro del gesto que debo hacer al salir. Quizá sea más consciente de mis propios movimientos a causa de la inmovilidad de él, o porque él es un actor, después de todo, y él sabría lo que se requiere, cómo coger las manos de alguien cuando te despides de él por última vez. Me inclino a besar su frente. Él abre los ojos de nuevo, obviamente llenos de dolor, y yo dudo.

—Tendrás que quererle más —dice—. A Alejandro. Él nota la diferencia.

Atravieso la última distancia, dejo que mis labios toquen su arrugada frente, que no está fría, ni febril, sino caliente, humanamente caliente.

POBRE Proxeno. El marido de mi hermana intentó con todas sus fuerzas ser un padre para mí aquellas obscenas primeras semanas que siguieron a la muerte de mis padres. Me hablaba con cariño, me daba palmadas en la espalda, fruncía el ceño, muy concentrado, en las escasas ocasiones en las que me decidía a hablar. Pero entonces yo era un chico muy frío, y mi fisiología era tal que la pena me volvía más frío aún. Eso oí que le decía a mi hermana Arimneste, en el barco de Pella a Atenas, cuando pensaba que yo estaba dormido en mi litera.

Le presentó el desconcierto que le causaba como un diagnóstico médico. Yo tenía una sangre y unos humores raros, y tenía líquido frío en las tuberías, cuando otros lo tenían caliente; ¿era culpa suya que encontrase desagradable mi compañía? Él era un hombre cálido por naturaleza, igual que ella era una mujer cálida. Ambos lloraban, expresaban su amor por los muertos, encontraban alivio en los ritos funerarios, y luego seguían adelante. Eran como perros amistosos, pero yo era más bien un lagarto.

—Chis. —Arimneste estaba alimentando de nuevo al bebé; oía el ruido rítmico de succión. Arimnesto roncaba tranquilamente en la litera junto a la mía—. No es un lagarto. Su piel es caliente, cuando le tocas.

—Puede provenir del exterior, de la absorción del sol —dijo Proxeno—. Creo que está enfermo, de verdad. El cuerpo necesita llorar para liberarse del exceso de fluido causado por el dolor. ¿Cómo va a liberar el fluido, si no llora?

Arimneste dijo algo que no pude oír, y ambos se rieron bajito. Me removí en mi litera y se quedaron quietos.

Al cabo de un momento, Arimneste dijo, apenas en un susurro:

—Mi madre decía que él tenía el mar en su interior, pero que era su gran secreto y que yo no debía decírselo a nadie. Ella afirmaba que si él quería hablar de ello, ya lo diría, pero que no había que forzarle nunca. Debemos dejar que haga las cosas a su manera. —Ella también lloraba entonces—. Ah, mamá… —suspiró. Y le dijo a Proxeno—: Lo siento.

—No.

El crujido de una litera. Me arriesgué a mirar. Proxeno se había sentado junto a ella y el bebé en el suelo, le besaba la mejilla y le acariciaba el cabello. Volví a cerrar los ojos.

—¿Ha terminado? —preguntó Proxeno, refiriéndose al bebé.

—Casi.

Después de dejar al bebé en su cesta, ella y Proxeno tuvieron relaciones sexuales en su litera, delicadamente, casi en silencio, pensando en el bebé, en Arimnesto y en mí. Yo escuchaba con interés. Su amor culminó en un suspiro pesado de Proxeno, uno solo.

—No veo que esa escuela sea buena para él —decía Proxeno al cabo de un rato—. Más cavilaciones, más meterse en su propia cabeza. Quizá deberíamos llevarle de vuelta a Atarneo con nosotros, después de todo, y buscarle una mujer. Podría trabajar conmigo como aprendiz.

Arimneste dijo algo que yo no pude oír.

—Pues le buscaremos una casa propia.

Arimneste volvió a murmurar.

—Tú también eres un poco fría —dijo Proxeno—. De acuerdo. Tú le conoces mejor. Quizás ese Platón obre maravillas. No puedo decir que vaya a echar de menos a tu hermano mayor mientras tanto.

—¿Cómo que no está aquí? —preguntó Proxeno.

Eudoxo explicó que Platón había partido recientemente hacia Sicilia, para ocuparse de la educación del joven rey del lugar.

—¿Y cuándo esperáis que vuelva?

¿Cuatro, cinco años? Pero podía empezar tranquilamente mis estudios con aquel Eudoxo y su compañero, Calipo, mientras tanto. Como director en funciones de la escuela, él atendería mi educación tan escrupulosamente como el propio gran hombre en persona.

—¿Años? —dijo Proxeno. Estaba sorprendido, no enfadado.

Aquella noche cenamos con Eudoxo y Calipo. En algún momento, durante la cena, se decidió que nos quedaríamos a pasar la noche. Los gemelos y el bebé permanecerían en la ciudad con algunos parientes de nuestra madre.

Proxeno se fue temprano a la habitación a escribir cartas. Inquieto, visité nuestro carro en el patio y cogí, muy sigilosamente, pensaba, un puñado de pasas.

—¿Te has quedado con hambre? —dijo una voz.

—Siempre tengo hambre. —Tapé el ánfora con cuidado.

Eudoxo me indicó con un gesto que le acompañase, y me hizo salir por la puerta hacia el camino.

—Iremos andando, ¿de acuerdo? De ese modo nuestras voces no molestarán a tu guardián ni a Calipo.

—¿En qué trabaja?

Eudoxo rio.

—Está durmiendo. Se acuesta temprano, como las gallinas. Mañana se levantará al amanecer, cloqueando sin parar.

Le dije que no sabía a qué se refería.

—Trabajar, escribir —dijo Eudoxo—. Trabajamos mucho por aquí. ¿Qué te parece eso?

Andábamos por una carretera muy bonita, bordeada de olivos y perfumada por las flores de los jardines públicos que atravesábamos. La escuela estaba a las afueras de la ciudad. Tranquilo, casi como el campo, pero no el campo que yo conocía: dulce, cálido y confortable, incluso por la noche. El sur, claro. Eudoxo («cuidado» era la palabra que mejor le cuadraba: barba y vientre cuidados, ropa pulcra, tan cuidado y limpio y modesto de apetitos, observé en la cena, al ver que rechazaba la carne y el vino y que comía un poco de fruta y agua, que quizá se hubiese quitado unos cuantos años sin que nadie lo sospechara) puso brevemente una mano en mi hombro, lo apretó y luego lo soltó.

—Sentí mucho lo de tu padre. Tu tutor le hace un gran honor al traerte con nosotros, y con tanta presteza.

—Creo que no sabe qué hacer conmigo. —Mi voz sonaba extraña; apenas había hablado con nadie en las últimas semanas—. Está intentando encontrarme un lugar donde vivir.

—Puedes alojarte con Calipo y conmigo —propuso Eudoxo—, si decides quedarte. O si es tu tutor quien lo decide. Algunos estudiantes extranjeros se alojan con nosotros.

Le di las gracias.

—¿A quién corresponde la decisión, por cierto? Sólo por curiosidad.

—Pues no estoy seguro —dije.

—Te enseñaré todo esto mañana.

Me gustó por eso, porque no perdía el tiempo.

—¿Habrá alguna lección?

—Por la mañana. —El propio Eudoxo hablaría de un problema matemático establecido por Platón antes de su partida hacia Sicilia—. Asistirá bastante gente. Tu tutor y tú os haréis una buena idea de nuestros estudiantes y de la atmósfera que aquí se respira.

Le pregunté si recordaba a Illeo.

Él se echó a reír.

—Muy bien. Un excelente poeta, un matemático horrible. Tendré que ordenar todo el desorden que te dejó, supongo. —Cuando le dije que yo era una habitación vacía, más que desordenada, se echó a reír de nuevo—. Vamos. —Se dirigió hacia algunos árboles—. ¿Quieres ver dónde vivirías?

Habíamos dado una vuelta sin que me diera cuenta. Separada del edificio principal, en lo más profundo del jardín, se encontraba una casa más pequeña con luces en las ventanas, aunque era tarde. Podíamos oír voces bajas y jóvenes, y risas también. Eudoxo dio con los nudillos ligeramente en la

puerta, y luego la abrió. Media docena de chicos estaban sentados en torno a una mesa, bebiendo y discutiendo acerca de un trozo de papel que se pasaban de mano en mano.

—Un nuevo estudiante —anunció Eudoxo.

Vi que yo sería el más joven. Todos me saludaron, sonriendo, amistosamente. El que había abierto la puerta me condujo hacia el interior de la casa para enseñarme el dormitorio común con sus hileras de colchonetas, todo bastante limpio y cómodo, mientras Eudoxo se quedaba en la habitación delantera, sonriendo, mirando el trozo de papel.

—¿Quieres quedarte aquí esta noche?

—Sí.

El chico tenía una mata de pelo como la de mi hermano y los ojos perezosos. Estaba deseoso de que me gustara. Deseaba intensamente que me gustaran todos ellos, por qué no, y también su problema matemático.

A la mañana siguiente, Proxeno y yo nos quedamos bajo la columnata. El gran patio estaba lleno de miembros de la Academia que habían acudido a oír a Eudoxo. Yo me esforzaba por seguir la charla, mientras Proxeno miraba a su alrededor, realizando un cálculo más pragmático. Después, durante la comida, me dijo que le había gustado lo que había visto. Hombres bien vestidos y serios de buenas familias. Había reconocido algunos rostros. Más tarde se llevó a Eudoxo a solas para dar un pequeño paseo. Me di cuenta de que estaban hablando de dinero. La escuela no cobraba nada por sus enseñanzas, pero habría que cubrir la manutención. Yo sabía que tenía mucho dinero y tierras: una propiedad en Estagira por parte de mi padre, y otra en Calcis por parte de mi madre. El dinero no sería problema.

Mi compañero de alojamiento, el de los ojos perezosos, me llevó con otros jóvenes.

—Nos vamos a la ciudad. ¿Quieres venir?

Asentí.

—Tengo que despedirme de mi familia.

Proxeno había enviado a un mensajero anticipadamente a la casa de nuestros parientes en la ciudad, de modo que, cuando llegamos, los gemelos ya esperaban en la calle con los carros. Le di un beso al bebé, Nicanor, que me tendió Arimneste. Abracé a Arimnesto.

—¿Son tus amigos? —preguntó mi hermano respecto a mis compañeros de alojamiento, que se mantenían un poco apartados, respetando nuestra despedida.

Eudoxo les había contado lo de la súbita muerte de mis padres, y también les había hablado, supongo, de mi propio aturdimiento. Al menos no me habían preguntado aún por qué no hablaba. Probablemente le parecían algo

raros a mi hermano, con esa piel de estar bajo techo, sin armas, con los brazos delgaduchos, colgando. Cerebros raros, como el mío.

—Amigos —dije.

Arimnesto sabía que yo era incapaz de hacer amigos. Vi que quería decirme algo, darme algún consejo que no se atrevía a pronunciar. Finalmente, nos tocamos nuestras frentes, en un cariñoso cabezazo, y él susurró, para que Proxeno no pudiera oírle:

—Relájate. Y bebe un poco más.

Asentí.

Arimneste me abrazó largo rato y se limitó a decir:

—Ten cuidado.

Proxeno no había desmontado. Lamenté en aquel momento que sintiera tanto disgusto por mí, que me hubiese malinterpretado tanto.

—Ven con nosotros a Atarneo, cuando hayas acabado aquí —dijo.

—Escríbenos —exclamó Arimneste, levantando al bebé para que me viera.

Los carros ya se movían, entre nubes de polvo. Alcé la mano y la mantuve en el aire mientras se iban alejando. Quería morirme.

—¿Estás bien? —me preguntó mi compañero de alojamiento.

Conocían un lugar donde podíamos comer, una casa de dos pisos en una calle muy ajetreada, en un distrito comercial. Mientras comíamos algo de pan y carne en unas brochetas, en una larga mesa, alguien sacó el pedazo de papel de la noche anterior, y empezaron de nuevo. Me alejé de la mesa y entré en la casa, buscando un sitio donde orinar.

—Por ahí —dijo una mujer, desde la cocina, y me señaló agitando una mano—. Ahí, ahí.

Pasé por la puerta a la que se refería, entré en un dormitorio y encontré el orinal en un rincón. Cuando me di la vuelta había una chica sentada en el camastro, en el suelo.

Fuera, recuperé de nuevo mi sitio en el banco.

—¿Estás bien? —preguntó de nuevo mi compañero.

Había una hora de camino desde la puerta de la casa en el pequeño jardín hasta la puerta de la habitación de la chica, un camino que recorrí muchas veces en los meses siguientes. Nunca me costó demasiado; apenas hablábamos. De vuelta en la escuela había una biblioteca donde yo pasaba la mayor parte del tiempo. De vez en cuando había lecciones públicas por las mañanas; de vez en cuando, algún simposio por la noche. Yo podía asistir o no. Mi tiempo me pertenecía por completo. Pensaba en Perdicas y en Eufreo y sus cenas de mariquitas: el ritual medido y el vino aguado, las bendiciones, las ensayadas disquisiciones sobre temas escogidos, las sabias ocurrencias, ja, ja,

ja. Una noche yo también hablé, algunas ideas que había ido meditando sobre las formas de las que allí tanto hablaba todo el mundo, las inefables esencias de las cosas. No me mostraba demasiado entusiasta de lo inefable, dije, con mucha precaución. Seguramente, las cosas tenían que estar enraizadas en el mundo para que todo tuviera sentido.

—El chico es un ratón de biblioteca —soltó alguien, y les hizo reír.

Estaban complacidos y sentían curiosidad. De modo que me habían estado vigilando después de todo, esperando.

Yo siempre había sido un ratón de biblioteca, lo sabía. Carecía de espontaneidad; mi ingenio era tan seco como las cagadas de un ratón, e igual de mísero. Necesitaba echar horas, sí, trabajar a deshora, y acababa agotado. Le había mentido a Eudoxo. No estaba vacío por dentro, sino espantosamente desordenado. Cierto día, en el barco hacia Atenas, nos sentamos abajo, para comer. Mi hermana iba pasando las bandejas de comida cuando una súbita ola nos hizo tambalear de costado. Ella y el niño se cayeron, la comida se volcó y cayó al suelo, platos y vasos se hicieron trizas y todo el mundo se puso a gritar. Mi mente estaba así en aquel momento, predispuesta a dar súbitos tumbos. Algunos días lo único que podía hacer era despertarme, dar media vuelta y seguir durmiendo un poco más. Mis compañeros de alojamiento, por instinto, me dejaban solo. Algunos días sabía que no tendría que volver a dormir de nuevo, y producía algunos momentos de trabajo que eran de un genio puro, luminoso, criselefantino. Al día siguiente, menos. Aprendí a no mostrar mis ideas ni a hablar de ellas a nadie hasta que me hubiera sentado sobre éstas durante semanas como una gallina que está incubando, comprobando y volviendo a comprobar, asegurándome de que todo estaba perfectamente limpio y ordenado. Ah, sí, yo era muy bueno, regular, estudioso, aburrido, y me tiraba a aquella chica una y otra vez, me aprovechaba de ella duramente, y gritaba muy fuerte cuando nadie me oía.

El invierno de mis diecinueve años llegó la noticia de que Platón volvía de Sicilia.

—¿Cómo es? —le pregunté a Eudoxo, durante la cena.

Casi me había olvidado de que él era el motivo de que yo estuviera allí. Más o menos podía ir siguiendo mi vida tal y como era, una vida estilo Illeo, de sexo y libros y una enorme cantidad de intimidad, y temía el cambio.

Había hablado en voz baja, pero era igual: como hablaba muy poco, la gente se paraba a escuchar cuando lo hacía, y como era muy listo, a todos les encantaba que mostrase ignorancia. Resultaba que era el único estudiante que no le había conocido. A él le gustaba aprobar las admisiones personalmente, y yo era el último que había considerado antes de marcharse a Sicilia. Las voces de la habitación competían para ilustrarme. Era de la nobleza, descendiente del

gran estadista Solón de Atenas por parte de madre, y del dios Poseidón por parte de padre. Su familia era muy activa en política, y se esperaba que él siguiera también ese camino, pero era demasiado quisquilloso y moralista; por el contrario, se ocupaba de las teorías políticas y pedagógicas, unas teorías que había intentado implantar en Sicilia. Pero el joven rey ya estaba bien aleccionado en lo que respecta a la tiranía y el libertinaje, y no le interesaba la compostura beatífica que predicaba Platón; así al menos lo interpretaba Eudoxo por la carta que nos leyó a la hora de comer. Platón estaría en casa al cabo de dos semanas.

—Todo irá bien —añadió, de tal modo que sólo yo pudiera oírle.

Bajamos al puerto a recibir su barco, un grupo alegre y revoltoso dirigido por Eudoxo y el sobrino de Platón, Espeusipo. Todo el mundo hablaba demasiado alto, y podrían haber llevado flores en el pelo. Yo me mantenía a cierta distancia para observar el desembarco. El sol acuñaba monedas en el agua donde yo miraba, y me cegaba la vista. Cuando levanté la cara, el gran hombre en persona estaba en el muelle rodeado por mis profesores y mis compañeros de clase. Pronunciaron mi nombre, pero yo ya me dirigía hacia allí. No quería dejar entrever hosquedad alguna.

Espeusipo me presentó, con una mano en el hombro, como si me conociera bien y mis logros fueran los suyos. Platón era un poco más joven de lo que habría sido entonces mi padre, y parecía cansado. Llevaba el cabello canoso muy corto y tenía arrugas en torno a la boca y los ojos. Delgado, no tan alto como yo, vestía una ropa sencilla y ligera y duros reflejos de luz en los ojos. Me gustaba su aspecto, a pesar de todo. Había esperado a alguien blando y alegre, con una seriedad representada por lo críptico.

—Siento no haber estado aquí cuando llegaste —me dijo, como si tres años hubieran sido una semana nada más—. Deseaba estar. Siento mucho lo de tus padres. Pensaba que podría hacer un buen trabajo en Sicilia, influir en muchos destinos, y que era la mejor opción que podía tomar. En aquel momento me lo pareció.

—El cálculo moral, la elección de servir al bien mayor para el mayor número —anunció Espeusipo, como si interpretara un oráculo.

En torno a nosotros la multitud murmuraba y asentía. Platón parecía enfadado.

—Yo habría esperado más aún —dije.

Más murmullos y aprobaciones; una buena respuesta. Pero yo era sincero. «Tus padres», había dicho él, no «tu padre». Él y yo compartíamos una burbuja: ambos habíamos vuelto juntos a aquel momento de hacía tres años. En su imaginación, yo acababa de llegar a su escuela; en la mía, mis

padres acababan de morir. Cada mañana, cuando me despertaba, morían otra vez. Aquel día empezarían de verdad mis estudios.

—Quiero pasar un tiempo contigo —dijo.

Nos alejábamos del barco, empujados por la multitud ansiosa de llevárselo, de volver a instalarlo en la escuela, como una ciudad que ansía que su rey vuelva a su palacio, o un niño que quiere a sus padres de vuelta en casa.

—Más tarde. Ahora estoy demasiado cansado. Quiero contarte un montón de cosas, y oír también muchas cosas de ti. No me gusta eso de no conocerte. Eudoxo me ha escrito…

Dejé que Espeusipo se introdujese entre nosotros y que la multitud me apartase. ¿Era aquello flirtear? En un puesto compré unos albaricoques y me quedé atrás comiendo mientras la multitud con la que había venido desaparecía en la distancia, como ovejas que guiaran al perro. Ya habían contratado a unos músicos, según sabía, y estaban preparando una gran cena; nadie trabajaría aquella tarde. ¿Le habrían oído decir que estaba cansado?

—Tú —dijo la chica, sorprendida, cuando me vio sentado solo en una de las largas mesas. Cosa poco habitual, me habían dicho que esperase. Llevaba el pelo suelto y tenía la cara algo hinchada. La seguí a la habitación trasera, donde se frotó mucho un ojo con la parte lateral del dedo, mientras yo me desnudaba. La cama estaba hecha.

—¿Dónde duermes? —pregunté.

Ella señaló hacia el techo. Las dependencias de negocios, abajo; la vivienda, arriba.

—Por las mañanas. Duermes por las mañanas.

Ella se encogió de hombros, asintió.

—Lo siento.

—No, no. —Ella dejó caer su vestido y bostezó, y luego se echó a reír—. Yo sí que lo siento. No estoy muy seductora hoy. Trabajé anoche. Necesito un baño.

Podría haber sido el típico comentario de puta («qué sucia estoy»), pero ella me miró demasiado rato. Me pregunté si también tendría que pagar algo a cambio de aquello, o si ella intentaba decirme otra cosa totalmente distinta: «No te pertenezco. A ti solo, no».

—Mejor no hablamos —dije.

Volví tarde a la Academia. El sol ya se estaba poniendo y el terreno estaba casi desierto. Oía la música que procedía de la casa grande, vi la luz y el movimiento de los bailarines a través de las ventanas. Risas, palmadas, olor de asado. En la casa de invitados me lavé rápidamente y me cambié de ropa. Llevaba marcas de dientes en los lugares más sensibles. Una buena comida sería perfecta.

Pasé junto a Espeusipo que estaba en un nicho junto a la puerta, sólo con una túnica, revisando algunas notas. Nos miramos el uno al otro de arriba abajo y apartamos la vista. Se oyó un rugido cuando entré atravesando la puerta interior. Ya estaban borrachos, todos mis compañeros de estudios, y rugían cada vez que aparecía alguien: yo, Calipo con un pergamino enrollado debajo del brazo, un esclavo con una bandeja llena de exquisiteces. Platón estaba sentado con Eudoxo, pero interrumpía la conversación, levantaba la vista y sonreía de vez en cuando a este o aquel estudiante, y decía algún cumplido. Hasta luego, leí muchas veces en sus labios, y gracias. No sé qué, no sé cuantos, hasta luego. No se había cambiado de ropa, o a lo mejor la ropa de viaje que llevaba era la única que tenía. Vi que se fijaba en mí. Levantó las manos pidiendo silencio.

—Sobrino —llamó.

Espeusipo había entrado inmediatamente detrás de mí, y con grandes aspavientos me puso su mano, sudorosa, en la cabeza para apartarme a un lado.

—Tío. Ya voy contigo.

Espeusipo me soltó. Retrocedí hacia la multitud, cada vez más y más, mientras él daba su discurso de bienvenida, hasta que encontré a un esclavo junto a la pared con una bandeja que pude vaciar del todo. Acabé a tiempo de aplaudir con los demás.

—Agua —le dije al esclavo que llevaba dos jarras en su bandeja.

Mis manos todavía olían a la chica, o yo me lo imaginaba así. Cogí una flor grande de un ramo y metí un dedo tras otro en su blanca garganta, recogiendo el aroma. Platón estaba respondiendo a Espeusipo. Había cogido el pergamino de Calipo y lo había desenrollado y sujeto en alto. Era un mapa del mundo, manchado de negras cagadas de mosca. Platón estaba explicando que cada mancha representaba el lugar de nacimiento de un miembro de la Academia. Todos nos acercamos más, buscando nuestras manchas. No había ninguna en Estagira. Probablemente la que estaba en Pella se suponía que era la mía.

—Estoy muy orgulloso de todos vosotros —decía Platón—. Llevaba tanto tiempo fuera. Demasiado tiempo, ya lo sé. Estoy muy cansado, no puedo imaginarme siquiera volver a viajar dentro de poco tiempo. Todos estáis aquí atrapados conmigo, es lo que intento decir. —Risas—. Tenemos mucho trabajo que hacer, muchos problemas que resolver. Problemas difíciles. Pero no hay problema sin solución. Aquí somos como un mundo en miniatura, y juntos resolveremos los problemas del mundo. Problemas de geometría, de física, de gobierno, de justicia y de ley. Lo que consigamos aquí será incorruptible a través de los siglos. —Aplauso—. Me disculpo por la mala comida. Veo que el

nivel de la cocina ha bajado desmesuradamente desde que estoy fuera. Remediaremos ese problema mañana.

Risas y aplausos. Había sido una recriminación: la comida era buena y elaborada, y el maestro era un asceta.

—Mañana —repitió.

Me dirigí hacia él cuando acabó la reunión.

—¿Le ha gustado mi discurso al chico nuevo? —me preguntó.

—¿Todos los problemas tienen solución y la comida será peor mañana?

Él se rio y se inclinó hacia delante para mirar dentro de mi copa.

—¿No bebes?

Hablaba como Illeo. Illeo hablaba igual que él.

—No mucho.

—¿Por qué no?

Calipo estaba enrollando el pergamino, escuchando algo que Eudoxo le decía al oído. Estábamos solos por un momento en medio de aquella habitación llena de gente.

—Mi maestro en Pella bebía. Le impedía hacer su trabajo.

—Illeo.

Asentí.

—Recuerdo el tiempo que pasó aquí. Un chico encantador. Una mente encantadora. Muy dotado para las lenguas y para la lengua. Amaba la poesía. Entonces ya bebía, y le gustaba ir a la ciudad solo, por la noche. En aquel momento parecía inofensivo.

Le mantuve la mirada.

—Su carta me conmovió. Inesperada, en primer lugar, porque se fue enfadado. No había oído hablar de él desde hacía años. Luego decía: «Tengo un chico aquí. Deberías coger a ese chico».

Me olí los dedos.

—Yo también tenía un maestro, hace años. ¿Vienes conmigo, por favor? Me cuesta mucho oír en esta habitación.

Me hizo pasar una cortina. Vi que nuestros compañeros de estudios nos veían salir. Nos sentamos en una habitación en la que nunca había estado, una celda con una cama, una mesa, dos sillas y un estante con libros.

—Mi maestro fue un padre para mí —dijo él—. Yo seré un padre para tí, si me dejas. Tú eres ya muchas personas para mí. Illeo, de nuevo, y yo mismo de joven, y tu propio ser también. Eudoxo me dice que los demás te tienen miedo. Dice que pasas mucho tiempo solo.

—Sí.

—Eso no es malo. Pero no tiene por qué ser así.

—¿Por qué se fue enfadado Illeo?

—Quería que le amase más que a ninguno. Y le decepcioné.

Nos sentamos a escuchar los ruidos de la fiesta de la habitación grande.

—No todos los problemas tienen solución —dije.

Hablamos un rato de eso. Yo también quería que él me amase a mí más que a nadie, y sospechaba que para eso tendría que pelear con él. Ya tenía bastantes cervatillos en la habitación de al lado. Dijo que él creía en la perfección; yo respondí que creía en el compromiso. La perfección era un extremo, y yo sentía la necesidad de evitar los extremos, quizá porque estaba muy sujeto a ellos.

—Te ayudaré —dijo.

Dieron un golpecito en el marco de la puerta, y entró Eudoxo.

—Comida. —Dejó un plato en la mesa.

—Más bien dormir —dijo Platón, tendiéndome el plato—. Come en mi lugar. Los chicos siempre tienen hambre. Nuestra conversación durará años; no tenemos que acabarla esta misma noche.

Eudoxo me condujo de nuevo hasta la fiesta.

—Quizá no quieras esta comida. —Señaló el plato—. Está preparada especialmente para él. Sin miel, sin sal. A él le gustas. ¿De qué habéis hablado?

Pan, higos, yogur, un huevo de pato.

—¡Qué suerte! —Mis amigos se arremolinaban a mi alrededor, mirando el plato y observándome.

La chica había chupado y mordido, chupado y mordido, hasta que yo ya no sabía ni quién era. Sí que era consciente de que era la última vez que la veía. Aturdido, aparté la comida.

5

PITIA se está muriendo. Su dolor es una cinta brillante que tira de su vida a través de días pardos y noches sin sueño; es lo único real para ella. Yace en su habitación, en la cama, entre unas sábanas perfumadas con frutas que se han dejado madurar en los armarios, abanicada hora tras hora por su doncella. No puedo evitar pensar en su dolor también como un ser racional, uno con quien ella debe discutir para rescatarse, pero como es mala argumentadora, no puede. Veo la perplejidad en su rostro, las arrugas en la frente, a medida que la lógica del dolor la va venciendo, una y otra vez. A veces, en voz baja, habla de su niñez en la corte de Hermias, de su madre y de una hermana menor, a quien nunca había mencionado antes; a veces llora, y no puedo distinguir el dolor de la pena. En sueños se agita, dominada por las pesadillas, y se despierta con la cara blanca, los ojos y la boca negros de miedo. Cuesta mucho tiempo convencerla de que me cuente lo que ha visto.

«Una carretera» dice. O bien: «Voy andando». Y luego el terror la domina de nuevo y se niega a decir nada más. Sé que piensa que esos sueños son proféticos.

—Si me cuentas los sueños, quizás encuentre una forma de detenerlos.

Pero eso también la preocupa: si los dioses quieren que vea su muerte, sería impío rechazar la visión.

—¿De modo que mueres en los sueños? —pregunto, implacable. Nunca he tenido un sueño recurrente, nunca he tenido sueños con coherencia alguna, de hecho, y estoy fascinado.

Pitia cierra los ojos y con gran esfuerzo los abre de nuevo. Me mira directamente a los ojos mientras habla, y mi atención a sus palabras se ve afectada por la revelación de que a lo largo de nuestro matrimonio raramente nos hemos mirado a los ojos. Ella siempre mira por encima de mi hombro, o a mi pecho, o a mis pies.

—Voy andando —dice—. Voy sola. Hay viento y el cielo está negro. Entonces el cielo empieza a fundirse. Se cae a tiras, y detrás del cielo hay un fuego blanco, un ruido enorme. Pronto arde todo, y el cielo son sólo unos jirones negros, que el viento se va llevando. El viento y el ruido y el calor son insoportables, pero lo peor de todo es que estoy sola.

Se agarra a mis manos, sus nudillos se ponen blancos.

—Apenas cierro los ojos ya viene —susurra—. ¿He hecho mal en contártelo?

La consuelo lo mejor que puedo, con el lenguaje de la razón, explicándole que el órgano de las sensaciones del cuerpo, el corazón, necesita

una tregua natural llamada sueño, que el objetivo es dar descanso a los sentidos. Le explico la relación entre la digestión y el sueño (tomando nota privadamente de preguntar a la doncella por sus hábitos alimenticios), y le cuento que los sueños son la persistencia de impresiones sensoriales, que juegan con nuestra imaginación. Muchos factores pueden afectar a la naturaleza de los sueños de cada uno, como un ligero estímulo sensorial durante el sueño (una habitación demasiado caliente, o demasiado fría, por ejemplo) que se exagera en el sueño, produciendo la impresión de helarse o de quemarse. Quizá su sueño de gran calor lo sugiriese la fiebre, o quizá demasiadas mantas. (Sus ojos siguen los míos durante la lección, como los de la pequeña Pitia cuando le cuento que algún día será una gran dama muy guapa como su madre; y parece dubitativa, como si quisiera creer.) Luego le explico que algunas personas son especialmente sensibles a los sueños violentos, incluidas las más excitables o las que están en las garras de alguna emoción fuerte, o a las que tienen la mente vacía, un vacío que debe llenarse. (No le digo a qué categoría podría pertenecer ella. Mis propios sueños son insignificantes; mi propia mente está demasiado ocupada en la vigilia para precisar combustible durante la noche.) En cuanto a la impiedad, le explico con dulzura, se sabe que los perros sueñan (corren y mueven las patas dormidos), y ¿por qué iban a enviar visiones los dioses a un perro? No, los sueños pueden ser coincidencias, o proféticos, pero algunas personas responden a casi cualquier estímulo, igual que el agua tiembla cuando se arroja a ella la piedrecilla más diminuta, y ve visiones en la paja y en las ollas de cocina y en los recortes de las uñas, igual que en los sueños. No significa nada.

—Yo había pensado que quizá fuese un recuerdo. —Ahora Pitia está mucho más tranquila—. Cuando me hablabas de los cielos, de todas las…, las esferas, y la esfera exterior, la que es negra pero está llena de agujeros diminutos, de modo que el gran fuego que hay detrás brilla y forma las estrellas. En aquel momento me asustó, cuando me lo explicaste, y pensé que quizá lo estaba recordando en mis sueños.

—Sí, lo ves. —Siento un simultáneo brote de gratitud, de afecto, de asombro y de dolor al saber que voy a perderla de forma inevitable y próxima—. Ya lo has pensado sin mi ayuda. Estoy muy orgulloso de ti.

Ella se echa entonces hacia atrás y cierra los ojos, como una muestra de valor.

—Ahora está cómoda —dice la doncella después, cuando le pregunto—. Ha dormido esta tarde, un poco, mientras estabas fuera.

Esta doncella, Herpilis, es una criatura cálida, no especialmente joven, muy pulcra y con un rostro agradable. La morena de los ojos verdes, la que le gusta a Pitia. Ahora que está siempre en cama, Herpilis se ha hecho cargo de

llevar la casa. La he visto mimar a la pequeña Pitia con abrazos y carantoñas, un afecto que la pequeña acepta con una atención total, sin sonreír. Sospecho que ella intenta consolarme. No me molesta el esfuerzo, pero siento curiosidad por la audacia que supone. Es una criada, no una esclava, pero aun así…

—Te lo tomas con mucha calma —le digo, cuando cierra la puerta de la habitación de la enferma.

Sus brazos están cargados con ropa de cama que acaba de cambiar, tiene el rostro sonrojado por el esfuerzo de quitarlas sin molestar a Pitia. He intentado turnarme con ella junto al lecho de la enferma, como hago ahora cada noche, pero Pitia me ha despedido diciendo que lo único que quiero es hacerla pensar. «Habla con Herpilis mejor. Ella te escuchará», me ha dicho mi mujer.

—Ya lo he visto antes —dice ahora la doncella, en la sala—. Cuando era niña. A veces en el estómago, a veces en los pechos. Mi madre se sentaba con el enfermo. Me llevaba con ella.

Me quedo a un lado, dejando que pase antes que yo, y la sigo hacia la cocina, donde deja la ropa sucia en un rincón.

—Y tienes una idea… —digo, pero el valor se me encoge pronto dentro, y me quedo de pie, incómodo, sin acabar la frase.

—¿Cuánto?

Asiento. Ella a su vez menea la cabeza, lo que tomo al principio como un deseo de no hacer suposiciones, pero luego dice:

—No sufrirá mucho más.

La veo moverse por la cocina, ordenando y empezando a preparar mi cena. Se arranca un pelo de la cabeza, una cana blanca y áspera entre los cabellos oscuros, y con él rebana un huevo duro para la cena de la pequeña Pitia. No es tan joven, pero tampoco es vieja. Sus manos, especialmente las uñas, están limpias para ser las de una criada. Las sartenes están bruñidas; el suelo, barrido. Mi propia ropa de cama, ahora me doy cuenta, se cambia siempre antes de que tenga la oportunidad de olerme a mí mismo en ella. Mis comidas se sirven puntualmente, calientes; mis platos favoritos aparecen siempre sin que los pida. Hasta el jardín del patio parece más cuidado, sin hierbas, regado y recortado, y con sus estacas. Ahora me doy cuenta de todo.

Cuando me aclaro la garganta, ella se vuelve desde la tabla de cortar, se seca las manos y se levanta las faldas… para evitar alguna humedad en el suelo, pienso al principio. Cuando me sonríe, con la risa en los ojos, retrocedo como de un rescoldo. El resto de la velada lo paso en mi estudio con la puerta cerrada; como saben los criados, eso significa que no quiero que se me moleste por ningún motivo.

Hay precedentes históricos para determinadas fronteras territoriales: Esparta, Argos, Arcadia, Mesena, que Filipo, que está redibujando los mapas

allí muy atareado, debería conocer. Eso me digo a mí mismo, planeando enviarle una carta de consejo. Quizá le compare con Heracles. Se oyen voces en la puerta; Tycho los echará. Me encuentro mal, no dejo mi estudio, no veo a nadie. Pero oigo pasos.

—¿Tienes mierda en los oídos, mierda en la cabeza? —le digo a Tycho, sin volverme de los mapas que tengo en la mesa, ante mí—. Te he dicho que no estoy en casa.

—No te oigo.

Levanto la vista.

—Mierda en los oídos —explica Alejandro.

¿Qué es esto? Más alto, la voz más profunda… ¿Qué ha pasado?

—He venido a ver a Pitia.

—¿Ah, sí?

—Ella dijo que podía venir cuando quisiera.

La comisura de mi labio tiembla. Una sonrisa, si es que puedo sonreír.

Él se arrodilla ante mí, me mira a la cara.

—No estará ya…

—No, aún no.

Me coge las manos.

—No. —Las quito. Nada de calor, nada de contacto—. Está durmiendo. ¿Te quedarás hasta que se despierte?

Asiente.

—¿Cómo estás? ¿Cuándo has vuelto?

—Ayer. —Me cuenta brevemente sus últimas semanas, vigilado de cerca en Atenas y luego enviado a casa en seguida—. No saben qué hacer conmigo. Mi padre y Antipatro. Piensan que voy a hacer daño a alguien, o a mí mismo. Antipatro me lo ha dicho. No he visto a mi padre desde la batalla. Al menos me han devuelto mi cuchillo.

Así que ahí está, encima de la mesa entre nosotros, al fin.

—¿Recuerdas lo que ocurrió aquel día?

—Algo. Sé lo que me dijo Hefestión. —Duda—. Me contó lo que decía mi padre de que no tenía un heredero. ¿Es cierto?

—Filipo estaba asustado.

—No, no lo creo. Mi padre no se asusta.

—Entonces, enfadado. Tú…, estábamos haciendo algo que él no comprendía.

—¿Estábamos?

—Bueno, estabas.

—Un regalo. A Carolo le gustó la cabeza.

Así que se acuerda.

—¿Cómo se te ocurrió hacer aquello?

Él se queda absorto y yo tiemblo. Me devuelve a seis años atrás, la misma mirada de incomprensión de cuando Carolo le preguntó dónde lo había encontrado.

—Recuerda. La cabeza era asunto mío. Tenía que esculpir una de arcilla y pintarla. Fui a la casa de los actores a echarle un vistazo, para hacerla más precisa, y en el momento en que le vi supe que no acudiría a la representación. Era obvio para todo el mundo. Había una vieja allí que dijo que llevaba días durmiendo y que no se despertaría ya más. Tenía fiebre. Levantó las sábanas y me enseñó su vientre. Estaba hinchado por no haber cagado desde hacía mucho tiempo. Dijo que eso le estaba matando: había una obstrucción, y su cuerpo estaba lleno de mierda. ¿Puede ocurrir algo así?

Asentí.

—Así que hice un dibujo de su cara, para mi escultura, y me fui a casa y trabajé con el dibujo, pero no me salía bien. Era muy simple, como si lo hubiera hecho un niño.

—Pero tú eras un niño. La escultura es muy difícil incluso para un artista consagrado.

No me hace caso.

—Tendría que haber sido capaz de hacerlo, pero no podía. Pero me di cuenta de por qué. Es porque ya había tenido una idea mejor. Era una pérdida de tiempo trabajar en una idea inferior. Así que volví a su casa.

Al mismo tiempo, quería y no quería saberlo.

—Y entonces tú… —Muevo las manos. Pronto tendré medio siglo de edad—. ¿Le ayudaste?

Él duda. Cambia lo que estaba a punto de decir. En seis años, ésta es la primera vez que le he visto hacer tal cosa.

—Lo hizo la vieja, con una almohada. Dijo que ya había sufrido bastante.

—¿Y dejó que te llevaras la cabeza?

—Me lo llevé todo. Él sabía quién era yo. ¿Qué iba a hacer? Después ordené que le enterrasen como es debido. No soy ningún animal.

Ése es el mayor insulto que un hombre puede dirigirle a otro, recuerdo que le dije una vez; el feliz resultado de todo el tiempo que he pasado aquí es que él lo crea.

—¿Volverías a hacer una cosa igual? ¿Hoy mismo?

—Tienes que admitir que fue efectivo.

—Admito que fue efectivo. ¿Volverías a hacerlo?

—Quieres que diga que no. No, no volvería a hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque Carolo ha muerto.

—¿No queda ya nadie a quien impresionar?

Alejandro se mira el regazo.

—Perdóname. Hago daño con las palabras, es el arte del trágico. Dime, si tuvieras que escribir una tragedia, ¿de qué trataría?

—¿Yo?

—¿Qué es lo que hace que sientas temor, compasión?

—Es fácil: tú. Aquí atrapado conmigo cuando en realidad podrías ser grande en el mundo. Metido en una caja pequeña por mi padre y con la tapa cerrada y claveteada. Un animal moribundo en una jaula.

—Tú no estás moribundo.

—Estaba hablando de ti.

—No, no es así.

—Y cuando estés acabado y te haya exprimido todo el jugo, alguien vendrá y te cortará la cabeza y dirá: «Mira, mira su enorme cerebro. Mira qué desperdicio».

—No hay desperdicio —dije, bajito.

—Mente desperdiciada, cuerpo desperdiciado, pérdida de tiempo. ¿Sobre qué escribirías tú una tragedia?

—Amo. —Tycho está en la puerta—. La señora está despierta.

Nos ponemos en pie.

—Quiero verla a solas —dice Alejandro.

Espero en el patio mientras recojo hierbas. Estamos a finales de otoño otra vez; otra vez todo se muere. Hasta las plantas perennes se han vuelto leñosas y marrones. Ya no durarán mucho.

—Me ha preguntado si me has dado de comer —dice Alejandro cuando vuelve al cabo de unos minutos—. Le he dicho que no, y que me moría de hambre.

—Ahora tendré que sufrir el castigo. —Vamos juntos hacia la puerta—. ¿Cómo está tu madre?

—Más feliz. La estoy viendo mucho estos días. ¿Quién me lo puede impedir?

En la calle espera Hefestión y un puñado de otros chicos que conozco, a los que he enseñado. Ahora ya son hombres que no me hacen caso, excepto Hefestión, que me dirige un gesto y aparta la vista.

—Mi escolta —dice Alejandro.

—¿Volveré a verte?

—Mi padre lo prohíbe. Así que, por supuesto.

Vuelvo con Pitia. La habitación está caliente y oscura y huele a las especias que se queman en un pequeño brasero para perfumar el aire.

—No puede dormir —dice ella—. Los sonidos fuertes le sobresaltan. Ni puede concentrarse en los libros. No siempre recuerda qué ha hecho durante el día. Se pone furioso y luego se le pasa y se quiere morir.

—Es una especie de enfermedad del combate. Corazón de soldado, lo llaman.

—Corazón de soldado. —Veo que le da vueltas en la cabeza—. Suena a alabanza.

—Yo también lo he pensado. Dicen que a menudo se recuperan.

—Él dice que cada vez está peor.

Lo recuerdo cojeando para que lo viera su madre.

—Está preocupado por ti. Quiere que te ocupes mucho de él y que te olvides de ti. Se pondrá bien.

La respuesta, por supuesto, es que yo no escribiría jamás una tragedia. No tengo ese tipo de mente.

Filipo vuelve a Pella a principios del invierno. Parece un hombre cambiado. Mastica perejil para endulzar el aliento, y viste a la moda, y bebe mucho menos. Se dice que se ha enamorado de la hija del general Atalo, una muchacha llamada Cleopatra.

Ella es un espacio en blanco viviente, fresca, bonita y poco interesante. Su boca se frunce en un mohín natural, como los pétalos de una flor, y probablemente ésa es la fuente de su atractivo. Tiene la serenidad cándida de una favorita que no es lo suficientemente mayor para apreciar el peligro de su posición, y una risa chillona.

Herpilis es de Estagira, y ésa es la punta de la daga que hiere mi corazón. Pitia me lo cuenta durante una de esas largas tardes en que nuestra conversación fluye suelta y amplia, y no me resulta difícil mencionarle los buenos cuidados que me está prodigando esa mujer durante su enfermedad. Cuando estamos a solas otra vez, mientras Herpilis me sirve la cena, le pregunto si es verdad.

—¿No te acuerdas de mí?

—Me gustaría, pero no —digo, con toda sinceridad—. Creo que eres más joven que yo.

—Quizás un poco. Recuerdo la casa de tu padre. Bonitas flores. Mi padre ayudó al tuyo a quitar los nidos de avispa de debajo de las tejas. Puede que hubiera siete u ocho. Recuerdo que estaba sentada en el jardín, mirando con un grupo de niños de las casas de alrededor, y tú nos ibas llevando más lejos, cada vez más lejos, para que no nos picaran. Igual que un perro con las ovejas.

—Me acuerdo. —Y es cierto, vuelve de golpe: el calor del verano, el zumbido de las avispas, el ruido extraordinario de todos los visitantes en el

jardín, y mi emoción y cansancio al verme rodeado de tantos niños, cuando estaba acostumbrado a pasar todo el tiempo solo. Aquel día fue como un festival—. ¿Y qué más?

—Siempre estabas nadando. Veíamos tu cabeza en el agua, mis hermanas y yo, y yo sabía que eras tú. Pero nuestra madre nos dijo que no nos riéramos nunca de ti, porque eras un favorito del dios del mar.

—¿Tú te reías de mí?

Ella hace un gesto con la mano, riéndose, y me vuelve a llenar el vaso.

—Mi padre era pescador. Tú no me conocías, pero yo sí que me acuerdo de ti. Fui a trabajar para la gente de tu madre cuando te fuiste de casa, y ella me envió a ti cuando te casaste.

—Sí.

Es un recuerdo vago; sólo veía a Pitia, de por aquel entonces. Puede que recuerde a una mujer unos años mayor que mi nueva esposa, más alta y más gruesa, con la sonrisa fácil. Nunca tuve demasiada relación con las mujeres de mi esposa.

A lo largo de los días y semanas siguientes vamos compartiendo aquellos pocos recuerdos: la gran nevada, la cosecha extraordinaria, la terrible tormenta, las festividades de nuestra infancia común, pero separada. La oferta de la cocina no se ha repetido aún, pero tengo la sospecha de que ocurrirá. Ella no es un ramito verde, como era Pitia; sus pechos son grandes y pesados, en lugar de las manzanas de Pitia. Durante un tiempo decido rechazarla activamente. Es demasiado amable y sonriente, demasiado de mi misma edad, demasiado familiar… y demasiado desconcertante: un borrón negro en mi memoria, un pequeño hueco vacío, un rostro que debería recordar, pero que no recuerdo. Se ha vuelto molesta, una irritación constante, y escucho atentamente sus pasos, su voz, sólo por la irritación que produce en mí. Su olor también, un perfume de mi esposa (Pitia me contó lo del regalo: «Tengo demasiados; nunca me los pondré todos»), transformada por la alquimia de su piel distinta de flores ligeras a otras oscuras, o eso imagino, al menos. Sus gestos: cómo se mete el pelo por detrás del oído con los dedos curvados; la costumbre que tiene de gruñir bajito cuando se sienta después de pasar mucho rato de pie, o se pone de pie después de pasar mucho rato sentada; la sonrisa leve y constante; la forma inconsciente que tiene a veces de cogerse los pechos con las manos… Todo eso se me hace intolerable. Por supuesto, me estoy enamorando, y lo sé. El sexo no es la cura, pero sí un tratamiento que estoy reservando para el momento álgido de la fiebre.

Un día la emprende con los libros de mi biblioteca, los saca al sol para quitarles el polvo y secarlos fuera, y así evitar el moho, un proceso que me altera mucho: las idas y venidas, los libros fuera de sitio, el miedo a las manos

mugrientas de mi hija, el miedo a la lluvia. Me desplazo de mi mesa de trabajo a la puerta cada minuto o dos para asegurarme de que la pequeña Pitia no está chupando mi República ni ha asomado ninguna nube para estropearlo todo.

—El cielo sigue azul —dice Herpilis, señalando hacia arriba.

Cuando vuelvo a mirar hacia afuera, ella no se da cuenta: está examinando uno de los libros.

Me pongo tras ella y miro por encima de su hombro.

—¿Sabes leer?

Se sobresalta y enrolla el libro.

—No.

Cojo el libro de sus manos. Está pegajoso. Lo desenrollo, leo unas cuantas líneas y me echo a reír. También hay dibujos, que seguramente ella ha estado mirando.

—Perfecto. Necesitaba un regalo para la boda.

El día después de la boda, Alejandro, Olimpia y su séquito dejan Pella y se van a Dodona, la capital del vecino Epiro, donde es rey el hermano de Olimpia.

—No veo por qué todo este escándalo —me dice Calístenes en mi estudio—. Filipo ha tenido otras mujeres desde Olimpia. ¿Por qué se va corriendo ahora?

Oigo en la entonación de su frase la condescendencia de la corte.

—Y Alejandro. Un león en la batalla, pero en casa, tan histérico como una mujer.

—¿Quién dice tal cosa? —le pregunto.

—Si hubieras estado en la corte, lo habrías visto. Estaba susceptible como un demonio, se peleaba con la gente por nada. Como anoche. Atacar a Atalo, amenazar a su propio padre…

Calístenes asistió a la boda como invitado de Filipo; yo en cambio no fui invitado.

—¿Qué ocurrió exactamente? He oído sólo una información confusa de Tycho. Los esclavos consiguen información rápidamente, pero no suele ser fiable.

—Atalo hizo un brindis en el que dijo que la pareja traería al mundo unos hijos muy bellos, o algo por el estilo. Alejandro se ofendió entonces y le tiró una copa a la cabeza. Y le dio. —Calístenes imita a Atalo recibiendo un golpe en la sien—. ¡Paf! Entonces Filipo salta y se cae de cara, y Alejandro se pregunta cómo se las va a arreglar en Persia, si ni siquiera puede levantarse de su propio diván…

—Muy bonito.

—Y dice no se qué de que aquélla es la última vez que todo el mundo insulta a su madre. Ahí me perdí un poco, pero es que había bebido mucho.

—Olimpia no es macedonia, es epirota, de modo que Alejandro es mitad y mitad. Un hijo de pura sangre macedonia desplazaría a Alejandro en la línea del trono.

—Alejandro no permitiría jamás que le suplantara un bebé —dice mi sobrino, tranquilamente.

Nunca deja de sorprenderme cómo planea este hombre por encima de su propia ignorancia y lleva una conversación como si fuera yo el que necesitara instrucción.

—Pues no veo cómo iba a impedirlo. Un regente puede gobernar a través de un bebé hasta que cumpla la edad necesaria. No sería la primera vez.

Aunque ahora estoy casi todo el tiempo metido en casa, conozco los cotilleos; más inflamados cuando viene mi sobrino a visitarme, más calmados cuando vienen de Herpilis. Alejandro ha instalado a su madre en la corte de su hermano, en Dodona, y él mismo visitó el célebre oráculo establecido allí, un enorme roble lleno de nidos de palomas y con calderos de bronce colgados que resuenan al pasar el viento. Entonces se dirigió a caballo hacia el norte, solo, y se rumorea que está reflexionando profundamente. (Herpilis sonríe; yo sonrío; luego dejamos de sonreír, con mucho cuidado, sin hacer más comentarios). Mientras tanto un mediador, Demarato de Corinto, amigo de la familia, está ahora en Pella, ahora en Epiro, transmitiendo mensajes de respeto y contrición entre padre e hijo. Todo esto lo observan los macedonios con su habitual interés voraz, como si los dos hombres fueran un león rugiente y un cachorro. Al final, Alejandro regresa solo a Pella, con la cabeza bien alta, y vuelve a desempeñar con gran dignidad y magnanimidad su antiguo papel de aparente heredero. Ayuda mucho que la joven Cleopatra no se deje ver. Se dice que está embarazada y que le sienta mal, y raramente deja el lecho.

Empiezo un pequeño trabajo sobre la respiración, un librito para mantenerme ocupado a la cabecera de Pitia. Ella sale y entra en la consciencia, y yo paso horas observando la luz del sol que se mueve por las paredes, y escuchando el ritmo de su respiración. Yo mismo me deslizo fácilmente, esas tardes, en una especie de estupor drogado, con recuerdos y ensoñaciones eróticas diurnas entrelazadas, recordando a Pitia en la flor de su juventud, a Pitia en nuestra noche de bodas, con sus velos y sus guirnaldas, cuando la llevé hasta mi puerta, donde esperaban las mujeres con antorchas encendidas, y más tarde, en el banquete nupcial, comiendo pastelitos de sésamo y membrillo; Pitia, a quien después de aquella primera noche hubo que convencer con infinita paciencia para que se quitara la ropa y se metiera en mi cama; Pitia, que yace ahora en el lecho, del cual no se levantará nunca más. Incluso me he

masturbado una vez mientras ella estaba echada y luchando por respirar. Escribo todo lo que sé de la respiración, en hombres, animales, peces y aves, e intento disipar el recuerdo que no he sido capaz de resistir, el recuerdo que lacera mi corazón ahora, el de nuestra noche de bodas, cuando apoyé la cabeza en su pecho y noté que su respiración subía y bajaba, y pensé que ya nunca más tendría que dormir solo.

Pitia muere por la noche. Cuando empieza a jadear voy a la cocina a por un vaso de agua, y cuando vuelvo, ya se ha ido. Le cierro los ojos, le pongo la moneda en la lengua y me echo a su lado, presionando mi cara contra su hombro, su cuello, su pecho, en la última calidez que reside en ella. Mía al fin.

Pocos días después aparece un mensajero. Juntos subimos a palacio a caballo. El verano se acerca; la luz es plana y el calor permanece más tiempo en el suelo. Pienso brevemente en llevar a Herpilis a la costa, enseñarle a nadar, pero sé que no lo haré. Estaría excesivamente deseosa, sonreiría demasiado.

Mi audiencia resulta ser privada. Después de esperar unos pocos minutos a solas en un pequeño vestíbulo, Filipo entra a grandes zancadas y me abraza rudamente.

—Lo he oído. Lo siento mucho.

El rey se sienta conmigo largo rato, hablando con su habitual amabilidad algo ruda, con una congoja en la voz que suena genuina, y me conmueve. Es más paciente conmigo que yo con la pequeña Pitia, que ha llorado hasta coger fiebre y que vomita todo lo que come. Sigue pidiendo una moneda para el barquero, para poder ir a ver a su mamá. No puedo soportar estar cerca de ella.

Al final me esfuerzo por decirle:

—Me estoy apartando de mis deberes.

—No, no es así. Pienso en mi pequeña, lo que habría ocurrido si hubiese muerto. No sé lo que habría hecho.

Recuerdo entonces felicitarle por el nacimiento de su hija.

—La llamaremos Eurídice, por mi madre. —Filipo sacude la cabeza—. Y tengo que contarte una cosa más. El sátrapa de Caria me ha ofrecido a su hija para Arrideo.

—¿En matrimonio?

Filipo se ríe y se seca los ojos.

—Caria.

Intento pensar claramente.

—No es demasiado grande, ni demasiado pequeña. Estratégica. Podría interesar. Celebraremos una cena para él, tienes que venir.

—¿Para Arrideo?

—Para Pixodaro. El sátrapa. Es una idea solamente. ¿Se supone que él debería estar allí?

—¿Arrideo? —pregunto de nuevo.

—Sí, claro. Espero que no lo joda todo. Sabe comer solito, ¿no?

—¿Cuándo fue la última vez que le viste?

Filipo guiña los ojos con intensidad.

—Pues no me acuerdo —dice al final—. ¿Cuánto tiempo llevas con nosotros?

—Seis años.

—Sí, más o menos ese tiempo.

Me levanto para irme.

—Espera, espera. Tienes una prisa del demonio hoy. Aún no te he contado lo más importante.

Al parecer lo más importante no es la muerte de mi mujer, ni el nacimiento de su hija, ni el matrimonio de su hijo. Vuelvo a sentarme.

—Parece como si tuvieras miedo de que te fuera a pegar.

Finge darme un puñetazo en la cabeza y yo lo esquivo automáticamente. En algún momento de los últimos veinticinco años he adquirido los reflejos suficientes.

Filipo se ríe.

—No te di las gracias por mi regalo de boda, con todo el jaleo, ¿verdad? Siempre has sido muy gracioso.

Así que eso es lo principal: un libro pegajoso, un poquito de nostalgia que todavía olía ligeramente a pasas.

—¿Ah, sí?

—Tenías la cara de un payaso. Siempre intentabas hacer reír a todo el mundo. Recuerdo que imitabas a la gente. Solías imitar a tu padre… y al mío. En realidad daba un poco de miedo.

—No, no era yo.

—Ah, sí. Y una vez me imitaste a mí también, y yo te di una paliza. Era muy divertido, pero tenía que hacerlo. Creo que fingías que te follabas una manzana.

—A ti te encantaban las manzanas —dije lentamente, intentando recordar.

—Aún me gustan. —Se da un manotazo en la pierna de manera concluyente, como si yo hubiera aclarado ya el tema—. Y es curioso. A Alejandro también le gustan. Compartía las que me comía con él, cuando era pequeño, se las daba con mi propio cuchillo. Hubo un tiempo en que me quería mucho. ¿Adónde fue aquel niñito pequeño, lo sabes?

—Ahora tiene su propio cuchillo.

Me da un puñetazo en la mandíbula, con mucha suavidad, un golpe que veo venir. Esta vez dejo que dé en el blanco.

—Deberíamos haber sido mejores amigos.

Es lo más parecido a una disculpa que me va a ofrecer. Asiento.

—Cleopatra afirma que Olimpia quizá diga la verdad, y que a lo mejor el niño es hijo de algún dios. No pongas esa cara, ya has oído los rumores. La propia Olimpia los ha extendido. Lleva años haciéndolo, pero nunca le había prestado atención. La pequeña Cleopatra, ¿eh? Ya es política. Ya sabemos lo que quiere en realidad, por supuesto, lo que pasa es que es demasiado lista para decirlo sin más. Aunque no creo que sea verdad. ¿Otro amante? No por aquel entonces, creo. Estuvimos locos el uno por el otro, durante un tiempo, su madre y yo. ¿Crees que se parece a mí?

—Qué cosas me preguntas.

Filipo se echa a reír.

—¿Lo ves? Eres divertido. Qué me ibas a responder. Muy bien. Aunque él siempre se ha parecido más a ella, el pelo, la piel, todo eso. ¿No es ridículo empezar a preguntarse todo esto ahora?

Decido que mi dolor puede comprarme cierta indulgencia.

—No es demasiado alto.

—Muy amable que me lo recuerdes. —Filipo parece enfadado, y eso es un peligro. Pero luego dice otra vez—: Muy amable que me lo recuerdes.

Sus ojos ya no están centrados en mí, y sé que le he dado lo que quería, una piedrecilla pulida que coger por la noche y frotar con el pulgar, una cuenta, un talismán: dos hombres bajos en un reino de hombres altos.

Me pregunto cuánto tiempo aguantará todo esto y lo lista que es en realidad su pequeña esposa. Una hija esta vez, pero un hijo la siguiente, quizás, y entonces, ¿qué? No tan vacua y cándida, si ya está pensando tanto en el futuro. Ha aprendido deprisa o alguien le ha enseñado. Y ¿cuánto tiempo pasará hasta que Alejandro oiga decir que su padre se pregunta si no será un bastardo?

—Bien —dice Filipo. Me pregunto cuántas de todas esas cosas se las habrá dicho ya a sí mismo. La mayor parte, supongo—. Ves, siempre me va muy bien hablar contigo. Ahora te voy a decir una cosa. Probablemente no sea el momento adecuado, y quizá no te guste pensar en ello ahora que es un momento de duelo para ti, pero quiero que lo guardes, no sé si sabes lo que quiero decir, y dejes que vaya penetrando. Estoy reconstruyendo Estagira.

—¿Estagira?

—Es como una recompensa por todo lo que has hecho por el chico. Un regalo. Llámalo como quieras. Sé que las cosas no han resultado como

esperábamos ninguno de los dos, pero no puedes mirarle y pensar que has perdido el tiempo.

—Pues no, es verdad.

—No puedes. De todos modos, he ordenado que empiecen las obras, y quiero que vayas allí más adelante, durante el verano, y las supervises. Puedes decirme qué es lo que hay que hacer, y yo me ocuparé de que se haga. Campos, cosechas, edificios, barcos, lo que sea necesario. Podemos volver a llevar a la gente, también, o intentarlo al menos. Sabrás dónde encontrar a algunos de ellos quizá, ¿no?

—Quizá.

—Recuerdo que tenías un hermano.

—Sí.

No le digo que Arimnesto murió cuando tenía dieciocho años tras caerse de su caballo, ni tampoco que al año siguiente Arimneste falleció al dar a luz a su segundo hijo, una niña que murió con ella, y que Proxeno y Nicanor se fueron de Atarneo antes de que yo pudiera ir allí y que ahora se han establecido en Ereso, en Lesbos. Pitia y yo les visitamos un par de veces durante los años que estuvimos en Mitilene. Estagira ya no significa nada para ellos. Y seguramente no será Atenas, pero comprendo que ahora la promesa está en las altas esferas, con los tebanos.

Nos levantamos al mismo tiempo y nos abrazamos por última vez.

—Es como un dios, ¿verdad? —dice Filipo—. ¿Quién entiende a los dioses? No me puedes echar la culpa por hacer planes de reserva. Algunos días le miro y me pregunto qué hará.

—Oye esto —dice Alejandro.

A su señal, el actor empieza a declamar.

—No puedes hacer eso —intervengo, al cabo de un par de palabras, cuando he comprendido lo esencial del discurso.

El actor se detiene. Alejandro se vuelve hacia mí con su antigua mirada de divertida incredulidad.

—Majestad —añado, rápidamente.

Estamos en la biblioteca de palacio, donde Alejandro me ha convocado aparentemente para una lección.

—Sí que puedo, y lo voy a hacer —señala—. ¿A quién crees que preferirá para su hija, a Arrideo o a mí? ¿Se atreverá a rechazarme?

El actor es alto, esbelto y guapo, y está de pie con una inmovilidad poco natural, mientras los demás hablan. Le reconozco, es Tesalo, de Corinto, el famoso trágico, el nuevo favorito de la corte de Macedonia.

—Empieza otra vez —dice Alejandro.

El actor obedece. Habla extensamente de las cualidades de Alejandro mientras el príncipe marca el ritmo en el brazo de su sillón.

—¿Has conocido a esa chica? —le pregunto, cuando acaba.

Alejandro arroja unas cuantas monedas que el actor coge limpiamente y se guarda. Hace una reverencia y, lentamente, con dignidad de trágico, abandona la habitación.

Alejandro desecha la observación, y por asociación todo diálogo casual, con un gesto de la mano, como si apartara una mosca.

—Arregla un matrimonio para mi hermano. Mi hermano mayor, el débil mental, el idiota. ¿Y por qué no yo? ¿Acaso no me puedo casar? ¿Cree que Arrideo tiene algo de lo que yo carezco? Caria es nuestro aliado más importante contra los persas.

Me pregunto si me atreveré a señalar que eso no es cierto.

—Está intentando reemplazarme. No confía en mí. Ha tenido una hija, ya ves, de modo que ahora tiene que encontrar otro camino. Pondrá al mocoso de Arrideo por delante de mí, incluso.

Observo una pila de documentos en la mesa, junto a su codo.

—¿Has tenido noticias de tu madre? —Olimpia se ha quedado en Epiro con su hermano, el rey, enfurruñada, dicen los macedonios.

—Me escribe. —Alejandro indica los documentos.

Le aconsejo que lo reconsidere.

—Supongo que piensas que todavía no estoy preparado para el matrimonio.

—Para este matrimonio no. Está por debajo de ti.

Veo que el chico considera mis palabras, manteniéndose noblemente quieto, como el actor.

Cuando Filipo averiguó el plan de Alejandro desterró a cuatro de los acompañantes de éste, incluyendo a Ptolomeo, pero no a Hefestión. Filipo nunca ha sido un idiota, ni siquiera cuando está enfadado; quería castigar a su hijo, no destrozarlo. Cuando supo que Tesalo ya estaba de vuelta en Corinto, envió a unos soldados a buscarle e hizo que le trajeran de vuelta a Pella, encadenado. El actor soportó tal indignidad con gran nobleza y silencioso sufrimiento.

—Ya me lo puedo imaginar —digo.

Herpilis, que me está contando la historia, me pincha con el dedo en el brazo, reprobadoramente. Estamos en la cama. Ahora estamos follando, un asunto agradable y picante que no tengo que explicarle a nadie. Ella fue a ver al actor arrastrado por las calles, como la mayor parte de la gente de Pella, mientras yo me quedaba en casa trabajando en mi libro.

—Esa pobre chica, sin embargo… —dice Herpilis—. No sabe qué hermano se lleva.

Me vuelvo de espaldas para ayudarla.

—Se lleva a Arrideo. Creo que Filipo ya se encargó de eso bastante rápido.

—Pobre chica.

Cierro los ojos.

—Pobre chico.

Mi mente vuelve al trabajo sobre las categorías del placer y cómo enseñarlas. Una o dos veces, Herpilis me dejó que lo hiciera a mi gusto. Cuando empezó a guiarme un poco, supuse que me estaba ofreciendo libertades que pensaba que yo dudaba en tomarme: lengua en el pezón, dedos en el agujero. Luego, una noche, después de que yo ya me hubiera vaciado, ella continuó gruñendo y moviéndose hasta que le pregunté qué le pasaba. Recorrí su brazo con mis dedos hasta los suyos, para ver lo que estaba haciendo.

—¿Necesitas un paño? —pregunté. Pero no se estaba secando, sino frotando. Intentaba usar mis dedos, pero yo los aparté y le dije que fuera más modesta.

—¿Qué? —dijo.

—Ya he acabado. —Era consciente de que sonaba como mi padre—. No es necesario.

—Tú has acabado, pero yo no.

No sabiendo qué decir, la dejé continuar. Ella arqueó la espalda un poco y luego se derrumbó en una serie de espasmos, gimiendo débilmente al exhalar. Un sonido molesto.

—¿Y qué ha sido eso?

Supuse que su respuesta era una mentira. Mi padre me había enseñado que lo que ella aseguraba experimentar no era posible físicamente.

—La próxima vez puedes ayudar —me dijo.

Le pedí que me describiera su placer.

—Como la miel. Como un tambor. —Y añadió otros símiles: como llegar a la cima de una colina, como las olas rompiendo, como el color del oro.

Dijo que cuando me corría parecía un hombre que levanta algo pesado y que luego, con gran esfuerzo, lo deja caer.

Al primer rey griego en Macedonia un oráculo le dijo que construyera una ciudad en el lugar donde viera por primera vez las aigas, las cabras. Veinticuatro años antes, la primera salida militar de Filipo como rey fue la defensa de Aigai o Egas (antigua capital, sitio de las tumbas reales) contra Atenas. Al final de este verano, la corte se vuelve a situar en Egas.

El palacio, protegido desde atrás por una montaña, da al norte, con una vista por encima del santuario y la ciudad de la llanura que hay debajo. Es más pequeño que el palacio de Pella, pero más antiguo y más sagrado; todas las ceremonias importantes se llevan a cabo allí. En el corazón del complejo se encuentra un patio cuadrado con columnas; luego las salas de recepción, santuarios, salones. El salón del trono circular tiene una inscripción a Heracles en mosaico; por todas partes, los suelos están trabajados con vides y flores de piedra, de modo que es como caminar por unas praderas llenas de flores. Junto al muro occidental se encuentra el teatro al aire libre. Un elevado muro de piedra protege a los cortesanos en su camino desde el palacio al teatro, apartándoles de la vista del espacio público de la ciudad. El teatro es de piedra y de tierra batida, con plataformas para el público y un altar a Dionisio en el centro del escenario.

Además de la corte de Pella viene el rey de Epiro, el hermano de Olimpia, Alexandros. Filipo, político hasta el final, ha dispuesto que la hija que tuvo con Olimpia se case con su propio tío. El matrimonio se comprende en general como una herramienta para confirmar la lealtad de Alexandros a Filipo, más que a Olimpia. Es una boda importante, no por quiénes son la novia y el novio (Filipo, presumiblemente, todavía los tiene en un puño a cada uno de ellos), sino como oportunidad para que Filipo muestre su grandeza ante todo el mundo. Macedonia misma se exhibe. Será un festival de las artes, juegos y banquetes enormes que durarán muchos días. Vienen huéspedes extranjeros de todas partes; no es el momento de que los extranjeros le hagan un feo a Filipo.

La mañana del primer día de celebraciones se va a representar otra vez una obra de Eurípides, Las bacantes. ¿Está incurriendo Filipo en una pequeña ironía, recordando a su cuñado la última representación a la que acudieron juntos, años atrás? A todos nos encanta Las bacantes.

Me siento entre el público con mi sobrino, en la parte de atrás, esperando que empiece la obra. Por debajo de nosotros se sientan unos cuantos centenares de invitados de Filipo, hombres muy atractivos y encantadores con su ropa festiva, con flores en el pelo; sus muchas lenguas enriqueciendo el aire. El resto de los invitados (un millar en total, he oído decir) ya están festejándolo, esperando los juegos de la tarde. El calor es opresivo y echo de menos a Herpilis, que se ha quedado en Pella cuidando a la pequeña Pitia y a nuestro hijo recién nacido, que se llama Nicómaco, en recuerdo de mi padre. Añoro el diminuto cuerpo de mi hijo en el lecho, donde Herpilis, con total naturalidad, lo colocó entre nosotros ya la primera noche, y donde duerme con los brazos extendidos, una mano en la de su madre y otra en la mía. Me produce un placer profundo y animal (la cabecita pequeña y gorda, los ronquidos, como un cachorrito en el cubil, los miembros entrelazados) que

nunca tuve con mi hija. Pitia insistía en que durmiera en su propia habitación con la niñera, que para la alimentación nocturna nos despertaba formalmente con un golpecito ritual en la puerta, como si temiera interrumpir algún acto matrimonial. La pequeña Pitia era un bebé muy quejoso, y costaba una eternidad que se durmiera de nuevo cuando se despertaba. El pequeño Nicómaco hasta ahora come como un lobo (Herpilis lo alimenta en su regazo, con las piernas cruzadas, a mi lado en la cama, como una campesina) y duerme como un tronco, con un hililllo blanco delicioso todavía en la comisura de los labios. Creo que será de buen carácter. Le echo de menos. También me complace mucho Herpilis, que es de natural amable y competente, comparte mis recuerdos de niñez y tiene una terrenalidad muy tranquilizadora, contra la ausencia etérea de mi esposa muerta. Pero mi trabajo francamente le aburre, y cuando hablamos de él, ella siempre tiene entre manos otra tarea, está cosiendo, o cortando verduras, o alimentando al niño, o trenzando el fino pelo de la pequeña Pitia.

Es hora de empezar a elegir un futuro: en algún lugar, con personas con las que pueda hablar, o al menos con fantasmas con los que pueda convivir.

—Veo un viaje.

Calístenes me lo dijo ayer, agitando los dedos ante sus ojos como un sacerdote que tiene una visión. Yo también lo veo, pero los viajes necesitan esperanza, valor, planificación y un deseo de levantarse por la mañana. Me va a costar un poco de tiempo reunir todas esas cosas.

Empieza la procesión, los tambores y las trompetas, las estatuas de los dioses, y luego aparece el propio Filipo, unos pocos pasos por delante de su guardia personal. La multitud ruge. Uno de los guardias se agacha repentinamente y saca un cuchillo. Filipo parece decir algo, parece levantar una mano al hombro del soldado, y luego el cuchillo sobresale del pecho de Filipo. ¿Cómo? Filipo mira por encima de su hombro, se arrodilla cuidadosamente, toca el mango del cuchillo y cae al suelo.

No veo lo que ocurre en el escenario después. A mi alrededor, los hombres lanzan blasfemias, llaman a los dioses, niegan lo que acaban de ver. ¿Cómo? ¡No! Luego la multitud empuja, se tambalea, corre y nos lleva a todos con ella. Calístenes y yo somos como partículas en una corriente. Nos cogemos del brazo para permanecer juntos. Fuera del teatro, los soldados chillan a la gente que vaya al lugar donde se aloja y que se queden allí. Para nosotros es la biblioteca del palacio. Nos registran varias veces en busca de armas, mientras nos dirigimos hacia allí. Calístenes sangra por el tobillo, donde ha recibido una patada.

—¿Está bien el príncipe? —pregunto a un soldado, a las puertas del palacio. Éste nos reconoce.

—El rey, querrás decir.

—¿Está bien?

—Es el rey —dice el soldado.

La biblioteca está en silencio. Nuestros petates están donde los hemos dejado por la mañana. Aquí hay muchos extranjeros, todo el espacio está ocupado. No me gusta comer, beber, lavarme, mear aquí, trayendo humedad al lugar donde están los libros, pero no nos han dado otra opción.

—¿Has visto quién ha sido? —Calístenes arranca una tira de tela de su ropa de cama para vendarse el tobillo—. Pausanias.

—¿Por qué?

Calístenes lo sabe. Se cuenta una historia del oficial (un epílogo de la historia que me contó Carolo sobre su promoción, hace mucho tiempo). Se dice que se peleó con Atalo, el padre de la nueva reina, y que éste, fingiendo reconciliarse con él, le invitó a cenar, lo emborrachó y lo arrojó al patio con los mozos de cuadras. Cuando Pausanias acudió ante Filipo para que hiciera justicia, el rey se negó a castigar a su propio suegro. Por el contrario, envió a Atalo al mando de una avanzadilla, a Persia, para que preparase la invasión que vendría después: Por otro lado, promovió de nuevo a Pausanias, esta vez a su guardia personal, en un intento de aplacarle.

—Lo abatieron y la emprendieron por turnos —dice Calístenes—. Cagará sangre durante días.

—¿Ha atacado al rey por un asunto de sexo que se ha vuelto violento? Eso no me cuadra. —Sin embargo, «celebran con él, hacen sufrir a la gente con él, hacen sus negocios con él, gobiernan el reino con él»—. ¿No crees que Filipo esté muerto?

La sala tiene una ventana alta y muy estrecha que da a los viñedos. Calístenes saca el cuello, intentando ver algo, cualquier cosa.

—¿Crees que alguien se acuerda de que estamos aquí?

La respuesta llega a medianoche. Hemos encendido unas lámparas y hemos bebido el agua rancia de la mañana, pero no nos hemos atrevido a salir a buscar comida. Ahora estamos echados en nuestros petates, despiertos, cuando un soldado abre la puerta. Un soldado. Antipatro.

—No, tú no —le dice a Calístenes.

Le sigo a través de unas salas desconocidas. Egas es más antigua y ruda que la moderna y cara Pella; las salas son más estrechas, más oscuras, con los techos bajos y los suelos irregulares. Pasamos junto a centinelas y patrullas, soldados inquietos con la cara blanca que se sobresaltan y respingan hasta que

reconocen a Antipatro. Me alegro de no haber intentado salir solo de la biblioteca.

—Ponte de frente —dice Antipatro, ante una puerta—. Extiende los brazos. —Me da unas palmaditas, buscando armas—. Entra.

—¿Qué hay aquí?

—Entra.

Un dormitorio. Alejandro está sentado en la cama, con la cabeza entre las manos. Levanta la vista cuando entro. Me siento junto a él y le paso un brazo por encima de los hombros.

—Quizá lo deseaba —dice.

—Todos los jóvenes quieren que mueran sus padres. Y luego, cuando pasa…

—Hice sacrificios para que ocurriera.

—¿Qué sacrificaste?

—Un gallo negro. Quería un toro, pero no se puede esconder un toro. Pero los dioses sabían lo que yo deseaba.

—¿Cuándo fue eso?

—Después de Media, cuando me dijo que me dejaría lisiado si salía otra vez solo.

—¿Hace tres años?

—Los dioses lo sabían.

—Tres años —le digo—. Chico, los dioses no esperan tanto. No has sido tú quien ha hecho esto.

—Yo sabía lo de Pausanias.

—¿Su discusión con Atalo?

—Y si no hubiera sido Pausanias, habría sido otro cualquiera. Los dioses me escucharon.

«Aceptad la culpa. Acusaos a vosotros mismos.»

—Me miró —dice Alejandro—. Yo estaba detrás de él, bajo el arco, esperando que me tocase a mí entrar al teatro. Después Pausanias… Mi padre no podía hablar, pero se volvió a mirarme. Sabía que fui yo. Los dioses abrieron la puerta.

«Extremos opuestos, pero también versiones de la misma forma.»

—Llevo mucho, mucho tiempo esperándote —dice Alejandro—. Nadie sabía dónde encontrarte. ¿Dónde estabas?

—En la biblioteca.

Empieza a llorar.

—Mi padre murió de la peste. —Quito mi brazo de su hombro—. Tu padre ha muerto a manos de un asesino. El cuerpo necesita un equilibrio de fluidos. El dolor crea un exceso, que liberamos a través de las lágrimas. Si hay

demasiadas lágrimas, el cuerpo se reseca; el cerebro se arruga. Necesitas llorar, beber agua y dormir. Mañana por la mañana pedirás a los dioses que conviertan la culpa que sientes en un pececito diminuto. Esconderás ese pez en algún lugar muy dentro de ti. Aquí o aquí. —Me toco la sien y el corazón—. Se puede vivir así. Nadie lo sabrá.

—Antipatro cree que a Pausanias le pagaron.

—¿Quién?

Me mira.

—No pensará eso.

—Entonces mi madre.

—Es ridículo. Sécate la nariz. —Se seca la nariz con la manga—. Hay muchos hombres ambiciosos que podrían hallar un beneficio en la muerte de tu padre. Antipatro lo entenderá.

—¿Tú crees?

—Es lógico. Un caudillo descontento, que se considera candidato al trono, quizá, y que encontró en Pausanias una herramienta afilada. Tendré unas palabras con él. —Me pongo de pie—. Necesitas dormir. ¿Te traigo la lámpara?

Asiente. Enciendo una lámpara de mesa con una antorcha de la pared, y se la traigo a la cama, donde ya se ha echado.

—¿Mejor?

Asiente.

—Tú no tienes la culpa de esto.

Él cierra los ojos.

«Los niños se cogen de la mano. Los hombres caminan solos, ¿lo ves?»

Después de los rituales de purificación y de un periodo de velatorio, enterraron a Filipo con sus armas, bajo un gran túmulo de tierra. El cuerpo de Pausanias, mutilado, se quema encima de la pira. Los hijos de Aeropo, un caudillo descontento, son juzgados, condenados y ajusticiados. Sacrificios rituales, juegos funerarios, todas las pompas y los honores a la luz dorada y brillante del sol veraniego de última hora de la tarde. El polen flotaba en el aire, a nuestro alrededor.

Me entristezco. Hay un lugar diminuto en mi pecho donde se halla sentado un hombre bajito, un enano, llorando. Le digo que se tranquilice. Por las tardes, cuando bebo, ese hombre se sube a mi hombro y lanza una tímida mirada alrededor. Piensa lo mismo que yo, a su manera diminuta, unos pensamientos muy especiados, como pinchos de carne, recuerdos pequeños e intensos. Él es un poquito como Arrideo, mi enano, farfullando y con la nariz sucia, probablemente con pañales; probablemente no sabe ni comer solo, pero

recuerda de una manera exorbitante, lujosa, compleja, con relámpagos de color saturado. Aquí tenemos uno de los recuerdos: Filipo abre los ojos bajo el agua por primera vez y ríe, y las burbujas que suben a chorro silenciosamente desde su boca, y él que alarga la mano para tocar las burbujas que suben de la mía, y mira por encima de su hombro, a sus pies, por encima de su cabeza hacia la superficie, y de nuevo a mi cara. Filipo con los dos ojos abiertos, riendo bajo el mar.

—Cuídate —dice Herpilis.

Es el momento de la cosecha, de los días dorados y las noches vibrantes. Calístenes y yo vamos a emprender un viaje mientras se pueda, antes de que cambie el tiempo. Iremos cabalgando a Brea y Dama; Pizca llevará nuestros equipajes. El caballo se enfada y resopla, molesto ante el peso inhabitual. Calístenes le rasca la nariz y le dice que se ha vuelto blando.

Cojo a la pequeña Pitia, la levanto, la abrazo y le digo que voy a buscar una casa nueva donde podamos vivir.

—¿Yo también? —me dice.

—Tú también.

Choca su frente con la mía. La dejo en el suelo y ella se queda junto a Herpilis, que lleva en brazos al bebé.

Montamos y nos alejamos.

—No ha ido mal del todo —dice Calístenes mientras nos volvemos a saludar, refiriéndose a Pella, refiriéndose a los tres.

—¿Crees que deberíamos quedarnos?

—¿En Pella? No.

—¿Y en Macedonia?

—De eso va este viaje, ¿no?

Cabalgamos hacia el este, con el océano a la vista durante parte del trayecto, y luego tierra adentro. Tostamos algo de pan en unas ramitas verdes en nuestro pequeño fuego nocturno, y después dormimos como podemos. Vamos bien juntos, cada uno de nosotros mirando hacia su interior. Tengo una sensación acerca de mi sobrino, la idea de que quiere decirme algo. No importa. Decida lo que decida me parecerá bien, aunque le echaré de menos.

El ejército de Filipo (ahora de Alejandro) ha estado muy ocupado en Calcídice. Aunque la reconstrucción sólo ha sido de algunas semanas, ya ha vuelto parte de la belleza, parte de la prosperidad, los frutos, las aves y el color. Si se queda uno callado a la caída del sol, se puede oír el zumbido de la propia tierra. La tierra sigue caliente durante la noche; rostros extraños y familiares nos sonríen desde los campos; las estrellas son una salpicadura de plata líquida atravesando el cielo, una mancha tan familiar como las manchas en la mesa de la cocina de mi madre. Casi estoy en casa; todo este tiempo, sólo he estado a

dos días a caballo de distancia. Calístenes me sonríe una o dos veces, sin decir nada, al ver algo en mi cara. Me costará un mes entero hacer las maletas en Pella y concluir mis asuntos allí, y por entonces la estación estará demasiado avanzada para que viajen las mujeres y los niños, hará demasiada humedad y frío, sobre todo para el pequeño. Realizaremos este viaje, de verdad, en primavera. Esto es sólo una avanzadilla.

Tal y como me advirtió Antipatro, la costa este todavía es inhóspita; Estagira es la excepción. Los campos están en barbecho y los viñedos descuidados, pero el pueblo ha sido reconstruido, con piedras viejas y madera nueva. Le enseño la carta de Antipatro al funcionario a cargo, que nos invita a un guiso en su propia tienda y nos dice que se ha encariñado mucho con el lugar en los últimos dos meses. Buenos modales. Le digo que sus hombres han trabajado deprisa.

Me sirve más vino.

—Sabemos de dónde vienen nuestras órdenes. Quién eres.

Jugamos un rato a los dados juntos, y luego me dirijo hacia la costa, a la luz de la luna. Calístenes me sigue al cabo de un par de minutos.

—Te sientes feliz —dice.

—¿Ah, sí?

—Cómodo. Éste es tu sitio.

—Supongo que sí. No lo sé. Es un buen lugar para ser niño. Me gusta pensar en Nicómaco corriendo por aquí igual que lo hacía yo cuando era niño.

—Jugando con tu fantasma.

Señalo hacia el mar.

—Ese niño está a unos quince metros de distancia y a seis metros de profundidad, buscando moluscos. Cualquiera que quiera ir a buscarle, puede intentarlo.

Calístenes se cruza de brazos y se frota los bíceps arriba y abajo.

—Prefiero ir a ver la casa.

La propiedad de mi padre está retirada del mar. La casa grande está oscura, pero desde la distancia vemos luz en uno de los edificios exteriores. Más cerca, la ventana de la casita del jardín. Cuando nuestros pasos resuenan en los guijarros, aparece una vieja en la puerta.

—Hola, abuela. —Calístenes se agacha para saludarla.

Es una jorobada y se retuerce para poder ver nuestras caras con ojos agudos. No la reconozco.

—¿Vives aquí? —pregunta él.

—Te conozco.

Calístenes sonríe.

—No…

—No, a ti no. —Me mira a mí—. A ti.

Le digo mi nombre y el de mi padre.

—Si me conoces, sabrás dónde estás viviendo.

—Aquí no ha habido nadie desde hace años. Reconstruyeron primero ésta, y estaba vacía. Yo la he mantenido.

—¿Podemos verla?

La seguimos al interior de la casita.

—¡Ah! —exclamo.

Es pequeña; la han reconstruido más pequeña, o mi recuerdo la ha encogido. Hace seis años estaba medio quemada y había desaparecido el tejado. Está claro que la anciana vive en esta única habitación con un hogar bajo y lavanda seca colgada del techo. ¿Cómo es posible que este sitio tenga el mismo olor, después de todo lo que ha pasado, de todo este tiempo?

—¿Guardas también la casa grande?

—Todo lo que puedo. La barro casi todos los días. Intento cuidar el jardín también. Pero no puedo con el huerto, excepto la fruta que cae de los árboles.

—¿Estás sola?

—Soy demasiado vieja para irme. Mis chicos no están muy lejos. Viví con ellos un tiempo después de la guerra, tras la orden del exilio, pero yo soy de aquí. Vine el mes pasado, cuando vi que la casa grande estaba terminada. El ejército sabe que estoy aquí; no les importa. A nadie le importa. Mis chicos vienen a verme cada pocos días, me traen lo que necesito.

Me estrujo el cerebro intentando recordarla.

—Hijos… ¿Ninguna hija?

—Seguro que conoces a mi hija pequeña.

—¿Debería conocerla?

—Mi pequeña, Herpilis. Sirve a tu mujer. —Ella me mira a la cara—. No. No me digas que mi niña, antes que yo…

—No, no. Ha sido mi mujer la que ha muerto.

—Ah. —Se relaja, sacude la cabeza, me da palmaditas en el brazo—. Lo siento. ¿Cuánto hace?

—Un año y medio. Herpilis… —Miro a Calístenes, que está contemplando el techo, y luego aparto la vista—. Herpilis fue un gran consuelo para su señora durante su enfermedad. Y también para mí.

—Entonces no la despediste después.

—Ah.

Calístenes tararea bajito, con los ojos cerrados.

—No. De hecho…

Nunca he tenido suegra.

—Cállate —le digo a Calístenes.

—Lo siento.

La vieja se ríe.

—Ese tipo de consuelo, ¿no?

—Un hijo es un gran consuelo.

—¡Un hijo! —Ella palmotea. Se levanta el vestido con las puntas de los dedos y describe un círculo lento en medio de la habitación. Baila—. ¡Un nieto!

—Herpilis es muy feliz —afirma Calístenes.

La anciana tiene las mejillas enrojecidas.

—¿Te enseño la casa grande? Está preparada para ti. Tráelos aquí, tráelos de nuevo. ¿Lo harás? Coge la linterna que está ahí, cariño. Ahí arriba, en ese estante.

—Mañana.

Calístenes empieza a hablar de mi familia, de Herpilis y del niño, de lo bien que comen, de las bonitas ropas que llevan, con gran facilidad y labia, distrayéndola de la respuesta que sabe que yo no he dado. Ella nos pide que nos quedemos, pero el funcionario espera que volvamos para dar una vuelta por las obras de reconstrucción a primera hora de la mañana.

—Entonces por la tarde.

—Por la tarde.

Calístenes y yo volvemos andando al campamento de los soldados.

—Le romperás el corazón a la anciana —dice al final.

—No puedo evitarlo.

—Ya lo sé. —Es tarde, hace frío. Nuestro aliento humea—. Por eso hemos venido. Para que te decidas.

No puedo hablar.

—Parecía que estabas mejor, últimamente. —Calístenes no me mira—. De tu enfermedad. Estuviste muy mal durante un tiempo, pero en los últimos tiempos…

—¿Enfermedad?

Estábamos en una pequeña loma por encima del campamento de los soldados. Levanto la mano para saludar al centinela, que ya nos ha visto. Está sentado ante su hoguera.

—Por favor —dice Calístenes—. ¿No piensas hablar de eso, ni siquiera conmigo? ¿Acaso no hace mucho tiempo que te conozco?

Sacudo la cabeza.

—Estás mejor cuando tienes alguien nuevo a quien amar. Alejandro, al principio. Herpilis, ahora. A mí, en tiempos. Te saca de ti mismo. Te ayuda. Recuerdo cuando llegué por primera vez ante ti, en Atarneo. Todo el mundo

me advirtió de que eras un hombre desgraciado, pero nunca había sido tan feliz en mi vida. Siempre tenías tiempo para mí, siempre querías hablar conmigo. Me hacías regalos, me animabas, me hacías sentir bienvenido y brillante. Durante un tiempo me pregunté incluso si no querrías sexo. Pero no era eso: sencillamente, me querías. Luego te casaste y le tocó el turno a Pitia. Después llegaste a Pella y le tocó a Alejandro.

—¿Estás celoso?

—No. Sí, claro. Pero no es eso… Lo que intento decir es que te he observado durante mucho, mucho tiempo. Tienes una enfermedad. Todo el mundo que te ama lo ve en ti. Cuando estabas en Mieza, Pitia y yo hablábamos de cómo podíamos ayudarte. Ella decía que tú necesitabas a Alejandro. Ella decía que si alguna vez te alejaban de él, te morirías.

—Bilis negra —digo.

—Ella no sentía celos. Era más astuta de lo que tú nunca…

—No, en ella no, en mí. Mi padre me enseñó hace mucho tiempo que la bilis negra puede ser caliente o fría. Fría: te vuelve lento y estúpido. Caliente: te hace brillante, insaciable, frenético. Como las distintas fases de la borrachera, ¿lo ves? Pero mi padre no se daba cuenta de que todo eso no tenía por qué ser malo. La gente que encuentra el equilibrio entre los extremos…

Calístenes me pone la mano en el brazo.

—Los mejores profesores, artistas, guerreros…

—Platón, Carolo, Alejandro…

—Estuve yendo de un extremo a otro durante mucho tiempo. Encontraba una chica, me la follaba hasta quedarme seco, y luego quería morirme. Últimamente, sin embargo, como has dicho, estoy mejor. No subo tanto ni bajo tanto. Quizá sea por Herpilis, quizá. Pero ¿importa acaso, si funciona?

—¿Y crees que aquí no funcionará?

—¿Ves el huerto junto a la casa grande?

—Ciruelos.

—Ciruelos. Uno de mis recuerdos más antiguos es el sabor de esas ciruelas. Las miraba cuando pasábamos por allí y pensaba que son demasiado pequeños, después de todos estos años. Esos malditos árboles siguen siendo demasiado pequeños para colgar una horca. Eso es lo que puebla mi mente, aquí, todavía.

—Atenas, entonces.

—Para mí sí. ¿Y para ti?

Él me mira tímido, sorprendido.

Asiento.

—Tu trabajo es bueno. Ya no me necesitas. Te regalo esta casa, si la quieres.

Empezamos a volver hacia el campamento.

—¿Recuerdas cómo odiaba Macedonia, cuando llegamos? —me pregunta mi sobrino.

—Sí.

—Estagira —dice—. Comodidad, ocio, tiempo para escribir. Podría ser peor.

—O podrías venir conmigo, alojarte conmigo. Como colega, no como aprendiz.

—O podría ir a algún otro sitio. Enamorarme, quizá. Viajar.

—Ambas cosas.

Se ríe.

—Ambas cosas, pues.

—Un frío de mierda esta noche —dice el centinela—. Hay mantas extra en la tienda de suministros. Coged las que necesitéis.

—Majestad.

—Maestro —dice Alejandro.

Nos abrazamos brevemente. Noto el calor seco, ligeramente febril de su piel, que corresponde precisamente a la rubicundez de su complexión. Percibo su fuerza y huelo su débil aroma especiado y agradable que tanto le gustaba a mi difunta esposa cuando él era pequeño. Estamos en la biblioteca de palacio, de vuelta en Pella, por última vez. Lleva ocho meses como rey.

—No puedo creer que te vayas —dice.

Le entrego a mi alumno dos regalos: un volumen de Homero y uno de Eurípides.

—Pero son los tuyos —dice—. Tienen tus notas.

Asiento.

—Siempre dormiré con ellos debajo de mi almohada —dice gravemente, y contiene una sonrisa. Me levanto—. No, no. Por todo lo que te doy, quiero un regalo más.

—Lo que desees. ¿Qué otra cosa puedo decir?

Alejandro se echa a reír y le suelta a un público invisible:

—Miradle. Cualquiera diría que voy a pedirle a su primogénito.

Siento un último pinchazo de celos. Éste es un rasgo suyo que no había visto antes; Alejandro ya ha caído bajo nuevas influencias. Ya no estaré cerca de él para ver como adopta y adapta cosas, para observar cómo su mente se va llenando a medida que se llena su cuerpo… Esto es amor, pienso, finalmente, es lo que siento cuando le miro. Quizá Calístenes tuviese razón. Es tan bueno cómo el amor.

—Una lección. Quiero una última lección.

Tomamos asiento.

—Supongo que será una pérdida de tiempo hablarte de la moderación. —Esbozo una sonrisa—. Por tanto, te hablaré de la excelencia. ¿Qué es la excelencia humana? ¿Cuándo un hombre es bueno? ¿Qué significa vivir una buena vida?

—Triunfar. Obrar hasta el máximo de las capacidades propias. Florecer.

—Florecer —afirmo.

Hablo del ejercicio de las facultades de un hombre, y de todas las maneras en las que puede sobresalir: en carácter, en amistad, en intelecto. Me entretengo más con lo del intelecto, le explico que es la semilla divina que está en el hombre y que no posee ningún otro animal. En la jerarquía de las excelencias, el intelecto está en la cúspide; por tanto, la mejor vida humana es la que se pasa en persecución de la excelencia intelectual.

—En la filosofía —dice Alejandro.

Me aparto de la desenvoltura presente en la voz de mi alumno, la suave burla. En este momento quiero enterrar la cara en mis libros de la misma manera que la pequeña Pitia enterró una vez el rostro en el pecho de su madre, para olvidar el mundo.

—Lisímaco solía decir lo mismo —dice Alejandro—, que estaba en mi naturaleza sobresalir en todas las cosas, y que cualquiera que se interpusiera en mi camino estaba frustrando la voluntad de los dioses.

—No creo que sea exactamente eso lo que estoy diciendo yo.

—No, no del todo —sonríe Alejandro—. Lisímaco florece ahora.

—¿Ah, sí?

—Le he promocionado a mi guardia personal. ¡Qué cara has puesto! ¿No lo apruebas?

—No me corresponde a mí aprobar ni desaprobar nada. Es sólo que…

—¿Sólo que…? —Se inclina hacia delante.

—Sólo que creía que él tenía todas las condiciones previas para perseguir el tipo de excelencia que te estaba describiendo. Un hombre completo, atleta, artista; una mente vivaz, la necesaria para apreciar la superioridad innata de la vida contemplativa. Sin mencionar los medios, el tiempo libre. Soy bastante pragmático y sé que es una parte necesaria de la ecuación.

—Yo tengo las mismas cualidades, ¿verdad?

—Si tu padre te dejó la impresión de que un rey de Macedonia tiene tiempo para el ocio, es que no prestabas demasiada atención.

—No evites la pregunta.

—Tú tienes las mismas cualidades. No: tienes esas mismas cualidades superlativamente. Y lo sabes. Sabes que no te estoy halagando. ¿Lo he hecho acaso alguna vez?

—No te querría si así hubiera sido. —Antes de que nos sintamos violentos, dice—: ¿Debería retirarme a una de las propiedades de mi padre y pasar el tiempo en una silla cómoda, bebiendo agua y pensando en la maravilla de la creación?

—No en una silla demasiado cómoda. La propiedad de mi padre está en Estagira, por cierto. —Me aseguro de que me está mirando—. Nunca he vivido allí de adulto.

—Un hombre hecho a sí mismo.

—Eso puede resultar difícil de conseguir. Mucho más duro de lo que crees.

Se ríe.

—Crees que tu vida es perfecta. Piensas que todo el mundo debe querer ser como tú. Durante los años que hemos pasado juntos, has desarrollado tus propias teorías sobre los accidentes de tu vida. Has construido una filosofía entera en torno a la virtud de ser tú. Las caracolas son dignas de estudio porque te encanta nadar. Hay que apartar la violencia porque no saliste en ningún momento de la tienda, en Queronea. El mejor gobierno es el de la clase media, porque tú vienes de la clase media. Hay que pasar la vida en contemplación tranquila porque la vida nunca te ha ofrecido más cosas.

—Dime qué más hay.

—Hay un mundo entero. —Sus ojos se abren mucho—. Podrías viajar conmigo, ya lo sabes. No me voy a quedar aquí. Me voy al este, y al este, y más al este aún. Voy a ir más lejos de lo que nadie haya ido, y más lejos aún. Animales que nadie ha visto jamás. Mares en los que nadie ha nadado. Nuevas plantas, nuevas gentes, nuevas estrellas, que serán mías si las quiero. Y tuyas también. Procuraré que viajes cómodamente. Te llevaremos en un palanquín, con cojines, escribas, carretas que vayan chirriando con todos los especímenes que quieras recoger. Ni siquiera verás el ejército. Simplemente, iremos abriendo el camino para ti. Para que lo desconocido sea conocido, ¿no es ésa la mejor virtud, la mayor felicidad? ¿No era eso exactamente de lo que hablábamos?

—Confundes placer y felicidad, la auténtica y duradera felicidad. Unas pocas emociones, unas pocas sensaciones. Tu primera mujer, tu primer elefante, tu primera comida especiada, tu primera resaca, tu primer ascenso a una montaña a la que nunca habías subido y tu primera vista desde lo alto al otro lado. Quieres encadenar una vida entera de emociones.

—Enséñame, pues, a ser mejor. Ven con mi ejército. Ven conmigo. Tú has sido un padre para mí. No me dejes huérfano dos veces.

—Ya has ido trabajando en ese sentido.

—Nunca te he complacido. No te gusto cuando soy educado, ni tampoco cuando soy aburrido. Sí, he ido trabajando en ese sentido. ¿Es tan terrible eso? No somos tan diferentes, después de todo, tú y yo. Ambos trabajamos para conseguir lo que queremos. Nada viene fácilmente. ¿O acaso tu trabajo acude a ti con facilidad?

—No.

—Mírame. —Se pone en pie—. Soy bajo. Tartamudeo cuando hablo. Me pongo rojo. Tengo miedo a la oscuridad. Me quedo en blanco en mitad de la batalla y no recuerdo nada después. Todos me miran y dicen: gran guerrero, habla bien, es encantador, el discípulo aventajado de la mejor mente del mundo. Yo llego apenas de puntillas, y tú también.

Asiento.

—Quizás, en realidad, eres tú quien me ha hecho como soy. Una superficie fina y orgullosa, y debajo un gran desorden. Como puliste a mi hermano, enseñándole a hablar, a cabalgar. Así eres tú, ¿verdad? Así somos él, tú y yo.

No digo nada.

—Te diré lo que me parece aceptable en tu teoría de la felicidad. Acepto que la mayor felicidad procede de aquellos capaces de las mejores cosas. Ahí es donde dejo a mi hermano atrás. Ahí es donde tú y yo nos apartamos del resto del mundo. Tú y yo podemos apreciar la maravilla de las cosas. Vamos andando por el borde mismo de las cosas que todos conocen, comprenden y experimentan, y luego, damos un paso más. Vamos a lugares adonde no ha ido nadie. Ésos somos. Así es como me has enseñado a ser.

—¿Yo te he enseñado eso?

—Te he entristecido.

—Sí. —Me toco la frente—. Sí, lo has hecho.

—Somos tan parecidos. Yo soy tu hijo.

El chico que sabía dónde encontrar la cabeza, el corazón, el aliento, el cerebro. El chico que olía tan bien. El chico que venía corriendo entre la lluvia.

—Majestad.

Él dice:

—Quédate conmigo. No me dejes dar el paso siguiente solo.

Nos vamos en un día soleado, cuando el sol centellea en la marisma y se refleja en el mar, cegador.

Alejandro me ha colmado de regalos, utensilios, criados y dinero, hasta que le he rogado que pare. Herpilis va con los niños en un carro forrado

de pieles; está alegre y tranquila, va alimentando al bebé y parloteando con la pequeña Pitia, que tiene casi cuatro años y está muy emocionada e inquieta, y ya se nota la tensión en torno a sus ojos, un signo de los dolores de cabeza que la afligen. Hago un gesto a Herpilis para recordarle lo de su sombrero. Sé que estoy viendo en la pequeña Pitia la ansiedad que sentiría su madre ante un viaje semejante. Herpilis, por el contrario, podría ir a la orilla del mar o volver a Mitilene; a ella le da lo mismo. Los esclavos Tycho, Simon y los demás tienen un carro propio. Files va a mi lado a caballo, y por fin se realiza el plan que tenía para él. No puede ni hablar. Está aterrorizado.

—Tío. —Calístenes levanta la mano.

Servirá a Alejandro en sus expediciones como historiador oficial. Viajará, pues; con suerte, luego vendrá el amor. Nos abrazamos y nos decimos adiós.

Estoy a punto de montar cuando me dice:

—Hay alguien más que quiere despedirse de ti.

Un hombre alto y joven, que anda con un trotecillo familiar, sale de detrás de un carro, donde estaba oculto con el mozo que ahora es su compañero. Ambos sonríen ampliamente.

—Bueno, ¿a quién tenemos aquí? —exclamo.

—No quiero que te vayas —dice Arrideo.

El joven se agarra a mí, incluso solloza un poquito, mientras le doy palmaditas en los hombros y en el pelo.

—Estoy muy orgulloso de ti, Arrideo.

Esto, por tanto, es lo que veo cuando salgo a caballo: a mi sobrino, cuyo corazón ahora es un corazón macedonio; y al idiota que está junto a él, que ya no es tan idiota, con una mano levantada despidiéndose de mí. Poco a poco van disminuyendo ante mi vista y se convierten casi en dos motitas.

En cuanto ya no se ve a nadie, desmonto y me meto en uno de los carros para poder escribir. Ya no hay más componendas, ni politiqueo ni enseñar a niños. No más escarceos. Pronto estaré solo en una habitación tranquila donde, durante el resto de mi vida, podré flotar y alejarme del mundo cada vez más y más, mientras mi alumno, ampliando el final de cada mapa, cae cada vez más y más en el pozo de sí mismo. «No tengas miedo nunca de iniciar una discusión de la que no veas de inmediato cómo salir.» ¿Puede decirme alguien qué es una tragedia?

Epílogo

CLEOPATRA y su niña recién nacida fueron asesinadas poco después de la muerte de Filipo, supuestamente a manos de Olimpia. En cierta ocasión, Leónidas regañó a Alejandro, siendo éste un muchacho, por desperdiciar incienso en el altar: no debía derrochar hasta que hubiese conquistado los países que producían tales especias. Años después, desde Gaza, según Plutarco, Alejandro mandó a Leónidas «quinientos talentos de incienso y cien de mirra». Alejandro conquistó Persia y Egipto, y condujo su ejército hasta la India y Afganistán. En el oráculo de Amón en Siwa se supone que preguntó si alguno de los asesinos de Filipo había quedado sin castigo y si Filipo era su padre en realidad. Se esforzó por unir las culturas oriental y occidental, adoptando el traje y las costumbres persas. Su conducta durante sus largas campañas se fue haciendo cada vez más errática: bebía mucho, sufría ataques de rabia violenta seguidos de una depresión y una culpabilidad incapacitadoras, y se negaba a volver a casa. Tomó dos esposas y murió en Babilonia de una dolencia estomacal a la edad de treinta y dos años. Ptolomeo se convirtió en uno de los generales más importantes de Alejandro y posteriormente gobernó Egipto, donde estableció la línea ptolemaica de gobernantes que acabó, en tiempos romanos, con la muerte de su tatara tatara tatara tatara tatara tatara tataranieta por la mordedura de un áspid. Hefestión siguió siendo el constante compañero de Alejandro y murió en una batalla unas pocas semanas antes que el propio Alejandro. Calístenes acompañó a Alejandro en sus campañas como historiador, pero perdió el favor después de criticar a Alejandro por aceptar el homenaje de sus soldados según la moda oriental. El antiguo biógrafo Diógenes Laercio dice que Calístenes «fue confinado a una jaula de hierro y transportado así hasta que acabó infestado de bichos por la falta de unas atenciones adecuadas, y finalmente fue arrojado a un león y encontró así su fin». Arrideo se convirtió en regente de Macedonia durante la larga ausencia de Alejandro en Asia, y en rey tras su muerte. Le ayudaba el anciano general Antipatro. Olimpia luchó con frecuencia con Antipatro y, finalmente, hizo que asesinaran a Arrideo para colocarse ella misma como regente.

Aristóteles volvió a Atenas a dirigir su propia academia, el Liceo, hasta que un recrudecimiento de los sentimientos antimacedonios tras la muerte de Alejandro le obligó a abandonar aquella ciudad por segunda vez. Pasó el último año de su vida en la guarnición macedonia de Calcis, en Eubea, donde murió a la edad de sesenta y un años. Nos queda su testamento:

Todo irá bien, pero en caso de que algo ocurriera, Aristóteles ha dejado estas disposiciones:

Antipatro será el ejecutor en todos los asuntos. Hasta que llegue Nicanor, Aristómenes, Timarco, Hiparco, Dioteles y (si lo consiente y las circunstancias lo permiten) Teofrasto se harán cargo también de Herpilis, los niños y la propiedad. Y cuando la niña [su hija Pitia] crezca, se le entregará en matrimonio a Nicanor, pero si algo le ocurriera a la niña (que el Cielo no lo permita, y creo que tal cosa no ocurrirá) antes de su matrimonio, o cuando se case, antes de tener hijos, Nicanor tendrá plenos poderes tanto con referencia a la niña como en todo lo demás, para administrar de manera efectiva tanto lo suyo como lo nuestro. Nicanor se hará cargo de la niña y del niño Nicómaco en todo lo que considere conveniente, y en todo lo concerniente a ellos, como si fuera padre y hermano. Y si algo le ocurre a Nicanor (¡que el Cielo no lo permita!) antes de que se case con la niña o si se ha casado con ella pero no han tenido aún hijos, cualquier disposición que él pueda adoptar será válida. Y si Teofrasto está dispuesto a vivir con ella, tendrá los mismos derechos que Nicanor. En lo demás, los ejecutores, tras consulta con Antipatro, administrarán lo relativo a la hija y el hijo, en el sentido que mejor les parezca. Los ejecutores y Nicanor, en memoria mía y del afecto constante que Herpilis me ha dedicado siempre, se ocuparán de ella en todos los aspectos, y si ella desea casarse, procurarán que sea entregada a alguien que no sea indigno, y además de todo lo que ya ha recibido, se le entregará un talento de plata de mis bienes y tres doncellas, las que ella elija, además de la criada que tiene ahora mismo y del siervo Pirreo; y si ella desea permanecer en Calcis, el alojamiento en el jardín, y si en Estagira, la casa de mi padre. Escoja la casa que escoja de estas dos, los ejecutores la amueblarán con los muebles que consideren adecuados, y que la propia Herpilis apruebe. Nicanor se hará cargo del niño Mirmex, que llevarán con los suyos de una forma que sea digna de mí, con la propiedad suya que recibimos. A Ambracis se le dará la libertad, y al llegar el matrimonio de mi hija recibirá 500 dracmas y la doncella que ahora tiene. Y a Tale se le dará, además de la criada que tiene y que ha comprado, mil dracmas y otra criada. Y Simón, además del dinero que antes se le dio para comprar otro sirviente, también tendrá un criado comprado por él, o recibirá otra suma de dinero. Y Tycho, Filo, Olimpias y su hijo obtendrán la libertad cuando mi hija se haya casado. Ninguno de los siervos que me atendían será vendido, sino que continuarán empleados, y cuando lleguen a la edad adecuada, se les otorgará su libertad si la merecen. Mis ejecutores procurarán que todo ello se cumpla cuando las imágenes que se le han encargado ejecutar a Grillón estén acabadas y listas, es decir, la de Nicanor, la de Proxeno, que era mi intención haber realizado, y la de la madre de Nicanor. También se colocará el busto que se ha realizado de Arimnesto para que sea un monumento a su memoria, ya que murió sin hijos, y se dedicará la estatua de mi madre a Deméter, en Nemea

o donde se considere mejor. Y donde quiera que me entierren, allí se colocarán también los huesos de Pitia, según sus propias instrucciones. Y para conmemorar el regreso a salvo de Nicanor, tal y como juré en su nombre, se erigirán en Estagira estatuas de piedra de tamaño natural de Zeus y Atenea, los salvadores.

Agradecimientos

MUCHAS gracias a Denise Bukowski y a Anne Collins. Doy las gracias efusivamente al Consejo de las Artes de Canadá por la ayuda financiera.

Los siguientes libros me han resultado especialmente útiles.

Para la historia macedonia: la Vida de Alejandro, de Plutarco; A History of Macedonia, Volume II: 550 - 336 BC y The Cambridge Ancient History, Volume IV: The Fourth Century BC, de N. G. L. Hammond y G. T. Griffith. Para la medicina antigua: Hippocratic Writings, editado por G. E. R. Lloyd y traducido al inglés por J. Chadwick y W. N. Mann. Para la vida de Aristóteles y su pensamiento: Aristotle: Fundamentals of the History of His Development, de Werner Jaeger, traducido al inglés por Richard Robinson [Aristóteles, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1993, traducción de José Gaos]; Aristotle: A Brief Introduction, de Jonathan Barnes [Aristóteles, Cátedra, Madrid, 1987]; A History of Western Philosophy: The Classical Mind de W. T. Jones y The Fragility of Goodness: Luck and Ethics in Greek Tragedy and Philosophy de Martha Nussbaum [La fragilidad del bien: fortuna y ética en la tragedia y la filosofía griega, A. Machado Libros, 1995, traducción de Antonio Ballesteros González]. Para las traducciones de la obra de Aristóteles, me he guiado sobre todo por la serie Loeb Classical Library y los clásicos Penguin [en castellano: Gredos, Espasa, Taurus, Alba, Alianza, etc]. La traducción al inglés del testamento de Aristóteles es de R. D. Hick (Loeb Classical Library).

Para un relato de ficción de la época vivida por Aristóteles en Macedonia, desde la perspectiva de Alejandro, véase la excelente novela de 1969 Fuego del paraíso, de Mary Renault.

Las traducciones que he empleado directamente son Meno, de Platón, traducido por Benjamin Jowett; Las bacantes, de Eurípides, traducida al inglés por Kenneth Cavander,y Oedipus Rex, de Sófocles, traducida por Dudley Fitts y Robert Fitzgerald. El epígrafe es de Plutarch’s Lives: Complete and Unabridged in One Volume, traducción de Dryden, revisada por Arthur Hugh Clough.

Carolo, Files, Illeo, Athea, los médicos, los caballos y el mozo de cuadras son personajes de ficción. Los eruditos observarán que he omitido al filósofo Teofrasto, un seguidor de Aristóteles que se cree que le acompañó a Macedonia. Así mismo se darán cuenta de que también he retrasado la muerte

de Espeusipo por conveniencia narrativa. Los eruditos se pondrían colorados al ver que envío a Aristóteles a Queronea. No hay pruebas, ni en sus escritos ni en ningún otro lugar, de su presencia allí.

Se han hecho todos los esfuerzos para contactar con todos los autores que ostentan los derechos legales pertinentes; si existe alguna omisión o error por inadvertencia, por favor, contacte con el editor.

NOTA FINAL

Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.

Súmese como voluntario o donante, para promover el crecimiento y la difusión de la Biblioteca



Para otras publicaciones visite
www.lecturasinegoismo.com
Referencia: 4632

Felipe de Macedonia le pide a su amigo el filósofo Aristóteles que sea el tutor de su hijo, Alejandro. Aristóteles se resiste dado el carácter rebelde del joven, pero acaba aceptando. Se establece así una interesante relación entre el gran filósofo y el sorprendente, carismático y, a menudo, terrible adolescente. Alejandro, heredero del trono de Macedonia, será obligado a tomar las armas muy pronto convirtiéndose con los años en el legendario Alejandro Magno.

Narrado por la extraordinaria voz de Aristóteles, El maestro de Alejandro recrea la Grecia clásica para ofrecernos un magnífico retrato de dos personajes claves de la Historia, el pensador y el conquistador, cuyas vidas siguen teniendo eco en nuestros días.

"El maestro de Alejandro es mucho más que una hermosa novela narrada de un modo brillante: es también una profunda exploración de aquellas cuestiones morales y filosóficas que turban al ser humano desde tiempos de Aristóteles."

ISBN: 978-84-9918-181-3